

Historia de la Defensa Nacional

Votos, botas
y claudicaciones



Jorge Luis Bernetti

1958-1966
VOTOS, BOTAS Y CLAUDICACIONES

Índice

1958-1966. Votos, botas y claudicaciones.....	4
El gobierno de Illia.....	172

VOTOS, BOTAS Y CLAUDICACIONES

El 1 de mayo de 1958, Arturo Frondizi asumió la Presidencia de la Nación. Con él llegaba al poder una corriente ideológica "de orientación, ampliamente difundida en el mundo, a partir del auge capitalista de los años '50 y '60 -que enfatiza el crecimiento económico cuantitativo sobre la base del aumento de las inversiones, considerando que de ello depende el logro de otros objetivos, de progreso económico, político, social y cultural (...) En los países latinoamericanos, las críticas al desarrollismo, señalan que tiende a negar o a encubrir el problema de la dependencia, soslaya cuestiones como la distribución del ingreso, soberanía política, los problemas ecológicos, y postula un modelo de sociedad inalcanzable e indeseable propio de los países más desarrollados" (Di Tella, T. 1989:168).

La mirada crítica hacia el desarrollismo que Di Tella expresaba de manera genérica y moderada tuvo otros críticos más furibundos como los de la izquierda nacional. Así fue caracterizado el gobierno de Frondizi en su perspectiva económica: "Todo el sistema defensivo de la economía argentina, desde el sector del capitalismo estatal hasta los agentes administrativos de la resistencia a los monopolios internacionales, como el IAPI fueron meticulosamente desmantelados. La burguesía industrial que había aplaudido fervorosamente la caída del gobierno peronista, empezó a recibir golpes anonadadores: de un lado la restricción crediticia, y por el otro la disminución del mercado comprador" (Ramos, J.A, 1959:72). Este juicio histórico sobre el gobierno de Frondizi fue, en otros sectores, reemplazado por una mirada apologética de su gobierno basada en una perspectiva rectificatoria de las razones esgrimidas para su derrocamiento por la derecha ultra liberal civil y militar. Estos mismos sectores, años después de su deposición, exaltaron la condición de "intelectual" del líder desarrollista y presunta condición de "estadista". La nueva derecha

lo consideró uno de sus antecesores, se lo calificó como "modernizador". Se pasaba al archivo, deliberadamente, el durísimo accionar represivo que Frondizi aplicó al movimiento obrero y a la resistencia del proscrito peronismo.

No es ésta la mirada de un observador extranjero de la política militar como Alan Rouquié. "La UCRI no participó en la elaboración del programa de gobierno. El partido, apartado del poder nacional, no contribuía a reforzar las bases fluctuantes de un presidente mal electo al que seguía de mala gana (...) Frondizi y Frigerio habían descubierto la poción mágica que curaría todos los males del país: la industrialización a marcha forzada, a cualquier precio y a cualquier costo. Justicia social, redistribución del ingreso nacional y reforma agraria son conceptos arcaicos, superados por los cruzados del desarrollo" (Rouquié, A.1982:153). A ello se debe agregar la mirada que Rogelio Frigerio, principal colaborador y socio ideológico de Frondizi en la elaboración del desarrollismo argentino, sostuvo sobre las FFAA. En el texto que escribe en pleno gobierno de su mentor, Frigerio afirmaba luego de sostener que las FFAA habían liquidado la democracia "formal y fraudulenta" de la Década Infame" y sostenido "el triunfo popular de 1946" y que "a partir de este acontecimiento se fortaleció la conciencia nacional de las Fuerzas Armadas y su identificación con la causa popular; sostuvieron la legalidad"- ¿Que pasó luego? Que las FFAA "en 1955 se hacen nuevamente cargo del Gobierno". Frigerio llama así al golpe de la revolución libertadora al cual apoyó junto a toda su corriente político-ideológica. Claro que reconocía que lo que ocurrió a continuación fue que las FFAA "devolvieron al pueblo, en 1958, sus derechos ciudadanos, por lo menos en forma parcial"(Frigerio, R. (2018:95). La forma parcial había sido la proscripción del peronismo, que fue la condición de posibilidad de la llegada de Frondizi al gobierno. Esa relación proscripiva con el peronismo

y su ausencia de decidida política militar fueron las características debilidad de un gobierno aferrado a la concepción de que la inversión extranjera y la reducción del Estado peronista, eran las condiciones de "desarrollo" de la Argentina.

Fronzizi y sus apologistas siempre han subrayado los condicionamientos en que debió asumir y desarrollar su gobierno, pero esa situación se produjo por "las condiciones de la victoria", es decir, por participar en el golpe libertador, aceptar la proscripción de Perón, pactar con él y luego intentar un equilibrio imposible que le hizo desarrollar las políticas de sus adversarios en muchos temas, amén de las que había modificado motu proprio según destacaron, cada uno a su manera de ver, Rouquié y Ramos. A los cinco días de asumir, el Presidente aseguró que en su mandato habría libertad de prensa, lo que fue parcialmente cierto, y envió al Congreso Nacional su proyecto de amnistía política, una de las pocas promesas realizadas al justicialismo en el Pacto de Caracas con Perón que fue cumplida. Habían pasado solo 27 meses del derrocamiento de Perón.

Las fantasías militares de Frondizi

En su discurso de asunción el 1 de mayo de 1958, Frondizi se refirió a las Fuerzas Armadas de la Nación y para ello comenzaba con un elogio exagerado: "He llegado hasta este recinto acompañado por representantes de las tres armas, que acaban de llevar hasta el fin el cumplimiento de la palabra empeñada". ¿Por qué el elogio de Frondizi? Porque en el seno de la "revolución libertadora" se habían manifestado dos tendencias respecto al resultado de las elecciones: entregar o no el poder. Ese debate se había planteado en el seno de las FFAA. Aramburu se jugó por "la palabra empeñada". Rojas, no tanto. Pero

al final, la entrega del gobierno a Frondizi fue compensada con la realización de continuados "planteos" militares acerca de todos los temas que los jefes militares consideraran una concesión al peronismo, al comunismo o a los dos juntos. Refiriéndose a los oficiales, suboficiales y conscriptos argentinos dijo Frondizi: "Ellos van a acatar las órdenes del presidente constitucional como jefe supremo de las fuerzas de mar y tierra, de acuerdo con la Constitución". Incluir a los soldados fue insensato, a los suboficiales una exageración. Quedaban ciertamente los oficiales, sobre todo la mayoría de los superiores. Frondizi dijo algo claramente inexacto: "Como jefe supremo de la Nación el presidente no hará política. No habrá partidismo en la función pública ni en las Fuerzas Armadas". Y dijo mucho más: "No habrá otra autoridad que la dispuesta por la ley ni otra orden que la que emane legalmente del superior jerárquico. En las fuerzas armadas no puede haber grupos, logias o fracciones". Cuando Frondizi debió enfrentarse a los "grupos, logias o fracciones" devaluó su autoridad. Todo el discurso relativo a las FFAA en su asunción fue desmentido por su accionar concesivo ante las fuerzas económicas y la expresión de las presiones de ellas sostenidas por los mandos militares.

La creación del Ministerio de Defensa

La primera negociación de Frondizi con la corporación militar comenzó antes de asumir el gobierno el 1 de mayo de 1958. Entonces Frondizi planteó la creación del Ministerio de Defensa. Concurrieron a ello varios motivos. El primero, la necesidad de no comprometer 3 de los 8 ministerios que la Constitución preveía entonces para el gabinete presidencial para las fuerzas militares. Tenía el antecedente del primer ministerio de Defensa creado por

el peronismo después de la reforma de la Carta Magna en 1949 en paridad de igualdad con los tres ministerios militares. Existía la concurrencia a esta necesidad primaria la tendencia internacional a constituir organismos políticos administrativos en el espacio de la Defensa como lo hicieron los Estados Unidos con el Pentágono – oficialmente la Secretaría de la Defensa – y la similar cartera en el gabinete británico. Según la propuesta de Frondizi, “los tres secretarios militares existentes, ahora denominados secretarios, seguirían ocupando sus lugares en el gabinete y cada uno de ellos manejaría su propio presupuesto, pero el ministro de Defensa, firmaría decretos” (Potash, R., 1984: 371). La Marina, representada en esas reuniones por los almirantes Rojas y Hartung, se opuso a esa propuesta por el temor a que el ministro de Defensa fuera un integrante del Ejército y ello limitara el poder de su arma. Frondizi insistió en que iba a nombrar un civil, pero los militares no vieron con simpatía la innovación del Presidente, pese a que el nuevo organismo no iba a limitar en los hechos su poder.

Frondizi desechó la oposición militar y ratificó la creación del ministerio de Defensa. Decidió nombrar en las Secretarías a oficiales superiores en actividad, más allá de la demanda militar de que fueran en situación de retiro. También procuró dejar en las mismas manos el cargo político de Secretario de la Fuerza con el de comandante operativo de cada una de ellas. Fue una de las pocas decisiones correctas de Frondizi en el espacio castrense. En la cartera más decisiva, la del Ejército, el presidente optó por designar al general Héctor Solanas Pacheco^[1] para ambos cargos. Solanas Pacheco era el jefe del Segundo Ejército, aunque no tenía la categoría de Oficial de Estado Mayor, pero era políticamente mucho más confiable que su rival, Carlos Toranzo Montero^[2], general de división, el segundo en antigüedad luego del comandante existente Ossorio Arana^[3], y era el favorito de las opciones ultra liberales.

Más allá de las resistencias de los altos mandos del Ejército, a Frondizi no le costó nombrar al almirante Adolfo Estévez^[4], como secretario de Marina y Comandante de Operaciones Navales, que era el almirante de más antigüedad después de Rojas –que iba a pasar a retiro– y ocupaba el estratégico cargo de comandante de la Flota de Mar. Como Solanas Pacheco había sido participante de las conspiraciones antiperonistas de 1951 y 1952 y junto a él habían estado encarcelados en la isla Martín García. Al tiempo, Estévez había introducido a Solanas Pacheco en la confianza política del entonces diputado nacional Frondizi (Potash, R. (1984:372).

Para la secretaría de Aeronáutica, el ejecutivo nombró al comodoro Roberto Huerta^[5], es decir a un oficial superior con el grado similar al de coronel o capitán de navío, por debajo de todos los brigadieres de la Fuerza. También Huerta había participado en el golpe de 1951 encabezado por el general Menéndez y había sido dado de baja por ello. Fue reincorporado al servicio activo con su ascenso al grado de comodoro en 1955 y dirigió la industria aeronáutica nacional situada en Córdoba hasta 1958.

Los tres secretarios militares habían sido activos partícipes, entonces, en la tempranera rebelión militar contra el gobierno de Perón y se sostenían en la condición de acérrimos antiperonistas. El primer ministro de Defensa de Frondizi fue el intelectual Gabriel del Mazo^[6] quien se desempeñó durante 1958 y parte de 1959. Lo sucedió el político Julio Villar^[7] desde 1959 hasta casi la caída de Frondizi en 1962 y el presidente confió por tres días la cartera militar al democristiano de derecha Rodolfo Martínez^[8] en un desesperado intento por evitar el golpe ocurrido el 29 de marzo de 1962.

La política militar

Frondizi desarrolló la política de delegar sus facultades en el área de Defensa, en la superioridad de las Fuerzas Armadas, la que iba a ser una línea de los gobiernos civiles vigentes después de 1955 hasta 1983, incluido el período peronista de 1973-1976, con la excepción de la breve presidencia de Cámpora.

Solanas Pacheco trabajó en el Ejército para intentar desmontar “la máquina bien montada” dejada por su antecesor el acérrimo gorila Ossorio Arana. “Los traslados de oficiales con grado de coronel fueron tan extensos que la fecha de apertura del curso de coroneles en la Escuela Superior de Guerra debió postergarse” (Potash, R.81984:386). Generales como Carlos Toranzo Montero y Emilio Bonnacarrere^[9] fueron enviados a cargos diplomáticos que los sacaron de protagonismo por algunos meses. Solanas Pacheco declaraba, por esos días que “servir al poder civil es misión del Ejército”. El 21 de mayo, el Senado de la Nación prestaba acuerdo al proyecto del Ejecutivo de ascenso de Aramburu a teniente general y de Rojas a almirante. Parecía que las procelosas aguas militares iban a ser surfeadas adecuadamente por el nuevo gobierno. Fue, en todo caso, una impresión temprana y distorsionadamente optimista.

El primer portaviones

En la Armada, Estévez modificó poco la planta de altos mandos produciendo casi una decena de traslados de almirantes, en tanto el Presidente brindaba a la fuerza un protagonismo en la seguridad interna al colocar el comando de la Policía Federal bajo el mando de un oficial superior naval rompiendo una tradición que brindaba, en ocasiones excepcionales, ese lugar al Ejército.

En una decisión importante de equipamiento el gobierno anunció el 4 de julio la decisión de comprar, por primera vez, un portaaviones para la Armada, el inglés "HMS Warrior" que sería rebautizado como "Independencia". Ejecutó la operación a través del decreto "S" -secreto- 5939/58 y los fondos para su compra provinieron de la venta de los viejos acorazados ARA "Moreno" y ARA "Rivadavia" y del guardacostas ARA Pueyrredón. La compra de la estratégica unidad provenía de una antigua consideración naval, un plan estratégico diseñado en 1942 en plena Segunda Guerra Mundial, el que preveía la necesidad de contar dos portaaviones para el despliegue de la Flotay las necesidades de la Defensa Nacional. Ese plan fue aprobado por el decreto "S" 9006/43 del régimen militar del 4 de junio de 1943.

El barco construido en Belfast (Irlanda del Norte) fue el noveno de su tipo hecho en Gran Bretaña. Desplazaba 19.000 tn., contando con una eslora (largo) de 221,67 m., una manga (ancho) de 27,40 m. y un calado (distancia medida desde la línea de flotación de una nave y el fondo de su quilla) de 7,30m. El portaaviones estaba armado con 5 montajes dobles de cañones Bofors 40/60. Contaba con el equipamiento de turbinas Pearson de 42.000 HP de potencia que le permitían desplazarse a una velocidad de 25 nudos. Poseía una autonomía de 12.000 millas marinas en una navegación a 14 nudos. Su tripulación alcanzaba los 1175 hombres. Entró a Puerto Belgrano el 30 de diciembre de 1958.

Crisis naval

Pese a los esfuerzos de equipamiento –que los enemigos cerriles de Frondizi estimaron en el caso del mencionado portaaviones, como un intento de eliminar la presencia de aviones de la Armada en tierra– una crisis militar severa se iba a producir en la Fuerza que más antiperonismo albergaba. El contralmirante Arturo Rial^[10] que seguía en jerarquía al secretario Estévez decidió encabezar una frontal política de oposición al gobierno. Se presentó como candidato a presidente del Centro Naval –el organismo social que nuclea a los oficiales en actividad y en retiro de la Armada– y ganó los comicios con una campaña electoral centrada en su censura al frondicismo. De inmediato se propuso ejercer la posición que le ofrecía el cargo para plantear en el discurso que debía pronunciar en la cena de camaradería de las Fuerzas Armadas en ocasión de la fecha patria del 9 de julio (García Enciso, J.I. (b) 127). Antes, Rial había pedido y logrado entrevistarse con Frondizi para cuestionar designaciones que consideraba como “extremistas de izquierda”. El hecho de que el segundo de la Armada pudiera plantear directamente al Presidente sin la presencia de su superior o de funcionarios políticos cualquier tema, hablaba de la condición de la situación militar. Rial supuso que podría insistir en sus pedidos, pero ahora públicamente, con su discurso. Pero como debía entregar el texto del mismo a la superioridad y, aun cuando lo hizo 24 horas antes para tratar de evitar la reacción presidencial, fracasó en su empeño.

En esta ocasión, Frondizi suspendió la cena, dado que la Fuerza Aérea celosa por la compra del portaaviones naval estimara que ello ¡modificaría la relación de poder entre las dos fuerzas^[11] Le aplicó a Rial un arresto simbólico de 8 días. La modestia de la sanción subrayaba el poder de los militares frente al gobierno civil. La tozudez de Rial lo expresó cuando manifestó en el seno de su fuerza, que su eventual

designación aunque fuera temporal, en el estratégico cargo de Comandante de Operaciones Navales, no lo inhibiría de generar un episodio de rebelión. Debió pasar a retiro.

Pozo en el aire

Luego de la desafortunada manifestación de Rial, Frondizi enfrentó -con menos suerte- una actitud reactiva de los altos mandos de la Fuerza Aérea que se negaron a aceptar la decisión del jefe de la Fuerza de reincorporar al servicio activo, al ex ministro de Aeronáutica durante la libertadora, comodoro Julio César Krause. El temor de los mandos era que Huerta pudiera reconvocar no solo a Krause sino también a otros oficiales que habían sido dejados cesantes por su actuación durante el peronismo. Pese a que Huerta contaba con mayores pergaminos antiperonistas que sus críticos, el bloque contra su medida fue unánime. Los pedidos de pase a retiro y las negativas a obedecer sus órdenes, como la toma del sistema de comunicaciones de la Fuerza. El presidente Frondizi cedió en la primera de sus diversas contradicciones y debilidades con los militares. Reemplazó a Huerta por el comodoro Gallina que tampoco fue aceptado por los sublevados que solo se calmaron cuando el 12 de septiembre se anunció la designación del brigadier retirado Amado Abrahin^[12]. El gobierno efectuó un proceso militar contra los rebeldes que no implicó para los juzgados la pérdida de la carrera ni de sus posiciones anteriores. Luego, desdobló el comando de la fuerza nombrando comandante en jefe del arma al brigadier mayor Manuel Alemán.

Fue también en ocasión de la crisis aeronáutica que Aramburu fuera convocado por el gobierno a una de sus acciones que se harían clásicas luego de su abandono de la Presidencia: llamar

al diálogo, censurando a los militares “planteístas”, pero criticando al Gobierno al atacar los nombramientos de funcionarios que también eran censurados por los rebeldes de todas las armas. El carácter de las reacciones civiles y militares por esta crisis nacida de causas menores pudo medir el espíritu de los críticos. El brigadier Merardo Gallardo Valdés iba a decir en un discurso por el aniversario de la libertadora que “hemos asistido con estupor en la pasada semana a un verdadero intento de desintegración de la aviación militar”. Nada menos. En 1963 iba a ser nombrado, pese a estos antecedentes o quizás por los mismos, como titular de la SIDE por el presidente Arturo Illia. (No sería un buen guardaespaldas del mandatario afiliado a la UCRP). Un destacado político radical -conocido participante en el bombardeo de la Plaza de Mayo en 1955- como Miguel Ángel Zavala Ortiz (también en 1963, ministro de Relaciones Exteriores de Illia) proclamaba exaltado en esa misma jornada: “No se puede escapar a una dictadura en marcha. En cambio, cuando se está en vísperas de una dictadura se puede evitarla. Es por eso que no necesitamos militares ni civiles que esperen a mañana para venir a decirnos que estamos en un estado totalitario... ¿Cuál es la legalidad cuyo acatamiento se nos recomienda? ¿Acaso la legalidad de la incertidumbre? ¿Alguien está seguro? ¿Existe un ciudadano que se siente tranquilo? ¿Saben el general, el almirante o el brigadier si mañana continuarán en los mandos?” (Rouquié, A. 1982:165). Con semejante incitación al golpe no se necesitaba desplegar mucha agitación en los casinos de oficiales. Es lo mismo que se predicaría contra Arturo Illia, contra el peronismo de 1973 y en las pujas internas de las sucesivas dictaduras militares. En ese clima, Frondizi cedió cuando el 10 de noviembre de 1958 separó a Frigerio de su cargo como Secretario de la Presidencia, aunque lo nombró en compensación como asesor. La salida del

acusado como comunista por los gorilas fue superada en densidad política cuando al día siguiente el gobierno decretó la implantación del estado de sitio por 30 días a causa de la huelga petrolera declarada por los trabajadores petroleros en Mendoza. Dardo Cúneo, secretario de prensa del nuevo gobierno, proveniente del socialismo, había anunciado la creación de cuatro secretarías dependientes de la Presidencia de la República: de Enlace y Coordinación, a cargo del coronel Juan Enrique Guglielmelli^[13]; Ejecutiva, encabezada por Samuel Schmukler; Técnica, dirigida por Nicolás Babini y la que políticamente explosiva, la de Relaciones Económico Sociales, bajo el mando de Rogelio Frigerio, el más influyente asesor del Presidente. Se anunció el día 23 que dos días antes barcos de la Armada localizaron y atacaron a un submarino desconocido en Golfo Nuevo.^[14]

Bombas y torturas

Una bomba estallaba el 4 de junio en las manos de Mario René Sobrino, afiliado de la Asociación Obrera Textil, en tanto que el día 21 había sido atacado con otro explosivo la sede del Comando Táctico Peronista, también en la ciudad de Buenos Aires. Eran las primeras expresiones de un proceso que se desarrolló en los dos años siguientes.

El día 10 de junio, el juez Oscar Hermelo desestimó la denuncia de torturas formulada por José Espejo, ex secretario general de la CGT.

El 11 de junio, fue promulgada por el Ejecutivo la nueva Ley de Ministerios que estableció 8 ministerios y 12 secretarías de Estado. El día 16 de junio un avión de caza Gloster Meteor de la Fuerza Aérea cayó en General Rodríguez, provincia de Buenos Aires, produciéndose la muerte de su piloto.

El día 26 de junio, el Senado derogó los decretos 4161, 22490, 42589 y 7107 de 1956 dictados por la dictadura libertadora, que prohibían la propaganda peronista, y establecían inhabilitaciones a políticos y gremialistas justicialistas. Fue una de las pocas promesas al peronismo cumplidas por Frondizi. El día 27 de junio el Senado también derogó la ley vieja 4144, llamada de Residencia, que permitía la expulsión de extranjeros en trámite sumario.

El día 8 de julio, el presidente Frondizi dirigió un mensaje a las FFAA y el día 10, abogados de la UCRI criticaron a sectores de las FFAA que estarían en "una burda conjuración de fuerzas regresivas, encaminada a entorpecer la obras de reconstrucción nacional", una denuncia en contra de los sectores más gorilas de las Fuerzas.

Se produjo un fuerte conflicto con las asociaciones de médicos por la falta de acuerdo en los montos de los aranceles profesionales. Estalló un conflicto en los Tribunales por la remoción de algunos magistrados.

El 11 de julio Frondizi, en procura de un difícil acercamiento, almorzó con los mandos de la Armada en el crucero "General Belgrano", nave insignia de la Armada.

El 23 de julio el gobierno anunció que había firmado compromisos con empresas de los EEUU para la explotación petrolera. Dos días después, el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires, anulaba las ordenanzas del año 1936 que otorgaron concesiones eléctricas a las empresas CADE y CIADE en la zona metropolitana de la ciudad.

El 7 de agosto, Argentina y Uruguay anunciaron una delimitación de jurisdicción en el río Uruguay y el 12 de este mismo mes, la Cancillería "afirmaba" la soberanía argentina sobre la isla Snipe, al sur de Tierra del Fuego, produciéndose una protesta chilena. El día 22 de agosto se levantaba la huelga médica, promulgándose la ley de estabilidad de la profesión médica en el sector público, aunque el conflicto se reanudó poco después.

Una nueva ley de asociaciones profesionales comenzó a regir el día 26 de agosto, otro de los puntos de compromiso del Pacto de Caracas que Frondizi cumplió y los mandos militares más cerriles rechazaron con fervor.

Los contratos petroleros

El día 29 de agosto el gobierno envió al Congreso el proyecto de ley sobre política petrolera que modificó las propuestas electorales estatistas y nacionalistas del candidato presidencial Frondizi, por otras privatistas y abiertas al capital extranjero. Firmó a partir de entonces convenios con empresas extranjeras, sobre todo norteamericanas que despertaron el rechazo de la oposición más diversa.^[15]

El líder de la UCRP, Ricardo Balbín acusó al gobierno el 1 de septiembre de inspirar rumores de golpes de estado, la misma acusación que los oficialistas de ese momento lanzaron contra la presidencia radical de Arturo Illia.

El día 6 de septiembre, el Ejército pasó a ejercer el control de la ciudad de Córdoba, luego de un motín policial producido a raíz de una investigación para determinar quiénes habían sido los responsables de una huelga en la repartición para obtener aumentos de salarios.

Comenzó el conflicto "laica vs. libre" por la iniciativa de Frondizi de reformar la legislación educativa que permitió a las universidades privadas emitir títulos de grado y produjo un fuerte enfrentamiento de amplios sectores sociales con la Iglesia.

En octubre fueron prohibidas las manifestaciones callejeras por 30 días a raíz del malestar social y político vigente. El día 24 fue promulgada la reformada ley educativa universitaria, que suponía la victoria de la "libre" contra la "laica", es decir una victoria para la Iglesia Católica fue punta de lanza de todo el sector privado.

La huelga petrolera

El 31 de octubre de 1958 comenzó un fuerte paro de los obreros petroleros de YPF. El 9 de noviembre, Frondizi exhortó a los huelguistas a concluir con un conflicto que caracterizó como “formando parte de un plan de huelgas con sentido insurreccional”.

En medio de la firma de contratos petroleros con empresas norteamericanas, el Congreso Nacional aprobó el 10 de octubre una legislación de “nacionalización del petróleo”.

El Sindicato Único de Petroleros del Estado (SUPE) informaba que gestionaría el levantamiento de la fuerte huelga si fueran escuchadas sus críticas a los contratos petroleros firmados por el Gobierno con empresas extranjeras.

El Gobierno, pese a sus promesas de libertad de prensa, prohibió el 20 de octubre la propalación de temas políticos por radiofonía. El republicanismo de Frondizi, tan reputado por los apologistas posteriores a su gobierno, comenzaba a declinar. El 11 de noviembre decretó el estado de sitio en todo el país.

La movilización militar de los ferroviarios

El día 27 de noviembre, Frondizi procedió a la movilización de los trabajadores ferroviarios, un conflicto que alcanzó altos niveles de violencia: el 2 de diciembre, una manifestación de obreros del gremio fue dispersada a los tiros en el barrio de Barracas, en Buenos Aires; en tanto, 190 obreros ferroviarios se encontraron procesados ante tribunales militares. El presidente Frondizi apeló de manera frecuente a la movilización militar de los trabajadores para reprimir conflictos sindicales.

La renuncia del vicepresidente de la república

Una profunda crisis institucional fue la que enfrentó al vicepresidente Alejandro Gómez con el presidente Frondizi en el mes de noviembre de ese 1958. Gómez anunció entonces que había recibido de un oficial del Ejército de tendencia legalista, la información de que un golpe militar con apoyo político estaba en marcha. El vice, que estaba descontento con la política gubernativa donde destacaba la influencia decisiva de Frigerio, propuso al Presidente y al ministro del Interior Vítolo, comenzar a desarrollar conversaciones con fuerzas políticas opositoras a fin de separarlas del presunto complot militar en marcha. Pero Frondizi no creyó, o no quiso creer, en la posición de Gómez y lo sometió a una reunión del gabinete militar, donde el Presidente lo cuestionó y el vicepresidente se negó a brindar el nombre del militar que lo había anoticiado del presunto golpe. De inmediato, comenzaron a circular rumores en donde el protagonista civil del golpe era el propio Gómez^[16]. Presionado, el vicepresidente - aunque negoció con Frondizi la publicación de una carta del primer mandatario aseguraba la honradez política del vice- presentó su renuncia. Ésta fue aceptada el 19 de noviembre por la Asamblea Legislativa. Frondizi se libró de un opositor a su política que podía encabezar un ala de su partido y de un posible reemplazante constitucional ante un movimiento castrense triunfante.

El 4 de diciembre las empresas Esso y Shell firmaron nuevos contratos petroleros con YPF y, en la misma jornada, Frondizi envió un proyecto de ley al Congreso para proceder a extender por tiempo indeterminado el estado de sitio.

El día 6 de diciembre un intento peronista por tomar el Regimiento 6 de Caballería situado en Concordia fue desarticulado. También en diciembre de 1958, el Gobierno obtuvo un crédito de 75 millones de dólares del Fondo Monetario Internacional.

Fue fijada la veda a la venta de carne los lunes y viernes por la baja de la producción y la necesidad de exportación.

El 27 de diciembre la Unión Ferroviaria protestó por la movilización de sus afiliados. El 30 de diciembre llegó a Puerto Belgrano el recién adquirido portaaviones inglés "HMS Warrior" rebautizado como "Independencia".

En enero de 1959, el Consejo Superior del Movimiento Peronista protestaba por "el hambre y la humillación de 20 millones de argentinos".

La toma del "Lisandro de la Torre"

El 17 de enero, tropas del Ejército ingresaron al frigorífico "Lisandro de la Torre" en Mataderos (Ciudad de Buenos Aires) y desalojaron a los obreros en lucha conducidos por Sebastián Borro, cancelando así un conflicto gremial de honda trascendencia que gestó un fuerte apoyo territorial en la zona. Esta lucha marcó la ruptura total de peronismo de base sindical con el gobierno frondizista. Los trabajadores del transporte conducidos por las "62 Organizaciones" realizaron un paro, que fue levantado luego de producirse una nueva directiva de movilización militar que afectó a los conductores de colectivos y de subterráneos. En la misma jornada fue clausurado el diario oficial del partido Comunista, "La Hora", y eran allanados diversos locales del mismo partido. Era la fuerza de izquierda que había convocado a votar por Frondizi presidente.

También el 19 de enero eran movilizados militarmente los trabajadores de Transportes de Buenos Aires (TBA), el ente estatal que había sucedido a la Corporación de Transportes creada por el pacto Roca-Runciman. Se buscaba, como en los otros casos, cesar brutalmente el estadio de huelga. Fueron movilizados también los trabajadores activos y jubilados de YPF:

El día 21 de enero, mientras una ola de atentados generados por la resistencia peronista conmovía a Buenos Aires, las "62 Organizaciones" levantaron la huelga general.

El Grupo Bemberg, que fuera expropiado por el peronismo, recuperó la Cervecería Quilmes por acuerdo con el gobierno de Frondizi.

El día 29 de enero, la Secretaría de Guerra anunciaba que se había constituido un tribunal militar para juzgar la conducta del general Miguel Angellñíguez^[17], el jefe militar que encabezara las tropas leales al peronismo en Córdoba en 1955. Iñíguez fue dado de baja del Ejército.

En febrero de 1959, Frondizi regresó de su visita a Estados Unidos, la primera de un presidente argentino en ejercicio. El día 6 de este mes el ministro de Trabajo, Alfredo Allende, renunció a su cargo y fue reemplazado por David Blejer. En febrero estallaron bombas en diversos puntos de la Ciudad de Buenos Aires y fue encontrado un pequeño arsenal en la calle Montiel al 2900 de la Capital Federal. El 26 de enero, Álvaro Alsogaray, líder del derechista, pequeño y recién fundado Partido Cívico Independiente, acusaba al gobierno de "serias irregularidades en el manejo de los fondos públicos". En poco tiempo ocuparía el ministerio de Economía en el gobierno que destrataba.

En marzo continuaba el accionar de la resistencia peronista: una bomba en el ferrocarril Roca detenía al tren turístico "El Marplatense" que conducía a la ciudad balnearia a personalidades artísticas que concurrían al Festival Internacional de Cine. En conferencia de prensa, Frondizi afirmó que "los inversores de EEUU tienen plena confianza en Argentina". Pero el ex vicepresidente de la libertadora, almirante Rojas acusaba al gobierno de "estar aliado con Juan Perón". Frondizi trataba de frenar la ola de huelgas que no confirmaba la presunta alianza con Perón que indignaba a Rojas. Policías y bancarios en huelga chocaron por esos

días en el centro de Buenos Aires y el encuentro frontal también se repitió entre los uniformados y obreros textiles.

En Córdoba, la fábrica de automotores Industrias Kaiser Argentina (IKA) fue paralizada por el cese de tareas de sus empleados que protestaban por el cese temporario de 3 mil de sus trabajadores. En abril, el gobierno de Frondizi no la pasaba mejor: se produjeron manifestaciones que llegaban hasta la formación de barricadas y el incendio de 50 automóviles por el aumento en las tarifas de la nueva empresa eléctrica SEGBA (Servicios Eléctricos del Gran Buenos Aires) que unificaba como sociedad anónima estatal a las descalificadas y disueltas CADE y CIADE. El enemigo externo intentó ocupar otra vez el centro de la escena: se renovaron los rumores acerca de la reaparición de no identificados submarinos extranjeros que la Armada no alcanzaba, empero, a detener.

El 14 de abril el gobierno ordenaba a la Policía Federal que ocupara las sedes de los gremios bancarios y de seguros. El 14 y el 15 los empleados bancarios se declararon en huelga por tiempo indeterminado.

Pese a que los diarios informaban diariamente acerca de presiones militares sobre el gobierno frondicista, el Secretario de Ejército, general Solanas Pacheco declaraba que la fuerza no estaba politizada. El mes de abril cerró con otra noticia política represiva: el partido Comunista, que apoyara un año atrás la candidatura presidencial de Frondizi, fue prohibido por decreto que llevaba la firma de éste en otra drástica manifestación anti democrática porque el PC era opositor al gobierno y participante de luchas sindicales, pero no planteaba ninguna insurrección ni lucha armada. Estaba dentro del sistema. Frondizi, que había sido abogado del Socorro Rojo Internacional y había sido acusado de "comunista" por sus más reaccionarios opositores militares, canceló la legalidad del partido que se suponía protegía.

El 1 de mayo, Frondizi realizó su primera apertura de las sesiones del Congreso con un discurso donde en el espacio de Defensa volvió a ensalzar a las FFAA que "cumplieron el compromiso que habían contraído ante el pueblo (...) y entregaron el poder". Agregó también esa "fue una actitud honrosa para el prestigio del país y de ejemplar trascendencia para la causa de la democracia en América". Frondizi creía que las Fuerzas "colocaron sus armas al servicio de la Constitución Nacional". Poco tiempo faltaría para que se demostrara que ello, sencillamente, no era cierto. En ese mensaje Frondizi les agradecía cuando aquellas "actuaron para servir a la ley y al orden cuando éstos se vieron amenazados". Es decir, cuando fueron utilizadas para reprimir protestas sindicales y políticas.

El 11 de mayo, el Ministerio de Trabajo exhortaba a los bancarios a levantar la huelga. En la misma jornada, jefes y oficiales de la brigada de Paracaidistas de Córdoba fueron arrestados por objetar el nombramiento de un comandante.

Los desarrollistas continuaban siendo apartados del Gobierno que, conducido por Frondizi, se sometía a las presiones de la derecha liberal. Rogelio Frigerio, que había sido nombrado asesor de la Presidencia, renunciaba también a éste cargo. Abandonaron también de los elencos oficiales el canciller Carlos A. Florit y los secretarios de Comercio, José Carlos Orfila; de Finanzas, Antonio López, de Transportes, Alberto López Abuin y de Agricultura y Ganadería, Bernardino Horne.

El gobierno, enrolado en plena acción represiva, denunció el 2 de junio de 1959 a través del ministro Vítolo, un plan para perturbar el orden organizado conjuntamente por peronistas y comunistas. En esa línea, Frondizi declaraba "persona no grata" a Boris Popov, ministro plenipotenciario de Bulgaria, acusado de tener en su casa un transmisor clandestino de radio.

Otra vez, el ministro del Interior debió desmentir, con escasa convicción, la firma de un pacto entre Perón y Frondizi previo a

la elección del 23 de febrero de 1958. Lo hizo el 11 de junio después que los dirigentes peronistas Rodolfo Arce, Enrique Torres y Alberto Manuel Campos sostuvieran lo contrario en un reportaje por la radio Rivadavia de Buenos Aires, la emisora con más audiencia en el país, donde leyeron el documento suscripto por Perón, Frondizi, Cooke y Frigerio. El 14, Frondizi, declaraba -melodramáticamente- "ante Dios y la Historia que "el documento del pacto es falso". Aunque la Cámara de Diputados votaba en esos días, por la mayoría de la UCRI, que no había existido pacto preelectoral entre Perón y Frondizi, pocos le creyeron.

La resistencia peronista continuaba actuando y colocaba una bomba en el Panteón Naval de la Chacarita.

La crisis política se convirtió en otra crisis militar. Diversos jefes del Ejército encabezados por los generales Raúl Poggi, comandante del Tercer Ejército y Florentino Yornet, de la Primera División Motorizada, reclamaron la renuncia del subsecretario de Ejército, el coronel Manuel Ramón Reimundes, a quién se sindicaba como el conductor de una nueva logia militar, "El Dragón Verde". Reimundes la presentó el 16 de junio y fue reemplazado el 17 por el general Rosendo María Fraga^[18].

El día 22 de marzo presentaron su renuncia todos los ministros y fueron confirmados los de Relaciones Exteriores e Interior y los secretarios de Ejército, Marina y Aeronáutica. En un giro copernicano de su política, Frondizi nombró el 25 de junio de 1959 ministro de Economía, a Álvaro Carlos Alsogaray^[19], el empresario que pidió la baja del Ejército en enero de 1945 desde su grado de capitán, habiendo sido abanderado del Colegio Militar.

Justo Villar pasó de la cartera de Obras Públicas a la de Defensa, cargo que ocupó hasta casi la finalización del mandato presidencial de Frondizi. El general Solanas Pacheco fue confirmado como secretario de Ejército, el almirante Estévez en Marina y el comodoro Ramón A. Abrahin en Aeronáutica.

Alsogaray anunció un plan de estabilización económica, lo que no impedía que Frondizi enfrentara una nueva crisis militar. Cesó Solanas Pacheco como secretario de Ejército y asumió su posición provisoriamente el hasta entonces subsecretario Rosendo María Fraga. El presidente levantó las movilizaciones de los obreros del transporte y petroleros para enfrentar el planteamiento de los sectores gorilas castrenses. El 1 de julio fue nombrado Secretario de Ejército el general Elbio Leandro Anaya^[20]. En el "planteo" que produjo los cambios mencionados se destacaban el general Arturo Ossorio Arana, el golpista libertador de Córdoba, que acusaba al gobierno del pecado más citado por los gorilas: su presunta alianza con el peronismo. Ossorio Arana se rindió el 7 de julio y el 9 lo hizo Toranzo Calderón. El 2 de julio, el gobierno nacional emitió un comunicado de 9 puntos en que reclamaba apoyo popular contra un golpe de estado. El día 3 de julio el almirante Rojas desafió a duelo al diputado Roberto Galeano (UCRI) por haberlo acusado de conspirar con el general Ossorio Arana. Al día siguiente, el ministro del Interior Vítolo, reforzó la denuncia de Galeano y señaló a los generales Emilio Bonecarrere, Toranzo Montero y Martín Osvaldo Cabanillas^[21], a los oficiales Desiderio Argentino Fernández Suárez^[22], José de la Vega, Alberto Manuel Mingote^[23] y a los civiles Carlos Rojas (hermano del almirante) y Jorge Eduardo Grosso de ser responsables de conspirar contra el gobierno.

Se desató una fuerte crisis en la Armada porque oficiales rebeldes reclamaron el retiro del Secretario de la Fuerza, vicealmirante Estévez y aunque se intentaba, por parte del gobierno, de describir el incidente como "rumores de prensa", el contralmirante Alberto Vago fue nombrado Comandante de Operaciones Navales; ello provocó el retiro de doce almirantes. El Secretario Estévez fue obligado a renunciar. El presidente nombró en su reemplazo al almirante (retirado) Gastón Clement. El

contralmirante Jorge Enrique Perren fue designado para reemplazar a Vago como comandante de operaciones navales. La crisis continuó y Vago fue reinstalado en el cargo.

Los metalúrgicos iniciaron el día 21 de julio una huelga general y diversos atentados terroristas generados por la resistencia peronista se produjeron en diversos lugares del área metropolitana de Buenos Aires.

El 5 de agosto, el diputado Horacio Domingorena, que adquirió notoriedad por haber impulsado el artículo 28 de la ley universitaria que favorecía a las entidades privadas del sector, reiteró su denuncia de una (muy improbable) conspiración de Gran Bretaña, Brasil y Rusia para interrumpir el orden constitucional del país. En Tucumán fue muerto en disturbios callejeros un hombre. Fueron detenidos durante una huelga en apoyo a los cañeros dirigentes de las 62 Organizaciones peronistas. En ese mismo mes de agosto varias bombas estallaban en Buenos Aires.

En una reunión desarrollada el 18 de agosto, Frondizi aseguraba a 300 oficiales de las FFAA que en las elecciones de marzo de 1960, el peronismo no participaría porque el Gobierno impediría su intervención en las mismas; que el comunismo permanecería fuera de la ley y pidió que los temas de reclamo de las FFAA se dirijan directamente al gobierno.

Las 62 Organizaciones gremiales peronistas acordaron con las 19 sindicales comunistas, una acción común contra el gobierno. En Buenos Aires una bomba estallaba en una confitería y provocó un muerto: fueron detenidos el ex legislador peronista Benito Atilio Moya y Luisa Teresa Aráoz de Lamadrid.

Los movimientos de Toranzo Montero

En septiembre de 1959 se produjo una grave crisis militar. A raíz de lo que se denominó en la época "planteo militar" (es decir, un reclamo anticonstitucional y bajo la forma de presión por las armas), el general Carlos Severo Toranzo Montero, comandante en jefe del Ejército, fue relevado de su cargo por el secretario de Ejército, general Anaya. A la jornada siguiente fue nombrado como reemplazante de Toranzo Montero, el general Pedro Francisco Castiñeira^[24]. Toranzo Montero, apoyado telegráficamente por 14 generales, resistió su desplazamiento e instaló su propio comando en la Escuela de Mecánica del Ejército en Parque Patricios (Ciudad de Buenos Aires). Pero pese a la disposición de importantes fuerzas militares, especialmente los blindados acuartelados en Campo de Mayo, resueltas a reprimir a los rebeldes, el presidente Frondizi dio marcha atrás. Hizo renunciar al general Anaya y lo reemplazó por el general (retirado) Rodolfo Larcher^[25]. Repuso a Toranzo Montero en su cargo anterior brindándole la victoria política. La radio Rivadavia, simpática con los rebeldes, fue clausurada por el gobierno a través de la Policía Federal. El diario "Correo de la Tarde" de otro ex marino gorila Francisco Manrique, describió la crisis como "un lamentable espectáculo".

El 9 de agosto estallaron bombas en el ferrocarril Belgrano. Se produjo una ola de rumores acerca de descontento en la Fuerza Aérea.

La agitación obrera generó en este mes una dura situación sindical porque a la huelga metalúrgica se sumaron otras de 90 sindicatos que criticaban acerbamente la política económica del presidente Frondizi y de su ministro Alsogaray. Como resultado de los conflictos fueron detenidos 800 delegados gremiales metalúrgicos en otra manifestación de pluralismo frondicista.

El 5 de octubre la Argentina y Chile firmaron un acuerdo acerca de límites. Frondizi viajó a Córdoba para la clausura del VI Congreso Eucarístico de la Iglesia Católica en la Argentina.

Las FFAA rechazaron un proyecto del diputado radical del pueblo Agustín Rodríguez Araya reivindicatorio de Juan Domingo Perón, en tanto que otra denuncia acerca de la aparición de un submarino en Comodoro Rivadavia tenía presencia en los medios y en la Cámara de Diputados. Se trataba de cíclicas operaciones de la inteligencia naval para mantener un clima de tensión y aludir así a amenazas de origen comunista, presumiblemente de la URSS, o de países vecinos a la Argentina, las cuales incidían en presionar al gobierno para tomar medidas preventivas y represivas.

El 24 de octubre de 1959, el cardenal Antonio Caggiano asumía como arzobispo de Buenos Aires, iniciando un período clave del conservadurismo católico en el país al constituirse en la máxima jerarquía eclesiástica.

En el marco de la convocatoria a elecciones de diputados nacionales para marzo de 1960, el ministro Vítolo explicaba el pedido del gobierno de disolución del partido Justicialista como necesario porque su existencia amenazaba al país con episodios de "consecuencias imprevisibles". Otra manifestación democrática del frondicismo justificada por la "desestabilización" que provocaba el peronismo.

Frondizi afirmó en conferencia de prensa realizada en Montevideo el 13 de noviembre que en la Argentina se habían producido más de 300 atentados terroristas en pocos meses. Pocos días después, el general Aramburu afirmaba que no sería candidato a presidente en los siguientes comicios presidenciales. El 20 de noviembre el gobierno anunció que investigaría "planes subversivos" que habían sido detectados.

El Uturunco en acción

El 25 de diciembre un grupo de personas uniformadas atacaba la comisaría de Frías en Santiago del Estero. Era el comando que estaba bajo la conducción del comandante "Uturunco" y un sub jefe "Segundo". Robaron cinco carabinas, cinco pistolas, seis revólveres y 500 proyectiles. El 3 de enero la policía de Tucumán anunciaba que había sido detenido un grupo guerrillero peronista. Se habían producido 10 arrestos, luego del ataque a la comisaría de Frías. Entre los apresados figuraba el que se asumía como el propio "Uturunco", Carlos Díaz. Sin embargo, el verdadero "Uturunco" era El Gallego Mena que fuera luego detenido y condenado a siete años de cárcel, pero tres años después escapó del hospital penitenciario de Chaco (Guerrero, A.2009: 103). Esta se convertiría en la primera acción guerrillera de significación en la Argentina del siglo XX y quedó enmarcada tanto en la resistencia peronista como en la "guerra revolucionaria comunista" que las FFAA comenzaban, sobre todo el Ejército, a constituir en doctrina de guerra. Pero todavía el nivel de aquellas acciones no convocaban a la intervención directa de las FFAA que iban a ser, en cambio, empleadas intensamente en la represión de conflictos protagonizados por obreros y diversos sectores de trabajadores.

El panorama gremial era serio. El 31 de diciembre de 1960 se había producido un paro de transportistas por 24 horas. El Correo pedía al público que enviara menos cartas debido al trabajo a reglamento que regía desde antes de Navidad. Cinco delegados de la Confederación General de Empleados de Comercio cumplían 10 días de huelga de hambre y eran internados el día 12 de enero por orden militar.

Represión y Conintes

La aplicación del estado de sitio en noviembre de 1958 implicó el reconocimiento de que se había iniciado la segunda etapa de la resistencia peronista. La primera habíase desarrollado durante la vigencia de la revolución libertadora y se interrumpió a partir de instancia electoral abierta para 1958 y cuya culminación fuera la elección de Frondizi a partir del pacto entre Perón y el candidato victorioso. Las causas fueron el desarrollo de una política económica de apertura al capital extranjero, de incremento de las ganancias empresariales y de represión ante la reacción social y política de los sectores populares.

El desarrollo de acciones represivas por parte del gobierno de Frondizi implicó la puesta en vigencia del CONINTES (Plan de Conmoción Interior del Estado), cuyas bases jurídicas y reglamentarias forman parte de un amplio debate histórico. "La aplicación del Plan Conintes estuvo basada en la ley 13.234 de Organización de la Nación para Tiempo de Guerra, que se apoyaba en la Doctrina de Defensa Nacional que consideraba, entre otras cosas, que el conjunto de la población debía participar en el esfuerzo de guerra" (Secretaría de Derechos Humanos (2014:10). Es decir que las base jurídicas del CONINTES parten de esta norma y tiempo y se extenderán luego hasta las previsiones tomadas por las dictaduras de 1966-1973 y 1976-1983, y muy especialmente por ésta última, para enfrentar las acciones militares y civiles emprendidas contra los regímenes de fuerza o excepcionales.

Ramón Torres Molina^[26] afirmó que la ley 13.234 "no emplea la sigla CONINTES o la expresión conmoción interior del Estado, que aparecen en directivas internas de las Fuerzas Armadas y en el decreto secreto (S) 9880 del 14 de noviembre de 1958 que lo instauró"(SDDHH, 2014:10). Fue entonces el mismo día en que Frondizi dictó el decreto que puso en vigencia el estado de sitio, suscribió otro - secreto- aplicando el Plan Conintes por primera vez.

La ley 13.234 fue aplicada, por primera vez, el 25 de marzo de 1951, por el gobierno peronista, en ocasión de la huelga ferroviaria producida en ese entonces. La causal, muy amplia, de “emergencias graves” había provocado la utilización de esa eventualidad contra el movimiento obrero. El hecho y la norma que lo justificó, muy criticados por la oposición a Perón en su momento, fueron en realidad replicados y ampliados por la generación del Plan Conintes, en el desarrollo de una política sistemática de los sectores populares y las organizaciones de resistencia del peronismo. La previsible normatividad de un Estado moderno se aplicó aquí en el marco de la seguridad interior y el control social. Para el gobierno de Frondizi, a través del Plan Conintes se ejercían las atribuciones brindadas por la ley 12.234, reglamentada por el decreto 12341/1950 (SDDHH, 2014:31-32).

Junto a estas medidas se fue desarrollando “un proceso de militarización de las organizaciones de seguridad y de información e inteligencia del Estado por medio del cual, las Fuerzas Armadas, fueron controlando y ocupando estos organismos” (Saín, Marcelo en SDDHH, 2014:37).

La Coordinación de Informaciones del Estado (CIDE) se había transformado, reorganizada y purgada por la revolución libertadora, en la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) en enero de 1956. Actuó de manera intensa durante el frondicismo, tanto en la represión a la oposición de la resistencia peronista y cualquier forma de oposición popular, como en acciones de “guerra psicológica” en contra del propio gobierno (Saín, Marcelo, La Casa que no cesa, octubre 2016).

Además de la intervención en contra de la huelga petrolera que se desarrolló frente a la privatización que implicaba la firma de los contratos petroleros con empresas privadas extranjeras, el gobierno movilizó a los trabajadores ferroviarios el 27 de noviembre de 1958 y pocos días después saltó a otra etapa

del enfrentamiento. Otras aplicaciones del Conintes fueron la ya mencionada sobre los trabajadores del Frigorífico "Lisandro de la Torre" de la ciudad de Buenos Aires, en enero de 1959; a los trabajadores de la empresa Transportes de Buenos Aires; a los trabajadores de YPF por medio del decreto 862/1959. Al mismo tiempo se dictó el decreto 863/1959 por el que se declaró zona militar los partidos de Berisso y Ensenada y la ciudad de La Plata, los que pasaron a depender del comandante del Área Naval Río Santiago. El decreto 889/1959 estableció que la zona de Dock Sud, fronteriza con la ciudad de Buenos Aires quedaba sometida a la jurisdicción de la Secretaría de Aeronáutica y de la Prefectura Naval Argentina.

En junio de 1960, el ministro de Defensa, Justo Villar expuso en la Cámara de Diputados las condiciones que llevaran al dictado y aplicación del decreto (S) -o sea secreto- 9880/1958. "Entre los elementos de mayor peso, se consignaban el incremento de las protestas y la conflictividad laboral vinculada a medidas de fuerza y actos de sabotaje que obstaculizaban la producción. El aspecto más significativo de la exposición del ministro radicó en la afirmación de que la declaración del estado de sitio se encontraba vinculada a la agitación gremial del período. Solo mencionó de manera tangencial una serie de atentados cometidos contra edificios de las Fuerzas Armadas y domicilios particulares de jefes y oficiales a partir de mayo de 1958 hasta marzo de 1960. En éste último caso, sólo se hizo mención del atentado a la planta Shell-Mex de Córdoba el 16 de febrero de 1960, atribuido a un sindicalista de la UOM, y se mencionó otro dirigido al mayor David René Cabrera^[27] el 12 de marzo de 1960" (SDDHH, 2014:50).

Se aplica el Plan Conintes

El 13 de marzo de 1960 se dictó el decreto 2628/1960 que puso en ejecución pública en todo el territorio nacional el estado de "conmoción interior del Estado establecido en el mencionado decreto (S) 9880/1958. Por ello se establecía que las respectivas secretarías de Estado de las Fuerzas Armadas ordenaran la ejecución del Plan Conintes y se hiciera efectiva la subordinación de las policías provinciales a los respectivos comandos establecidos por dicha norma.

El 15 de marzo se dictó el decreto 2639/1960 sobre "Represión al Terrorismo" como se lo conocería luego. Allí "se establecía que ante los reiterados actos de terrorismo que ponían en riesgo la seguridad pública, el Poder Ejecutivo se había visto obligado a prolongar el estado de sitio adoptando importantes medidas de carácter militar" con el objeto de frenar esa acción terrorista, la cual se intentará continuar desarrollando, cada vez en más vasta escala" (SDDHH, op. cit.: 51).

En los considerandos del decreto se señalaba que "la Constitución Nacional acuerda al Congreso y al Presidente de la Nación los denominados "poderes de guerra" reglados en el Código de Justicia Militar y en otras leyes correlativas". Bajo el Conintes, las personas quedaban sometidas a la jurisdicción militar y por ello, sujetas a las sanciones del Código Militar, del Código Penal de la Nación y de varios artículos de las leyes 15.276 y 13.985. Se planteaba la constitución de Consejos de Guerra que aplicarían el procedimiento sumario previsto en el artículo 503 del Código Militar (SDDHH; op.cit:51). La militarización de la represión se puso en desarrollo de manera sistemática y se intentó justificar jurídicamente en la presidencia de Frondizi, profundizando ese dramático rol represivo contra el movimiento obrero y popular encomendado y asumido por las Fuerzas Armadas.

Un memorándum interno producido por la Secretaría de Ejército el 1 de julio de 1960 dirigido al Presidente de la Nación se

mencionaba que "tanto en los considerandos como en la parte dispositiva de los tres decretos que tratan del Conintes, se ha mantenido con toda nitidez una línea de conducta en el sentido de que el empleo de medidas jurídicas extraordinarias como la subordinación de las policías provinciales, la orden de crear Consejos de Guerra Especiales, debe ser efectuado dentro del orden constitucional" (SDDHH, op. cit.:52). La contradicción del liberalismo con la democracia quedaba subrayada en esta argumentación presuntamente justificativa del grave camino emprendido, precisamente, por los atentados cometidos contra la Constitución, lo que había incluido en 1956 la derogación por decreto de la versión reformada en 1949 de la Carta Magna. De manera mucho más clara, lo expresaba el general Toranzo Montero en su comunicado Nro. 3 del Plan Conintes, en el que a consecuencia del atentado cometido contra la destilería Shell-Mex afirmaba que "el Comandante en Jefe del Ejército informa al país sobre nuevos resultados obtenidos hasta ese momento en el cumplimiento de las misiones recibidas por el Ejército en el marco de las Fuerzas Armadas, para salvaguardar a la Nación contra el terrorismo desatado por la más vasta organización delictiva registrada en los anales de la República con la finalidad insurreccional cuyo objetivo es la creación del caos social y luego la conquista del poder del Estado para restablecer el régimen totalitario llamado "peronismo", derrocado en su hora por la Revolución Libertadora"(SDDHH, op. cit:52). El secretario de Guerra, Rosendo Fraga, afirmaba, en una conferencia de prensa, un mes y medio después de este comunicado de Toranzo Montero, luego del intento de toma del R-11 en Rosario que "ha sido un episodio lamentable por la muerte de dos conscriptos y un suboficial y ha demostrado que queda plenamente justificada la preocupación de los altos mandos, que señalaron la existencia peligrosa del comunismo y del

peronismo, utilizado por aquél". El analista castrense Rosendo Fraga, hijo del general homónimo, escribió que "en esta última afirmación de que el peronismo era utilizado por el comunismo, hay un matiz diferente en la concepción que expresara un mes y medio antes Toranzo Montero en el "memorándum", ya que en éste se ponía en un mismo nivel de amenaza a ambas expresiones" (Fraga, R. op.cit.:178). Es ésta una afirmación discutible porque el general Fraga señala la "existencia peligrosa" tanto del comunismo como del peronismo. Tanto uno como otro, con la diferencia que el segundo habría sido utilizado por el primero. ¿De qué manera? ¿Por una alianza política -que no existía-; ¿por un método táctico? El comunismo argentino rechazó, siempre vinculado a los lineamientos del centro de Moscú, la estrategia de "guerra popular", no encabezó ninguna tentativa de insurrección y calificó de "comandismo pequeño burgués" o conceptos similares, las tentativas concretas de acción armada realizadas entre 1955 y 1973. Solamente una cerrada visión maccartista podía brindar al comunismo semejante poder como para poder manipular tan groseramente al peronismo. Pese a los intentos por mejorarlo, ese era el desgraciado nivel de los altos mandos militares de la época y del complaciente gobierno frondicista, tan elogiado por la supuesta condición de estadista de su conductor.

El 1 de mayo de 1960, Frondizi en su mensaje de apertura de las sesiones del Congreso, Frondizi adulaba a las FFAA de las que decía que "se constituyen en la columna vertebral que sustenta el orden, la paz interior y la cohesión nacional. Esto lo han comprendido las fuerzas armadas y por ello me satisface afirmar que en la Argentina, la promoción del caos y la anarquía chocan con la indeclinable vocación nacional de las FFAA". Luego para justificar su propia política aludía a la necesidad de modernizar a las FFAA, señalando que su única posibilidad

“es la de lograr el desenvolvimiento integral de nuestras riquezas. Sin autoabastecimiento petrolífero, sin energía eléctrica, sin acero, sin petroquímica, sin industria pesada, sin caminos y medios de transporte, sin alta investigación científica, no puede existir auténtica defensa nacional en la era moderna” (Fraga, R. M., op. cit.: 618-619). Era una verdad de Perogrullo. Lo cierto fue que nunca la oposición militar a su gobierno lo fue por la participación del capital extranjero en la economía, sino debido a la obsesión castrense, vigente en el seno de las instituciones armadas y caldeada por las fuerzas políticas ultra-liberales (gorilas) y la prensa liberal-conservadora, por la “infiltración” comunista y la supuesta vigencia de acuerdos con Perón.

Con la ratificación de la existencia del Pacto de Caracas para la elección presidencial de 1958, una movida que provenía del campo de sus adversarios, creció la furia antifrondicista. Dos generales, Raúl Poggi^[28] y Florencio Yornet^[29] presentaron el 15 de junio al secretario Solanas Pacheco un petitorio de tres puntos: el fin de la movilización de los trabajadores ferroviarios que los militares consideraban que los desprestigiaba; la averiguación acerca de la autenticidad del pacto Perón-Frondizi y la destitución del sub secretario de Ejército, coronel Manuel Reimundes. Este era considerado, pese a sus antecedentes antiperonistas, el líder de una logia, el “Dragón Verde”, que supuestamente procuraba vinculaciones con el peronismo sindical a través del gremialista Andrés Framini. El planteo fue rechazado por Solanas Pacheco que relevó de sus mandos a los dos generales.

Según apuntó irónicamente García Lupo, Reimundes “intentó repetir la trayectoria de San Martín y también organizó la Logia en Londres. El “Dragón Verde” se constituyó fundamentalmente con los oficiales jóvenes en actividad que se comprometieron en la tentativa insurreccional del general Menéndez, en 1951, y pasaron cuatro años en la cárcel o en el destierro La

versión más generalizada acerca del origen de su nombre fue que Reimundes, designado agregado militar en Londres por Aramburu, envió a sus camarada con mando de tropa una tarjeta de Navidad que mostraba a San Jorge matando al Dragón. El Dragón era verde y el saludo en la postal se convirtió en una especie de contraseña. Reimundes regresó a Buenos Aires como subsecretario de Guerra (...) entregó algunos comandos estratégicos a los miembros del "Dragón Verde". Estos no eran tantos como contrarrestar las posiciones que Aramburu habían otorgado a los miembros de la Logia "Sol de Mayo". Por eso cuando estos secundaron al comandante en jefe, general Toranzo Montero, arruinaron en pocos meses las perspectivas de Reimundes y sus dragones, que se batieron en retirada" (García Lupo, R. 2014: 73-74).

También Fraga tuvo que relevar del mando de la guarnición Córdoba al general Ernesto Cordes^[30] y lo reemplazó por su colega Roberto Grotz^[31], lo que generó el "malestar" de oficiales de la poderosa brigada de Paracaidistas que pidieron, en número de veinte, su traslado a otros destinos.

El teniente general retirado Ossorio Arana y el almirante Toranzo Calderón se presentaron en la guarnición de Córdoba buscando apoyo para las demandas de los rebeldes. Ossorio Arana dirigió una carta a Solanas Pacheco en la que afirmaba: "Usted se ha apartado de los senderos que antes nos unieron, olvidando que este gobierno está integrado por personajes creados por la tiranía depuesta, con socios del dictador y agentes del comunismo internacional" (Rouquié, A. 1982:172). No hubo respaldo para el intento, aunque un coronel de amplio protagonismo en años posteriores, Osiris Guillermo Villegas, jefe del Estado Mayor de la guarnición, pidió a Solanas Pacheco que relevara a Reimundes. Solanas Pacheco se negó y, en cambio, presentó, su propia renuncia que fue rechazada por Frondizi.

El Presidente, en lugar de perder lastre por el campo militar, profundizó su giro a la derecha: designó a fines de junio de 1959 al liberal Álvaro Alsogaray como ministro de Economía y de Trabajo para que llevara adelante su programa económico. El programa de estabilización había sido “el precio exigido a la Argentina por el Fondo Monetario Internacional y al Tesoro de los Estados Unidos para brindar la ayuda económica necesaria para resolver la crisis de la balanza de pagos” (Potash, R. 1984:400).

Este golpe de timón contó con la aprobación de Frigerio que, paradójicamente, era considerado un agente comunista por los militares más reaccionarios. Era un gesto típico de la pareja Frondizi-Frigerio que estimaba que los giros políticos, represivos, sociales y económicos hacia la derecha se justificaban en función de la realización del programa desarrollista que era, a fin de cuentas, de derecha, aunque mucho más inteligente que el de sus atrasados adversarios de ese campo.

La salida de Solanas Pacheco

El cambio produjo otros resultados no esperados por Frondizi. El general Solanas Pacheco, cansado de las presiones recibidas, presentó su renuncia al Presidente apenas concluyera la reorganización del gabinete que incluyó la salida de muchos frigeristas. Frondizi nombró sucesor de Solanas Pacheco el 1 de julio de 1959 a un retirado veterano, Elbio Anaya, antiperonista y distante de los recientes conflictos. Pero el nuevo secretario no procedería de manera eficaz al nombrar al nuevo comandante en jefe de la fuerza, de modo que desdoblaba los cargos retenidos por Solanas Pacheco. La designación del general Toranzo Montero, aceptada con mucha prevención por Frondizi, llevó a la cúspide del Ejército al general más antiguo y seguramente al más gorila, lo que incentivó la ola de reclamos militares.

Al mismo tiempo, otra de las figuras en las que confiaba Frondizi debió alejarse de la escena el 24 de julio de ese 1959. El almirante Estévez, secretario de Marina se enfrentó a su fuerza. Trató de generar un clima más favorable a sus intereses dejando el cargo de comandante de Operaciones Navales en manos del almirante Alberto Vago. Frondizi se reunió con todos los almirantes e insistió en su defensa de Estévez. En degradación de su autoridad Frondizi concurrió en persona al ministerio de Marina para encontrarse con almirantes y hasta oficiales del Ejército. Ante este grupo, Frondizi le pidió al líder rebelde Vago que se sometiera a Estévez, pero éste le respondió con insolencia suprema a su comandante en jefe: "Me niego". Por consejo de otros almirantes, Frondizi despidió a Estévez, ante la directa amenaza de una rebelión naval^[32]. Su sucesor fue un almirante retirado, Gastón Clement, de gran capacidad administrativa y destacado anti peronista y anti comunista.

En el Ejército, los nuevos nombramientos en la cumbre no despejaron el sendero, sino todo lo contrario. El nuevo comandante, Toranzo Montero, decidió desplazar a los jefes de la Primera y Cuarta División porque habían sido nombrados por Solanas Pacheco y habían contado con la confianza de éste. El secretario Anaya, su superior, rechazó la medida y el 2 de septiembre de 1959 nombró en lugar de Toranzo Montero a su colega Pedro Castiñeira. Toranzo Montero rechazó el relevo y se atrincheró el día 3 en la sede de la Escuela de Mecánica del Ejército, un cuartel relativamente cercano del edificio Libertador, sede de la cartera de Anaya. Catorce generales del área de Buenos Aires firmaron en forma conjunta su repudio al relevo de Toranzo Montero. Ellos eran: Cordini^[33], director de la Escuela Superior de Guerra; Fraga, director de la Escuela Nacional de Guerra; Hosking^[34], director del instituto Geográfico Militar; Locatelli^[35], director de Material Motorizado; Martijena^[36], director de Fabricaciones Militares; Picca^[37],

director del Estado Mayor Coordinador; Pizarro Jones^[38], director de Material del Ejército; Poggi, en disponibilidad; Sosa, titular de Regiones Militares; Federico Toranzo Montero^[39], director del Servicio de Remonta y Veterinaria; Villamil^[40] Director de Ingenieros; Yornet, en disponibilidad y Zenarruza^[41], Cuartel Maestre General del Ejército (Potash, R. (1984:422).

El Gobierno, a través Anaya, contaba con los tanques de la poderosa Guarnición de Campo de Mayo, el grupo de Artillería de Ciudadela y el regimiento de Granaderos a Caballo. Toranzo Montero conformó un dispositivo que, con armas antitanques tomadas del vecino Arsenal de Guerra, dispuso en las estrechas calles cercanas a la Escuela de Mecánica a tropas de infantería que se le habían plegado. La Fuerza Aérea se mantuvo leal al gobierno y con posibilidad de reprimir a los sublevados, pero la Marina, estaba más cercana a los rebeldes que a los leales.

Fronzizi estuvo rodeado de consejos militares contradictorios. Entre los militares cercanos el coronel Guglielmelli creyó que era imprudente hacer ingresar los tanques de Campo de Mayo a la ciudad -estaban detenidos en San Isidro- dada la dificultad del eventual combate de los blindados en campos de batalla estrechos. El mayor Alberto Garasino^[42] opinó lo contrario porque estimó que los 500 hombres atrincherados en la Escuela de Mecánica no podían constituir una amenaza.

Fronzizi decidió una vez más negociar. Llamó a su amigo el general retirado Rodolfo Larcher^[43] y lo utilizó como mediador para convocar a Toranzo Montero a la Casa Rosada, en el marco de una tregua. Toranzo Montero ingresó a la sede presidencial con un papel blanco en la mano como penosa bandera de parlamento. Luego de que el jefe insurrecto afirmara, como en muchas revueltas pasadas y futuras, que su propósito no era derrocar al gobierno, Fronzizi dio marcha atrás: nombró a Larcher, secretario de Guerra y restituyó a Toranzo Montero en su cargo.

La victoria militar sin combate de Toranzo Montero fue la derrota política del Presidente que perdió su autoridad como Comandante Supremo de las FFAA. El jefe del grupo de Artillería de Ciudadela que era leal, el coronel Juan Francisco Guevara [44], antiguo partidario y estrecho colaborador del general Lonardi y un nacionalista católico fervoroso, escribió luego de los acontecimientos: "El orden militar reposa en el mando y en la obediencia (...) Pocas veces nuestra historia presenta un error más grave que el cometido por el presidente Frondizi. Su obligación primera era reprimir la rebelión, máxime cuando contaba con fuerzas para ello. Pero si no se sentía capaz de hacer respetar su jerarquía y de hacerse obedecer por todos los sectores militares, no tenía otra alternativa que renunciar e irse. En aquél aciago día, Frondizi demostró no poseer esos conceptos, primarios, esenciales. Creyó que podía gobernar sin autoridad y confundió gobierno con permanencia física en la presidencia, en la cual quiso quedarse a cualquier precio"(Guevara, J. F., 1970: 128). Golpista en 1955, Guevara también lo fue en 1966 y 1976, en tanto que además funcionó como destacado ideólogo del extremo nacionalismo y tradicionalismo católicos.

Toranzo Montero logró el control de la cúspide del Ejército ordenando, con la colaboración del secretario Larcher que "todos los generales de división en servicio dentro del país excepto uno, así como tres generales de brigada debieron pasar a retiro". Todos los amigos de Reimundes y él mismo debieron pasar a retiro (Potash, 1989:427).

Con una Junta de Calificaciones de cuyos 7 miembros, 6 eran generales que habían firmado el 2 de septiembre el radiograma en protesta por la destitución de Toranzo, éste logró que un grupo de oficiales superiores que habían sido eliminados de la lista de promoción por Solanas Pacheco el año anterior fueran incluidos en los ascensos. Sin embargo, no todo tuvo el

mismo color: el por entonces desconocido nombre de Juan Carlos Onganía se encontró entre los candidatos a generales de brigada elevados al Senado de la Nación y aprobados por este cuerpo legislativo.

Para Toranzo Montero su meta como comandante era "preparar al Ejército argentino para una lucha contra los movimientos revolucionarios de inspiración comunista" (Potash, R., op. cit: 428). Su furia ciega embestía contra el peronismo en todas sus variantes y matices. Este líder castrense dibujaba el rol del Ejército con una perspectiva mesiánica que solamente se derrumbó en la Guerra del Atlántico Sur. Lo ayudaba en ello el Secretario de Guerra, general Larcher, quién afirmó, en una contundente definición militarista, el Día del Ejército celebrado el 29 de mayo de 1960, que "no hay un solo acto trascendente en la vida nacional en que el Ejército no haya jugado un rol principal. Es pues muy cierto que la Patria Argentina no es hija de la política sino de la espada" (Potash, R. op. cit.:430). Con semejantes leales, ¿para qué enfrentarse a los rebeldes?

El ultra gorilismo de Toranzo Montero

El principal rol de Toranzo Montero era político aunque él no lo reconociera explícitamente. Aspiraba a influir drásticamente en el gobierno de Frondizi. Para eso esperaba contar con el respaldo del general Larcher, el secretario de Guerra que había reemplazado al general Anaya en su cargo.

Con esa idea fija, Toranzo Montero encargó a su Estado Mayor General la redacción de un memorándum de 12 páginas donde todos los temas se desgranaban como en un Syllabus de errores. Toranzo cuestionaba todo: el fracaso en eliminar al comunismo, la continuidad de frigeristas en el gobierno nacional y en los

provinciales, la falta de dureza en la represión del comunismo, la corrupción y supuesta ineficiencia en las empresas estatales, la debilidad y errores en política económica. Nada escapaba de la dura vara del comandante en jefe y de sus asesores uniformados que no podían reconocer el rol rectificador y reduccionista del estado peronista que había emprendido Frondizi.

La presentación del memo, en el mes de octubre de 1960, que no contaba con el conocimiento de Larcher, fue enfrentada por Frondizi que continuaba peleando por permanecer en la Casa Rosada con todo tipo de maniobras. Larcher defendió la tesis de una intervención moderada de los militares en los asuntos políticos generales. Frondizi se apoyó en Larcher para respaldar a los funcionarios cuestionados por Toranzo y sus generales. El secretario tuvo que renunciar y Frondizi ofreció la cartera de Ejército al propio general Aramburu, que desde 1958 se presentaba como un oportuno mediador. Aramburu, después de llegar inesperadamente a la punta del poder político durante la libertadora, esperaba su turno para suceder por vía electoral a Frondizi y rechazó el comprometedor convite. Se sostenía como un repúblico independiente.

El general Fraga

El nombre elegido como sucesor de Larcher el 16 de octubre de 1960 fue finalmente el del general Rosendo María Fraga, un general en actividad, más joven que Toranzo Montero. Era el jefe de la guarnición de Campo de Mayo y director del Colegio Militar. Había apoyado a Toranzo durante los sucesos de 1959. Potash escribió que, como "miembro de una distinguida familia de militares y hombre de considerable atractivo personal era el individuo más apropiado para lograr el apoyo de los oficiales

que hasta ese momento habían seguido la guía del comandante en jefe "(Potash, R. op. cit.:438). García Lupo caracterizó a Fraga como un militar que "viene de familia de masones, su padre y su abuelo lo eran. La rama Fraga del Ejército son Masones (sic) de una masonería militar histórica que no empezó ahora sino que viene de muy lejos. Son masones importantes ligados al general Justo" (Brown, F. op.cit.:174).Fraga comenzó por suspender las reuniones semanales del comandante en jefe con los generales para reemplazarlas por las que él oportunamente convocara.

Año 1960

El 22 de enero se anunciaba que Perón viajaría a la República Dominicana. El 28 se informaba que se encontraba en España. El 30 de enero, el vespertino "La Razón" anunciaba la presencia de un submarino extranjero que había sido descubierto en aguas del sur. La Armada la que oficializaba la información al señalar que "ha averiado" a un submarino desconocido en Golfo Nuevo, pero la identidad y la suerte de la nave permanecieron desconocidas. El 9 de febrero fue detenido por el gobierno el director peronista nacionalista de la revista "Mayoría", Tulio Jacovella, donde Rodolfo Walsh publicara una resonante investigación sobre la acción de los servicios de informaciones, el llamado "Caso Satanovsky". Era otra manifestación democrática del ejercicio de la libertad de prensa por el gobierno de Frondizi.

Un violento atentado se produjo el 16 de febrero en la planta de destilación petrolera de Shell en la provincia de Córdoba. Se conoció una carta de Perón, enviada al dirigente metalúrgico Avelino Fernández, por la que se declaraba "traidores" a todos los dirigentes neoperonistas que fueran candidatos en las elecciones de marzo en la que estaría proscripto el justicialismo.

El 12 de marzo, una bomba mataba a Guillermina Cabrera, hija del mayor David René Cabrera, un oficial de inteligencia del Ejército, un episodio que se repetiría durante la dictadura del proceso en 1976 con la muerte de la hija del capitán Viola del Ejército.

Al día siguiente, el 14 de marzo, el gobierno de Frondizi, resolvía la aplicación del "Plan Conintes" para reprimir a la resistencia peronista.

Vítolo declaraba el 16 de marzo que "la democracia debe tener armas contra la subversión". El diario "La Razón" insistía en que las FFAA quieren medidas más drásticas que el Conintes, como la aplicación de la ley marcial. En este contexto, varias personas fueron detenidas cerca de la base naval de Mar del Plata, un tren fue descarrilado en Rosario y una bomba estallaba en el ferrocarril Belgrano.

Al reunirse con el presidente de Chile, Jorge Alessandri, Frondizi acordó con su colega que todas las disputas fronterizas entre ambos países serían sometidas al arbitraje de la Corona Británica, continuando una tradición de los gobiernos conservadores-liberales de ambos países.

El día 24 de marzo, el general Toranzo Montero anunció el descubrimiento de un amplio "plan terrorista" que atribuyó al peronismo. A los dos días el militante de la Juventud peronista, Tito Bevilacqua fue muerto en una refriega.

En las elecciones legislativas nacionales del domingo 27 de marzo de 1960, el radicalismo del pueblo obtuvo 2.091.703 votos (23,9 %), el radicalismo intransigente de Frondizi 1.792.497 (20,5 %), pero los votos en blanco lograron 2.155.532 (24,6 %).

El 1 de abril, el diario "Correo de la Tarde" anunciaba que un teniente coronel no identificado intentó un golpe nacionalista por un medio insólito: un conjunto de llamados telefónicas a diversas guarniciones militares que no produjeron los efectos subversivos perseguidos.

El 2 de abril, la Secretaría de Ejército y los jefes del plan Conintes denunciaban a Juan Domingo Perón como instigador de la campaña terrorista en desarrollo en el país.

El 6 de abril, una bomba destruyó las oficinas del empresario Otto Bemberg y moría uno de sus empleados. El 8 del gobernador de Tucumán, Celestino Gelsi (UCRI), criticó por “inhumana” a la política económica nacional del ministro Alsogaray.

El día 22, la ofensiva de la resistencia peronista alcanzó un punto alto al estallar bombas en el Departamento Central de Policía.

Dos días después, el Ejército y la Fuerza Aérea pasaron a controlar las cárceles de Córdoba en el marco de un conflicto de competencia por el juzgamiento de presos políticos. El día 29 fue la Corte Suprema de Justicia de la Nación la que ordenó devolver a la justicia civil a 7 personas detenidas acusadas de terrorismo. El 11 de mayo el conflicto se expandía porque el Informe no. 3 de las autoridades del Plan Conintes acusaba al gobernador de Córdoba, Arturo Zanichelli, del partido del presidente Frondizi, de “colaborar con la subversión”.

Estalló el día 12 una bomba en el Comité Nacional de la UCRI en la ciudad de Buenos Aires. El 14 fue embargado un avión Comet IV de Aerolíneas Argentinas en Londres por la deuda del gobierno nacional durante el peronismo al empresario Franco Gondra por 32 millones de dólares, un anticipo de acciones similares emprendidas muchos años después durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Semanas atrás el gobierno argentino había conseguido un préstamo de varios bancos europeos por 75 millones de dólares.

El 18 de marzo, el gobernador de Córdoba, Arturo Zanichelli refutaba los cargos que le hacía el Informe 3 del Plan Conintes, aunque delegaba el mando en el vice gobernador Ángel Reales. El 26 de marzo, el gobierno acusaba al ex general Miguel Ángel Iñíguez de dirigir una célula subversiva y al día siguiente

dos bombas destruían el domicilio particular de Juan Lagalaye, titular de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE). El 29 de marzo, Frondizi -reputado como "gandhiano" por sus partidarios (Gómez, A.:2004)- envió al Congreso un proyecto para aplicar la pena de muerte por fusilamiento a los terroristas. El 22 de junio, la Cámara de Diputados rechazó aprobar la iniciativa, aunque daba curso a la ley antisubversiva propuesta por Frondizi. El 3 de junio el gobierno nacional solicitó la intervención de la provincia de Córdoba. El 11 de junio la Cámara de Diputados la convirtió en ley, mientras el coronel León Santamaría fue detenido acusado de incitar a la rebelión en el curso de una conferencia de prensa.

En ese momento, Antonio Cafiero escribía en su diario personal representando el sentir de muchos peronistas moderados: "Bajo la sombra del terror otra vez. Se dicta el Plan Conintes. Miles de allanamientos y desapariciones. Confinamientos en el sur. Dormí varias noches afuera de casa. Ahora mismo no sé qué hacer (...) Luego de las elecciones que sepultan la esperanza de la rehabilitación, prosiguen las noticias desagradables del frente político: más bombas que causan muertos. Torturas a Rovira ya otros detenidos. Proféticas mis expresiones de 1954: "Ay de nosotros y del pueblo si nuestros enemigos llegan al poder. Allí yace nuestro Movimiento perseguido y acorralado, torturados sus hombres y viviendo bajo el terror quienes, a pesar de todo, no queremos aceptar la derrota definitiva. Allá lejos, en España, Perón, todavía nuestro Jefe y Líder. Y acá estoy yo, preso del dolor por la derrota, de un pasado que no volverá (...) Continúa el Plan Conintes, los presos y los torturados. Condenas militares de varios años, ¡vaya a saber qué garantías habrán tenido! Las bombas han ganado en audacia; ayer estalló una en el propio Departamento de Policía. Se han cumplido dos años del gobierno de Frondizi. Andamos cada vez peor" (Cafiero, A. 2011:254-255).

Otro peronista destacado, el sacerdote jesuita Hernán Benítez, confesor de Evita, sostuvo una polémica epistolar con Perón a propósito de los métodos de la resistencia. En enero de 1958, Benítez escribía al líder exiliado: "Anestesia el ánimo del peronismo subversivo una objeción hartamente repetida y no fácil de solventar. Perón -dice- asimiló los 300 asesinatos del bombardeo a Plaza de Mayo. Salió de ellos proclamando paz, concordia, gobierno ecuánime. Lo que no lograron los 300 asesinados en junio de 1955, ¿cómo han podido lograrlo los 30 asesinados en junio de 1956 [45], convirtiendo al pacifista legalista en belicista subversivo ? (...) En las actuales circunstancias nos da cuenta el General de que la represión no dejará sólo 30, ni sólo 300 víctimas asesinadas, sino 3.000 si no ya 30.000 ?" (Cichero, M. 1992:282.) En noviembre de 1956, Perón le escribía a Benítez: "La realidad es que la masa ha superado a los dirigentes. Este es el hecho más característico del momento actual argentino y quien no lo perciba así está condenado irresistiblemente al fracaso. Tiene la fuerza de un oleaje, tal vez lento, pero irresistible (...) Fue surgiendo "desde abajo" un estado de insurrección popular con características, modos y procedimientos inéditos en la historia nativa y cuya comprensión y proyección escapan, desde luego, a las mentes habituadas únicamente a los procesos conocidos, e incapaces de captar los hechos nuevos (...) En esta hora argentina, sólo la insurrección nacional es el hecho histórico" (Cichero, M., op.cit.:291-292).

En un documento fechado en Caracas en 1956, Perón denominó "guerra revolucionaria" al conjunto de acciones que incluían huelgas, sabotajes, guerra de guerrillas e insurrección armada y concluía que "el terror como sistema permanente conduce a la insurrección general". Pero esta orientación de la "guerra revolucionaria" no respondía a la ortodoxia "comunista" que decían enfrentar las FFAA. Según el estudioso del peronismo revolucionario

Alejandro Guerrero, "la clave de toda la relación posterior de Perón con las guerrillas peronistas: el caño, el atentado, la acción guerrillera, constituían solo una amenaza en un partido que no se organizaba para la insurrección, sino para renegociar su lugar en la política nacional"(Guerrero, A. 2009:79).

El 13 de junio de 1960 fue aplastado otro levantamiento militar en San Luis encabezado por el general retirado Fortunato Giovannoni, de orientación ultra gorila.

En ese clima, el día 15 la Policía Federal dio a conocer un amplio informe acerca de la actividad terrorista en el país.

En el curso de ese mes de junio, la Corte Suprema de Justicia falló a favor de la familia Bemberg en un juicio por impuestos que se sostenía desde la presidencia de Perón.

La policía tucumana detuvo a cuatro miembros de la organización "Ejército de Liberación Nacional".

En otra manifestación de su incesante actividad pública, el general Toranzo Montero publicitó un informe acerca de las opiniones políticas del Ejército.

El 1 de julio el fiscal Julio A. Vaca Narvaja solicitó severas penas para acusados de actividades terroristas vinculados a la resistencia peronista.

A raíz del operativo de secuestro en el país y posterior traslado a Israel del genocida nazi Adolf Eichmann por el Mosad, el servicio de inteligencia israelí, el embajador de Israel fue declarado "persona no grata" y debió salir de la Argentina.

El día 25 Frondizi inauguró el primer horno de la acería "General Savio" cuya construcción había comenzado el gobierno peronista. Cerrando las posibilidades de "pacificación", la Corte Suprema de Justicia, alineada con el gobierno, rechazó un pedido de los abogados de Juan Perón para incluirlo en la amnistía de 1958. El 22 de agosto se produjo una huelga de los obreros de Luz y Fuerza.

El contralmirante Ezequiel Niceto Vega, jefe de la Policía Federal, renunciaba a su cargo el día 8 de septiembre por comprobarse "irregularidades" en la fuerza. Lo reemplazaba un camarada de su fuerza, el contralmirante Ernesto Recaredo Vásquez. El 7 de octubre se produjo un acuartelamiento de tropas debido a un nuevo foco de descontento militar que reclamaba una más intensa política antiperonista. El 12 Frondizi afirmaba en un mensaje por cadena nacional que no renunciaría a su cargo. Pidieron su retiro el secretario de Guerra, general Rodolfo Larcher y otros 17 generales. Larcher criticó duramente al comandante en jefe del Ejército acusándolo de querer usurpar el poder. El día 14 fue designado reemplazante de Larcher, el general Rosendo María Fraga.

El 1 de noviembre, el ministro del Interior Vítolo denunciaba a un "elenco estable del golpismo". Afirmaba que no se refería a los mandos de las FFAA por lo que su alusión parecía dirigida a líderes políticos. Los comandantes de las FFAA celebraban reuniones para tratar temas de "defensa nacional".

Mientras Frondizi afirmaba que "la batalla del petróleo" no se podía librar sin capital extranjero, el día 7 se produjo un paro de 24 horas de las "62 Organizaciones" peronistas en rechazo al veto aplicado por el Poder Ejecutivo a la ley de indemnizaciones aprobada por el Congreso oficialista.

El día 13, la policía descubrió en el barrio porteño de Villa Lugano un arsenal de granadas y otros armamentos que adjudicó al grupo guerrillero "Uturunco", de la resistencia peronista. Al hablar el 23 de noviembre de 1960 sobre "El gobierno y el comunismo", Frondizi afirmaba que "el comunismo es favorecido por la violencia y la miseria".

Tres días después, el gobernador ucrista de la provincia de Buenos Aires, Oscar Alende, anunciaba su proyecto de "reforma agraria". Su ministro en el tema era el economista Aldo Ferrer.

Año 1961

En febrero de 1961, el dirigente socialista Alfredo Palacios ganó la elección de senador nacional por la Ciudad de Buenos Aires con una campaña cuyo eje fundamental era la defensa de la Revolución Cubana. Esa victoria, sucedida por otra socialista en la ciudad santiagueña de Añatuya, producida entre otras causas por el vuelco del peronismo proscrito hacia el veterano dirigente, asustó a los altos mandos militares.

En marzo de ese año de 1961, Frondizi devolvió la administración de la CGT a una conducción de peronistas conciliadores e independientes. Toranzo Montero repudió esa entrega a los “delincuentes de la dictadura” y también se opuso a que la Argentina actuara como mediadora entre Estados Unidos y Cuba. Lo consideró una posición “crudamente izquierdista”. Su colega en gorilismo, el ex vicepresidente Rojas calificó la intención mediadora del gobierno como la vuelta a la “tercera posición” de Perón.

También en marzo de ese 1961, Toranzo Montero descubrió que el secretario de Guerra ya no lo apoyaba en sus frontales intentos contra el gobierno y tampoco lo hacían el general Poggi, comandante del poderoso Cuerpo I y su propio jefe de Estado Mayor, el general Pablo Spirito^[46] (Fraga, R, op. cit.: 183 y ss).

La nueva crisis había comenzado el 13 de marzo de 1961 cuando Toranzo Montero relevó al general Edgard Landa^[47] comandante del Cuerpo III de Ejército (San Luis). La causa había sido el informe de otro general, León Scasso, comandante de la VIII División de Infantería de Montaña (Mendoza). Scasso señaló que Landa había criticado la posición de Toranzo Montero por excesivamente politizada. El comandante viajó a Mendoza y ordenó arrestar en su domicilio a Landa y relevó también a otro hombre con futuro en la fuerza, el coronel Osiris Villegas^[48], jefe de Estado Mayor de Landa. Tanto Landa como Villegas tenían la confianza del secretario Fraga. Éste, en puntas de pie, ordenó un sumario para aclarar

los hechos. El Inspector General del Ejército, general Yornet, recibió la pesada encomienda. En reuniones con los generales Fraga y Toranzo jugaron sus cartas: el primero convocó a la prudencia frente al gobierno y cantó loas al profesionalismo; el segundo insistió en los puntos incumplidos por Frondizi mencionados en el cáustico memorándum. Toranzo obtuvo una segunda reunión con Frondizi, pero mucho más dura que la celebrada para tratar el famoso memo. Fraga lo esquivó y dio a conocer el fallo de Yornet. Ocurrió que la razón se la dieron a Landa y no a Scasso. Toranzo Montero, que no era un experto en sutilezas, arremetió en otro frente y envió a relevar a jefe del regimiento 7 de infantería de La Plata a una delegación escoltada por cinco tanques. El jefe del Estado Mayor del Ejército Spirito- el segundo de Toranzo Montero- pidió el retiro en desacuerdo con el exabrupto.

En una nueva reunión con Fraga, el impulsivo Toranzo Montero insistió en la necesidad de una reunión para insistir en el planteo a Frondizi a lo que Fraga se negó. Entonces, en un gesto, impulsivo o teatral, Toranzo Montero le manifestó al secretario Fraga que renunciaba a la comandancia en jefe. Lo hizo en modo verbal, pero Fraga, después de pensarlo mucho (Potash dixit, op. cit.:441) decidió aceptarla e informó por radiograma al Ejército que asumía de manera interina la función vacante.

Entonces Toranzo Montero renunció a su renuncia verbal y se negó a presentarla por escrito, como era lo administrativamente procedente. El 23 de marzo a la noche, una notable reunión de generales con Toranzo Montero como participante se produjo en los cuarteles de la Primera División Motorizada en el barrio de Palermo (Buenos Aires). De hecho, Toranzo Montero negaba su propia renuncia que Fraga ya había comunicado al Presidente quién no podía creer en el suceso. Frondizi temía, con razón, visto su propia declinación en la rebelión anterior de Toranzo Montero que produjera la derrota del secretario Anaya, que en esta crisis ocurriría lo mismo.

Toranzo Montero instaló su comando de facto en Palermo. Minutos después la Secretaría de Guerra (Ejército) emitió un comunicado que expresaba: "A mediodía de hoy, el señor teniente general Carlos Severo Toranzo Montero, por motivos personales, puso a disposición de S.E. (es decir, Fraga) el cargo de comandante en jefe del Ejército. La decisión del citado oficial superior, adoptada con la más absoluta espontaneidad, fue aceptada por el señor Secretario de Guerra, quien asumió desde ese momento el comando en Jefe del Ejército" (Fraga, R. op.cit.:187).

Toranzo Montero buscó la colaboración de la Armada para resistir y ésta a través de los almirantes Vago y Pena se la negó. Tampoco la Aeronáutica le brindó apoyo y por el contrario trasladó los aviones Sabre de caza situados en Mendoza a la base de Río Cuarto para evitar su eventual copamiento, dado que la conducción militar de Mendoza respondía a Toranzo Montero. Así el comandante, renunciante y luego arrepentido, carecía del apoyo de las otras dos Fuerzas para exhibir ante un Ejército dividido.

En el Comando de la Primera División se produjo una escena que subrayaba el caos y la indisciplina vigentes en el Ejército. Una virtual asamblea de 300 oficiales se desarrolló en sus instalaciones a las que éstos llegaban desde distintas guarniciones, entre ellas la Brigada de Paracaidistas de Córdoba. Fraga, pese a las advertencias de sus fieles de que podría ser detenido se presentó sin invitación en Palermo a la medianoche y solo la oportuna intervención de un teniente de la guardia de la unidad que lo conocía, le permitió ingresar.

En el despacho del jefe de Palermo, general Elizondo, estaban reunidos generales y coroneles, mientras los oficiales de rango inferior se congregaban en patios y escaleras. Un testigo castrense de la reunión^[49] recordó que todos los oficiales de todas las jerarquías fueron convocados al aula "Teniente General Levalle" del edificio donde Fraga jugó sus cartas. Luego de la presentación

formal del Secretario, éste explicó que Toranzo Montero había pedido voluntariamente el retiro y desafió a éste que contradijera lo que había afirmado, lo que el rebelde confirmó sin entusiasmo. Fraga manifestó a la asamblea militar que compartía las banderas de Toranzo, pero no sus modos o tácticas. El hecho desacreditó a Toranzo y disolvió la reunión en la que el Secretario pareció contar con el acuerdo de la mayoría de los generales a los que convocó a una reunión para el día siguiente.

Fronzizi pudo firmar entonces el decreto de aceptación de la renuncia de Toranzo Montero, quién cayó sin gloria.

En la reunión de la mañana siguiente con los generales, Fraga reiteró que "mantiene las banderas y propósitos que animaran a Toranzo Montero, pero que no comparte sus procedimientos" (Fraga, R. op. cit.:190), algo que repetirá años después el general Caridi en 1987 después de destituir a oficiales carapintadas, en un mecanismo de procedimientos que parecía unificar a todas las líneas y tiempos históricos del Ejército.

Fraga se decidió por ofrecer a Fronzizi un nuevo comandante en jefe en la persona del general Raúl Poggi que era a la vez, un hombre del arma de Ingenieros y también Ingeniero Militar (OIM) que es la opción paralela a la de Oficial de Estado Mayor de capacitación en los niveles superior de la Fuerza. Poggi había trabajado mucho en Fabricaciones Militares y con la libertadora se había alineado con el antiperonismo castrense más neto. "El general Poggi fue uno de los oficiales predilectos de Juan Perón; su adhesión al peronismo le ha golpeado la cara más de una vez y el abogado Roberto Olejaveska -escribió García Lupo- solicitó que se formara un tribunal de honor a raíz de haberse divulgado en una revista el texto de una comprometida carta donde Poggi exaltaba los valores morales del peronismo" (García Lupo, op. cit.:37-38).

También "la elección de Poggi genera críticas -según Fraga (h)- por pertenecer éste a un arma minoritaria como la de Ingenieros

y a una especialidad no combatiente, como la de Ingenieros Militares. Pese a ello, el Secretario lo eligió, ya que así evitaba producir retiros en el nivel superior del Ejército por razones de antigüedad" (Fraga, R., op. cit.). Con posterioridad, y con muy opuestas orientaciones políticas, serían comandantes del Ejército, otros integrantes del arma de Ingenieros como los tenientes generales Leopoldo Galtieri y César Milani.

Poggi será el comandante del Ejército que junto a sus pares de la Armada y la Fuerza Aérea derrocará a Frondizi de su cargo dos años más tarde.

También según Fraga (h), el general Fraga se acercó con sus nombramientos fundamentales en la fuerza al grupo de coroneles del arma de Caballería que conformaría el núcleo de la tendencia Azul que se manifestará luego del derrocamiento de Frondizi.

Mientras tanto, los sectores más gorilas manifestaron su desagrado por el desplazamiento de Toranzo Montero. Así el retirado almirante Rojas^[50] le envió a éste una carta que luego hizo pública donde afirmaba que "no podemos dejar de solidarizarnos con los hombres que como usted, temprana y acertadamente inspirados se lanzaron a la lucha jugando su tranquilidad, sus carreras, su libertad personal, sus bienes y muchos su propia vida" (Fraga, R., op.cit:206).

El secretario de Marina le aplicó 10 días de arresto domiciliario a Rojas, dado que su misiva publicada constituía una intervención abierta en las políticas de otra fuerza y no, necesariamente, porque rechazara las propias afirmaciones del ex vicepresidente. La Marina iba a demostrar en poco tiempo como se mantenía fiel al legado de 1955.

Fronzizi en el Congreso, defensa

El 1 de mayo de 1961 Frondizi iba a realizar su última apertura de las sesiones del Congreso de la Nación, ceremonia en la que leyó su discurso y entregó también un amplio anexo de las actividades realizadas por las FFAA. Frondizi señalaba que el gobierno argentino no había desvinculado su política de defensa "de su posición en el continente americano y en el concierto general de las naciones, ni se ha perdido de vista su clara y definida posición ideológica en el mundo (...) La situación internacional está caracterizada por la escisión del mundo en bloques antagónicos cuya rivalidad trasciende de la simple lucha armada (sic). Se ha roto el molde clásico de la guerra convencional para llevar la lucha al campo ideológico donde se emplean nuevos métodos de ataque que obligan a la adopción de nuevas concepciones defensivas". Frondizi señalaba que "el papel previsto para las fuerzas armadas (...) se extiende a la defensa del frente interno, que es donde fundamentalmente se desarrolla la guerra ideológica mediante la infiltración de individuos de ideas disolventes" (sic). El anticomunismo más primario estaba presente de manera subrayada en la concepción de la defensa del Presidente, lo que impidió la persistente desconfianza de sus cerriles adversarios militares y civiles. Mientras informaba que el Plan de Defensa Nacional "se encontraba aún en estudio", el Presidente informaba, en cambio, que "la aplicación del Plan Conintes se ha desarrollado normalmente y ha obtenido éxitos inmediatos en la represión y eliminación del terrorismo". Es decir, en la represión de las acciones llevadas a cabo por los sectores intransigentes del peronismo.

Fronzizi insistió en su mensaje para justificar "la posición adoptada por la delegación argentina ante la Junta Interamericana de Defensa con respecto a la actuación en la misma de la delegación cubana". Es decir, el apoyo argentino a la expulsión de la

representación de La Habana en el organismo. En esa posición de alineamiento con los Estados Unidos, Frondizi anotaba como "digno de mención, asimismo, el viaje de estudio realizado por el VII Curso de Defensa Nacional de la Escuela Nacional de Guerra a los Estados Unidos de Norteamérica". Esos cursos habían sido inaugurados con la presencia del Presidente y del vicario general de las FFAA, el cardenal-arzobispo Antonio Caggiano. En un largo recuento de actividades de las FFAA, el Presidente enumeraba las amplias tareas científicas y tecnológicas desplegadas por aquellas. Allí se contabilizaban: el desarrollo de vehículos espaciales destinados a la investigación en la alta atmósfera y "la construcción del primer computador electrónico en el país con 70 % de material nacional". Destacaba Frondizi el funcionamiento de la Fábrica Militar de Río Tercero en la que se había "efectuado la puesta en marcha del grupo integrado por las plantas de amoníaco sintético, ácido nítrico, sulfato y nitrato de amonio". También se puntualizaba el crecimiento de las obras de Somisa (Sociedad Mixta Siderurgia Argentina) en la ciudad de San Nicolás en la construcción de la planta "General Savio" en la que se habían inaugurado la Central Termoeléctrica de 53.000 kilovatios /hora y el Alto Horno del cual se había efectuado el 22 de junio de 1960 su primera colada.

En las referencias al tema naval, el mensaje de Frondizi referido a este tema tenía una honda influencia de la ideología conservadora de la Marina. Decía así el mensaje del Presidente en la materia: "Nuestro país ocupa una posición a trasmano en el mundo. Su ubicación ha sido por muchos años una de las razones fundamentales de su estancamiento; efectivamente, los escasos y lerdos medios de transporte hicieron lento el aflujo de la civilización y de las ideas más avanzadas. La República Argentina, geográficamente considerada, posee límites, los que, exceptuando su litoral marítimo, son verdaderas paredes que

la sofocan" (sic). "Por este límite (el río de La Plata) nos llegó toda la cultura y civilización europea, y debe reconocerse que de no haberse contado con esta frontera marítima, aún hoy estaríamos sintiendo el atraso de la colonia " (...) Si todo parecía indicar que desde el mar nos vendía nuestro progreso, ¿por qué razón nuestro pueblo no se volcó al mar?" (sic). Más allá de este pesimismo culpógeno, Frondizi hacía el recuento de las acciones en el campo aeronáutico de la Comisión Nacional de Investigaciones Espaciales, que había celebrado convenios con la Comisión Nacional de Energía Atómica y con los organismos científicos de las FFAA.

Misión en el Congo

En ese año de 1961, la Argentina intervenía en el Congo, ex belga, país recién liberado del colonialismo de Bruselas en donde se desarrollaba una guerra civil que oponía al primer ministro Patrice Lumumba, líder del progresista movimiento nacionalista contra las fuerzas aliadas de la política neocolonial. La ONU participó entonces con un pronunciado apoyo a este último bando encabezado por el coronel Joseph Mobutu. Los pilotos enviados por la Argentina pasaron "por momentos de verdadera zozobra, llegando a quedar aislados de sus bases. Su comandante, el oficial Jesús Orlando Capellini^[51], consiguió que la pequeña dotación argentina regresara al país en su totalidad" (Lanús, J.A., tomo II: 108). Efectivos de las FFAA de la Argentina seguiría participando de las misiones de los llamados Cascos Azules de la ONU en múltiples oportunidades desde esa época hasta el presente.

Uruguayana y Cuba

Mientras tanto, el secretario Fraga se movía con mucha cautela en su cargo. Lo hizo cuando produjo la designación de Poggi que, como ya se ha dicho, no era de un arma dominante en la fuerza pero contaba con experiencia administrativa y parecía que no se integraba en las múltiples fracciones del momento. Fraga y Poggi produjeron un nombramiento que tendría importancia histórica aunque ninguno de ambos podría suponerlo. El general de brigada Juan Carlos Onganía, que había logrado ajustadamente las palmas del grado, dado que no había obtenido los títulos de OEM u OIM, fue nombrado comandante de la Primera División Blindada de Campo de Mayo, lo que tendría una significación enorme en el conflicto entre azules y colorados el año siguiente.

También Fraga logró la anuencia de Frondizi, que éste manifestó a través del correspondiente decreto, para crear un Consejo de Generales^[52] integrado por una tercera parte de los generales del cuerpo de comando (es decir con poder de fuego) elegidos por orden de antigüedad. Varios de ellos eran antifrondicistas. "No debe sorprender, entonces, que sus miembros derivaran hacia debates políticos y que un organismo concebido para promover la cohesión del Ejército lograra muy poco en sus objetivos originales" (Potash, R. op.cit: 447). El cuerpo institucionalizó la discusión política sobre temas que rebasaban netamente la competencia militar, pero ello no era de ninguna manera considerado así por los miembros de la fuerza. Todos estos militares mantenían la unidad por la convicción en su profundo antiperonismo y a ello se sumó el anticomunismo exaltado por la radicalización de la Revolución Cubana. Frondizi había impulsado un intento de política exterior de cierta independencia apoyado en algunas de las convicciones más tradicionales de los sectores conservadores en épocas previas a la Segunda Guerra

Mundial. Apoyado en la Alianza para el Progreso del presidente John Kennedy buscó romper el distanciamiento tradicional con Brasil. Para ello se reunió con el presidente brasileño Janio Quadros en la ciudad de Uruguayana entre el 20 y el 22 de abril de 1961 y firmó un tratado de amistad y consulta que implicaba quizás la posible constitución de un frente ante los países desarrollados. Pero "las actitudes proclives a un neutralismo "afroasiático" que se asignaban a Quadros provocaban la sospecha y repulsa de algunos sectores argentinos, sobre todo de las Fuerzas Armadas". (Lanús, J. A., 1984-II:13) El secretario de Marina, el almirante Clement le elevó a Frondizi un memorándum el 13 de abril de ese 1961 en el que le señalaba que era adecuado postergar la entrevista con Quadros "hasta que no aclare la situación ya que de lo contrario podrían ocurrir nuevas y serias conmociones internas en el país". Lo que tenía que aclarar Quadros, según Clement era su "franco viraje a la izquierda, comunista o pro comunista". La reunión, empero, se efectuó pese al pánico ideológico de Clement. Pero si hubiera escuchado a Frondizi en su diálogo privado con el mandatario brasileño quizás se habría tranquilizado. El presidente argentino manifestó a su colega brasileño que "Brasil y Argentina forman parte de Occidente y América, lo que trae como consecuencia determinadas obligaciones y responsabilidades; la posición neutralista puede dar satisfacciones a la opinión pública durante un tiempo, pero si no asegura el desarrollo del país, el presidente quedará como un teórico más; la Argentina ha negociado fijando previamente su posición occidental, americana y cristiana; que Brasil adopta actitudes contradictorias intentando hacer presiones, anticipando espectacularmente, por ejemplo, que votará por la inclusión del caso China en la Agenda de las Naciones Unidas y anunciando al mismo tiempo que no ha decidido su posición en cuanto al fondo del asunto" (Lanús, J.A., op. cit.: 14-15).

Cuatro meses después de Uruguayana un episodio de alto voltaje aceleró la cuestión cubana cuando en agosto, Ernesto Ché Guevara, ministro de Industrias de Cuba y héroe de la Revolución, visitó en agosto de 1961 de manera secreta al presidente Frondizi en Buenos Aires. Según Frondizi el encuentro se realizó por pedido del Ché; de acuerdo con el ministro cubano por invitación del Presidente argentino. El único resultado de la reunión para el Presidente fue la furia castrense. Frondizi llamó a los altos mandos para explicarle los motivos de la riesgosa reunión. El responsable de las Relaciones Exteriores, el canciller Adolfo Mugica, un añejo conservador (quién ya sufría con las posiciones pastorales de Carlos, su hijo sacerdote, pocos años después exitoso vocero de los Sacerdotes para el Tercer Mundo) fue desplazado por otro conservador notorio, Miguel Ángel Cárcano que como Mugica, era tan anticomunista y anti-peronista como el conjunto de los altos mandos uniformados. Frondizi pudo sortear el conflicto y efectuó luego un largo viaje por el exterior, en el transcurso del cual se produjo un fuerte conflicto con el gremio ferroviario, saldado por la intervención del cardenal Antonio Caggiano, arzobispo de Buenos Aires.

Asalto al 11 de Infantería

El día 30 de noviembre de 1960 se produjo un asalto a la guardia del regimiento 11 de Infantería asentado en la ciudad de Rosario, operación encabezada por el ex general Miguel Ángel Iñíguez. Los atacantes eran aproximadamente de 50 a 70 hombres (oficiales y suboficiales retirados militantes peronistas) que redujeron al soldado de consigna en la puerta de la unidad y se enfrentaron a la guardia. Hubo fuego intenso de ametralladoras y se produjeron allí los primeros muertos y

heridos. Murieron en ese combate por el control de la guardia, el soldado Osorio, el sargento Guillermo Valdez y el capitán Mackinlay. El jefe del regimiento coronel Navas se replegó hasta el casino de oficiales donde instaló una base de fuego. Los atacantes se lanzaron sobre el casino de oficiales y en esa acción cayó el segundo de Iñíguez, coronel Julio Barredo^[53]. Los atacantes, entre los que se encontraban los gremialistas Armando Cabo y Miguel Gazzera, se replegaron hacia otros puntos del cuartel en tanto que el edificio de la guardia quedaba otra vez en poder de los dueños de casa. Entonces Iñíguez huyó con otros oficiales. El combate continuaría hasta las 7 de la mañana, mientras el gobierno enviaba unidades desde Santa Fé y San Nicolás y se dirigían hacia Rosario, tropas de Gendarmería y se ponían en alerta unidades de todo el país (Guerrero, A. op. cit.:105). El intento tenía una proyección nacional: en Tartagal (Salta), los peronistas en acción tomaron la ciudad, pero fueron reprimidos por efectivos del batallón de Monte destacado en esa ciudad. También fracasó el ataque contra el arsenal San Lorenzo, localidad cercana a Rosario, que almacenaba fusiles en sus depósitos. "Este ataque tenía por objetivo tomar las armas depositadas, para distribuir las entre los obreros del frigorífico Swift de Rosario que estaban en conflicto y así iniciar un plan de tipo insurreccional"(Fraga, R. 1992:176). Quedaba confirmado que el inicio de acciones cívico-militares y la posibilidad de entregar armas al pueblo, a los civiles había nacido en aquellos años de la primera Resistencia Peronista. Verbitsky escribió sobre la acción: "Los militantes obreros que cayeron presos luego de su fuga (de la de Iñíguez, JLB), recuerdan que existían dos planes para el golpe de 1960. Uno consistía en copar el regimiento y esperar pronunciamientos militares del resto del país. El otro añadía al esquema castrense la toma del arsenal San Lorenzo,

en Puerto Borghi, para entregar sus armas al pueblo. A último momento decidió que los cuatro tanquistas encargados de tomar el arsenal marcharan a Tartagal, Salta, donde no había tanques ni arsenales para saquear” (Verbitsky, H., Ezeiza: 50). Al día siguiente se verificaron otros episodios de la resistencia: un intento de asalto al aeropuerto de Salta y el estallido de bombas en la ciudad de Buenos Aires.

El 2 de diciembre fue clausurada la corresponsalía en Buenos Aires de la agencia cubana de noticias “Prensa Latina” en otro paso en la ofensiva anticomunista y anti castrista. El 14, Rogelio Frigerio que ya había dejado de ser Secretario de la Presidencia y también asesor presidencial, viajó a Estados Unidos para realizar gestiones económicas luego de fuertes presiones militares para lograr su total alejamiento del gobierno.

Año 1961

El 15 de enero de 1961 se produjo una huelga de periodistas. John Kennedy asumía el 20 la presidencia de los Estados Unidos. Diez días después anunciará la “Alianza para el Progreso” para América Latina. El 28 el presidente Frondizi inauguraba la exploración de mineral de hierro en Sierra Grande.

El 2 de febrero, la Argentina lanzó su primer cohete experimental desde la Pampa de Achala, en Córdoba.

El 5 de febrero de 1961, fue electo senador nacional por la Capital Federal, el veterano socialista Alfredo Palacios, en una campaña signada por su respaldo a la Revolución Cubana en la que venció al Radical del Pueblo, Nicolás Romano y arrolló al candidato oficialista, Armando Turano, que salió tercero.

El 28 de febrero, el gobierno nacional entregó la conducción de la CGT a una comisión de 20 sindicalistas.

Fronzizi realizó un viaje a la Antártida el día 5 de marzo y regresó el 11 de marzo. Llegó a la isla Decepción y fue el primer presidente argentino en visitarla.

El día 7 el gobernador de Buenos Aires, Alende, declaraba que Fronzizi había perdido la confianza del pueblo y proponía una alianza radical intransigente-peronista.

El día 10 de abril, la Armada levantó un castigo impuesto al almirante Rojas debido a un intercambio epistolar en el que criticó al presidente de la República.

El 17 de abril se produjo en Cuba la invasión mercenaria en Bahía de Cochinos. Fronzizi anunciaba una política de no intervención respecto de Cuba. Al día siguiente se reuniría con el presidente brasileño Janio Quadros en las ciudades de Paso de los Libres y Uruguayana.

Fronzizi produjo otro cambio de gabinete dentro de la misma perspectiva derechista. El conservador Álvaro Alsogaray fue reemplazado en Economía por otro conservador, Roberto Alemann y el también conservador Diógenes Taboada a su turno lo fue por el también demócrata nacional Adolfo Mugica, autor en la década del 30 de la infame frase "la encrucijada alevosa del cuarto oscuro", para calificar el acto electoral democrático. Al inaugurar las sesiones del Congreso Nacional el 1 de mayo, Fronzizi enunciaba un programa de 16 puntos y pidió apoyo a la tradición "occidental y católica" de la Argentina.

El día 15 los ferroviarios se declararon en huelga por cuestiones salariales.

El ministro Alemann anunció la privatización del conglomerado estatal DINIE, que agrupaba a las empresas alemanas y de sus aliados en la Segunda Guerra Mundial, intervenidas por el gobierno nacional al declarar la guerra a Berlín en 1945.

El día 20 el ministro de Obras Públicas, Arturo Acevedo, anunciaba un plan de "diez puntos" para "racionalizar" los ferrocarriles.

El senador Alfredo Palacios denunció que la policía de la provincia de Buenos Aires utilizaba "picanas eléctricas" para torturar en la regional San Martín. Al día siguiente, efectivos de esa unidad se concentraban en el Congreso para protestar por la denuncia y la detención del jefe de la mencionada regional, inspector Ada Scala. El 27, miembros de una comisión investigadora del Congreso por torturas policiales, allanaron la comisaría de Avellaneda, en la provincia de Buenos Aires.

El día 30 de mayo, la Unión Ferroviaria afirmaba que resistiría el plan de reorganización ferroviaria que lanzaba el gobierno con el asesoramiento del Banco Mundial, llamado "Plan Larkin".

El 10 de junio se produjo una huelga en los talleres del ferrocarril Mitre. Se sumaron a ella los transportistas de pasajeros por colectivos que reclamaban aumentos de tarifas. En coincidencia, cañeros tucumanos iniciaban una marcha del hambre. La CGT, al cuestionar la situación social, advertía que preparaba un plan de lucha gremial. El Senado aprobaba el 23 el plan de reestructuración ferroviaria de orientación privatista.

El 1 de julio efectivos de la Policía Federal tiroteaban el edificio del Congreso durante el cortejo fúnebre de dos policías caídos y el jefe de la Federal pedía disculpas al Legislativo.

El 13 de julio el Ejército anunciaba que Frondizi había autorizado un incremento del presupuesto de la fuerza de 2 mil millones de pesos. El dólar cotizaba a 82 pesos por dólar.

La Gendarmería tomaba el 20 de julio el control de Córdoba a raíz de una huelga de la policía provincial.

El día 27 de julio el gobierno nacional cancelaba las retenciones a la exportación de carne. Pese a ello, la Sociedad Rural afirmaba en su exposición anual que el campo estaba estancado.

El día 11 de julio, se produjo un golpe de opereta en que un oficial de Aeronáutica y un estudiante de derecho tomaron, en una intentona nacionalista, las radios del Estado, Rivadavia,

Porteña y Municipal. En esa misma jornada, un juzgado ordenaba la detención de José María Rivas y María Sebastián Rivas, padres de Nélide Rivas, la menor por la que Perón había sido acusado de estupro.

En el campo militar, Frondizi aceptaba la renuncia del brigadier Ramón A. Abrahin como secretario de Aeronáutica y lo reemplazaba por el también brigadier Jorge Rojas Silveyra, un "revolucionario del 51", es decir un auténtico gorila.

El 18 de agosto, Frondizi recibía al ministro de Industrias de Cuba, Ernesto "Ché" Guevara, en una fugaz visita a Buenos Aires que tuvo una grave repercusión política para su gobierno. El grupo nacionalista Tacuara, de intensa actividad en la época, tomaba el Teatro de los Independientes (luego Payró), considerado un baluarte de la cultura de izquierda.

El día 21 se verificaba un paro de 48 horas del gremio ferroviario en la lucha contra el Plan Larkin de "racionalización" (achicamiento) ferroviario.

El día 28, el canciller Mugica debió renunciar, acusado de haber mediado para que se realizara una reunión entre el "Ché" Guevara y el enviado de los EEUU, Richard Goodwin. El 2 de septiembre, Miguel Ángel Cárcano, otro destacado conservador ocupó el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores.

El día 23 de septiembre Jorge Noriega asumía la presidencia del directorio del diario "El Día", de La Plata, luego de cinco años de procesos que siguieron a la expropiación del medio durante el peronismo. El gobierno clausuró por varios días a Radio Rivadavia por su comportamiento en el golpe nacionalista del 11 de agosto. El 30 de septiembre varios diarios publicaban las supuestas cartas y documentos del gobierno cubano que intentaban probar la acción subversiva del gobierno de La Habana en el país. El día 30 el gobierno respondió desenmascarando la operación ejecutada por Frank Díaz Silveira, del Frente Democrático

Cubano, una organización del exilio caribeño en Miami, que había fraguado los supuestos documentos.

El 18 de octubre, la Gendarmería Nacional en un enunciado pionero en la materia, identificaba a la "infiltración comunista" con el tráfico de drogas.

El día 20 de octubre el gobierno argentino rechazaba una protesta soviética por atentados a su sede diplomática.

Al día siguiente, el gobierno anunciaba rebajas de impuestos para fomentar el desarrollo industrial. Dos días después, el ministro de Obras Públicas, Acevedo, anunciaba tanto que no habría aumentos para el personal ferroviario, como que se despedirían 70 mil trabajadores del sector.

El día 26, como respuesta al anuncio del gobierno, el gremio ferroviario realizó un paro de 48 horas; en tanto, comenzaba el cierre de ramales, talleres y coches restaurantes como parte del plan de achicamiento ferroviario, aconsejado en el Proyecto Larkin. En esa misma jornada, el ministro Vítolo anunciaba que el comunismo no podría ir a elecciones, pero sí el peronismo. El día 28, los ferroviarios declararon la huelga por tiempo indeterminado.

La CGT lanzó una huelga de 72 horas en apoyo de los ferroviarios. 300 trabajadores del riel fueron detenidos por el conflicto. Frondizi declaró por televisión que la huelga de la CGT fue "un fracaso total". Ocho vagones fueron quemados en Laguna Paiva con motivo de la huelga. Tropas de Gendarmería patrullaban las vías y las redes ferroviarias eran vigiladas por la Fuerza Aérea, que como el Ejército y la Armada participaban activamente en la movilización castrense de los trabajadores en lucha gremial.

El día 20 de noviembre, el gobierno nacional intervino la provincia de Salta.

El día 23 de noviembre un avión Comet de Aerolíneas Argentinas chocaba en San Pablo: se produjeron 52 muertos.

El dirigente de la Unión Ferroviaria -el más poderoso gremio del sector- Antonio Scipione, solicitó el 1 de diciembre al cardenal Antonio Caggiano su mediación en el conflicto con el gobierno. Después de largas negociaciones, el día 10 de diciembre se puso fin a la huelga ferroviaria.

El 26 de diciembre, Juan Domingo Perón se casaba en Madrid por tercera vez con la riojana María Estela Martínez Cartas a quién había conocido en su exilio en Panamá.

Año 1962

Frondizi se destacaba como el presidente argentino que realizaba una activa política exterior protagonizada personalmente, al informar acerca de su inminente gira por Canadá, EEUU, Grecia, India, Tailandia y Japón el día 2 de enero de 1962, realizada pese a las densas relaciones con las FFAA y el peligro siempre presente de un accionar golpista.

El 6 de enero un avión DC-3 de la Armada comandado por el capitán de fragata Hermes Quijada llegaba al Polo Sur.

El 9 de enero el general [®] Carlos Severo Toranzo Montero criticaba la política del gobierno nacional respecto de Cuba.

Se produjeron renunciaciones en el gabinete nacional: el ministro Alemann fue reemplazado en Economía por Carlos Coll Benegas; el ministro de Obras Públicas, Acevedo, fue relevado por José Mazar Barnett. Juan Ovidio Zavala ocupó la secretaría de Transportes. El Presidente afirmó que los cambios no suponían modificaciones en la política económica. Y decía, en este caso, claramente la verdad.

El 19 de enero comenzaba la reunión de ministros de la OEA para tratar el caso Cuba. Después de múltiples deliberaciones, Cuba fue expulsada de la organización por 14 votos contra 1. Se

abstuvieron la Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Ecuador y México. El día 23 el peronismo anunciaba la fórmula Andrés Framini-Juan Domingo Perón para la gobernación de Buenos Aires. El día 29, el ministro del Interior, Vítolo, firmó un documento con los jefes de la FFAA donde se aseguraba que no se permitiría el regreso de Juan Perón al país. Dos días después, Vítolo, anunciaba el rechazo de la candidatura de Perón a vice gobernador bonaerense con lo que limitaba la participación peronista en los comicios.

El 1 de febrero, el Ejército emplazó a Frondizi a relevar al canciller Cárcano y a romper relaciones con Cuba.

El día 3 Frondizi pronunció un discurso en Paraná donde rechazó convertir el suyo en un "gobierno títere" y advirtió que la soberanía estaría en peligro si se cambiara la posición respecto de Cuba. La Secretaría de Prensa del Gobierno nacional negó que existiera un acuerdo secreto entre Frondizi y las FFAA para romper con Cuba. El 5 de febrero, el juez federal electoral Leopoldo Insaurrealde resolvía que Perón no podía ser candidato por no ser residente en el país, no estar en el padrón y ser fugitivo de la justicia.

Finalmente, el 8 de febrero, el gobierno volvía otra vez a cambiar su posición, cedía ante las presiones militares y rompía las relaciones con Cuba. Renunciaba entonces, por esa razón, el subsecretario de Relaciones Exteriores, el desarrollista Oscar Camilión.

A mediados de marzo, en dos discursos, Frondizi negaba que su gobierno fuera "entreguista" y enfatizaba que la Argentina no caería ni en el comunismo ni en el "materialismo".

El 8 de marzo, Frondizi acusaba tanto al peronismo como al antiperonismo de postergar la pacificación del país.

Los comicios del 18 de marzo

El día 10, Frondizi que seguía con sus constantes intervenciones públicas, realizó otro temerario pronóstico político: los ciudadanos le darían la espalda a Perón el día 18. Por las dudas, los secretarios militares Fraga (Ejército), Clement (Marina) y Rojas Silveyra (Aeronáutica) firmaron, forzando al ministro Vítolo a hacer lo mismo una acta secreta donde se consignaba que el retorno de Perón al poder era imposible (Primera Plana, 28 de marzo de 1967, nro. 222).[54]

No era lo que había recopilado la Policía Federal al hacer una encuesta por orden de su jefe, el capitán de navío Recaredo Vásquez, que por mano del director del diario "Correo de la Tarde", el ex marino, periodista y conspirador había entregado al propio presidente Frondizi. Éste con soberbia la respondió: "Vea, Manrique, yo tengo 30 años de política y sé lo que debo hacer" (Primera Plana, op.cit.). Esa seguridad casi mesiánica la reiteró horas antes de los comicios en un cóctel realizado en la Secretaría de Guerra contestando "absolutamente seguro" a la pregunta de Poggi y Penas de si estaba "absolutamente seguro" de ganar las elecciones". Y más, convocó a Vítolo que estaba en el convite para que ratificara: "Esté tranquilo, general, ganaremos de punta a punta". Estaba claro que solamente la victoria oficial garantizaría la perdurabilidad de las instituciones escasamente democráticas.

Según Antonio Cafiero, "el verdadero poder del peronismo en aquellos años estaba en manos de las 62 Organizaciones y los estamentos políticos confluíamos en el Comando Táctico. Para nosotros votar en blanco era darle una nueva chance a Frondizi. Y votar positivamente contra el gobierno de Frondizi era lo que queríamos, en franca coincidencia con las 62 Organizaciones. Perón, en principio, mantuvo una actitud de no concurrencia. Pero viajaban continuamente delegaciones, sobre todo de las

62 Organizaciones, para informarle que el pueblo quería votar para recuperar el poder político" (Cafiero, A., 2011:258-259). Al final, "cuando se lo convenció a Perón de que había que concurrir a esas elecciones", escribió Cafiero, se reemplazó a Perón en la fórmula (para la gobernación de Buenos Aires, JLB) por el político Marcos Anglada para el cargo de vice-gobernador en la fórmula encabezada por el gremialista Andrés Framini. Comenzaba el proceso que llevó al enfrentamiento con la fórmula Acuña Anzorena-Zubiri de la UCRI, mientras la UCRP perdía su prestigioso candidato Crisólogo Larralde, muerto en plena campaña comicial. Según Cafiero, "la multiplicación del fervor de la base peronista era realmente indescriptible (...) Hay que recordar además que en esa ocasión detrás de Frondizi se alió todo el antiperonismo: los candidatos de la UCRI fueron los del "gorilaje". Entonces sí fue la opción peronismo-antiperonismo y así la planteó Frondizi en sus alocuciones previas a la elección suponiendo que, contando a su favor con todo el aparato gubernamental, la derrota del peronismo había de ser inevitable" (Cafiero, A., op. cit.:261)

Cuando a la noche del domingo 18 de marzo, los votos se amontonaban a favor del peronismo, Vítolo se reunió con los secretarios y jefes militares donde comunicó su renuncia y allí pareció forjarse la intervención a las provincias que ganó el peronismo. Frondizi y los jefes militares fueron los responsables de esta medida que comenzaba a liquidar el proceso electoral. Cafiero refirió que después del comicio^[55] "el peronismo se transformó en una vedette para los actores que habían quedado fuera de la contienda (...) Algunos comenzaron a agitar la figura de Aramburu como una alternativa ante la caída de Frondizi. Recuerdo que él hizo saber sus deseos de dialogar con el peronismo. Estaba en mi casa ya acostado cuando me llamó Landaburu para decirme: "Vamos a verlo a Aramburu".

Me entrevisté con él y le dije: "Acá nosotros no podemos resolver nada, si hay que llegar a una solución, la solución es con Juan Domingo Perón. Ustedes tienen que revisar su posición con Juan Domingo Perón; si no lo hacen no hay solución" (Caffiero, A., op. cit.:262-263)^[56]

El 20 de marzo, los jefes militares celebraban una reunión de la que participaron los almirantes Gastón Clément, Penas, Jorge Palma, Juan Carlos Bassi; los generales Rosendo Fraga, Poggi, José Pablo Spirito y Carlos Peralta, y por la Fuerza Aérea, Rojas Silveira, Mario Romanelli y Juan Carlos Pereyra. Los militares se plantearon tres alternativas: 1) Un cambio de gabinete pluripartidista, lógicamente sin la presencia del peronismo; 2) la destitución de Frondizi y seguir sosteniendo, como en un contrasentido tipo Ionesco, el "sistema constitucional" y 3) la dictadura total, conducida por una Junta Militar. La Marina estaba por la nro. 2; la Aeronáutica por la variante 1. El Ejército, dividido, se decidió a apoyar a Fraga y Peralta que se pronunciaron por el gabinete de coalición, pero con el agregado de que si Frondizi no renunciaba se lo debía deponer, para que las FFAA gobernaran. Los 12 firmaron un acta con sus conclusiones.

En medio de ese delirio de intervenciones provinciales y planteos militares, llegó al país el Príncipe Felipe, marido de Isabel II de Gran Bretaña, quién jugó al polo en medio del caos. Frondizi, por su parte, conformó un improvisadísimo "gabinete de coalición". Convocó a Hugo Vaca Narvaja para Interior; a Jorge Wehbe para Economía; a los democristianos del ala derecha de ese partido, Oscar Puiggrós, para Trabajo y Rodolfo Martínez para Defensa. Mientras tanto, apeló al ex presidente Aramburu, quién tras las primeras conversaciones dijo a la prensa que "la renuncia del Presidente no significará la quiebra del orden constitucional, porque en la Constitución están previstas todas las circunstancias de sucesión del gobierno". Pero, tanto él, como los partidarios de esa

solución no se planteaban el problema de porqué debía renunciar Frondizi, al que todos ellos habían avalado para llegar al gobierno con la proscripción del peronismo, por haber convocado a elecciones con el peronismo. Aunque Frondizi las convocara solo porque estaba seguro de ganarlas, no porque debiera hacerlo... Ya asomaba entonces, la figura de Onganía como cabeza de la guarnición de Campo de Mayo que insistía en esperar a que Aramburu terminara su gestión, pero en los cuarteles de Palermo (Fernando Elizondo) y Mendoza se insistía en apoyar la posición de la Marina. En tanto, Frondizi completaba su gabinete de improbable salvación personal, con el radical Roberto Etchepareborda como Canciller y Miguel Susini en Educación. Para no verse superado por Palermo y Mendoza, el general Poggi relevó a sus colegas Elizondo y Antonio Scasso. La anarquía se instalaba en las FFAA. Aramburu terminaba de consultar a la Marina y a la Fuerza Aérea y de convencer al Ejército, con el secretario Fraga, que era un funcionario del gabinete de Frondizi. El ex presidente de la dictadura de la "libertadora" se hizo escribir por un destacado jurista liberal, Sebastián Soler un texto que pedía el "renunciamiento" de Frondizi.

El ministro de Defensa, Martínez, convocó el 26 de marzo a una verdadera asamblea militar en la Rosada. A los 12 que firmaron el acta del día 20 se sumaron otros generales, almirantes y brigadieres, situación que ya liquidaba la famosa "verticalidad de los mandos". Se pusieron de acuerdo en poner en marcha la variante 2, es decir, la renuncia de Frondizi y seguir... "el procedimiento constitucional". Los generales Enrique Rauch, Juan Carlos Cordini y Carlos Rosas también sumaron su firma.

Martínez produjo una declaración pública en la que explicaba que el Presidente "se niega a renunciar" (Martínez es supuestamente su ministro. Desgranó el plan de Frondizi para mantenerse en la Presidencia: convocar al Congreso para someterle

una ley en donde se determinaba que los secretarios militares irían a suscribir el despacho (decretos y leyes), una aberración constitucional. También se presentaría un proyecto de ley para aplicar la representación proporcional para la Cámara de Diputados (hasta ese momento, estaba vigente la Ley Sáenz Peña que brindaba los 2/3 a la primera fuerza y el restante a la segunda), la reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales (es decir, reducir o liquidar el poder peronista en los sindicatos), moralizar la administración pública (una reiterada proposición gorila) y la prohibición de las agrupaciones totalitarias, es decir enviar a la clandestinidad al comunismo y a todas las fuerzas de izquierda. El 27 de marzo, Frondizi escribió una carta al presidente de la UCRI, Alfredo García, en la que proclamó: "no renunciaré, no me iré del país, no suicidaré".

A las 11 de la mañana del día 28, los comandantes en jefe se reunieron y redactaron un acta, otra más, donde exigieron el alejamiento de Frondizi. Por demanda del general Poggi, hicieron otra donde si se llegara a "situaciones extremas", es decir el derrocamiento de Frondizi, "el nuevo gobierno será civil". La hipocresía y el absurdo se dieron la mano.

Ante la situación, los tres secretarios militares, Fraga, Clément y Rojas Silveira renunciaron. A las 17 horas Frondizi recibió a los comandantes Poggi, Penas y Alsina. El brigadier general le dijo a Frondizi: "La situación por la que atraviesa el país, el desprestigio de su gobierno, una serie de hechos que comienzan con el pacto con Perón y terminan en las elecciones últimas, aconsejan que Ud. se aleje del poder. Pida parte de enfermo o haga un viaje". Después de este impropio planteamiento, respaldado por sus colegas, Frondizi dijo: "Les comunico que no renuncio, no doy parte de enfermo, ni me voy de viaje. Sigo siendo el Presidente. Cualquier acción contra mí desde concretarse a través de un juicio político". Un diputado oficialista, armado

con un revólver, Roberto Galeano, de Misiones, decía defender al Presidente “de un general peronista que viene a increparlo”. Era el colmo de la estupidez en medio del derrumbe de los principios democráticos y del oportunismo y cambio de posición de los actores, virando casi todos ellos hacia la derecha. En esa tarde, Rodolfo Martínez consultó a la Corte acerca de la posible asunción del Poder Ejecutivo por José María Guido. Años después, el juez Oyhanarte recordó que su posición, que fue la adoptada por la Corte, era que “el hecho a consumarse (por los militares, JLB) es la destitución del Presidente y no la disolución de los poderes políticos. La Corte debe certificar el carácter irrevocable del acontecimiento y, dentro de la situación creada, ejercer su función de salvaguarda institucional”. Es decir, repetir la doctrina de la Corte en 1930 de aceptar los acontecimientos generados desde el establishment por la fuerza, el hecho, el facto... Ni el Poder Judicial cerró filas con el Congreso Nacional con la Constitución, ni el Presidente asumió la responsabilidad de hacer respetar los comicios y llamar a todo el mundo a la legalidad. Por supuesto, que la mayoría de los mandos militares eran los directos responsables de la situación, pero junto y detrás de ellos estaban los poderes jurídicos y económicos. Frondizi, en medio de su negativa a renunciar, planeaba su propia sucesión. Él pensaba otra cosa que su ministro Martínez. Especulaba que lo sucediera el presidente de la Corte Suprema. Fueron los comandantes los que enfrentaron el problema. Poggi, Penas y Alsina entrevistaron a Guido en su despacho del Senado. Poggi -recordó años después- que “lo único que se trató en la reunión fue que el doctor Guido se hiciera cargo con la Ley de Acefalía ¡Esa misma noche si fuera necesario! Nadie pensó en forma distinta ni se nos ocurrió fijar plazos o condiciones, porque al doctor Guido le correspondía asumir. Pero el señaló que el asunto lo tomaba por sorpresa, que tenía fuertes

compromisos partidarios y que debía consultar a su conciencia. Dijo que contestaría al día siguiente”.

Frondizi recibió el 28 a los secretarios Clément y Rojas Silveyra, sus secretarios militares de Marina y Aeronáutica y allí volvieron las propuestas y los giros, esta vez de Frondizi. Les propuso: formar un nuevo gabinete de coalición; que se lo detuviese en un lugar aislado o que se lo fusilara. A las 4:10, Clément comunicó que los comandantes habían aceptado la segunda propuesta. Frondizi intentó jugar también otra carta. Por medio del coronel Matías Laborda Ibarra consultó a Onganía sobre las posibilidades de defenestrar a Poggi por orden presidencial. “Soy leal a mis superiores”, hizo responder Onganía, quizás escarmentado por las veces que Frondizi utilizara a la Caballería para detenerla luego y rendirse a los futuros colorados” (Primera Plana, 28 de marzo de 1967, nro. 222: 21).

A la madrugada, Poggi envió un radiograma al Ejército en el que comunicaba el derrocamiento del Presidente. A las 5 de la mañana, Frondizi, acompañado del jefe de la Casa Militar, capitán de navío Eduardo Lockhardt y el capitán de fragata, Raúl Gonzalez Vergara, abordaba el avión T-25 de la Armada rumbo a la isla de Martín García, adonde también fueran detenidos Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón por sus adversarios militares. Allí terminó la presidencia de Frondizi, pero no había empezado la de su sucesor.

Guido estaba refugiado en la casa del diputado ucrista Fayiz Sago y no respondía a los comandantes que dudaron en asumir el gobierno. Al subjefe del EMGE, general Osiris Villegas se le ordenó transmitir al presidente de la Corte Benjamín Villegas Basavilbaso que debía resolverse la situación y en caso negativo, los ministros de la Corte serían arrestados si no concurrían a su despacho, tras lo cual se los obligaría a aceptar el gobierno. Así de insensato. Tras presionar al ministro Martínez

sobre la inminencia de una junta militar tomando el poder, los comandantes se entrevistaron con el ministro de Defensa y lo urgieron a resolver el tema: el país no podía estar sin gobierno. Ocurrió entonces otra de las escenas de vaudeville que se representan en aquellos días. Un ordenanza ingresó en un salón de la Rosada preguntando por el general Poggi, comandante en jefe del Ejército. Había una comunicación telefónica para el militar que Martínez atendió porque supuso de quién provenía. Cuando cortó informó a los tres comandantes de las FFAA. "Era el doctor Guido, quien habló para informar que ha jurado como Presidente ante la Corte", alcanzó a informar el ministro de Defensa. Entonces Poggi se lanzó sobre el esmirriado Ministro y de un empujón lo proyectó contra la pared: "¿A qué estamos jugando? -gritó- ¿Por qué este juramento a nuestras espaldas? ¡Que venga aquí Guido como Presidente porque nosotros tenemos que investirlo" (Primera Plana, op.cit.:222). ¿Para qué investirlo si su poder venía de la Ley de Acefalía y de lo que quedaba de Constitución? Hubo un tiempo de espera para que Poggi se calmara. Finalmente, después de aquella jura a las 17 horas ante la Corte, Guido se presentó en la Casa Rosada. Los comandantes lo esperaron en el hall de la planta baja y le hicieron la venia. Martínez le abrió paso en medio de militares que no lo aceptaban y que habían ocupado la Casa Rosada a través de un fiel de Poggi, el coronel Daniel J. Salazar, director de Fabricaciones Militares al mando de 20 soldados. Guido se sentó en el despacho que era el de Frondizi hasta horas atrás y dijo: "Señores, soy el presidente de la República". Poggi se obligó a ratificarlo y le manifestó a su vez: "Usted es el nuevo Presidente". Martínez quiso interferir con una nueva acta que enunciara las condiciones en que asumía el gobierno. Poggi se opuso retomando la sensatez: "no es cuestión de andar ya con actas".

Lo que sí hizo fue concurrir a una asamblea del Ejército donde se ratificaría si Guido era o no el nuevo mandatario. Campo de Mayo lo apoyó (eran los futuros azules). Un fuerte sector se opuso (eran los futuros colorados), pero finalmente cedieron ante los primeros.

A las 11:30 de la noche de ese 29 de marzo, Guido recibió de nuevo a Poggi, Penas y Alsina, los tres altos jefes. Allí sí hubo nueva acta secreta que debió suscribir Guido. Los asesores de Poggi -Manuel Ordóñez y Alejandro Lastra- firmes conservadores liberales la redactaron. Contenía 4 puntos: anular los comicios del 18 de marzo (una buena forma de cumplir la Constitución); proscribir al peronismo y al comunismo; modificar la Ley de Acefalía para adaptar el plazo de convocatoria a elecciones y emplear el sistema de representación proporcional para la Cámara de Diputados y el Colegio Electoral para elegir Presidente; y revisar la Ley de Asociaciones Profesionales para transformarla en una del tipo de "sindicalismo libre".

Al día siguiente al mediodía en el Salón Blanco de la Rosada, los comandantes le entregaron la banda y el bastón de mando. A la Corte Suprema que había legalizado el desaguizado, le fue permitido el ingreso a la ceremonia.

Los fundamentos del golpe fueron expuestos en una contradictoria y reaccionaria proclama emitida por los comandantes en jefe de las FFAA. Tuvieron la necesidad de recordar la entrega del poder el 1 de mayo de 1958, como si ello hubiera constituido un mérito, pero recordaron abiertamente que las FFAA "vigilaron la marcha del proceso institucional con la mirada puesta en un solo objetivo: la plena realización de los ideales de la revolución libertadora". A confesión de parte, relevo de pruebas, dicen los abogados. Recordaron que "hicieron llegar más de una vez sus sugerencias", es decir recordaron los innumerables planteos realizados contra Frondizi. Proclamaron, como era de esperar,

“nuestra vocación de nación, libre, cristiana y democrática”. Advertían que, por culpa del gobierno, se había producido “el resurgimiento de fuerzas extremistas infiltradas en la democracia”. De manera insólita señalaron que “el presidente había agotado sus posibilidades del poder” y que “esto era un hecho sin contenido político ni emocional, una pura realidad de nuestra vida institucional”. Después de presionar para impedir la presencia electoral del justicialismo advertían que “no podemos, por otra parte, permitir que la República y los principios democráticos marchen a la deriva”, cuando en realidad esa deriva se había producido por sus presiones y, finalmente, por el propio golpe. De manera insólita concluían que “al tomar la decisión de promover el alejamiento del presidente, creemos salvar a la Constitución y recuperar la fe en sus principios” (Gómez, A. op. cit. 239-240).

Una herencia del frondicismo: la doctrina de la seguridad nacional

Además de su juego perverso de introducir al peronismo condicionadamente en los comicios para después anularlos, intervenir las provincias y, de algún modo, pactar con los militares el modo de su derrocamiento, el gobierno de Frondizi dejó varias infelices herencias. La primera fue su accionar represivo contra el movimiento obrero y su política económica sometida al capital extranjero. La herencia oculta de dramáticas consecuencias para el futuro nacional fue la silenciosa construcción de la “doctrina de la seguridad nacional” ejecutada, sobre todo en el Ejército, desarrollo que el gobierno toleró y consintió sin prever, o admitiendo, sus posibles consecuencias. La política de Defensa de Frondizi, o su ausencia de política explícita, dejaron paso irresponsablemente también a una construcción teórica nefasta.

El 5 de abril de 1960, el general Manuel Gerardo Alvarado^[57] había dictado una conferencia en la Escuela Superior de Guerra (ESG) en la que afirmaba que la Argentina estaba amenazada por el comunismo. Ese era el punto de partida de la formación de decenas de oficiales en una perspectiva ajena a los intereses democráticos y nacionales.

Muchos años después cuando se efectuaron los juicios por la violación de los derechos humanos durante la dictadura del proceso, muchos de los acusados negaron la existencia de una doctrina como la mencionada. Como la mayoría de las doctrinas y teorías, ésta no adquirió un nombre por decreto. En los temas militares la elaboración de la doctrina precede o acompaña a los reglamentos y sobre todo inspira los planes operativos.

En su estudio sobre el tema Ernesto López^[58] evaluó que después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial “la estrategia militar debió ser cambiada en el sentido de tomar en consideración la supremacía de los Estados Unidos en Occidente, la bipolaridad, la tremenda significación del armamento nuclear, la neutralización mutua de las grandes potencias y la problemática del enfrentamiento indirecto” (López, E., 1987:45).

Según López después de la guerra de Corea comenzó a aparecer el concepto de guerra limitada, que enfrentó al de guerra total, que tenía el jefe de las fuerzas de la ONU en aquel conflicto sostenido entre 1950 y 1953. Agregaba que “con el desenvolvimiento del armamento nuclear (...) ambas superpotencias avanzaron en el desarrollo de una estrategia global indirecta y en el planteo de la disuasión (...) Como decía Khrushchov: “que importa que los Estados Unidos estén en condiciones de destruirnos siete veces si nosotros estamos en condiciones de hacerlo una vez y con eso alcanza”. En definitiva, la disuasión se asienta en el vaciamiento de la noción de victoria (López, E., op. cit.:49).

¿Qué es lo que había ido ocurriendo incluso antes de la Guerra de Corea, en la escena militar global? La victoria de los comunistas chinos liderados por Mao Ze Dong implicó el triunfo de un ejército campesino formado y conducido por el Partido Comunista Chino (PCCH) que se convirtió finalmente en un ejército regular y batió así en 1949 a las tropas tradicionales del nacionalista líder del Kuo Ming Tang, Chiang Kai Shek. En 1953, los comunistas vietnamitas vencieron con el Viet Minh primero a los japoneses y luego al colonialismo francés con su guerra de inspiración teórica propia, pero muy cercana a la china en términos teóricos. En Argelia, a partir de 1954 el Frente de Liberación Nacional (FLN) conducía la guerra primero urbana y luego rural por la liberación nacional, que va a triunfar políticamente con la independencia de Francia en 1962.

El proceso de descolonización en Asia y África llevó la guerra independentista por los caminos de la lucha indirecta, la guerrillera, en muchos rumbos del Tercer Mundo.

En el continente americano, las doctrinas panamericanas amparadas por el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y a la Junta Interamericana de Defensa (JID) debieron modernizarse "frente a la subversión interna" (López, E. op. cit.: 56).

Los Estados Unidos empujaron decididamente esta política con el llamado "Programa de Asistencia Militar" (PAM) en el que ingresaron casi todos los países latinoamericanos, menos Costa Rica que había resuelto no disponer de fuerzas armadas. La Argentina lo hizo (se olvida muchas veces este hecho) firmando el Pacto durante el gobierno de Arturo Illía (1963-1966). En ese PAM, lo central no eran los armamentos a suministrar por la potencia del Norte, que también se transferían, sino el establecimiento de misiones militares norteamericanas en estos países (López, E., op. cit.: 59).

Si se considera específicamente la situación de América Latina, la mirada estratégica tenía sus peculiaridades. El “comunismo” en términos genéricos carecía de potencia para tomar el poder en las naciones que eran estados políticamente independientes, casi todos, desde la primera mitad del siglo XIX; es decir, que las luchas políticas eventuales allí no se jugaban contra fuerzas extranjeras de ocupación, aunque muchas veces se utilizara como metáfora esa caracterización, la de “fuerzas de ocupación” para paralelizar el combate como una lucha de “segunda independencia”. En estos casos, las fuerzas insurgentes no consideraban las diferencias con los teatros operativos y las condiciones políticas diferentes a las de Asia y África.

Hubo una “excepción” que hizo modificar el panorama en el subcontinente y ello fue la emergencia victoriosa de la Revolución Cubana desde su perspectiva de resistencia nacional democrática que evolucionó velozmente hacia una perspectiva claramente socialista, apoyada desde ese cambio en 1961 por la Unión Soviética.

Pero además de los objetivos militares, “los Estados Unidos procuraban, por medio de sus programas de asistencia militar, alcanzar también sus objetivos políticos” (López, E., op. cit.:66). Enfrentaba Washington así, las amenazas reformistas que eran rápidamente categorizadas como comunistas, sencillamente por afectar sus intereses económicos y estratégicos. Ello ocurrió en Guatemala en 1954 con el derrocamiento del gobierno del presidente Arbenz, experiencia que influyó en el que iba a ser un jefe militar destacado de la Revolución Cubana y con posterioridad a la victoria, su teórico de la guerra de guerrillas, el Ché Guevara.

En la Argentina la doctrina militar vigente antes de 1955 es la que se conocía como la de la Defensa Nacional (DDN), enunciada por el ministro de Guerra del gobierno militar de 1943-1946, el coronel Juan Domingo Perón. El la dibujó sintéticamente en

el discurso con el que inauguró en junio de 1944 la Cátedra de Defensa Nacional en la Universidad Nacional de La Plata.^[59] Muchas de las ideas que Perón lanzó en La Plata las había predicado desde su posición como profesor de la ESG en su curso de Historia Militar. Es decir, hay más "continuidad más que ruptura en el pensamiento militar industrialista y de expansión de la Nación. Esta continuidad, empero es políticamente superada por la incorporación del valor justicia social que el movimiento del '45 introdujo como elemento desequilibrante en el sistema político" (Bernetti, J.L. y Puiggrós, A. 2006: 21).

En el discurso de Perón (no necesariamente en algunos de los textos que pronunciaron otros militares subsecuentemente a la inauguración de las jornadas por aquél) la "guerra total" es "guerra de toda la Nación" y la provisión de lo necesario para ella lleva a las FFAA y al gobierno que surge en 1946 a respaldar la fabricación de acero en lo particular y la industrialización en general

Para López, "la DDN contenía un modelo de Nación sustancialmente diferente del que había primado en la etapa anterior. En lugar de persistir en la pauta agroexportadora con un moderado desarrollo industrial sustitutivo de exportaciones que funcionase como "rueda menor" de la economía pastoril proponía un vigoroso desarrollo industrial, autónomo en el mayor grado posible" (López, E., op. cit.: 85).

La hipótesis de conflicto quedaba conformada por la consigna A contra B+C, es decir Argentina contra Brasil y Chile en función de los no superados conflictos territoriales con el país andino y la competencia estratégica con Brasil.

Para López durante el peronismo se produjo una verdadera "reforma militar" con diversas acciones convergentes: la creación de la Aeronáutica, como arma autónoma separada del Ejército y la mecanización de éste, con la constitución de la Primera División Blindada y el Destacamento de Exploración Mecanizada.

Ello implicó la compra de 211 tanques Sherman, entre otros equipamientos móviles y acorazados.

Después del golpe de 1955, la revolución libertadora y el sector liberal que la hegemonizó buscó enfrentar el modelo de nación del peronismo. "La solución que encontraron fue la de vaciar doctrinariamente al Ejército y sustituir la DDN por otra doctrina más afín a sus posiciones (...) Los militares argentinos miraron hacia el Norte en busca de los elementos que les permitieran reconceptualizar la guerra conforma a la nueva realidad internacional definida por la bipolarización y por la presencia del armamento nuclear. Y junto con los elementos que le permitieron modificar las viejas concepciones bélicas descubrieron la cuestión de la seguridad interna" (López, E. op. cit.: 132-133).

López afirmó que "la usina de la redefinición doctrinaria fue la Escuela Superior de Guerra (ESG)". Señaló un punto decisivo: "En 1956 llegó a la subdirección de la Escuela el entonces coronel Carlos J. Rosas que alcanzaría con los años el grado de general de división" (López, E. op.cit.: 137). Rosas sería seis años después como oficial superior uno de los pilares del bando azul en los choques militares con los colorados en 1962 y 1963.

Rosas venía de Francia de desempeñar el cargo de agregado militar ante el gobierno de París y su influencia fue decisiva para que fuera la "doctrina francesa" la que se introdujera de manera sistemática antes que la norteamericana, aunque la fusión y refuncionalización de ambas no planteara mayores inconvenientes para los propósitos del Ejército y, en todo caso, presentaba el caso de la rivalidad de las dos naciones occidentales por ampliar su influencia exterior con la lógica ventaja final de los Estados Unidos. Según el testimonio del teniente general Martín Balza^[60] "la enseñanza dispensada por los asesores franceses a partir de los años 50 desempeñó un rol fundamental. A lo que después se agregará, pero el mal ya estaba hecho, la influencia norteamericana,

porque los franceses aportaron a la Argentina una concepción nefasta y perversa, que literalmente envenenó el espíritu de los oficiales de mi generación: la del enemigo interior". Hasta la llegada de los franceses, nuestro Ejército, como cualquier otro Ejército del mundo, se preparaba para defenderse contra la agresión eventual de un enemigo exterior, en el caso de nuestro país, un país vecino como Paraguay o Chile. A partir del momento en que se introdujo el concepto de "enemigo interior", todos nosotros, yo incluido, interiorizamos el hecho de que el enemigo contra el cual debíamos batirnos era nuestro propio conciudadano: con el que estábamos a punto de almorzar, el profesor de nuestros hijos o nuestro vecino, en resumen, todas aquellas personas cuyas ideas no compartíamos, y que podían tener, de lejos o de cerca, afinidades con el comunismo, presentado como el mal absoluto, o con el peronismo, considerado como un subproducto de aquél"(Robin, M.M.: 2005: 267).

Otra mirada era la del teniente general Lanusse quien afirmó que "desde los últimos años de la década del 50, un nuevo ingrediente se incorpora al escenario del acontecer político nacional: el accionar de los grupos guerrilleros de ideologías extremistas de diverso origen y orientación. Su incidencia en la evolución especial durante los gobiernos de Frondizi, Guido e Illia". Lanusse afirmó también, en tono de queja, que "en esa época los protagonistas de la actividad política, y en particular, los gobernantes, según las impresiones dominantes en los ámbitos castrenses no daban la sensación de tomar la necesaria conciencia del problema" (Lanusse, A. 1989:214). Empero, la doctrina militar era modificada en esa misma época de manera oficial por el Ejército con la aprobación del gobierno de Frondizi. Una perspectiva macartista fue expresada por Lanusse cuando indicó que "fue motivo de especial preocupación para las Fuerzas Armadas en general, la sutil pero constante penetración (sic)

que durante esos años (1958-1966), tuvieron elementos de filiación y orientación marxista en ámbitos estudiantiles y también aunque en mucha menor proporción en los niveles "de base" de algunas organizaciones gremiales" (Lanusse, A. op. cit.: 214). La visión de Lanusse compartía las perspectivas de muchos de sus camaradas y carecía de la orientación democrática con la que pretendió revestirse pocos años después, luego -por cierto- de haber contribuido a destruir el gobierno semi democrático del doctor Illia. Lanusse señaló que "Carlos Rosas, como Coronel y posteriormente como General, desde las funciones que desempeñara en el Estado Mayor General del Ejército entre 1958 y 1962, fue realmente el padre de la criatura, el factotum de la incorporación de la doctrina y las experiencias adquiridas por el Ejército francés en las luchas que tuviera en Indochina y en Argelia" (Lanusse, A. op. cit.:271).

Más contributiva al entendimiento de la realidad de la formación de la doctrina de la "guerra revolucionaria fue la manifestación del teniente general Balza, quién atribuyó protagonismo a los autores franceses teóricos de aquella guerra que circularon por la Argentina, en persona o por escritura. "Todos los oficiales de mi edad leyeron "Los centuriones" de Jean Larteguy, por ejemplo, una novela-les es más fácil de leer que un tratado teórico- fundada sobre una verdadera mística del soldado, porque, en este combate que nos preparaban para librar, la religiosidad y la exaltación espiritual constituían una parte importante del cóctel" (Robin, M.M., op.cit: 268).

Balza señaló también que la Argentina "que durante mucho tiempo se resistió a cualquier forma de avasallamiento por parte de los norteamericanos, la influencia de las famosa "doctrina de la seguridad nacional" no se hizo efectiva más que a fines de los años 60 y diría que desempeñó un rol de consolidación de la enseñanza de los franceses" (Robin, M.M., op.cit.:268).

Es decir que, fue durante el gobierno de Frondizi cuando las FFAA asumieron esta línea con el respaldo del gobierno civil semi democrático, pese a la indiferencia sobre el tema que Lanusse ha pretendido atribuirle. No fue un hecho improvisado. Tampoco la designación del coronel Rosas para conducir la ESG durante la libertadora". "Hombre de fina inteligencia- afirmó López- informado y culto, Rosas se convirtió de inmediato en el alma de la redefinición doctrinaria. (Más tarde, desde la Jefatura de Operaciones del Estado Mayor General del Ejército, destino que ocupó tras dejar la Escuela, completaría en el plano orgánico operacional su obra)". López afirmó de manera contundente que " la Escuela, por el contenido de sus cursos, el sesgo que le imprimió a su revista, la contratación de militares extranjeros- entre los que debe mencionarse a los tenientes coroneles franceses Françoise Badie, Patrice de Naurois, Robert Bentreque y Jean Nougués, que se desempeñaron como asesores de aquella entre 1957 y 1962 y el intercambio con los ejércitos de la OTAN fue el vehículo privilegiado de la mencionada redefinición" (López E., op. cit.: 137-138). La responsabilidad de Rosas es, por cierto, muy significativa; empero, luego después del conflicto de azules y colorados, tendrá un papel político que tomó distancia de este grave emprendimiento doctrinario, como se verá en próximos capítulos dado que fue apartado del servicio activo por no prestarse al golpe de Onganía en 1966.

En la Revista de la ESG se expresaba también la articulación del desarrollo de la hipótesis de la participación en una eventual guerra atómica junto a la intensa preocupación por el desarrollo de la guerra revolucionaria.

Mientras la posibilidad guerra atómica conmovía al coronel M. A. Montes^[61], el propio coronel Rosas también la analizaba. En un artículo publicado en la revista de la Escuela Superior de Guerra, Rosas afirmaba que en el caso de un conflicto entre el Este

y el Oeste proponía “retener dos hipótesis atómicas primarias: a) guerra general, con empleo de medios estratégicos atómicos... b) guerra local donde ni la URSS ni los EEUU aparecían abiertamente, pero serían opuestos sostenedores con empleo ilimitado de explosivos atómicos (poco probable, o clásica, con amenaza atómica (más probable)” (López, E., op.cit. 142).

Otro colega de Rosas, el general Hure^[62] también escribía en la revista de la ESG que “nuestras FFAA deben prepararse para afrontar la hipótesis Oriente contra Occidente y dentro de ella, el de guerra nuclear con empleo limitado de proyectiles atómicos” (López, E, op.cit. 143).

De tal modo, los estrategas se ubicaban hipotéticamente en el conflicto Este-Oeste en el marco nuclear. Por ello proponían también las hipótesis con intervención de medios nucleares tácticos. Ello les permitiría superar la Doctrina de la Defensa Nacional. Pero los EEUU (y sus aliados) nunca estuvieron dispuestos a entregar armas nucleares tácticas a sus aliados subordinados. De tal modo que lo que quedó en la práctica para los ejércitos dependientes fue el desarrollo de la guerra contra revolucionaria.

López señaló con precisión que Rosas “lanzado precisamente a la búsqueda de una misión permanente para las FFAA escribía a comienzos de 1958, lo que probablemente fuera la primera formulación explícita de una idea que estaba destinada a hacer fortuna en el Ejército Argentino: “El Ejército Argentino tiene como misión específica: 1) defender el honor, la integridad del territorio y América en el marco de la OEA”. López analiza esta definición: “cómo quién no quiere la cosa, el citado coronel proponía un viraje de una significación profundísima, que una vez consumado tendría múltiples aspectos adversos para la sociedad argentina: el cuidado de la “frontera interior”, la posibilidad de que los fusiles fuesen usados para apuntar hacia adentro y no hacia el exterior como venía sucediendo hasta entonces desde comienzos de siglo” (López. E. op. cit.: 145-146).

Para López el aporte más importante como teórico de la guerra revolucionaria en la mencionada situación temporal fue el teniente coronel Patrice de Naurois^[63]. Este militar indicaba que desde hacía diez años en Indochina, Madagascar, Túnez y Argelia el ejército de su país era participante de luchas contra adversarios que ejecutaban la guerra revolucionaria. Indicaba la experiencia adquirida y "sintió el peligro que hace correr no solamente a la nación (francesa) sino a todo el mundo libre" (López, E. op. cit. 146). Otros textos publicados en la revista de la ESG fueron "La guerra revolucionaria en China", "Características generales de las operaciones en Argelia", de Nougues, y "Los acontecimientos en Laos" de Bentreque (López, E. op. cit.: 146).

Un texto singular en esta materia lo fue el de Alcides López Aufranc^[64]: "Guerra Revolucionaria en Argelia". Entrevistado muchos años después, López Aufranc repasó su experiencia como alumno de la Escuela Superior de Guerra francesa entre 1957 y 1959 como teniente coronel para la que había sido designado dado que "en el Estado Mayor argentino habíamos oído hablar de la doctrina francesa, entonces muy de moda (...) En América Latina, nosotros no conocíamos todavía ese género de problemas. Había luchas políticas, a veces violentas, pero no del tipo subversivo, porque el partido Comunista todavía no había comenzado su trabajo de infiltración. No conocíamos la importancia de la población en este género de guerra. Para nosotros solo existía la guerra clásica, pero nunca habíamos imaginado un enemigo que mata con un cuchillo o estrangula con una cuerda (...) estábamos convencidos de que la tercera guerra mundial era inminente y que la Unión Soviética iba a intentar abrir un frente sobre territorio argentino. Gracias a la enseñanza de los franceses comprendí que el enemigo podía ser el pueblo y que para ganar la guerra había que conquistar los espíritus". En la entrevista, López Aufranc informó que estuvo presente en las operaciones francesas en Argelia

durante un mes y reconoció la importancia tanto de la inteligencia como de la conducción de los interrogatorios a los prisioneros (Robin, M.M., op. cit. 224-225).

Rosas y López Aufranc, cada uno de ellos con su estilo y responsabilidad, constituyeron ejemplos de los oficiales que antecederían a los que protagonizarían la dictadura del proceso de reorganización nacional entre 1976 y 1983.

Como señaló E. López las enseñanzas de Naurois fueron las pioneras y seminales para la formación de los nuevos cuadros del Ejército argentino a partir de la mitad de los años 50 con la complicidad civil que apañaban o ignoraban o las dos cosas al mismo tiempo lo que sucedía en las academias militares.

Naurois definía la "guerra subversiva" como aquella que "tiene un origen político y proviene de la acción sobre las masas populares de elementos activos apoyados y sostenidos de varias maneras por el extranjero. Tiene por finalidad destruir el régimen político y la autoridad establecida y reemplazarlos por otro régimen político y otra autoridad. Esta acción es secreta, progresiva, y se apoya en una propaganda continua y metódica, dirigida a las masas populares. Parece muy probable que una guerra futura eventual cuente con el empleo de las armas atómicas y termonucleares, del arma psicológica, de la subversión, etc. Es decir que la subversión sería una de las formas de dicha guerra" (López, E., op. cit.: 147).

A partir de estas definiciones se utilizará la denominación "subversivo" para calificar a los que intenten instaurar "formas totalitarias del poder". La denominación "revolucionario" era utilizada peyorativamente por la derecha integrista católica francesa, española y argentina, ésta última tributaria de aquellas dos en las diversas escuelas y tendencias del nacionalismo argentino de derecha. La lucha contra "la Revolución", singularizada en la "Revolución Francesa", antecesora de la Soviética de 1917 fue

la piedra basal de esta tendencia católica. Fue la misma que tuvo una representación singular en la revista "Verbo" inspirada por el padre Grasset, asesor e inspirador ideológico de los militares franceses más extremistas que participaron en las guerras coloniales de Indochina y Argelia. Aunque es cierto que el coronel y luego general Carlos Rosas era ateo, nada impedía que con esa visión del mundo fuera doctrinario de la "guerra anti-subversiva". La corriente católica de Grasset y de los muchos tradicionalistas civiles y clérigos que se identificaron con ella, jugó un papel de enorme significación en la orientación de estas operaciones y, claramente, en la justificación del uso de la tortura como medio eficaz para la obtención de información. Información que, para este tipo de guerra se convertía en un instrumento absolutamente decisivo.

El comando único político militar que debía conducir las operaciones de la "guerra anti-subversiva" le otorgaba una enorme importancia a la información. Escribía De Naurois: "Permanentemente se buscan informaciones sobre los elementos de la población que ayudan o pueden ayudar a los guerrilleros o a los partisanos, sobre las bandas (sus bases, sus zonas de refugio, sus depósitos, sus enlaces entre sí, con la población, con el enemigo).(...) La búsqueda de dichas informaciones, su control, su centralización, serán facilitadas por la división de cada parte del territorio por una cuadrícula tan densa como sea posible"(López. E., op. cit.: 148). La cuadrícula territorial mencionada será utilizada sistemáticamente en los planes operativos represivos puestos en marcha por la dictadura del proceso.

Nombrar a la tortura como componente fundamental del proceso de inteligencia en esta guerra no ha sido discurso oficial militar; más bien, ha sido ocultado con el eufemismo de "búsqueda de información" en el marco de un movimiento de negación y ocultamiento de aquella. Ha sido una película revolucionaria

filmada en 1966 "La Batalla de Argel" de Gillo Pontecorvo, la que reveló los métodos usados para librar la guerra de Argelia (1954-1962) particularmente la ejecutada en contra de los combatientes del Frente de Liberación nacional (FLN) en la ciudad de Argel. Simultánea y paradójicamente, la película era exhibida tanto para el público progresista como un instrumento de denuncia y utilizada como recurso pedagógico en las academias militares argentinas y de otros países.

El entonces teniente coronel López Aufranc fue quien buscó introducir en el citado artículo publicado en la revista de la ESG algunos elementos diferenciadores a los conceptos de Naurois. Un elemento significativo era que aludía a "el despertar de la raza árabe agitado desde El Cairo". La mención a la capital de Egipto aludía al nacionalismo árabe liderado por el presidente de este país, Gamal Abdel Nasser, el más significativo líder del movimiento de liberación y unidad de los países árabes, quién respaldaba al FLN durante la guerra de Argelia, mientras nacionalizaba el Canal de Suez en 1956 en manos de Londres y era enfrentado en represalia con el triple ataque israelí, inglés y francés. El concepto de raza utilizado por López Aufranc permitía deducir la cosmovisión predominante, por entonces, en los militares argentinos y en los sectores sociales que ejercían hegemonía cultural sobre ellos. Ese concepto de raza cuadraba perfectamente la identificación entre peronismo y negritud que el gorilismo aplicó al movimiento político argentino. Los cabecitas negras no eran solamente argelinos, como se había verificado durante la vigencia y la caída del peronismo. El racismo recorría Occidente.

El coronel Jean Nougués, por su parte, luego de producida la Revolución Cubana y la definición marxista-leninista de Fidel Castro realizaba una penetrante observación sobre la Argentina. Afirmaba que ésta "ofrece a la subversión un campo poco favorable. Sin embargo el peligro existe. ¿Cómo puede concretarse ? (...) el

comunismo a cara descubierta, tiene pocas posibilidades. Pero la más eficaz e insidiosa "correa de transmisión" del comunismo en la Argentina es evidentemente el fidelismo, que puede aprovechar la permanencia de un antiguo sentimiento anti norteamericano y la disponibilidad de la masa peronista aún imperfectamente integrada a la vida política de la nación. Los ejemplos de Cuba y el Tudeh^[65] iraní demuestran que un partido auténticamente nacionalista puede ser captado por el comunismo" (López, E., op. cit. :153-154). Todavía no se manejaba de manera significativa la categoría de "populismo" que sería años después clave para entender el rol de movimientos anticapitalistas, nacionalistas y anti hegemónicos en América Latina y otras regiones del mundo. Las discusiones, enseñanzas y textos de aquella época en la ESG no quedaron solamente en ejercicios teóricos. En 1962, señala López en el texto ya citado el dispositivo de la cuadrícula territorial ya se había diseñado. La responsabilidad de la misma estuvo a cargo de la jefatura III (Operaciones) del EMGE, a cargo del ascendido a general de brigada Carlos Rosas. En ese mismo año se llevó a cabo la operación "Hierro", un conjunto de conferencias de actualización sobre la guerra subversiva y en 1960 fue otra vez Rosas quién lleva al EMGE a unos 15 destacados oficiales con los que lleva adelante otra operación, esta vez llamada "Hierro Forjado". Ella fue nada menos que la adaptación de la organización y procedimientos del Ejército a la nueva doctrina. Otra vez el papel de Rosas fue relevante (López, op. cit.: 158). Un militar de la vieja escuela, el teniente general Benjamín Rattenbach^[66] exponía mientras tanto, fuera del cuadro de estas nuevas orientaciones doctrinarias, su perspectiva republicana legalista a través de su exposición de una sociología militar^[67]. Al contemplar las características de las diversas fuerzas armadas y de seguridad. Afirmaba Rattenbach en 1959 que "la subdivisión creada en la sociedad para distinguir a las fuerzas del orden

de las de defensa nacional no es absoluta. Las fuerzas armadas intervienen muchas veces en el orden interno cuando las policías no alcanzan a tal fin y, en ciertos casos, cuando razones políticas así lo aconsejan" (...) La superposición de misiones de orden interno y externo se pone de manifiesto sobre todo en ciertos cuerpos de "policía militarizada" (el mismo nombre casi lo indica), al estilo de la gendarmería, etc, que representan una creación en tiempos de paz para aumentar la posibilidades de defensa en tiempos de guerra" (Rattenbach, B. 1959: 58-59).

Rattenbach trabajaba con los supuestos de la guerra clásica y se preguntaba acerca de las características que deben desarrollar las policías militarizadas, a las propias FFAA o las fuerzas policiales. "¿Qué conviene al Estado? -se pregunta el militar doctrinario- Entre nosotros, conviene desarrollar esas fuerzas más en el orden policial que en el militar, porque es preferible ampliar las condiciones de protección y orden en las fronteras y no aumentar con ellas, las reservas de infantería, etc. para tiempo de guerra" (Rattenbach, B., op. cit.: 59-60). Es decir que el sociólogo militar se seguía moviendo en los marcos de la doctrina tradicional de la guerra, la por entonces declinante Doctrina de la Defensa Nacional (DDN). Y continúa advirtiendo acerca del papel de los organismos de inteligencia: "Los organismos mencionados, llamados en algunas partes "Servicios de Informaciones del Estado", tienen su complemento natural en servicios similares dentro de cada fuerza armada". Pero advierte que "así como el servicio de informaciones del Estado no tiene más remedio que intervenir en el orden interno, el de las fuerzas armadas no debe hacerlo. Proceder al revés es desvirtuar sus funciones y envolver con ello a la vez a la fuerza armada respectiva en los vaivenes de la política interna" (Rattenbach, B. op. cit.:80). Pero en el momento en que el autor escribía esta definición doctrinaria, esos cuerpos estaban lanzados plenamente a la política interna enfrentando al peronismo y a

la izquierda, cuanto conspirando contra el propio gobierno frondicista. Aunque operaba en el plano teórico no puede dejarse de lado que las reflexiones de Rattenbach partían en primer lugar de sus experiencias como militar argentino. Cuando opinaba sobre el "espíritu de cuerpo" en las FFAA señalaba que "otro sentimiento similar al del cuerpo es el "espíritu de arma", que también ha desaparecido en gran parte y sólo subsiste en gran parte en la caballería, para honor de ella"(Rattenbach, B,op.cit.: 83). Lo estimaba un hombre de la Artillería que juzgaba el fuerte avance de la mecanización del Ejército ya ampliamente desarrollado y que incidirá, además del componente político, en el ya cercano conflicto entre azules y colorados.

El teórico militar daba una voz de alerta en otro tema -el de la acción conjunta de las FFAA- que hará estallido 23 años después en la Guerra de Malvinas donde con posterioridad a la derrota argentina, Rattenbach tendrá la responsabilidad de juzgar a los más altos jefes castrenses. "La rivalidad entre las fuerzas armadas -juzgaba proféticamente Rattenbach- no es natural ni es beneficiosa. Al contrario, en aquellos países donde nunca ha existido, resulta artificiosa y contraproducente. La distribución de armas y efectivos dentro de las fuerzas armadas de un país debe ser el resultado de una acción planificada y de una conducción militar de conjunto, basada en los planes defensivos del país" (Rattenbach, B. B-, op. cit.: 86-87).

También advertía Rattenbach acerca de la exasperación del rol militar y de su autonomización. "En nuestro país raras veces se ha opuesto el concepto del civilismo al militarismo, a no ser en ciertas opiniones tendenciosas, por suerte pasajeras, que buscaban deformar la verdadera relación entre ambos términos", expuso con demasiado optimismo el sociólogo castrense. Y conceptualizó que "el control civil del poder militar nunca fue un problema visible ni latente en la República Argentina, lo

que significa, desde el punto de vista sociológico militar, que en nuestras fuerzas armadas no existe un espíritu de casta -hablando en términos generales- que las haya inducido a separarse de la masa civil cuando desgraciadamente tuvieron que actuar en el terreno político" (Rattenbach, B., op. cit.: 145). Por el contrario, esa separación de la masa civil ya había ocurrido en 1930 y en 1955, e iba a ser mucho más brutal con las dos dictaduras que se agazapaban en el horizonte y que se concretaron en 1966 y en 1976.

El Ejército y colateralmente las otras dos Fuerzas Armadas, se encuadraron en la nueva doctrina militar de la seguridad nacional y sus aplicaciones operativas. Ello comenzó a suceder durante el frondicismo [68]. No constituyó una casualidad en el marco de las perspectivas modernizadoras que impulsaba el presidente civil y su confesada admiración por las formas capitalistas impulsadas por su amigo político el presidente John Kennedy. La nueva doctrina militar corría en el viento de los nuevos tiempos posteriores a la Segunda Guerra Mundial en la escena internacional. La caída de Frondizi no se produjo por la aplicación de esta doctrina, sino por la irreductible proscripción del peronismo. La reacción popular contra la proscripción política del justicialismo generó la alternativa revolucionaria y entonces allí se produjo la aplicación de aquella teoría represiva.

GUIDO. AZULES Y COLORADOS

Cuando el presidente Frondizi fue conducido forzosamente a la isla de Martín García por orden de los comandantes en jefe de las FFAA, hubo literalmente un vacío de poder. Un primer mandatario era derrocado. Sus destituyentes militares no asumían el gobierno y los restos del poder civil vacilaban. Pero las dudas y ese vacío duraron poco. Frondizi había manifestado a sus más directos colaboradores que ante la alternativa de su derrocamiento el mal menor era la asunción como presidente del senador ucrista por Río Negro, presidente provisional del Senado, José María Guido.

Lo hizo con la colaboración de la Corte Suprema estimulada por su dinámico integrante Julio Oyhanarte, la maniobra de Rodolfo Martínez que era el ministro de Defensa del gabinete de "coalición" que había formado Frondizi y la complicidad del Comandante Aéreo de Combate, brigadier Gilberto Oliva^[69]. Ellos dieron tiempo para que Guido se dirigiera por la tarde al salón de acuerdos de la Corte Suprema, mientras los comandantes esperaban con Martínez en la Casa de Gobierno.

Guido arribó a la Casa Rosada Guido con la información de que había prometido asumir la Presidencia ante el más alto tribunal del país. Los tres comandantes sorprendidos y confundidos decidieron, de hecho, reconocerlo. "En un acto inusual, juró en la sala de reuniones de la Corte Suprema de Justicia de la Nación y gracias a ello y a la sagacidad de su presidente, el doctor Julio Oyhanarte, evitó que el general Raúl Poggi asumiera como presidente de facto, quién inútilmente había esperado para hacerlo en la sede del Ejecutivo. Según Oyhanarte, "allí estaban reunidos los ministros militares y los comandantes en jefe cuando entró Guido. Estaban todos sentados pero por la influencia mágica que da el poder, se iban poniendo de pie, a medida que Guido, que ya había dejado de ser un pobre abogado rionegrino, pasa

a su lado. Poggi se quedó sentado. "Póngase de pie que soy el presidente de la República", le ordenó Guido. Cuando Poggi lentamente se puso de pie, recién entonces se sintió realmente presidente de la República".(Balza, M. 2016:86-8)

Hubo dos situaciones que violaban la legalidad y la Constitución. La primera el mismo acto del derrocamiento presidencial por los jefes militares y los sectores civiles que los apoyaban, producido en una situación de confusión y contradicciones de los diversos grupos castrenses que les impidió a los más duros de ellos implantar una segunda versión de la "revolución libertadora". Por la otra, en el plano civil, Guido juraba como sucesor constitucional cuando el presidente legal no había renunciado ni muerto, sino que era preso de lo que después el sector militar triunfante en los meses siguientes denominaría como una "banda armada".

La Corte, por su parte, se sumaba a la ilegalidad con el motivo del mal menor, toda una degradación del mentado republicanismo liberal. La lucha en los meses siguientes se antagonizó entre los sectores militares partidarios de la dictadura neta y contra sus oponentes que buscaban salidas políticas pseudo democráticas a la situación que también eludiesen el retorno de Perón y del peronismo al gobierno.

Aunque Guido había jurado ante la Corte, se repitió el día 30 una ceremonia en la Casa Rosada para dar cierta solemnidad pública al hecho de que él había asumido efectivamente el máximo cargo público, con el que navegó en la dirección que las sucesivas y contradictorias victorias parciales de las fracciones militares le marcaban.

Por cierto, cayó el gabinete de coalición que había gestado el acto final de Frondizi y fueron nombrados ministros de Economía y Defensa, Federico Pinedo y Ernesto Lanusse^[70]. La designación del primero implicaba un grosero regreso a la Década

Infame. El segundo respaldaba a los duros de las FFAA. Mariano Drago era nombrado canciller.

Guido debió suscribir un acta secreta con los tres comandantes en jefe que habían derrocado a Frondizi por la que señalaban que Guido había asumido como Presidente en forma definitiva para llenar la vacante producida por ... el propio derrocamiento de Frondizi. Se anotaba como absolutamente necesario adoptar una serie de medidas como: la anulación de las elecciones del 18 de marzo; dictar normas para proscribir al comunismo y al peronismo; descalificar para futuros comicios a quienes tuvieran esas ideas peronistas, comunistas o totalitarias o hubiesen buscado el apoyo de esas fuerzas; modificar de la ley de acefalía; revisar del estatuto sindical para garantizar la "libertad" sindical; prohibir la actividad política de los sindicatos y controlar sus fondos para impedir que se usaran en los comicios. Por lo señalado, los comandantes afirmaron que "tienen al doctor José María Guido como presidente"(Potash, R. 1994;39-40).

Pese a estas medidas, un grupo de coroneles trató de imponer una dictadura militar apoyando al general Martijena como presidente en contra de las limitaciones que implicaba el gobierno "civil" aceptado por Poggi.

Llegó entonces a Buenos Aires una misión del FMI que anunció que no habría devaluación del peso. El ministro Pinedola desmintió al producir una fuerte depreciación monetaria que favoreció a sus amigos agroexportadores y cumplida esa patriótica misión renunció el 20 de abril. Dos días antes, Rodolfo Martínez salía del gobierno habiendo fracasado su plan político de nueve puntos que nadie de las fuerzas partidarias había aceptado.

El Congreso Nacional, que se enfrentaba a la limitación del funcionamiento la Cámara de Diputados por la inminente anulación de los comicios y la reducción a la mitad de sus miembros lo que le impediría sancionar leyes, sirvió como lugar de febriles e inútiles reuniones partidarias.

Las Fuerzas Armadas designaron por su cuenta a sus propios secretarios militares. Así, lo fueron el almirante Gastón Clément en Marina y Jorge Rojas Silveyra^[71] en la Fuerza Aérea, en tanto que el retirado general Marino Bartolomé Carreras^[72] lo fue en Ejército por su cercanía a las posiciones de la Armada, lo que se iba a convertir en su demérito, en lugar de servirle de apoyo político. Guido lo había preferido a otro retirado también fuertemente antiperonista, el general de caballería Carlos Kelso.

La primera de las crisis militares se debió al fracaso del plan Martínez, el generado por el ministro del Interior que procuraba la realización de elecciones condicionadas bajo el restablecimiento de los gobiernos provinciales y del Congreso Nacional. En éste último poder procuraba que los diputados fueran incorporados a partir de la modificación del reglamento de la misma en una sesión especial. Al volver al reglamento de la Cámara de Diputados dictado en 1937, los legisladores ingresarían luego de que sus diplomas fueran analizados por una comisión de Credenciales. Ello permitiría incorporar de golpe a todos los diputados antiperonistas y retrasar las de los peronistas lo que permitiría instaurar un presidente electo no más allá del 1 de mayo de 1964 (Potash, R. op. cit.:43-45).

Sin embargo, toda esta retorcida operación política significaba romper el pacto suscripto por los tres comandantes de las FFAA para validar la asunción de Guido. El plan del democristiano de derecha Martínez contaba con el respaldo del otro ministro conservador Pinedo y del propio mandatario. Empero sufrió el rechazo del ministro de Defensa, Ernesto Lanusse, primo hermano de Alejandro Lanusse, éste último una figura ya visible en la Caballería y con tradición combativa antiperonista. También estaban en contra los secretarios de Ejército y Marina. La posición ultra gorila desestimaba el plan Martínez en un documento redactado al respecto, estimando que Frondizi podría -por esa vía- ser

reinstaurado en el gobierno y la Corte juzgada políticamente por haber sustentado la asunción de Guido. También se preocupaba porque estimaba que los radicalismos no tomarían medidas profundas respecto del sindicalismo y el peronismo. Este memorándum, de redacción de un técnico -el ingeniero Salvador San Martín- fue comparado por Potash con el de un militar en actividad entonces, el teniente general Juan Bautista Picca, jefe del Estado Mayor Coordinador. A diferencia de las posiciones férreamente antidemocráticas del memo San Martín, el texto que redactó Picca señalaba que “una dictadura militar (...) elimina la práctica democrática, demora el progreso de las instituciones, cae en el paternalismo o en el despotismo, engendra la violencia” y mucho más que ello, anunciaba proféticamente que los militares “serán una Fuerza de Ocupación sometida al desgaste físico y espiritual” (Potash, R. op.cit.: 46-47).

Guido intentó conjugar aspectos de las dos propuestas. Intervino las provincias, lo que provocó la renuncia de Martínez, aunque antes había firmado el 2 de abril el decreto que convocaba a sesiones extraordinarias del Congreso Nacional. Lanusse reemplazó a Martínez en Interior, lo que provocaba la no aplicación de su plan. Entonces también renunció Pinedo que estimaba que había que salvar lo posible del plan Martínez.

En ese momento, los llamados oficiales “legalistas” (porque querían una forma condicionada de institucionalidad y no una abierta dictadura) pasaron a la acción. El general Enrique Rauch^[73], Comandante del Cuerpo de Caballería exigió la renuncia del secretario de Guerra, Carreras. Según Potash “ése fue el primer paso de un plan destinado a reemplazar a los líderes del Ejército que habían derrocado a Frondizi por oficiales que apoyaran al doctor Guido en un llamado anticipado a elecciones” (Potash, R. op. cit.:49).

Rauch recibió el apoyo del general Onganía (comandante de la División Blindada) y del general Caro^[74](director del Centro de

Instrucción de Caballería). El regimiento I de infantería "Patricios" tomó posición en defensa del Secretario de Guerra, general Carreras. Guido intentó mediar como lo hizo durante su insólito gobierno. En ese primer enfrentamiento de Semana Santa no hubo disparos sino múltiples desplazamientos de tropas sobre la ciudad de Buenos Aires y negociaciones que llevaron, tras diversas ceremonias, a que los dos generales, tanto Poggi como Rauch perdieran sus posiciones. El general Juan Bautista Loza^[75], uno de los tres propuestos por Rauch como titular de la cartera asumió entonces como Secretario de Guerra el 21 de abril de aquél 1962. Loza no procesó a Poggi, ni pasó a retiro a Rauch sino tan solo a disponibilidad. El secretario de Guerra asumió también el cargo de comandante en Jefe del Ejército. Loza no conformaba a ninguna de las dos facciones en pugna.

El día 22, la Marina, por medio de Gastón Clement, su secretario, demandó a Guido que anulara las elecciones para concluir con toda posibilidad de llegada del peronismo a cualquier posición ejecutiva o legislativa. Al día siguiente, Guido retiró un complejo proyecto de ley de acefalía del maltrecho Congreso. El 24, el presidente finalmente en un decreto que replicaba la anulación por el general Uriburu de los comicios ganados por el radicalismo el 5 de abril de 1931 en la provincia de Buenos Aires, dejó sin efecto los resultados de los comicios ganados por el peronismo tanto el 17 de diciembre de 1961, el 14 de enero de 1962, el 25 de febrero de 1962 y, por cierto, los del 18 de marzo de aquél año. La Cámara de Diputados quedó reducida a 98 miembros, luego de aquél anti democrático acto y 31 diputados peronistas intentaron, sin lograrlo, penetrar al edificio del Congreso para tratar de hacer valer sus títulos.

El 25 de abril, Guido asumiendo la posición de los duros decía a su gabinete que "el plan político se puede resumir en muy pocas palabras: en la medida de mis posibilidades no he de

consentir que un solo peronista ocupe un cargo público o electivo de cualquier jerarquía municipal, provincial o nacional”.

Guido volvió a recambiar su gabinete el 27 de abril, cuando Álvaro Alsogaray llegó otra vez al ministerio de Economía después de haberlo ocupado con Frondizi y un reconocido militante del ala más gorila de la UCRP, Jorge Walter Perkins fuera nombrado ministro del Interior. Bonifacio del Carril (hombre de la libertadora) asumió como canciller, Julio César Crivelli en Obras Públicas, Galileo Puento en Trabajo, Miguel Sussini en Educación y Justicia y Tiburcio Padilla en Salud Pública. El gabinete se completaría tres días después, el 3 de mayo, cuando José Luis Cantilo^[76], un hombre de la Unión Cívica Radical, fuera nombrado ministro de Defensa. Roberto Alemann, que también fuera ministro de Economía de Frondizi (y lo sería de la dictadura del proceso de reorganización nacional en su etapa Galtieri) resultó enviado como embajador a los Estados Unidos. Los elencos civiles se repetían así a través desde la libertadora, el frondicismo, el interinato de Guido y llegarían a las dos largas dictaduras militares que sucederían a los gobiernos de estos meses. Con esos elencos, sí que hubo poca “alternancia” en los gabinetes, como les reclamarían los politólogos liberales a las democracias populistas por venir.

La crisis institucional generó situaciones de ridículo: Guido renunció a su banca en el Senado y el Congreso fue declarado en receso, aunque por la Constitución se encontraba en período de sesiones ordinarias. Pese a ello, el cuerpo se empeñó en sesionar en minoría.

El 29 de mayo se produjo un paro nacional de la CGT en protesta por la difícil situación económica.

Dos hechos internacionales se hicieron presentes en la escena argentina. El primero, la ejecución por ahorcamiento en Jerusalén del criminal de guerra nazi Adolf Eichmann, que había sido

secuestrado en Argentina por el Mossad, el servicio de inteligencia de Israel, lo que subrayaba la significativa presencia de importantes jefes nazis prófugos en el país durante los gobiernos de Farrell, Perón, Lonardi, Aramburu y Frondizi, con la complicidad de importantes sectores del Episcopado católico y de las Fuerzas Armadas. El 2 de junio se declaraba una tregua en la guerra de Argelia que iniciaba el proceso de negociación de la independencia concretado más tarde en los acuerdos de Evián (Suiza), hecho que alarmó a los crecientemente influyentes militares partidarios de la "guerra contrarrevolucionaria" que la estudiaban - como se ha visto - en la Escuela Superior de Guerra del Ejército.

Guido debió reiterar, como se hizo habitual en aquellos años, que "no habrá regreso a la dictadura", en alusión a los gobiernos peronistas.

El 13 de junio por la difícil situación económica, la Argentina suspendió sus compras en el exterior.

El ministro del Interior Perkins procuró, pese a la falta de apoyo de su partido -la UCRP- de poner en marcha un nuevo plan político. Por éste se redactaría un nuevo estatuto de los partidos políticos que cerrara el paso al peronismo. Se impulsaba como línea maestra un difícil acuerdo de reunificación entre su fuerza y la UCRI, para lograr constituir una fuerza capaz de batir al justicialismo en las urnas o, por lo menos, demostrar su superioridad sobre aquél, aunque el partido derrocado en 1955 estuviera impedido de concurrir a los comicios. Luego de situaciones que implicaron un intento de Guido de renunciar a sus funciones, el cambio de situación del Congreso Nacional de "disolución" a su congelamiento funcional por vías de un "estado de receso" -no previsto por la Constitución- la elaboración del nuevo Estatuto de los partidos Políticos se demoró más de dos meses.

Perkins, un hombre del ala derecha de la UCRP -el viejo unionismo de 1945- se hartó de los giros y contragiros acerca de

la situación del Congreso, de la falta de apoyo de su propia fuerza y de los arrestos llevados a cabo por efectivos de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE), sin conocimiento del propio ministro político.

Perkins fue reemplazado por otro radical de la misma ala de derecha, Carlos Adrogué, quién finalmente llevó a cabo la redacción del demorado Estatuto de los Partidos Políticos que brindó letra los tribunales federales para resolver las disputas partidarias y estableció la representación proporcional del tipo D'Hont, tanto para los cargos legislativos como para los integrantes del Colegio Electoral que debían designar al Presidente de la República, en la perspectiva de impedir una eventual mayoría absoluta del peronismo.

El 6 de julio, Guido anunció que habría comicios parlamentarios el 31 de marzo de 1963 y presidenciales el 27 de octubre de ese mismo año.

En esa misma línea y como concesión a los sectores más gorilas prohibió, por decreto del Ejecutivo, el proselitismo peronista con la prohibición de la exhibición de fotografías de Perón y Evita, la difusión de la Marcha Peronista y todos los símbolos partidarios, mientras el 1 de agosto la CGT realizaba una huelga general que tuvo acatamiento parcial.

En agosto de 1962 el secretario de Guerra, Juan Bautista Loza, renunció por presiones de los sectores más "gorilas" del Ejército. El desenlace se precipitó por la decisión de Loza de mantener en actividad al general Rauch luego de que un Tribunal de Honor, integrado por tres generales designados por el secretario de Guerra, señalara que aquél no había cometido ninguna falta al inaprensible "honor militar". Loza se consideró habilitado entonces para designar a Rauch para un cargo con pleno ejercicio de la condición de militar en actividad del oficial superior juzgado y absuelto.

Pero nada fue gracioso: el general Federico Guillermo Toranzo Montero, hermano de Carlos Severo, y jefe del IV Cuerpo de Ejército, repudió la designación de Rauch y se autoproclamó como comandante en jefe del Ejército.

El presidente Guido formuló otro inútil llamado a la paz entre los confusos bandos militares mientras se producían desplazamientos de los blindados de Campo de Mayo en contra de Toranzo Montero y los comandantes de la Primera División Motorizada situada en Palermo y la Cuarta División de Infantería de Córdoba, adherían al autoproclamado jefe supremo. Loza y su subsecretario presentaron sus renunciaciones a Guido. Éste siguió los consejos del ministro de Defensa, Cantilo, quién luego de entrevistar a todos y cada uno de los generales y pedirle su opinión sobre quién debía suceder a Loza, se pronunció por aconsejar al Presidente que nombrara al general (retirado) Eduardo Señorans^[77] y rechazara la propuesta de designar al general Juan Carlos Reyes propuesto por el sector de Federico Toranzo Montero. Señorans que había sido un activo participante de la libertadora como estrecho colaborador del general Lonardi y era considerado un "nacionalista", tenía calificaciones elevadas como profesionalista riguroso.

Pero la situación no se definía por las calidades técnicas, sino por las políticas. Carlos Severo Toranzo Montero desconoció a Señorans como secretario de Guerra y se instaló en los cuarteles de Palermo como "comandante en Jefe del Ejército en Operaciones". Toranzo era el general de división más antiguo y utilizaba también éste valor profesional como parte de su currículum de combate. Señorans, que no pudo ingresar al edificio Libertador para hacerse cargo de su función, se instaló en sede de la Escuela Superior de Guerra (ESG), a pocos metros del bunker de su adversario. Contaba con el apoyo de un general que asomaba en la escena, Juan Carlos Onganía, comandante del Cuerpo de Caballería, con sede en Campo de Mayo.

Pero el presidente Guido volvió a vacilar por su rechazo al enfrentamiento armado y el gabinete deliberó dividido. Pese a que el brigadier Rojas Silveira, secretario de Aeronáutica y el ministro de Economía, Alsogaray, respaldaran a Señorans, el secretario de Marina Clément -con el acuerdo del ministro de Interior Adrogué- se opuso a los movimientos de tropas. Pero como apuntó Potash, "en realidad la Marina al exhibir su simpatía por las fuerzas opuestas a Señorans, ya había ordenado a su personal que bloqueara las rutas que tendrían que tomar los tanques para entrar en la Capital" (Potash, R. op.cit.:65).

Guido insistió en la negociación y convocó a Toranzo Montero a una reunión en la residencia presidencial de Olivos. Ante ello, Señorans presentó su renuncia afirmando que él era el secretario de Guerra que menos había durado en el cargo: diez horas. Los ganadores por puntos pugnaron para que se designara como nuevo secretario de Guerra al teniente general (retirado) Arturo Ossorio Arana, hombre de la libertadora a quién Guido rechazó por ser uno de los más constantes conspiradores contra Frondizi. En una evocación de las operetas vienesas, los dos bandos deliberaron con sus representantes a la cabeza, en dos cuartos separados de Olivos y, finalmente, tronzaron en proponer al también retirado general artillero José Octavio Cornejo Saravia^[78] para la función. En una rigurosa descripción de los acontecimientos, García Lupo diagnosticó que "José Cornejo Saravia, un general latifundista y magnate del azúcar, parecía el hombre elegido por la Marina de Guerra para liquidar en el Ejército las reyertas entre facciones mediante el atrevido procedimiento de colocarlo enteramente bajo la férula de una sola facción. Cuando la Marina descubrió que la efervescencia del Ejército podía dejarlo bajo el dominio de una corriente nacionalista y popular, rápidamente arrojó su peso en la balanza y decidió la situación a favor de quienes llevaban las de perder.

La mecánica del golpe naval de agosto de 1962 revela, a primera vista, una sagaz estimación de los poderes en pugna y una resolución de actuar que no había en el otro bando" (García Lupo, R., 2014:177).

La Armada procedió así de la manera que no haría en el combate armado de septiembre cuando los Colorados, nombre de los sucesores de Toranzo Montero, fueron dejados a su suerte por los marinos, cuando podían haber decidido la batalla que, en cambio, librarían en soledad y con una derrota total en abril de 1963. Continuando con su política represiva el presidente Guido, empujado por los mandos militares, emitió un decreto por el que se proscribió al partido Comunista y finalmente también disolvió el azotado Congreso Nacional.

El ministro de Defensa, José Luis Cantilo renunció el 14 de agosto a su cargo. Más de 120 oficiales "legalistas" se retiraron de la ceremonia en la que el general Carlos Túrolo asumió la jefatura del Estado Mayor de la secretaría de Guerra, mientras Toranzo Montero rumiaba su descontento por no lograr la designación definitiva de comandante en jefe del Ejército, que le fue otorgada a otro retirado, el general Juan Carlos Lorio. Cornejo Saravia nombró al general de brigada (retirado) Bernardino Labayru como jefe del Estado Mayor y lo promovió a general de división- como había hecho también con Lorio- en un acto administrativo de los que repudiaban los profesionalistas, por tratarse de ascensos a oficiales retirados en la circunstancia en que eran reconvocados a la actividad.

Entretanto los civiles se acordaban de Alsogaray: una manifestación de empleados públicos protestaba por el pago de sus salarios con los "Bonos 9 de Julio".

El 23 de agosto se produjo la primera manifestación de protesta por la desaparición de personas por razones políticas desde 1955. (Su antecedente había sido el médico comunista Ingalinella

en Rosario durante el final del gobierno de Perón. Pero allí hubo juicio y condenas). El dirigente intermedio del gremio metalúrgico y militante de la Juventud Peronista, Felipe Vallese, fue secuestrado por la policía bonaerense; murió torturado y su cuerpo fue desaparecido. Las demandas por su aparición y por la aplicación de la justicia en su caso se convirtieron en una bandera premonitoria de las que se harían comunes a fines de la década de los '70. El editorialista del diario ultra-liberal "La Prensa", Adolfo Lanús^[79], fue designado ministro de Defensa, en tanto que el coronel lonardista Juan Francisco Guevara, se declaró en rebeldía y publicó "cartas abiertas" que tuvieron gran repercusión política^[80]. El ex dictador Aramburu reclamaba como solución a la crisis política y militar, la convocatoria a elecciones en las que estaba firmemente decidido a participar como candidato a presidente.

Por su parte, el presidente Guido también coincidió con la "salida Aramburu". Tras un estudio de la composición del Congreso Nacional informó a su gabinete que, realizando elecciones solamente por las bancas que quedaban vacantes, el peronismo no podría obtener capacidad de bloqueo del mismo. Del mismo modo, con la representación proporcional, se podría elegir en el Colegio Electoral a Aramburu y, como de éste, podría no surgir una mayoría para ello, ese objetivo sería alcanzado con el Congreso completado. Guido desarrolló este plan con el apoyo del ex ministro Rodolfo Martínez y con el respaldo de Frondizi, consultado en su prisión, y la aceptación del propio Aramburu. Martínez habló también al gremialista metalúrgico peronista Augusto Vandor y a los dirigentes justicialistas Alberto Iturbe y Raúl Matera quienes de diversa manera dejaron avanzar el plan sin asegurar que contarían con el respaldo, siempre improbable, de Juan Domingo Perón desde España. Este proyecto fue rigurosamente saboteado por la presentación de una cartilla de "32 medidas" que propusieron los tres secretarios militares con los

respaldos de los ministros de Interior, Adrogué, y de Defensa, el editorialista del diario "La Prensa", Adolfo Lanús. Estas medidas de orden político, sindical, económico, social y administrativo, comenzaban por el pedido de disolución del Congreso, justamente el instrumento que necesitaba Guido para la operación Aramburu. El Presidente, que consultó al general Labayru, tuvo el convencimiento de que, tanto ese general como los militares que representaba, no querían ese plan, quizás porque también tenían sus propias aspiraciones políticas.

En septiembre, la crisis se volvió más intensa. El día 1 del mes el gobierno intentó controlar la movilización popular reglamentando drásticamente el derecho de huelga. Esta medida fue planteada por los ministros militares, el titular de Interior Adrogué, el de Defensa Lanús, sin informar al titular de Economía, Alsogaray, en cuya jurisdicción estaba encuadrado el tema. Guido cedió y firmó una norma que prohibía las huelgas generales, establecía el arbitraje obligatorio en todos los conflictos y prohibía las huelgas en los servicios públicos. Es decir, tumbaba virtualmente el sistema gremial y laboral argentino. Al mismo tiempo, en la Dirección de Fabricaciones Militares, el general Martijena reunía economistas (civiles) y especialistas militares para elaborar un plan que fue conocido por su nombre en el cual brillaban la intención de anular los contratos petroleros de Frondizi y reemplazarlos por concesiones al estilo de las vigentes en Venezuela por entonces, y la derogación de la ley de asociaciones profesionales (Potash, R., op.cit., 77).

Aceptando la realidad que había generado, otro decreto del Ejecutivo disolvió los restos del Congreso Nacional. Se autofijó como término de su gestión el 30 de abril de 1964, el día en que debía concluir el mandato del derrocado y prisionero Frondizi. Guido, vencido en su operación Aramburu, había logrado a cambio que los tres secretarios militares se comprometieran por escrito a convocar a elecciones.

Azules y colorados. Preparando el primer round

Las disputas políticas y las militares fueron confusas en este tiempo, pero tuvieron un eje político central ¿qué hacer con el peronismo? o más precisamente, como hacer para que el peronismo no retornara al poder. Las diferencias y los matices fueron importantes porque alcanzaron a desplegarse desde la proscripción absoluta del justicialismo y su reemplazo por la “dictadura perpetua” o las formas de diversas de integración, cooptación y subordinación, todas ellas presididas por la unidad absoluta en el rechazo en la vuelta de Perón al poder o siquiera al país. Ello iba acompañado por disputas acerca del desarrollo industrial y agrario de la economía y divergencias vigorosas acerca del papel y diseño del sindicalismo en el país. Las Fuerzas Armadas antiperonistas y anti comunistas se habían sumergido ya en la preparación teórica de la guerra contra revolucionaria.

Además estaban vigentes las disputas inter fuerzas acerca del papel de cada una de ellas en la Defensa Nacional y, con toda lógica, las luchas por el incremento presupuestario para cada una de las mismas. En su interior, particularmente en el Ejército, se produjo un conflicto profesional inter armas, particularmente entre la Caballería y la Infantería, con fuerte participación de la Artillería y más secundaria de la de Ingenieros.

La motorización del ejército

En los antecedentes más profundos de los conflictos producidos en el Ejército Argentino en la décadas del '50 y '60, los sitúa el general Fabián Brown en las decisiones tomadas a fines de la Segunda Guerra Mundial cuando “se comenzó a manifestar la necesidad de llevar adelante un proceso de moderniza-

ción que adecuara las estructuras y equipamientos militares a las doctrinas y procedimientos tácticos que caracterizaron esa contienda" (Brown, F. op.cit.:28).

De acuerdo con Brown el Ejército formó una comisión para llevar adelante un proceso que denominó "la motorización". Este proceso fue llevado adelante no por expertos, sino por "un pequeño grupo de jóvenes y entusiastas profesionales". Entre ellos se contaban los mayores de Infantería Imaz^[81] y Elbio Anaya y el capitán de Caballería, Kurt Brenner^[82]. En 1945 se compró un juego de tanque Dickers-Armstrong de la Primera Guerra Mundial en los EEUU, a través de una comisión integrada por los capitanes de Infantería Cordes y de Caballería, Milberg. Al año siguiente se creó con pocos elementos materiales la Escuela de Tropas Mecanizadas, "organización madre del blindado argentino" (Brown). Fue su primer director el general Torres Queirel^[83]. Lo notable de esta nueva organización es que fue integrada por personal de todas las armas y servicios y que debía desarrollarse bajo el criterio de "equipo de armas combinadas" planteado por el ejército alemán entre las I y II Guerras Mundiales. Señalaba Brown que con éste método "una vez adoptado el medio técnico que define las características de movilidad todas las funciones de combate deberán realizarse a partir de éste. Por ello, la creación de fuerzas blindadas requirió del desarrollo de vehículos de similar performance que el tanque, pero con aptitud para el cumplimiento de las misiones de combate" (Brown, op.cit.:29).

El general de división (Azul) Tomás Sánchez de Bustamente al analizar la doctrina militar del estratega inglés Liddell Hart, consideró que "sus concepciones teóricas sobre el aprovechamiento del tanque como elemento central de la estructuración de fuerzas blindadas autosuficientes para operar y combatir, tuvieron influencia decisiva en el mundo militar de la posguerra de 1914-18". Y anotó que "el general Heinz Guderian habría

de recoger sus reflexiones y enseñanzas para convertirse en el creador de las fuerzas panzer alemanas, primero, y luego, en 1940 en el conductor, hasta el Canal de la Mancha, en la que Liddell Hart denominó la más espectacular victoria de la historia militar". (Hart, L. (1969: 5-6)

En el mismo estudio, el historiador Julio Irazusta estudiaba la obra de Hart y recordaba que luego de terminada la Primera Guerra Mundial, éste afirmaba que "las fuerzas de tierra, deberían ser, en adelante, la aviación y los tanques y que la motorización en tierra y aire será la base del movimiento para la exploración, la lucha y el abastecimiento de los ejércitos. Anuncia que el cambio será lento, debido al conservatismo esencial de las fuerzas armadas"(Hart, L. op.cit.:18). Y citaba al doctrinario inglés que señalaba: "mientras el batallón existente de infantería de mil hombres es incapaz de atacar a una ametralladora defensiva, un batallón de trescientos tanques con dos hombres cada uno arrollaría toda posición defensiva en una guerra de movimientos, base sobre la cual se entrena nuestro ejército. Así el resultado del triunfo de la ametralladora apresurará el advenimiento de los ejércitos de tanques. Superando el Fénix legendario, un poder ofensivo recién nacido resurge de las cenizas de la que había sido señora del campo de batalla" (Hart, L. op.cit.:19-20). La experiencia de la Segunda Guerra Mundial había sido contundente respecto a estas anticipaciones teóricas de Hart que, en su momento, también fueron compartidas por el coronel Charles de Gaulle en sus trabajos "Le file de l'épée" y "L'armée du métier" previos también a la Segunda Guerra Mundial. Afirmó Brown que en la Escuela de Tropas Mecanizadas "los materiales existentes no alcanzaban para experimentar seriamente y producir cambios significativos, por lo tanto el proceso de motorización, y dentro de éste el desarrollo de las fuerzas blindadas, no pasaba de ser otra cosa que el ejercicio intelectual de un reducido grupo de profesionales" (Brown, op.cit: 29).

Será entonces la tarea de los gobiernos nacidos del golpe de 1943 y de los dos gobiernos peronistas hasta 1955, los que llevaron adelante este proyecto con la creación de la Fuerza Aérea como independiente del Ejército y un complejo científico tecnológico militar que operó con la Fábrica Militar de Aviones (Córdoba), el proyecto del tanque argentino "Nahuel", los prototipos de aviones de caza "Pulqui I" y "Pulqui II", desarrollados con la fuerte presencia de técnicos militares provenientes del derrotado mundo militar alemán y el desarrollo profundo de Fabricaciones Militares, impulsando la línea emprendida por el general Savio con el acero y, en su momento, por el general Mosconi con el petróleo a través de Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

Hasta entonces, el arma de Caballería se movilizaba con tracción a sangre y algunos de sus integrantes rechazaban la posibilidad de abandonar el caballo como medio de transporte y ataque. El general Onganía memoraba que un alto jefe suyo le manifestó, nada menos que en 1959, en la División de Caballería 3 que "antes que dejar el caballo me pego un tiro" (Brown, F. op.cit.:146). En 1947, pese a estas resistencias, se amplió la Escuela de Tropas Mecanizadas y se creó el Cuerpo de Ejército Mecanizado como un elemento operacional de Gran Unidad Batalla. Siguiendo el ejemplo del ejército alemán en la Segunda Guerra los integrantes de éste Cuerpo se integraron elementos provenientes de todas las armas. Se creó también el Cuerpo de Caballería en el que concentraron todas las unidades de esta arma.

Allí señaló Brown, citando al coronel Díaz Loza^[84] que reinaba una "tremenda confusión" respecto de la doctrina militar a emplear en esta nueva organización porque la vieja, típica de la guerra de posiciones característica de la Segunda Guerra Mundial, se mezcló con la teoría militar importada del Ejército de los Estados Unidos. Se vivía también el cambio de roles de las armas luego de aquél conflicto internacional lo que afectó

a la Caballería que continuaba siendo a fines de la década del '50 "un arma ecuestre de lanza y sable", lo que constituía un serio anacronismo.

Se produjo entonces una cierta especialización de la caballería por el tanque y de los infantes por vehículo semi-oruga (es decir, en parte equipado también con neumáticos).

En 1951, una nueva reestructuración alineó a los tanques por un lado y a los semiorugas por el otro en agrupaciones dentro de la Escuela de Tropas como en el Cuerpo Mecanizado. En ese mismo año, la Escuela de Tropas Mecanizadas pasó a llamarse Escuela de Tropas Blindadas, siendo nombrado su jefe el general José María Sosa Molina, oficial de Caballería, considerado el principal responsable de la evolución de las fuerzas blindadas argentinas (Brown, F. op.cit.: 32). José María Sosa Molina^[85] fue un destacado militar peronista

Se verificó también lo que Brown denominó un "conflicto generacional" porque coexistían militares formados en doctrinas diferentes, sistemas de armas diferentes y paradigmas militares diversos (Brown, op. cit.: 33). También ocurría que las guerras de Corea y de Indochina representaban no solo el choque de naciones sino de concepciones que dividían al mundo en dos grandes bloques ideológicos. Este largo recorrido de la modernización - en gran parte mecanización del Ejército - constituía una componente del sedimento que llevó a la lucha entre "azules" y "colorados".

El desarrollo de la lucha

El 14 de agosto de 1962, el general Onganía, como comandante del Cuerpo de Caballería presentó un memorándum a su superior directo, el general Lorio, comandante en Jefe del Ejército. "En sucesivas crisis -manifestó- se ha visto relajada la disciplina a límites que hasta ahora no se habían alcanzado, por actos que configuran delitos. Existe un plan perfectamente trazado o inexorablemente cumplido, sin consideración a la clase de medios a emplear. Con respecto a los últimos hechos -señaló Onganía- la intransigencia antipopular de oficiales que en la época peronista fueron adictos al régimen o estuvieron distraídos respecto de sus proyecciones y buscaron o aceptaron para la dilucidación del problema el concurso de otra fuerza armada. Los relevos y nombramientos recientes parecerían demostrar el propósito de que el mando de las unidades quede en aquella parte del Ejército que sucesivamente desconoció la autoridad de los Secretarios y se alió a la Marina para imponer su voluntad -que era la de ésta- , sin detenerse en medios para lograrlo" (Lanusse, A.A. 1988: 166). El conflicto se disparó el 28 de agosto cuando el Comando en Jefe dispuso relevos en el Cuerpo de Caballería que el comandante de éste, el general Onganía se negó a aplicar. El sector que tendría su base en Campo de Mayo comenzó a preparar su accionar para un enfrentamiento total.

El general de brigada Alejandro Lanusse, director del Centro de Instrucción de Caballería, había sido sancionado en esos días con diez días de arresto a cumplir en su domicilio. "Como consecuencia de este forzado encierro, mi vivienda familiar se transformó en lo que se conocería como el Comando Azul" (...) El general Onganía, que había sido relevado de su cargo de comandante del Cuerpo de Caballería, y permanecía en disponibilidad en su domicilio fue recibiendo información de los trabajos que realizábamos. En alguna oportunidad, fue también a mi casa para

conversar con los que allí estábamos y para ajustar algunos detalles del documento en redacción" (Lanusse, A.A. op. cit.:167). El documento fue hecho llegar al diario "Clarín", entonces vocero del desarrollismo frondicista que lo transcribió íntegramente en su edición del 13 de septiembre. Lanusse afirmó que la publicación fue realizada "con la seguridad y responsabilidad que caracterizaran siempre su actuación profesional, por el señor Roberto Caminos, a cargo circunstancialmente de la Dirección de "Clarín" y provocó "fuertes reacciones" en la Secretaría de Guerra (Lanusse, A.A., op. cit.:167). En ese texto titulado "Objetivos y resolución del Ejército: memorándum Campo de Mayo" fechado el 13 de septiembre se acusaba a los generales al mando, los Colorados, de trabajar con almirantes y políticos para "adueñarse del poder e instalar un gobierno militar por varios años" y proclamaba que coincidiendo con esta crítica estaba "el verdadero Ejército. El Ejército que quiere ser mandado por militares profesionales y no por grupos de militares políticos. El Ejército que quiere ser Ejército y no un conjunto de bandas armadas (...) El Ejército para custodiar la constitución y las leyes. El Ejército para servir y proteger a la Nación y no para juzgarla y someterla" (Potash, R. op. cit.: 82). Frente a este texto se preguntó Potash: "¿Pero acaso reflejaba esta retórica los objetivos auténticos de la cúpula Azul? ¿No ocultaba un motivo ulterior, el de tomar con el tiempo el control directo del gobierno? Dado el papel que muchos de estos mismos oficiales iban a desempeñar cuatro años después en el golpe militar de 1966, es legítimo preguntarse acerca de la sinceridad de los objetivos manifiestos de 1962" (Potash, R. op.cit.: 86). El 16 de septiembre, aniversario de la libertadora, que en ese entonces era de reglamento celebrar, los bandos en pugna definieron sus posiciones en los sendos discursos pronunciados en varias guarniciones. Lanusse encabezó la ceremonia en el

Centro de Instrucción de Caballería. El acto fue presidido por el general Pistarini^[86], comandante del Cuerpo de Caballería que reemplazaba a Onganía; asistieron también el general Julio Alsogaray, comandante de la División de Caballería Blindada I y jefe de la Guarnición de Campo de Mayo y el general Osiris Villegas, que era el comandante de la División de Caballería II, con sede en Concordia (Entre Ríos) de inmediato fuerte protagonismo en el bando Azul.

Lanusse exaltó entonces a la libertadora, y su propio papel en la misma y exhortó a la defensa de la Constitución. Dijo así que “los oficiales del Ejército Argentino, que son salidos del seno de su pueblo, interpretan su sentir y están convencidos también de que la difícil situación que vive el país debe desembarcar lo antes posible en una salida democrática”. Seguramente, para fortalecer su propia posición y la de su sector recordó de manera particular, gorila, la situación de la Argentina en septiembre de 1955: “Se incitaba públicamente a la violencia, y la persecución llegaba a límites insospechables. En ese clima, con esas incertidumbres hubo hombres probos y valientes que levantaron la bandera de la Revolución Libertadora. ¿Qué bandera es esa hoy a siete años de distancia que mantiene su vigencia con todo vigor?”. Lanusse proseguía con toda fuerza en su apología de la dictadura 1955-1958 afirmando, nada menos, esa bandera “era la de la dignidad del hombre, es aquella que coloca los valores espirituales por sobre el frío materialismo”. Para subrayar su autoridad para enunciar esta calificación política, Lanusse recordaba a su audiencia militar que cuando se produjo el golpe contra Perón, él “llevaba cuatro años de cárcel”. Memoraba al general Lonardi como ejemplo de “la vieja sentencia, de que la revolución devora a sus propios hombres”, pero sin interrogarse autocríticamente acerca de su papel como jefe de Granaderos en aquél momento y su deber

de proteger al presidente golpista ahora elogiado luego de su muerte. Eso sí, para diferenciarse de los que entendía como colegas oportunistas afirmaba que “los militares no tenemos el patrimonio exclusivo de la verdad, de la honestidad y del patriotismo” (Lanusse, A.A., op. cit., 169-170).

Un día más tarde, los generales Pistarini y Alsogaray se presentaron ante el Secretario de Ejército y exigieron los relevos de los generales Lorio y Labayru, comandante en jefe del Ejército y jefe del Estado Mayor del mismo. Pero la respuesta fue el rechazo de la demanda y, por el contrario, la orden de relevo de los dos oficiales superiores y del general Eduardo Luchessi, jefe del Estado Mayor de Coordinación.

Éste fue el punto de ruptura. Estos generales rechazaron la medida y se concentraron en la guarnición de Campo de Mayo. Se formó entonces el comando Azul bajo la conducción de Onganía y el apoyo de otros generales jefes de las Divisiones de Caballería de Concordia (Osiris Villegas) y Tandil (Uriondo).

En la madrugada del día 19, los periodistas que cubrían los tensos acontecimientos entregaron un cuestionario a Onganía para que éste definiera las posiciones del bando que encabezaba. La respuesta del jefe Azul fue que “el comando constituido en Campo de Mayo ha solicitado que se dejen sin efectos las convocatorias (al servicio activo) y los ascensos (a generales de división) del comandante en Jefe, del Jefe del Estado Mayor General del Ejército, por considerar que dichas situaciones están en contra de las disposiciones reglamentarias (Ley Orgánica del personal militar) y que por lo tanto son inaceptables... Campo de Mayo sostiene el compromiso contraído por las Fuerzas Armadas y sostiene al actual Poder Ejecutivo en la medida en que sus actos sean conducentes a la normalización constitucional en cumplimiento estricto de las leyes vigentes. Los movimientos en Campo de Mayo son normales en esta situación, es decir está

alistado (para el combate). La masa del Ejército apoya al comando constituido en Campo de Mayo" (Brown, F. (1994:89).

La crisis era muy seria en el Ejército y, con menor intensidad, en las otras dos fuerzas. El bando Azul, liderado por el arma de Caballería, intentó defender el profesionalismo militar y una convocatoria a elecciones que estimaba debía ser "limpia". Sus opositores Colorados rechazaron esta última perspectiva y propusieron confusamente una restauración o continuación de la revolución libertadora. El núcleo de los Colorados estuvo en la Infantería y en la Artillería y no se planteaban "metas de modernización técnico-profesionales de la estructura militar sino que su discurso giraba en torno a la necesidad de enfrentar al comunismo o impedir el regreso del peronismo" (Brown, op.cit.:110). A diferencia de los Azules, los Colorados no tuvieron un comando unificado. Más allá de Lorio y Labayru, antiperonistas de prestigio pero retirados desde tiempo atrás, los mandos efectivos quedaron en manos de jefes de unidades como el coronel Tocagni^[87] (jefe del Regimiento 7 de Infantería) y el coronel Guerin^[88] (jefe de la Guarnición Palermo) y Garutti (jefe del Regimiento 5 de Infantería. Éste último afirmó que "los colorados no creyeron, no aceptaron como posible, si bien hubo tiros y algunos heridos, el aniquilamiento del otro bando(...) la magnitud del sector Colorado era tal que hacía aparecer innecesario elaborar grandes planes de operaciones"(Brown, op.cit.:111).

Para Brown los colorados, en definitiva, carecieron de voluntad de lucha, en tanto que "la marcha del Regimiento de Tanques 8 resultó decisiva, no porque haya logrado una victoria militar, sino porque rompiendo los códigos característicos de los planteos militares anteriores estuvo, o pareció estarlo, dispuesto a combatir (Brown, F. op. cit.: 112).

Los Azules, sustentados en la Caballería, contaron entre sus filas a la enorme guarnición de Campo de Mayo, el R-2 de Caballería

de Concordia, el R-4 de Caballería de Curuzú Cuatiá, el R-3 de Caballería de Azul; los Colorados, fuertes en la Infantería, dispusieron del Cuerpo III de Córdoba, donde estaba asentada la poderosa brigada de Paracaidistas, el R-1 de infantería de Palermo y la Escuela de Artillería en Azul.

El secretario de Guerra luego de una reunión con el presidente Guido declaró que se tomaban medidas de prevención, pero que todavía no se habían dado órdenes de represión.

La Marina propuso entonces que se formara una Junta Militar detrás del presidente Guido. Por la Marina concurrieron a la reunión en la que esto se debatió los almirantes Jorge Palma y Agustín Penas; por la Fuerza Aérea, los brigadieres Cayo Antonio Alsina y Gilberto Oliva; por el Ejército, los generales colorados Juan Carlos Lorio y Francisco Elizondo y por los Azules del Ejército los generales Juan Carlos Onganía y Tomás Sánchez de Bustamante. La reunión fracasó y se dio paso a los enfrentamientos con algunos combates y mucha guerra comunicacional.

Los que detentaban el espacio oficial, pero que eran enfrentados por los "legalistas", fueron nominados por éstos como Colorados, mientras Campo de Mayo asumía el color Azul, el típico de la "propia tropa" en el ejercicios de maniobras.

Tropas de la División 2 de Infantería con sede en La Plata y adictas a los Colorados, procedieron a volar un puente sobre la ruta 11 y otro sobre el camino Ignacio Correa para impedir el desplazamiento de las unidades del Regimiento C-8 de Tanques de Magdalena.^[89] Esta unidad al mando del coronel Alcides López Aufranc desde 1961 desempeñó un papel clave en los enfrentamientos en curso. En la madrugada de esa jornada se daban por salidos de sus cuarteles los tanques Sherman de la unidad en avance hacia la Capital Federal (Sanz, V. (2004).

Los Colorados, para impedir el avance Azul, movilizaron tropas del Regimiento 7 de Infantería, del Batallón Geográfico y

del Batallón 2 de Comunicaciones, con sede en City Bell, hacia el denominado cruce de Etcheverry entre la ruta 2 Buenos Aires-Mar del Plata y la prolongación de la avenida 44 de La Plata. Los Azules enfrentaron un dispositivo más numeroso y potencialmente poderoso, pero carente de unidad de mando, propósitos políticos claros y voluntad de combate.

En la guarnición porteña del barrio de Palermo alineada con los Colorados, el jefe de esa unidad, el coronel Guerin emitió por esas horas un comunicado que afirmaba que "los que se han negado a acatar las leyes militares y la disposición de los relevos y se señalan como "línea Campo de Mayo", cuentan en este momento con unidades en ese acantonamiento y con otras del interior del país. Obedecen a las órdenes del general Onganía que fue oportunamente relevado de su cargo, el comando de la División Blindada, el Centro de Instrucción de Caballería y la Escuela Profesional "General Lemos" todas ubicadas dentro del acantonamiento mencionado ... Se concede a los jefes de esas unidades un plazo para deponer su actitud de desobediencia. De lo contrario entrará en vigencia la represión. Para hacerla efectiva, la línea que responde a la jerarquía institucional cuenta con importantes efectivos, a saber, el Centro de Comunicaciones, el Batallón de Zapadores Blindados y la Gendarmería Nacional. Fuera del acantonamiento cuenta con las Divisiones 1, 2, 3, 4, 7 y 8 ubicadas en distintos puntos de Buenos Aires y del interior del país" (Brown, F. op.cit.: 90-91).

En la madrugada del día 20 el comando Colorado ordenó la movilización de los regimientos 1 y 2 de Infantería desde Palermo al centro de la ciudad para resguardar el edificio Libertador y la Casa Rosada; trasladó tropas del Regimiento 3 de Infantería desde su sede en La Tablada (prov. de Buenos Aires) para ocupar la estación de ferrocarril ubicada en Villa Lugano en la Capital Federal. El comando Azul, como se mencionó, despla-

zó al R-8 de Tanques desde Magdalena hacia los alrededores del sur de la ciudad de Buenos Aires.

La Marina de Guerra que observó una actitud pasiva en las operaciones militares tomó actitudes de guerra psicológica sobre los Azules, anunciando que había dado órdenes a los barcos de la Flota de Mar que participaban de un ejercicio "Unitas" con los Estados Unidos y escuadras de otros países sudamericanos para que marcharan hacia el estuario del Río de La Plata rumbo a Buenos Aires.

Una última reunión para intentar una concordancia se realizó en Olivos, a la que concurrieron a entrevistarse con el presidente Guido, el general Onganía, acompañado por el coronel Levingston^[90] y los generales Peralta^[91], Rosas y Caro. Al término de la misma, éste último general renunció a la subsecretaría de Guerra en solidaridad con Campo de Mayo y fue reemplazado por el general Juan Carlos Reyes. En la misma celebrada casi al amanecer, Guido ordenó a Onganía que depusiera su actitud y cuando éste intentó responder al Presidente, el ministro de Defensa, Lanús le dijo que había sido llamado para recibir órdenes presidenciales y no para cuestionarla. Guido le dijo a Onganía: "Señor General, ya tiene usted la orden: espero una contestación categórica antes de las 21" (Potash, R. op. cit.:89). Onganía respondió telefónicamente de manera negativa a Guido porque estimó que sus fuerzas iban a ser atacadas por los Colorados. La respuesta de la cúpula que acompañaba al Presidente fue lograr la aplicación del Plan Conintes, posición en la que coincidieron el general Cornejo Saravia, el almirante Clement y el brigadier Rojas Silveyra, los tres secretarios militares que tenía Guido. Lo que pasó en la noche del 19 de septiembre fue modificado estratégicamente por la decisión del comandante Aéreo de Combate, brigadier Oliva, de no sumarse a la represión, pese a la posición de Rojas Silveyra,

teóricamente su superior. El presidente Guido le "daba" órdenes a Onganía de subordinarse a su supuesto mando y someterse a los Colorados, pese a que la posición política de éstos era adversa a una salida democrática limitada, como la que proponían los Azules. La confusión de roles contribuyó a la falta de solidez en las definiciones. El clima de derrumbe acosaba a todos los participantes.

La guerra psicológica fue ganada ampliamente por los Azules quienes tomaron rápidamente el control de radio Belgrano y de las instalaciones de transmisión de radio Pacheco. Desde esta emisora ejecutaron un prolijo plan comunicacional que fue desplegado en sucesivos comunicados que enunciaban operaciones militares hasta llegar al nro. 150 en el que definieron con claridad su plan político. Utilizaron locutores profesionales que con tranquilidad y eficacia leyeron las proclamas. También difundieron la marcha militar "Avenida de las Camelias" para identificar su comunicación, pero la combinaron con música folklórica y tango, lo que diferenció netamente a este bando de la comunicación Colorada que no organizó su mensaje y difundió textos amenazantes para sus adversarios en tonos exaltados que no les ganaban, por cierto, la simpatía de la población que, además, poco entendía del enfrentamiento. Empero, la posición Azul quedaba definida por una consigna repetida desde el comienzo del conflicto: "Estamos dispuestos a luchar para que el pueblo pueda votar, ¿quiere usted hacerlo para que no lo haga?".

Entretanto, la Marina buscaba colocarse en un punto intermedio aunque no dejaba de manifestar sus simpatías. En un comunicado emitido en el día afirmaba que "se ha mantenido hasta ahora en mesurada actitud para no agravar el caos existente, y procuró, en todo momento, a través de su correspondiente autoridad, el señor Secretario de Marina, aconsejar lealmente al Poder Ejecutivo en forma de llegar a una solución pacífica y

positiva para los intereses nacionales. Pese a este esfuerzo la Armada no ha logrado su sincero propósito de conciliación y en consecuencia y ante los fundamentos de la renuncia presentada por el Secretario de Marina, que responsabiliza al Presidente de la Nación, del enfrentamiento entre las fuerzas de Ejército que aún se mantiene y le adjudica culpabilidad al no haber evitado, mediante el cumplimiento estricto de los convenios existentes, los posteriores siniestros y víctimas producidas, entre los cuales lamentablemente no hay que incluir solamente a militares sino a civiles". Luego el comunicado oficial naval ingresaba en una deriva conspirativa típica de esos días porque puntualizaba que "parecería que lo que viene sucediendo en la República forma parte de un plan premeditado para provocar el caos general y entregar el país a cualquier tipo de comunismo y extremismo, plan a consecuencia de lo cual se llegaría mediante la disociación de las instituciones". (Brown, op. cit., 92-93)

Esta posición de la tradicional perspectiva liberal de la Armada coincidía con la apocalíptica descripción de un doctrinario del catolicismo ultra montano^[92] que, en un texto publicado por esos días afirmaba que "el comunismo va a emplear la dialéctica tratando de enfrentar al pueblo con las Fuerzas Armadas entre sí, o sea a Aeronáutica contra Marina y aún dentro de cada Fuerza Armada a unos grupos contra otros grupos, a legalistas contra golpistas a gorilas contra anti-gorilas a Azules contra Colorados. Este plan de enfrentamiento y destrucción de las Fuerzas Armadas lo ha expuesto Victorio Codovilla, en su informe del 20 de junio de 1962 en el Comité Central del partido Comunista (...) la ejecución del plan de enfrentamiento y destrucción de las fuerzas armadas comienza con el enfrentamiento entre Poggi y Rauch que tuvo lugar en abril de este año (...) Ahora con el triunfo de Campo de Mayo ha triunfado la izquierda nacional" (Bracht, F.: 1962). No era Codovilla precisamente, el exponente de la "izquierda nacional", ni un redactor del supuesto plan denunciado.

El comando Azul rechazó la posición de la Marina y ordenó a la Compañía 10 de Campo de Mayo avanzar sobre la ciudad de Buenos Aires a lo que la Armada respondió públicamente que "alistaba" al Batallón de Infantería de Marina 1, situado en Puerto Nuevo y a la Escuela de Mecánica de la Fuerza, para ejecutar medidas de defensa del edificio de su Secretaría.

En la madrugada del día 21 de septiembre, en una nueva reunión en Olivos, Guido evidentemente superado por los acontecimientos ofreció su renuncia a los secretarios militares y a Onganía, lo que fue rechazado por todos.

El combate del cruce de Etcheverry

No había vigencia de una tregua mientras se desarrollaba la reunión porque al mismo tiempo "se produjo el más importante choque entre efectivos de ambos bandos cuando el grueso de la columna del regimiento de Tanques 8 se encontró en el cruce de Etcheverry y la ruta nacional nro.2 con fuerzas del regimiento de Infantería 7 a órdenes del mayor Merbilha"[93]. Según Brown "en el incidente no se produjeron víctimas fatales y los efectivos Colorados se replegaron, luego de una escaramuza hacia Florencio Varela" (Brown F., op.cit.: 94).

Antes del enfrentamiento se habían producido las ya mencionadas voladuras de puentes sobre el arroyo Zapata en la ruta provincial 11 y sobre el arroyo Caxaraville cerca del barrio Aeropuerto de La Plata. "Según otros informes los puentes volados son sobre el arroyo El Pescado también sobre la ruta 11 y sobre el camino a la localidad de Ignacio correas. López Aufranc sólo menciona en sus comunicados (publicados en "Clarín") la voladura de dos puentes y una alcantarilla" (Sanz,V. op.cit.: 227). La secretaria de Guerra trataba de desmentir el avance Azul al señalar que "se trata simplemente de vehículos de exploración

adelantados, permaneciendo los efectivos de la unidad- el C-8 - en la localidad de Magdalena". E informaba además que "tropas del II Cuerpo han capturado una patrulla del C-8 compuesto de cuatro carriers^[94] con un oficial, tres suboficiales y 36 soldados" (Sanz, V. op. cit.: 228).

En la media mañana del día 20 se produjo la salida de sus cuarteles de La Plata del regimiento 7 de Infantería y del batallón Geográfico Motorizado, mientras también lo hizo desde City Bell el batallón 2 de Comunicaciones. Las formaciones avanzaron por el camino Centenario que cruza el parque Pereyra Iraola hacia la ruta nacional 2 para frenar el avance de la columna del C-8 al que las voladuras de puentes mencionadas no habían conseguido detener.

"Antes de las 8 de la mañana en Etcheverry, partido de La Plata, se encuentran apostadas tres barricadas: una utilizando un tren, otra la requisa de 28 camiones civiles y la tercera también con camiones pero pertrechadas con baterías pertenecientes a la Artillería Antiaérea de Mar del Plata, con asiento en Camet a órdenes del mayor Merbilháa" (Sanz, V, op.cit.:228).

Según la citada descripción de Sanz los tanques del C-8 avanzaron por dos vías: una, por la ruta de Oliden y se detuvieron a la altura del penal de Olmos. En tanto que la columna principal al mando del propio López Aufranc "en una rápida y sorpresiva maniobra (según "Clarín" 21-9-62) se colocó a solo 10 minutos de la defensa más importante comandada por Merbilháa.

Se produjo entonces una curiosa situación que fue relatada así por Sanz: "luego del cruce de ultimátum y contra ultimátum, por considerarse atacado y la captura de una de sus patrullas, y al no poder enviar López Aufranc un "último urgentísimo ultimátum" por ser interceptado su enviado por medio de una avioneta, que es atacada por las baterías antiaéreas, es el propio periodista de "Clarín" quien lo lleva. El mayor Merbilháa no

lo acepta y concluye el mensaje con la afirmación de "defender hasta las últimas consecuencias a sus hombres y a sus piezas de artillería, entregando el mensaje al cronista con un apretón de manos y diciéndole: Ruego diga al coronel López Aufranc que le envíe un gran abrazo" (Sanz, op.cit.: 228).

Los sucesos continuaron a las 16:10 "luego de un despliegue de los tanques y de esquivar la metralla de Camet y obligaron al repliegue de las tropas de Merbilháa hacia Brandsen. Según "Clarín" (en Sanz, op.cit) "al llegar al cruce tomado por las fuerzas del coronel López Aufranc, el espectáculo comenzó a tranquilizar los ánimos: no había cadáveres. Tampoco manchas de sangre, destrucción o incendios. Y tampoco había heridos entre los tanquistas. Los tanques Sherman, de 35 toneladas, continuaron su avance por la ruta 2 sin ingresar a la ciudad de La Plata, llegando hasta el llamado Cruce de (la fábrica) Alpargatas, donde se detuvieron. Por su parte las fuerzas de los batallones Geográfico Motorizado y de Comunicaciones se replegaron hacia sus cuarteles en La Plata, autorizados por López Aufranc al deponer éstos las armas y dejar de obedecer la autoridad de los generales Lorio y Labayru.

Según Brown "durante la mañana del 21, el efecto psicológico logrado por el ininterrumpido avance de la columna de tanques del Regimiento 8 resultó de fundamental importancia para la resolución de la crisis ya que al fracasar los intentos por neutralizarla, se fue debilitando paulatinamente la posición del Secretario de Guerra y del Comandante en Jefe, entre otras causas por la eficaz acción psicológica desarrollada por el comando Azul para explotar ese éxito (Brown, F., op.cit.:94) Los diarios como "Clarín" y "La Nación" destacaron el accionar de López Aufranc que fue nombrado con exageración evidente por el semanario "Primera Plana"^[95] como "el Zorro de Magdalena", en forzada comparación con el general alemán Erwin Rommel, famoso por sus operaciones en el norte de África durante la Segunda Guerra Mundial.

Cuando en horas del mediodía el coronel López Aufranc afirmaba que sus fuerzas se detendrían dos horas frente a la fábrica Alpargatas para luego continuar su avance quedaban solamente 8 tanques de los 35 con que había salido; este déficit puede estimarse como producido por fallas de funcionamiento de los viejos Sherman. Fue entonces que el presidente Guido habló por radio y televisión. "Consciente de la grave responsabilidad del momento y de las dramáticas horas que vive el país -decía el Presidente- en mi condición de Comandante en Jefe de las FFAA (sic) y velando por la paz de la República, decreto: primero, deben cesar de inmediato todas las operaciones; segundo, todas las unidades de cualquiera de las tres FFAA que se hubieran movilizadas, fuerzas de seguridad o policiales, deben de inmediato regresar a sus respectivos cuarteles o acantonamientos (...) que me he hecho cargo interinamente de la Secretaría de Guerra por haber aceptado la renuncia presentada por el señor general José Octavio Saravia. Que han sido relevados de sus cargos los generales Juan Carlos Lorio y Bernardino Labayru. Que he convocado a todos los señores generales en actividad a una reunión que tendrá lugar dentro de las 48 horas y espero que ellas me servirán para tomar un juicio preciso sobre las demás medidas que deberé adoptar"(Brown, F. op.cit.: 94-95). Empero, los generales Lorio y Labayru rechazaron la orden presidencial "pasando a convertirse en rebeldes. Este hecho, como en planteos anteriores invirtió los términos del enfrentamiento y produjo una gran confusión en el bando Colorado que de "leal" pasó a "rebelde", dando un vuelco total a la situación planteada" (Brown, op.cit.: 95) Lo patético parecía encaminarse a lo cómico, pero era en realidad trágico. La Fuerza Aérea sumó su apoyo al comando Azul del Ejército el día 22 en un comunicado donde afirmó que lo hacía "hasta las últimas consecuencias". Frente al bloque de Campo de Mayo-Azul

y la Fuerza Aérea, era posible podía formar un bloque Ejército Colorado y Armada, pero ésta desistió del enfrentamiento inexplicablemente, porque siete meses después se enfrentaría sola a casi todo el Ejército y la Fuerza Aérea.

Para hacer cesar la resistencia Colorada las tropas de López Aufranc y fuerzas blindadas provenientes de Campo de Mayo al mando del coronel Sánchez de Bustamante (jefe del Regimiento 10 de Tanques) atravesaron el puente Avellaneda y se adentraron en la ciudad de Buenos Aires. Aparentemente, Sánchez de Bustamante tomó por su cuenta la decisión de avanzar hacia Avellaneda, unirse con López Aufranc, cruzar los puentes sobre el Riachuelo y asociarse a las fuerzas de la Escuela de Mecánica del Ejército y del regimiento de Granaderos a Caballo. Sus tropas tomaron posición por las calles Defensa, Brasil y Martín García. Luego parte de las mismas se desplazó hacia plaza Constitución donde se efectuaron algunos disparos. Por el rumbo de la avenida Caseros las fuerzas Azules avanzaron hacia los parques Centenario y Avellaneda, donde también hubo breves enfrentamientos, todos éstos últimos encabezados por el general Julio Alsogaray en el bando Azul. La Escuela de Suboficiales del Ejército, conducida por el coronel Rómulo Menéndez se rindió luego de varios vuelos intimidatorios de aviones de la Fuerza Aérea. El edificio central de la Gendarmería también se había rendido a los Azules.

A las 20:30, el propio Guido anunció el fin de las hostilidades y el día 23, el edificio "Libertador" sede de la Secretaría de Guerra y el Comando en Jefe del Ejército era entregado por el general Martijena al general Onganía.

Las tropas blindadas intervinientes recibieron elogios por su comportamiento, especialmente los coroneles López Aufranc (C-8) y Tomás Sánchez de Bustamante (C-10) en su estacionamiento sobre la avenida Paseo Colón, desde donde iniciaron el regreso

a sus cuarteles. El 21 de septiembre a las 21:45 hs. terminaba el enfrentamiento con la victoria Azul certificada por el comunicado 149 que anunciaba la designación del general Juan Carlos Onganía como comandante en Jefe del Ejército cuyo liderazgo fue reconocido entre sus pares [96]. Numerosos oficiales superiores fueron arrestados como los generales Federico Toranzo Montero, Juan Carlos Lorio, Labayru, Martijena, Túrolo y Cornejo Saravia. Ochenta y cinco coroneles y mayores fueron detenidos en Campo de Mayo y cincuenta y dos en otras guarniciones.

El comunicado 150. La democracia que no fue

Junto con el final de la lucha, los Azules difundieron al día siguiente por sus emisoras el último comunicado de esta primera etapa de la lucha contra los Colorados. El comunicado 150 (Cernadas Lamadrid, J.C. y Halac, R. 1986: 98-99) constituyó el programa político, contradictorio y finalmente fallido de esa fracción militar. Decían allí los Azules: "Nuestro objetivo en lo nacional es mantener el actual Poder Ejecutivo y asegurarle la suficiente y necesaria libertad de acción en la medida en que su cometido sea conducente al cumplimiento de los compromisos contraídos con el pueblo de la Nación, a fin de concretar en el más breve plazo la vigencia de la Constitución". El párrafo temblaba por donde se lo viera porque una institución subordinada -supuestamente- al Poder Ejecutivo pretendía asegurarle sus movimientos en la medida en que se cumpliera con "compromisos contraídos". En realidad esos "compromisos" eran pactos suscriptos por fracciones militares en actas secretas y el retorno a la Constitución era proclamado por quienes no habían querido, no habían podido o no habían sabido, defender al presidente semi-constitucional Frondizi y -sobre todo- respetar los resultados comiciales del 18 de marzo de 1962

con la victoria peronista. En el Comunicado 150, los Azules proclamaron que "sólo la voluntad popular puede dar autoridad legítima al gobierno y majestad a la investidura presidencial. Quiera el pueblo argentino vivir libre y pacíficamente la democracia, que el Ejército se constituirá, a partir de hoy, en sostén de sus derechos y custodio de sus libertades". Nada menos.

Los Azules se diferenciaban de los Colorados porque afirmaban que "antes que nada, el país debe retornar cuanto antes al pleno imperio de la Constitución que nos legaron nuestros mayores", es decir, la Constitución de 1853, no la de 1949 abrogada por un bando militar de la libertadora. Pero cuestionaban a sus adversarios al señalar que "las bases de la paz interior (...) han sido gravemente comprometidas por quienes demostraron no tener otra razón que la fuerza, ni otro norte que el asalto al poder. Sostenemos que el principio rector de la vida constitucional es la soberanía del pueblo". Probablemente haya sido este párrafo el que despertara las mayores expectativas para que se cumpliera plenamente la promesa de que "el pueblo pueda votar" que reiteraba la radiofonía Azul durante el conflicto. De allí se abría la posibilidad y la esperanza de que el peronismo pudiera participar ampliamente en el proceso electoral. Ello no ocurrió así. Los Azules no se manejaban con ingenuidades cuando describían el futuro electoral y político que prometían. El comunicado 150 señalaba al respecto que "propiciamos, por lo tanto, la realización de elecciones mediante un sistema proporcional que asegure a todos los sectores la participación, que impida que alguno de ellos obtenga por métodos electorales que no responden a la realidad del país, el monopolio artificial de la vida política". Es decir, en otras palabras que el peronismo se quedara con la mayoría del poder político de seguir aplicándose la Ley Sáenz Peña que había regido, con su mayoría y minoría de electores presidenciales y diputados nacionales, la vida nacional desde 1916.

También convocaba el 150 Azul a construir una democracia que “exija a todos los partidos organización y principios democráticos y que aseguren la imposibilidad del retorno a épocas ya superadas”, esto es el regreso al gobierno peronista de 1946-1955.

Pero, de seguido pretendía afirmar su fe democrática frente al cerrado pensamiento Colorado de corte gorila al proponer elecciones que “no pongan al margen de la solución política a sectores auténticamente argentinos que, equivocada y tendenciosamente dirigidos en alguna oportunidad, puedan ser honestamente incorporados a la vida constitucional”.

Luego, el comunicado 150 formulaba una promesa que iba violar cuatro años después: “Creemos que las Fuerzas Armadas no deben gobernar. Deben estar por el contrario sometidas al poder civil”. Pero, a continuación establecían un fundamental condicionante: “Eso no quiere decir que no deben gravitar en la vida institucional. Su papel es silencioso, a la vez, silencioso y fundamental: ellas garantizan el pacto institucional que nos legaron nuestros antecesores y tienen el sagrado deber de prevenir y contener cualquier empresa totalitaria que surja en el país sea desde el gobierno o de la oposición”. ¿De dónde nacía este papel de custodio que se atribuían las FFAA? Seguramente, no de la Constitución, sino de la propia historia política argentina, sobre todo a partir de 1930. El militarismo se convirtió en un mesianismo que sirvió a los intereses minoritarios y privilegiados y a los intereses de fuerzas externas en lo político, económico, cultural y militar a la Nación argentina.

El autor del comunicado 150 fue el abogado y periodista Mariano Grondona, quién con el sociólogo Enrique Miguens condujeron la comunicación Azul, con la participación del coronel Julio Aguirre. Dijo Grondona que el “comunicado 150 fue la única proclama revolucionaria de todos esos tiempos de inestabilidad que se publicó después de haber triunfado la revolución y no antes”. (Aquí

Grondona se olvidaba de un episodio similar protagonizado por el general Uriburu en 1930). Grondona caracterizó a los Colorados como “fuertemente antiperonistas que querían prolongar el gobierno provisional del doctor Guido a los efectos de desesperar el país. Los Azules tenían una idea como Lonardi, de integración y de retorno más rápido a la Constitución. Hubo un momento en que los Azules vieron que, a menos que hicieran un pronunciamiento militar, los Colorados se iban a consolidar; y mis amigos en la Escuela Superior de Guerra, donde yo era profesor, y los coroneles también Azules, Julio Aguirre, Lanusse, Levingston, Laprida, Nevares^[97], no quiero olvidar alguno me pidieron que hiciera una proclama. Yo escribí la proclama. La proclama convocaba a las Fuerzas Armadas a regresar a la Constitución y reintegrar el no-peronismo y el peronismo armónicamente en el sistema político. El otro de los principios del movimiento era el regreso de la Constitución y volver a vivir dentro de la Constitución” (Cernadas, J.C. y Halac, R., op.cit.: 85).

Nuevo gabinete y salida política

El teniente general Benjamín Rattenbach pasó a ser secretario de Guerra, el contralmirante Carlos Kolungia se convirtió en su par en la Marina el día 24 de septiembre y el terceto de secretarios se completó con el nombramiento del brigadier Juan Pereira como titular de Aeronáutica. El general Julio Alsogaray fue nombrado subsecretario de Guerra; el general Salas Martínez, jefe del Estado Mayor General del Ejército; el general Lavicoli, comandante del Primer Cuerpo de Ejército y el general Lanusse, comandante de la División Blindada. Rattenbach había pretendido ser al mismo tiempo ministro de Defensa y secretario de Guerra para empatarse con los ministros civiles, pero las otras dos Fuerzas se opusieron.

Con la derrota colorada salieron del gabinete presidencial los ministros Adrogue (Interior), Lanús (Defensa) y Bonifacio del Carril (canciller) rígidos partidarios de un antiperonismo rancio. Como resultado de la resolución de la victoria Azul, Rodolfo Martínez volvió al gabinete para poner en marcha el plan político acuerdista con el peronismo moderado que tomaba distancia de Perón. Carlos Manuel Muñiz fue designado canciller e inmediatamente denunció a la "subversión cubana". Martínez llevó al cargo que ocupaba por segunda vez a Grondona como subsecretario y ellos desarrollarían la frustrada operación de ingeniería política que permitiría la alquimia de colocar al peronismo en partes del gobierno, pero sin afectar los controles reales del poder.

El 11 de octubre se inauguraba el Concilio Vaticano II convocado por el papa Juan XXIII, congreso que provocará el inicio de fuertes cambios en la Iglesia Católica en todo el mundo y, por cierto también en la Argentina. Los movimientos post conciliares progresistas de sacerdotes y laicos se multiplicaron y dieron origen a la Carta de los Obispos del Tercer Mundo, encabezada por el obispo brasileño Helder Cámara y al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo en la Argentina.

A fin de año el secretario de Guerra, teniente general Rattenbach, anunciaba que el peronismo y el comunismo no podrían participar en los prometidos comicios, por lo que ya se le veía la pata de la sota al comunicado 150. Las contradicciones en el bloque dominante se expresaban en el liberal ministro de Economía Alsogaray, que pese a sus ideas fue criticado también por la Sociedad Rural Argentina.

El 19 de noviembre se promulgaba el Estatuto de los Partidos Políticos, en el que no tenía lugar el peronismo. Se fijó el 16 de junio de 1963 como fecha de los comicios.

Mientras José Manuel Astigueta^[98] ocupaba la cartera de Defensa, el ministro de Economía Alsogaray debió renunciar debido a

la oposición del secretario de Guerra, Rattenbach, quién desempeñaba un rol relevante en el gabinete presidencial. Lo sucedió otro hombre del establishment, Eustaquio Méndez Delfino. La crisis militar continuó: el almirante Carlos Kolungia, un amigo de su colega Adolfo Estévez, titular de la Armada con Frondizi, debió ser reemplazado por el contralmirante Carlos Garzoni como secretario de Marina por las presiones ultra liberales en el arma. El titular de Aeronáutica dejó de ser Rojas Silveyra, demasiado comprometido con los Colorados y fue sustituido por el brigadier Juan Pereira. Carlos Muñoz fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores y su socio como abogado, Alberto Rodríguez Galán, ocupó la cartera de Educación y Justicia. Un gabinete diverso al que rodeaba al Guido dominado por los Colorados, pero no menos conservador.

De septiembre a abril. El frente fallido

La victoria Azul de septiembre de 1962 iba a abrir un período muy ambiguo y contradictorio hasta abril de 1963. La clave política estuvo situada en el ministerio del Interior. Allí Rodolfo Pastor Martínez Achával^[99], abogado cordobés nacido políticamente en el partido Demócrata (conservador) e integrante del partido Demócrata Cristiano -en su ala derecha- desde la fundación de éste en 1954, trató de forjar la imposible alquimia del Frente Nacional y Popular, un intento de acuerdo para reincorporar, subordinado y parcialmente, al peronismo al sistema político nacional. Martínez se había desempeñado en la cartera de Comercio e Industria de la dictadura de Aramburu, de modo que no le faltaban credenciales para tratar de desarrollar esta operación política en el marco del antiperonismo. ¿Cuál era la operación política que Martínez trataba de desarrollar con el auxilio de su subsecretario Grondona, redactor

del Comunicado 150? Quizás, al final de su gestión, ni él mismo podría haberlo explicado. Martínez trataba de interpretar los intereses y deseos de la fracción triunfante hasta el momento en las FFAA. Es decir, hacer que el peronismo -de alguna manera- pero nunca con Perón o los sectores más consecuentes con las tradiciones combativas del movimiento, participara del futuro gobierno decidido mediante elecciones. Desde ya, que estos comicios no podían ser de otra manera que orientados a través de una alquimia electoral con la que, a través de numerosas negociaciones y planes diversos, se procuró encontrar la cuadratura al círculo. Es decir, que el peronismo ingresara al sistema político, donde era previsiblemente mayoría, pero que no gobernara.

Martínez contaba con el apoyo -relativo- de sectores de la UCRI de Oscar Alende, aunque no del propio líder del partido; del frondicismo; de a ratos de la Democracia Cristiana- que había comenzado a girar hacia una posición simpática hacia el peronismo- y, sobre todo, de los dirigentes Augusto Vandor y Alberto Iturbe. Vandor era el máximo líder del gremio metalúrgico e Iturbe, un político jujeño, representaba a los políticos peronistas más conciliadores con el elenco dominante.

Entre septiembre de 1962 y abril de 1963 -los momentos de los dos choques de Azules y Colorados- la negociación política impulsada por Martínez trató de lograr el imposible acuerdo de Perón y Frondizi- Frigerio, Vandor y Framini -el líder peronista duro- y la aquiescencia de los partidos liberales desde la más populista URC del Pueblo, hasta los partidarios del general Aramburu, organizados en su partido UDELPA y muy insistentes en tratar de lograr respaldos de partidos menores.

Un actor no partidario era el fiel de la balanza: los militares Azules que, no solamente no tenían unidad frente al plan político sino que enfrentaban a sus rivales Colorados, derrotados en septiembre, pero no hundidos definitivamente como los sucesos castrenses de abril del '63 lo iban a confirmar.

Una de las acciones dirigidas a incorporar al peronismo lo constituyó el proceso de legalización del partido neo peronista Unión Popular, encabezado por el abogado Rodolfo José Tecera del Franco, un ortodoxo de la doctrina peronista, estacionado en el espacio derecho del movimiento conducido por Perón. Tecera del Franco era parte del Consejo Coordinador del Justicialismo que trataba de agrupar a los principales sectores del movimiento. Junto a éste organismo, se movilizaba por su propio pie la Confederación General del Trabajo (CGT). Pequeños grupos y personalidades de presencia académica o mediática, trataban de colocar sus influencias en ese mercado político. Entre ellos figuraban los nacionalistas como Basilio Serrano, dirigente de la Unión Federal, el único partido de la Junta Consultiva Nacional que apoyó al general Lonardi durante el proceso de su derrocamiento. Otro de los inquietos movilizados de influencias era el comodoro (retirado) de la Fuerza Aérea, Juan José Guiraldes^[100], nieto del escritor Ricardo Guiraldes y, como su abuelo integrante de la oligarquía terrateniente.

La Marina se opuso a la legalización de la Unión Popular el 18 de marzo de 1963, pero el Ejército y la Fuerza Aérea rechazaron la objeción señalando que ello obturaba las posibilidades de generar una mínima integración del peronismo al sistema. Los conservadores y la UCRP enfrentaron la política frentista que iban directamente contra sus intereses y un gorila como Bonifacio del Carril fundamentaba esta oposición acusando a los partidos frentistas de ser "políticos sin votos" y de pretender ganar con los votos de quienes sí los tenían, que eran los denostados peronistas.

Mientras tanto, la interna militar continuaba también, vinculada a los eventos políticos mencionados pero impulsada por su propia dinámica. En ésta se insertaba entre otras la rivalidad entre el militar intelectual Rattenbach, secretario de Guerra, y el consolidado

líder tropero Onganía, comandante en jefe del Ejército. El primero se consideraba, con razones legales, como el superior del segundo, cuestión que, en la práctica, el líder de Campo de Mayo rechazaba. Como delegado del presidente Guido en el gabinete, Rattenbach consideraba que era el representante del poder delegado del Presidente que, según la humillada Constitución, era el "comandante en jefe de las Fuerzas Armadas". Visto el destino de la Constitución del 49, los golpes de Estado y las proscripciones, esa perspectiva era digna de discusión en gabinetes académicos universitarios pero difícilmente simpática en cuarteles ariscos. Onganía quería que Rattenbach se ocupara de los aspectos políticos y administrativos en tanto que se oponía a que éste le diera instrucciones sobre el adiestramiento o, aún visitara, las unidades del arma (Potash, R. op.cit.:104).

En sus memorias escritas en 1972, Rattenbach afirmó que "el hombre (Onganía) no veía el grave peligro que entrañaba tal solución para el Estado, al convertir a la Fuerza Armada en un instrumento autónomo, sin que nadie la controlara". (Potash, R. op. cit.:105) Tenía razón, pero no fundamentaba tal aserto en el principio sin cortapisas de la soberanía popular que estableciera un régimen legal y legítimo. Por ello, el realismo brutal de Onganía se impuso. Rattenbach no tuvo dificultades para ejecutar una drástica depuración de oficiales Colorados. Fueron al retiro obligatorio luego de una revisión de sus casos, mediante el procedimiento de la suspensión de la vigencia de la ley del personal del Ejército 17 generales, 42 coroneles, 64 tenientes coroneles y 32 mayores, 8 capitanes y 2 tenientes primeros. En total: 165 oficiales.

Hubo figuras Coloradas que salvaron su cabeza y serían protagonistas rotundos quince años después que militaran en este bando. Los tenientes coroneles Jorge Videla y Roberto Viola que desertaron de sus puestos en el Estado Mayor del Ejército y se sumaron a unidades Coloradas, fueron rescatados por el coronel

Manuel Laprida^[101], jefe del departamento político de ese organismo quién los protegió. El futuro presidente dictador responsable de la Guerra de Malvinas, Leopoldo Galtieri^[102], solo sufrió un arresto domiciliario. Y sin mayores problemas continuó su carrera, en otra perspectiva político, el futuro teniente general Jorge Cargagno^[103], subordinado al presidente Cámpora como comandante general del Ejército en 1973. Los cuatro fueron comandantes en Jefe del Ejército en años posteriores, pese a haber elegido o consentido el bando equivocado en 1962.

Otros oficiales pro Colorados de baja graduación fueron enviados a unidades situadas en provincias alejadas del foco político militar metropolitano.

El conflicto en la Marina siguió un curso distinto expresado en la breve duración del mandato del secretario Kolungia. Tanto éste como otra media docena de almirantes, habían sido pasados a retiro por decisión del almirante Adolfo Estévez cuando éste, un oficial superior leal al presidente Frondizi, debió renunciar debido a la presión de los núcleos más gorilas. El poder naval en la sombras era el almirante Isaac Rojas. Junto al él jugaban los gorilas o pudiera decirse los Colorados de la Armada, hombres como los almirantes Carlos Sánchez Sañudo y Jorge Palma y los capitanes de navío Antonio Rivolta, Aldo Molinari y Néstor Noriega. Kolungia intentó imponer su autoridad al tratar de reemplazar al comandante de Operaciones Navales, el contralmirante Penas por su colega Maloberti. Sánchez Sañudo pidió el retiro en protesta. Kolungia intentó que Rivolta, Molinari y Noriega también lo hicieran, a lo que ellos se negaron. En diciembre de 1962, una votación en el Consejo de Almirantes a propósito de ascensos puso en minoría a Kolungia y éste renunció. A pesar de ésta victoria de los duros, Guido designó a alguien que no pertenecía al bando que había desplazado a Kolungia. El vicealmirante Carlos Garzoni trató de orientar a la fuerza en una línea

menos ortodoxamente gorila. Cuando renunció cuatro meses después se produjo el levantamiento Colorado.

La Fuerza Aérea también padecía sus conflictos porque en las fuerzas la lucha, violenta o pacífica no tuvo resuello en estos años. El secretario de la fuerza se enfrentaba a dos caudillos de temperamento díscolo y orientación ideológica nacionalista reaccionaria que estaba muy presente paradójicamente en un arma muy definida por su complejidad tecnológica. El 24 de septiembre Cayo Alsina pasó a retiro a 13 oficiales que enfrentaron su posición de alineamiento con los Azules del Ejército.

Bloquear a Cuba. Vergüenza militar

La crisis de los misiles soviéticos en Cuba en octubre de 1962 fue el acontecimiento más peligroso de la Guerra Fría entre los EEUU y la URSS. Para enfrentar la posibilidad de una invasión directa de los Estados Unidos, el gobierno cubano de Fidel Castro solicitó al de la URSS encabezado por Nikita Kruschev el envío e instalación de cohetes nucleares en la isla. Se trataba de la réplica a la instalación de cohetes nucleares norteamericanos en la frontera turco-soviética. El gobierno norteamericano descubrió por el espionaje satelital esa instalación militar y lanzó un bloqueo naval total a Cuba. La Argentina anticomunista y anti castrista se sumó a la agresión norteamericana. El nacionalista brigadier Cayo Alsina, pasando por encima de las normas institucionales, se atribuyó funciones de gobierno al ofrecer a la United States Air Force, en medio de la Crisis de Octubre en Cuba, su colaboración, yendo -por su cuenta- más allá de la decisión oficial presidencial de enviar dos destructores a aguas caribeñas para apoyar el bloqueo norteamericano a la isla socialista. El presidente Guido también había aceptado la decisión de la

Marina y la Cancillería que decidieron enviar los barcos "ARA-Espora" y "ARA-Rosales" como parte de la gran flota norteamericana que bloqueaba Cuba. Tanto los aviadores como los marinos cumplieron la deshonrosa misión de colocar sus barcos bajo el comando de la primera potencia imperial. El ARA-Espora como el ARA-Rosales habían sido concesionados a la Argentina como parte del Programa de Ayuda Mutua. Habían participado de la Guerra del Pacífico y la de Corea. El Espora fue entregado a la Argentina el 16 de agosto de 1961 y partió para el Caribe en la ingloriosa tarea de colaborar en el bloqueo a Cuba, en el marco del TIAR: olvidaban la tradición independentista y libertadora de Bouchard. Su tarea era de tanta importancia para el régimen existente en entonces en el país, que el presidente Guido se trasladó hasta Puerto Belgrano para despedirla junto a su gemela. Junto a su par ARA-Rosales llegó al puerto de Caguaramas en la isla Trinidad. Desde allí se sumaron a la Task Force 137, organizada por la US-Navy, que estaba bajo el mando del almirante John A. Tyree. Patrulló 86 veces, interceptó 27 navíos de diversos países y navegó un total de 20.117 km. Su comandante fue el capitán de fragata Julio A. Vásquez quién ejercía el mando sobre la flotilla argentina. Volvió a Puerto Belgrano el 19 de diciembre de 1962. La Rosales había llegado a la Argentina el 1 de junio de 1962. Los pilotos de la FAA prometidos por Cayo Alsina fueron en dos grupos llegaron para tripular 2 aviones Trifibios Grumman H-16 B "Albatros" y para ello arribaron a la base de Tampa (Florida). En tanto, otro grupo de pilotos que estaba en EEUU realizando instrucción se sumaron a la tripulación de C-130 B "Hércules" y participaron de tareas de vigilancia en el bloqueo de Cuba^[104]. El conflicto culminó a los diez días de establecido el bloqueo cuando la URSS aceptó retirar los misiles con la promesa no escrita de no invadir Cuba y retirar silenciosamente los misiles norteamericanos instalados en la frontera de Turquía (miembro de la OTAN) con la URSS.

Rebelión en el aire

Cuando en diciembre de 1962, Alsina intentó mandar a retiro a los oficiales superiores que había puesto en disponibilidad, se enfrentó con la mayoría de los altos mandos de la fuerza. El brigadier Eduardo McLoguhlin^[105] pasó a ocupar el cargo de secretario de Aeronáutica, después que el brigadier Pereyra se apoyara en los descontentos y lograra que Guido respaldara su intención de pasar a retiro a Alsina y Oliva y reemplazar al primero por el brigadier Carlos Conrado Segundo Armani^[106]. McLoughlin, quien ya había sido titular de ese cargo en 1967 en la libertadora, fue nombrado inesperadamente para suceder a Pereyra. Figura permanente de consulta y asesoramiento político, McLoughlin volvería otra vez al gobierno en años futuros como ministro del Interior durante la presidencia del general Roberto Levingston en la dictadura de la "revolución argentina" y luego como embajador en Londres.

La rebelión contra Alsina y Oliva había provenido de un conjunto de oficiales orientados por el vicecomodoro Osvaldo Cacciatore.^[107] Tanto Alsina como Oliva fueron sorprendidos por la acción de su desplazamiento. Oliva fue detenido al arribar a Río Gallegos en viaje de inspección. Alsina se refugió en la Base Aérea de Córdoba e insistió allí en que seguía siendo el jefe. Luego de varias demostraciones aéreas del poder de sus adversarios, se rindió. El vespertino porteño "La Razón", sometido a la influencia del Ejército y el diario de más tirada en el país -y en el mundo de habla hispana en ese entonces- tituló ese día a toda página "Golpe nazi en Córdoba". Alsina fue sancionado con seis meses de arresto por su alzamiento.

El cambio en la conducción política de la Fuerza Aérea se había producido cuando el brigadier Pereyra^[108] renunciara y Guido lo hiciera suceder por el mencionado McLoughlin.

Mientras las disputas en las Fuerzas dejaban algún respiro, Martínez intentaba navegar en un mar que no le dejaba

avanzar. Porque dentro de las fuerzas oficiales, uniformadas o con traje de paisano, había quienes querían elecciones, pero solamente las presidenciales. De tal modo se evitaba el complejo tratamiento del tema peronista y se podía dar paso adelante a una operación aparentemente unificadora de posiciones, con un cierto respaldo civil. Ella era la creencia en la candidatura del teniente general Aramburu. El retorcido proyecto se basaba en resucitar al disuelto Congreso Nacional y hacer elegir a Aramburu por un cierto lapso. Pero como Frondizi dominaría en votos a ese organismo cadavérico, ni las autoridades militares tenían simpatía por este engendro ni tampoco el ministro Martínez.

Según Potash, la idea de Martínez era repetir la solución argentina de entregar el poder político al militar triunfante luego de un enfrentamiento castrense. Citaba improbablemente como integrantes de una misma bolsa a Cornelio Saavedra, Juan Manuel de Rosas, Justo José de Urquiza, Bartolomé Mitre y Julio Roca provenientes del pasado. El hombre del presente, y pensaba Martínez del futuro, era Juan Carlos Onganía. Entonces ello no se impuso, pero solo fue cuestión de tiempo que ese general fuera el inquilino de la Rosada por varios años. Los coroneles Azules como Lanusse y López Aufranc se oponían a una línea de acción que desacreditaría toda la ideología de la lucha Azul por la democratización en contra de la dictadura Colorada (Potash, R. op.cit.:118-119).

Pese a los sondeos del propio Martínez, ante quién Onganía sugirió que el Presidente debería ser Aramburu y una respuesta más tibia frente a su amigo personal el coronel Manuel Laprida, asesor político del secretario de Guerra, el jefe Azul se mantuvo firme en su negativa de asumir la Presidencia.

En su mensaje de fin de año, el presidente Guido anunció que en 30 días se convocarán las muy prometidas y discutidas elecciones y reafirmó la proscripción del peronismo.

El 3 de enero de 1963, el Poder Ejecutivo levantó la vigencia del Plan Conintes (Conmoción Interior del Estado) que estaba vigente desde septiembre de 1962. El 30 de enero se estableció por decreto un nuevo régimen de seguridad, una solicitud imperiosa de las FFAA.

En la legalización de capitales que se dispuso se blanquearon 200.000 millones de pesos moneda nacional, siendo la cotización del dólar de 132,90 pesos por cada unidad norteamericana.

El 14 de enero se fijó finalmente la fecha de convocatoria a elecciones simultáneas nacionales y provinciales y suspendía (como otras veces) constituciones locales que impidieran la utilización del régimen de representación proporcional.

El 31 de enero fueron designadas las autoridades de un nuevo partido de derecha; la Unión del Pueblo Argentino (UDEPA), cuyo presidente era el teniente general Aramburu, que más allá del plan de instaurarlo como Presidente por medio de una operación parlamentaria, se decidía por ir a los comicios generales.

El 1 de febrero de 1963 se normalizaba la CGT, con la conducción del peronista del ala derecha José Alonso como secretario general y el independiente Riego Ribas como secretario adjunto, ocho años después de su intervención por la libertadora.

El secretario de Guerra, Benjamín Rattenbach realizó el 8 de febrero una retorcida diferenciación entre "justicialismo" y "peronismo", en el marco de una campaña en la que había afirmado ante los altos mandos del Ejército que la representación proporcional permitiría formar coaliciones y frentes con los cuales se moderaría la influencia del peronismo para lo cual había que prepararse. Pero también y sobre todo manifestó que "hay que transmitir a los mandos subordinados esta apreciación, si queremos evitar que una gran parte del justicialismo gire a la izquierda, hacia el comunismo"(Potash, R. op.cit.: 122-123).

Estas apreciaciones de Rattenbach se apoyaban en las negociaciones que Martínez sostenía con el peronismo negociador, que ya era acusado de tomar distancia de la jefatura o de las orientaciones que Perón expedía desde Madrid. El ministro del Interior trataba de pactar con Vandor, Iturbe y Raúl Matera un plan por el cual el peronismo a través de la Unión Popular se apartaría de presentar candidatos presidenciales y de gobernador en las cinco provincias más importantes.

Sin embargo, a pesar de la moderación de esta propuesta y cierta posibilidad de realismo protector de los intereses antiperonistas, la reacción militar surgió en el bando Azul. A través de un "informe de inteligencia confidencial", el flamante general de brigada Lanusse, jefe de la guarnición de Campo de Mayo y comandante de la Primera División Blindada, formulaba sus apreciaciones temerosas frente a la distinción realizada por Rattenbach entre "justicialismo" y "peronismo". En ella, Rattenbach diferenciaba entre los argentinos más pobres, cuyos hijos eran sometidos a la conscripción y el peronismo "régimen desastroso derrocado en 1955". Se preguntaba Lanusse: "¿Cómo se asegura que el actual justicialismo una vez en el poder no se convierta en peronismo? ¿Cómo es posible que estando el justicialismo desvinculado del peronismo como sostiene el señor secretario de Guerra, sus dirigentes mantengan contacto y cumplan directivas del ex dictador prófugo en Madrid? (...) ¿No sería conveniente producir aclaraciones para que nadie pueda interpretar que el Ejército ve con buenos ojos la digitación de frentes con los peronistas? ¿Cómo es posible la aglutinación de otros sectores que no estén dependiendo de la voluntad de Frondizi-Perón y Frigerio?" (Potash, R. op. cit.: 124-125). En su libro "Protagonismo y Testigo", Lanusse no mencionó a éste importante documento que enfrentaba descarnadamente el espíritu Azul que transmitió con hipocresía y oportunismo aquél comando de Campo de Mayo

en su Comunicado 150. No habría elecciones libres y habrían de pasar las proscriptivas de 1963, el golpe de 1966- en el que participó, luego arrepentido el general Lanusse -y las enormes luchas populares para que el justicialismo-peronismo pudiera concurrir a las elecciones que ganaría en 1973.

De hecho, Martínez continuaba intentando la solución Onganía hablando con dirigentes negociadores del radicalismo popular como Julián Sancerni Giménez y Francisco Rabanal, mientras encontraba dura resistencia en el ala derecha ultragorila de la UCRP encabezada por Arturo Mathov, Silvano Santander y Ernesto Sammartino, el hombre que calificara al peronismo como "aluvión zoológico".

También hubo un diálogo personal entre Martínez y Balbín que, más allá de las versiones encontradas acerca del mismo, concluyó con la ratificación del camino propio para el radicalismo (Potash. R., op.cit.:126-127).

El 10 de marzo de 1963 el Comité Nacional de la UCRP, designaba al político cordobés Arturo Illia, que había ganado la gobernación de Córdoba frente al peronismo y al entrerriano Carlos Perette, como la fórmula presidencial, absteniéndose Balbín de ocupar el lugar que había tomado en 1951 y 1958. Quizás fuera que no pensara que su partido fuera a ganar los comicios; quizás que Illia tendría más posibilidades de atraer votos peronistas dado que éste partido no participaría de los comicios y en ellos se jugaba la posibilidad del regreso de Aramburu y la libertadora al poder. Fueran ésas u otras, cierto es que Balbín solicitó una conversación con el secretario de Aeronáutica, McLoughlin en la que le planteó la posibilidad de postergar las elecciones, lo que el aviador rechazó de plano. Luego, transmitido el intranquilizador mensaje a sus colegas militares en el gabinete presidencial, todos ellos se reunieron con el candidato Illia y el presidente del partido Balbín para

tratar de contener una eventual deserción de los comicios por parte de la UCRP. "Los secretarios militares partieron con la impresión de que Balbín y el candidato de la UCRP estaban trabajando con metas cruzadas" (Potash, R. op.cit.:128).

Fue anticipatorio que el ministro Martínez convocara a todos los partidos para que participaran en el "Gran Acuerdo Nacional Argentino" (GAN), es decir aquello que la publicidad de Lanusse intentara años después en 1973 para vestir su política (fracasada) de pacto con Perón: el "Gran Acuerdo Nacional" (GAN).

Mientras la conformación del Frente Nacional y Popular (FNP) sufría cuestionamientos y enfrentamientos entre sectores. La UCRI de Alende se enfrentaba al frondi-frigerismo organizado como Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) y con los nacionalistas de Serrano-Guiraldes, en tanto que la Democracia Cristiana completaba su giro hacia el peronismo, bajo la jefatura del cordobés Horacio Sueldo y se colocaba también contra el desarrollismo.

La Unión Popular era el partido del peronismo integracionista que trataba de obviar los obstáculos legales que el gobierno, presionado por la Marina, le trataba de establecer: el 8 de marzo el juez federal con competencia electoral Leopoldo Insaurralde, le reconoció la personería política. Entre tanto, al calor de esta decisión, crecían los rumores y las realidades de un nuevo alzamiento militar. Alertas en la guarnición de Campo de Mayo y arrestos en la Fuerza Aérea, marcaban el clima.

Martínez, presionado por la Marina, se negó empero a generar una apelación al fallo del juez Insaurralde, lo que hubiera significado la ruptura abierta y descarada con el "justicialismo" al que no se quería ver como "peronismo". Como el 25 de marzo vencía el plazo para que los militares en actividad pidieran el pase a retiro para poder competir en elecciones, se cerró el paso -más allá de su propia decisión- para la candidatura de Onganía.

Martínez jugó una última carta que fue arriesgada y finalmente desaventurada. Como el político radical unionista Miguel Ángel Zavala Ortiz había renunciado a la UCRP, descontento por no poder integrar la fórmula presidencial de esta fuerza, Martínez lo convocó a un diálogo para poder convencerlo de la candidatura presidencial de Onganía e integrarlo en segundo término a la misma. Zavala Ortiz no solamente rechazó el convite sino que hizo pública la carta que dirigiera al ministro exponiendo su negativa a la propuesta. Ello ocasionó la inmediata renuncia de Martínez el 27 de marzo, liquidando sus posibilidades de negociación, frente a una denuncia que hablaba de una fórmula impuesta desde el poder. Evidentemente, Martínez, pese a su capacidad de maniobra, no midió el fuerte temperamento gorila del hombre que había acompañado activamente el bombardeo de Plaza de Mayo de junio de 1955, que era un Colorado civil neto y en definitiva no había abandonado a los radicales del pueblo como se vería en pocos meses. Martínez que había negociado con el peronismo de Unión Popular, la UCRI de Alende, el conservadurismo popular de Vicente Solano Lima, el desarrollismo y sus antiguos compañeros demócratas cristianos, no encontró la fórmula para repetir a un general como Agustín Pedro Justo como sucesor de un fuerte evento político-militar como habían sido los choques entre Azules y Colorados. Mientras tanto, el peronismo duro impugnaba el Frente limitado con que se quería hacer jugar al justicialismo y reiteraba su lealtad a Perón, la que era vista como un pecado por quienes consideraban al exiliado mandatario como "un degradado general" y un "prófugo" de la justicia. Aunque la salida de Martínez y la liquidación de la candidatura de Onganía parecían llevar las cosas a una eventual reconciliación de Azules y Colorados, los hechos no marchaban por la ruta de esa supuesta racionalidad.

Fue en esa instancia que los sectores más conservadores de la sociedad alentaron el enfrentamiento contra el peronismo. "La Sociedad Rural Argentina y la Unión Industrial Argentina, reunidas en un cártel para la defensa de la libre empresa (ACIEL-Acción Coordinadora de Instituciones Empresarias Libres), emitieron una declaración en la que exigieron al gobierno impedir "el retorno del peronismo, cualesquiera sean sus formas y denominaciones, para lo cual no han de prohijar frentes, coaliciones, acuerdos, pactos u otras alianzas partidarias, so pretexto de la unión nacional, la coincidencia o el reencuentro de los argentinos, meras fórmulas con las que se quiere encubrir una nueva "integración"(Rouquié., A. op.cit.:217).

Onganía, por su parte, reiteró que habría elecciones el 23 de junio. Los militares retirados seguían activos a pesar de su estado. El coronel Juan Francisco Guevara presentó a su partido Fuerza Nueva de rasgos nacional-comunitaristas, en tanto que su colega Manuel Reimundes era sancionado con 20 días de arresto por sus declaraciones políticas. Se produjeron otras adhesiones a candidatos presidenciales militares en retiro. Por ejemplo, la insólita parábola hacia Pedro Eugenio Aramburu por parte de Cipriano Reyes, uno de los protagonistas del 17 de octubre de 1945, que luego fuera encarcelado por varios años, y torturado, durante el gobierno del peronismo.

Siguieron las versiones sobre un golpe militar en curso y el juez Juan Carlos Liporace rechazó un recurso de habeas corpus en favor de un detenido general colorado, arrestado en una prisión militar. El día 9 fueron detenidos varios oficiales de la Fuerza Aérea acusados de alentar una conspiración golpista.

El 12 de febrero se reunió la "Asamblea de la Civilidad" en la que participaron el radicalismo -UCRP y la UCRI- y el peronismo a través de la Unión Popular, los partidos menores y otras organizaciones. El evento acordó que ninguna fuerza participaría en

los comicios si se produjeran proscripciones. El no cumplimiento de ésta cláusula en los comicios realizados ese mismo año de 1963 por parte de la UCRP y la UCRI, se constituirá en uno de los históricos reproches del peronismo hacia aquellos partidos, particularmente hacia el primero, cuando se llegó a producir el derrocamiento del gobierno civil nacido de aquellas elecciones. El 3 de marzo, el ex presidente Frondizi fue trasladado desde la isla Martín García a su nuevo lugar de detención, San Carlos de Bariloche; pocos días después acabaron detenidos varios oficiales militares acusados de tramar un supuesto atentado contra el ex presidente.

La comisión liquidadora (decreto 8124/57) de los bienes atribuidos a Juan Domingo Perón distribuyó los mismos a diversas entidades.

Azules y colorados, otra vez

El 2 de abril estallará el segundo y último enfrentamiento militar entre Azules y Colorados. Los meses que van de septiembre de 1962 a esta fecha parecen apenas una pausa, una tregua tácita. Con diversos militares forzados al retiro y muchos otros enviados a guarniciones del interior, se creaba lo que Potash denomina una suerte de reserva para la segunda conspiración Colorada. Pero los preparativos específicos se plantearon cuando fueron liberadas figuras claves como los generales (retirados) como Federico Toranzo Montero y Armando Pío Martijena. Ellos como organizadores buscaban un líder. No encontraron otro que una figura anacrónica como el veterano general de caballería Benjamín Menéndez, un nacionalista que había conspirado desde los años '40 hasta 1951 y no tenía simpatías políticas civiles ni peso específico en los cuarteles. El peso más sólido de la sublevación

estuvo en la Armada que, ahora sin respaldo masivo del Ejército, lanzó toda su fuerza a la lucha cuando en septiembre del '62 las cosas le hubieran sido más promisorias.

En la Armada, detrás del liderazgo simbólico del almirante Rojas se alineaban Arturo Rial y Carlos Sánchez Sañudo. Se destacaba la figura del capitán de navío Antonio Rivolta, "líder de la orden masónica del Rito Escocés", una figura cuyos vínculos "sobre la comunidad empresaria anglo-argentina" Potash propuso investigar (Potash, R., op.cit.:139).

Las novedades políticas y militares se entrelazaban y aceleraban. Porque pese a que la principal oposición al "Plan Martínez" habíase situado en el sector más liberal de los Azules, que temían la reedición del pacto Perón-Frondizi, los Colorados no habían retrocedido en sus posiciones extremas y, por el contrario, continuaron con sus planes conspirativos. Así fue firmado un documento curiosamente denominado "Acta de Constancia", el que fue suscripto por los generales Benjamín Menéndez, Federico Toranzo Montero, los almirantes Arturo Rial y Carlos Sánchez Sañudo y el comodoro Osvaldo Lentino^[109]. En ella se otorgaban la representación de las FFAA y se comprometían a establecer un gobierno militar compuesto por un Presidente y una Junta Militar, integrada por los tres ministros de las carteras militares. Se proponían implantar la ley marcial, dejar fuera de la ley a los "grupos extremistas", detener a los funcionarios "corruptos", declarar a los partidos, la CGT y las centrales empresarias en estado de asamblea e intervenir las universidades públicas (Potash, op.cit.: 139-140). Es decir, el programa permanente de la derecha argentina: con el respaldo histórico y mítico de la revolución libertadora, implantar la dictadura perfecta, evitar la incomodidad de los comicios y la necesidad de pactar con Perón, Frondizi, Frigerio y cualquier fuerza político- partidaria.

Segundo choque azules y colorados

El 20 de marzo decidieron que se levantarían el 2 de abril. Era una revuelta esperada porque la Inteligencia de Ejército tenía datos sobre la misma y porque uno de los firmantes del "Acta de Constancia", el comodoro Lentino, visitaba al secretario de la Aeronáutica McLoughlin, para incitarlo a participar en los acontecimientos desde el bando Colorado. Era la misma jornada en la que el general Onganía desechó su candidatura y planteó la necesidad de que la UCRP participara del Frente. (Tres años después Onganía sería el reemplazante golpista del radical del pueblo, Arturo Illia en la Presidencia). Siete días más tarde se producía la renuncia de Rodolfo Martínez a la cartera de Interior por la revelación del fracaso de la operación Zavala Ortiz como posible vice de Onganía.

En la Marina, el secretario Garzoni y el comandante de Operaciones Navales interino, almirante Enrique Grunwaldt, enfrentaban a los complotados y daban directivas para evitar sus acciones. Garzoni envió a una directiva a los cuadros que anticipaba el destino de la Armada si ingresaba en el movimiento en marcha: "Cualquier acción que se aparte de esta premisa (la subordinación a su cargo) traerá como lógica consecuencia, divisiones y debilitamiento para la acción futura, de naturaleza tal que la capacidad posterior de la Marina, quedará anulada como factor de poder" (Potash, op.cit.:142).

El 2 de abril, como estaba previsto en los planes ultra gorilas, la masa de la Armada se sublevó y hubo intentos muy limitados en el Ejército y la Fuerza Aérea. La proclama del general Menéndez afirmaba con escasísima imaginación política pero mucho estruendo retórico que "nuestros únicos enemigos son los delincuentes, cualesquiera sea su rango o creencia política. Las fuerzas de aire, mar y tierra se yerguen junto a la ciudadanía para terminar con la ignorancia, destruir el régimen infame

extirpando sus lacras y reconstruir la Argentina que soñaron los forjadores de nuestra nacionalidad". Como líder espiritual de la Armada de la revolución libertadora, el almirante Rojas emitió su proclama en que decía que "una vez más la Armada Nacional, en estrecha unión con el Ejército y la Aeronáutica debe emplear sus armas para asegurar el rescate de los valores permanentes de la nacionalidad como lo hizo en 1955".

"El conflicto se inició a las 7 de la mañana en la base naval Punta Indio desde donde salen tropas de Infantería de Marina hacia la ciudad de La Plata y aviones navales atacaron repetidas veces, durante toda la mañana, el Regimiento 8 de Caballería Blindada de Magdalena destruyendo las instalaciones" (Cernadas Lamadrid, J.C. y Halac, R. op.cit.: 108-109). Las fuerzas del Ejército del batallón de Comunicaciones de City Bell debieron retroceder mientras fuerzas de la Armada tomaban la ciudad de La Plata. Sin duda prevenido por la Inteligencia de Ejército, el jefe de la unidad atacada, coronel López Aufranc, había procedido a sacar de su cuartel a sus tanques Sherman y a situarlos en las calles de la ciudad de Magdalena. De tal modo, la unidad de Caballería mantuvo su capacidad operativa pese a las bajas sufridas en ese ataque, el más duro del segundo choque entre Azules y Colorados. El C-8 "sufrió la muerte de 10 hombres y del doble de heridos; entre éstas bajas hay que incluir a soldados conscriptos incorporados por imperio legal (Ley Ricchieri) con el fin de capacitarlos para la defensa de la Nación. Según otros datos, las bajas de los dos bandos fueron 25 muertos y 100 heridos, más que los que tuvieron los efectivos terrestres de la Armada en Malvinas (Batallón de Infantería 5). No obstante el arduo ataque -escribió indignado el general Balza- que duró varias horas, los efectivos de López Aufranc no se rindieron, lograron la conexión con tropas blindadas que llegaron desde Campo de Mayo y, marcharon sobre la Base Aeronaval que ya había sido bombardeada

por aviones de la Fuerza Aérea, que destruyeron cinco aviones navales en tierra" (Balza, op. cit.: 92-93). Según Balza cuando las fuerzas del Ejército ocuparon la base, su jefe y sus pilotos huyeron al Uruguay "al igual que en 1955". La Armada sufrió en esta lucha cinco muertos y tres heridos.

En la Marina brindaron su apoyo a la rebelión la Escuela de Mecánica en la ciudad de Buenos Aires, la Zona Naval de Río Santiago, la Base de Submarinos de Mar del Plata, la Zona Naval de Puerto Belgrano, el Comando de Infantería de Marina, la base aeronaval ya mencionada de Punta Indio y la de Puerto Belgrano. El propio edificio de la Secretaría de Marina fue tomado por los insurrectos. En cambio, la Flota de Mar en operaciones fuera de las bases obedeció las órdenes de Garzoni del mismo modo que el almirante Eladio Vázquez, jefe de la Policía Federal permaneció leal al gobierno (Potash, R., op.cit.:142-143).

En Bahía Blanca, fuerzas de la base de Puerto Belgrano tomaron por horas los cuarteles del regimiento 5 de Infantería.

Otro de los acontecimientos iniciales y que marcaba el grado de violencia que se proponían emplear los rebeldes fue "el intento de asesinato del general Osiris Guillermo Villegas, que resultó seriamente herido, hecho que fue calificado como de características gansteriles", según afirmó años después el general Martín Balza (Balza, M., 2016: 92). Villegas, un notorio Azul, era identificado por algunos sectores ultra liberales como posible militar partidario del entonces presidente egipcio Gamal Abdel Nasser. Ese falso supuesto llegó a convertirse en la motivación de un intento de asesinato, lo que marcaba la temperatura castrense de la época. En realidad, Villegas era un fervoroso anti comunista, que gustaba de proclamarse teórico de la "guerra contrarrevolucionaria".

La Fuerza Aérea tuvo pocos grupos rebeldes. Fue en tres bases en que se produjo una adhesión rápidamente vencida: Aeroparque de Buenos Aires, y las pistas de Mar del Plata y Reconquista.

La enorme mayoría de sus efectivos participó de manera activa como parte del bando Azul.

Se estimó que alrededor de 400 oficiales en actividad intervinieron en las acciones Coloradas, tomando unidades como la Escuela de Tropas Aerotransportadas de Córdoba, el Centro de Instrucción de Artillería de Mar del Plata, el Grupo 2 de Artillería de Montaña en Jujuy; el regimiento 24 de Infantería de Motorizada de Río Gallegos, parte del regimiento de 26 de Infantería de Montaña en Junín de los Andes y el batallón 6 de Ingenieros de Montaña de Bariloche. A los dos días de estallada la rebelión estas unidades se rindieron a los Azules. Entre tanto, ni los cuarteles de Palermo o La Tablada fueron tomados por los Colorados, pese a que habían sido baluartes de ésta causa en septiembre. Por ello, las tropas de Campo de Mayo entraron con velocidad y sin oposición a la ciudad de Buenos Aires, retomaron la sede de la secretaría de Marina y despejaron la amenaza de la infantería naval sobre la Casa Rosada (Potash, R. op.cit.: 144-145).

La reacción de las fuerzas de Onganía había sido rápida y efectiva. Las fuerzas de la División Blindada al mando del general Lanusse se desplegaron en acción ofensiva. El regimiento de Tanques de Magdalena contraatacó y cercó la base naval de Punta Indio impidiendo sus operaciones aéreas, en tanto que las fuerzas marinas de Puerto Belgrano debieron abandonar las instalaciones del regimiento 5 de Infantería.

“El día 4 -refirió Rouquié- los Colorados retrocedían en todos los frentes. Se dice que hubo numerosas víctimas: unos quince muertos y cincuenta heridos entre los Azules”. (Rouquié, op. cit.: 218)

“Entre los jefes del Ejército que adhirieron nuevamente al bando Colorado, estaban los tenientes coroneles y futuros dictadores Jorge Videla y Roberto Viola[110], quienes se ausentaron de su destino en el Estado Mayor del Ejército y concurrieron al comando de la Armada” (Balza, op. cit.: 93).

El último reducto rebelde era la poderosa base de Puerto Belgrano -el Campo de Mayo de la Armada- en donde el almirante Jorge Palma dirigía las operaciones y había tomado el cuartel del regimiento 5 de Infantería del Ejército. En lo que Potash llamó "un ejemplo impresionante de planificación militar", atribuido por el general Rattenbach al diseño del general Nicolás Hure del Estado Mayor General del Ejército (EMGE), la sexta División de Infantería de Montaña, fue transportada con camiones confiscados y rodeó la Base Naval de manera fatal para los marinos.

Verificada la derrota el tema era negociar la rendición en condiciones "honorables" para la Armada. Ésta quería mantener su presupuesto y retener los cuerpos de Infantería de Marina y la Aviación Naval que se habían enfrentado a los Azules y eran formaciones paralelas que competían de alguna manera con las fuerzas del Ejército y la Fuerza Aérea. Las respuestas, pese a la magnitud de los enfrentamientos "fueron sorprendentemente moderadas" consideró Potash, aunque el costo de aquella moderación implicó un enfrentamiento discursivo entre el secretario Rattenbach y el comandante en jefe Onganía, quien sostenía las posiciones más duras al respecto.

Mientras el almirante Vásquez, comandante de la Flota de Mar y oficial superior más antiguo en actividad de la Armada, asumía el virtual control de ésta (debido a las renunciaciones del secretario Garzoni y del jefe de Operaciones Grunwaldt a causa de la rebelión de las fuerzas a su mando; se sometía a las condiciones planteadas por los Azules, mandaba a sus naves a recalar en la rada de Puerto Belgrano y cesaba todas las operaciones. Onganía quería que el Ejército ocupara el corazón del poder naval. Ya el Ejército lo había hecho con la base de submarinos de Mar del Plata, pese al compromiso de no tomar ninguna instalación de la Marina, salvo la pista aérea de Punta Indio que siguió en poder del regimiento C-8 hasta que sus cuarteles fueron reconstruidos.

Hubo duras discusiones ante Guido de Rattenbach y Onganía. El primero, como lo definían sus concepciones teóricas y su accionar pidió al Presidente Guido: "Dígale al teniente general que la lucha desde el punto de vista militar la dirige él, pero que desde el punto de vista político la dirijo yo. Como la actividad militar siempre estuvo subordinada a la acción política en todo el mundo, debe cumplir mi orden de parar las operaciones" (Potash, R., op.cit., 150).

La política de comunicación Azul se puso en marcha otra vez y el comunicado 151 afirmó respecto de sus adversarios que "los totalitarios que creen en la dictadura militar como solución nacional, tratan una vez más de impedir que el pueblo construya su futuro" y hablaba también de eliminar a la minoría antidemocrática ". Debía ser la primera vez que un sector militar- y dominante- calificaba a sus adversarios uniformados como "totalitarios". El comunicado 188 al momento de la rendición de los alzados afirmaba preventivamente también que "el Ejército no tiene como objetivo la destrucción de la Marina". El día 6, ya concluida la lucha con la ocupación de Punta Indio por el Ejército, el repliegue de las fuerzas éste de las unidades navales ocupadas, se rindieron los jefes del movimiento entre ellos Menéndez y Rojas.

El comunicado 200 y la política violeta

Allí sobrevino el comunicado 200 de los Azules que clausuraba la lucha militar y despejaba, o trataba de hacerlo, con argumentos políticos la escena. Pero al hacerlo modificaba su propio color político que ya asumía el tono violeta con que el periodismo definiría su política, ya de perfil mucho más antiperonista que el elaborado en las definiciones de septiembre de 1962. Este texto

difundió ampliamente en el país destacaba en primer lugar que la victoria se había logrado por parte del "Ejército hermanado con la Aeronáutica", es decir, que claramente la Marina había sido la gran derrotada ostentando su amplia tradición ultra-liberal y gorila. Luego con las grandes generalidades acerca de la Argentina "grande y poderosa" y de la necesidad de la creación "de una verdadera unión nacional", se pasaba a las "efectividades conducentes" -como definió Hipólito Yrigoyen a las decisiones- a través de 7 puntos. Se ratificaba el comunicado 150 y se manifestaba el "firme apoyo a la salida constitucional prometida, lo que implicaba garantizar que habrá elecciones; respetar el libre juego de las agrupaciones políticas, mientras se encuadren en las normas legales (...) El Ejército está y estará siempre alistado con todos los medios disponibles para unirse a las otras Fuerzas Armadas, hermanadas con el fin de luchar para restituir o asegurar al país el imperio de la Constitución".

¿Pero cómo podía articularse estas modestas opiniones democráticas si el punto 2 del comunicado 200 afirmaba taxativamente la "oposición terminante al retorno del régimen peronista y a la implantación de todo otro extremismo o totalitarismo. Se considera régimen peronista a la estructura establecida y al plan sistemático ejecutado por el dictador depuesto y sus personeros para provocar la deformación del estilo de vida tradicional de nuestro pueblo manifestada por la corrupción moral e intelectual (...) (Verbistky, H.) ¿Para esto habían luchado los Azules, con muertos y heridos de por medio para entregar la victoria política a los Colorados? Hubo muchos que lo entendieron como una capitulación patética. Una buena descripción del cuadro de situación la hizo una pluma militar: "Desde 1955 a 1963, entre el grupo de conocidos golpistas, participó una figura política que tendría vigencia hasta fines del siglo XX, el capitán (de baja) Álvaro Carlos Alsogaray. Él fue el autor del Comunicado 200 que

materializa la rendición de la Armada y que sentenciaba continuar con la proscripción peronista. Tarde comprendí que las motivaciones de los dos bandos -Azules y Colorados- no eran muy diferentes: se trataba de una encarnizada lucha de poder en las Fuerzas Armadas” (Balza, M. op.cit.: 93).

Condenas y depuraciones

El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (CSFA), un organismo compuesto por tres oficiales superiores de cada una de las Fuerzas Armadas (que funcionó como organismo de justicia militar hasta la reforma kirchnerista de la “justicia militar” efectuada en la década de los 2000) recibió acusaciones por la rebelión de abril de 1963 para 292 oficiales: 181 del Ejército, 86 de la Marina, 27 de la Fuerza Aérea y 8 de la Gendarmería. Se presentaron 212, otros 80 se ocultaron o fueron al exilio. Automáticamente se vieron privados del grado y la condición militar, es decir, produjeron su propia baja.

El CSFA procedió blandamente contra los acusados. El fiscal había pedido 12 años de prisión y la destitución de 4 almirantes. Pero las condenas mayores fueron para dos almirantes que recibieron 9 y 8 años de prisión; a otros 77 oficiales les hizo perder el grado y los condenó a penas de 2 meses a 4 años; aplicó penas menores a 60 acusados y absolvió a otros 57 (Potash, R. op.cit.:152-153). Las prisiones fueron notoriamente bajas y considerando el ya mencionado punto 2 del comunicado 200 de los Azules implicaba un giro político respecto de las esperanzas de un gran cambio político en el país.

Más aún porque al día siguiente del dictado de las condenas -12 de septiembre- el presidente Guido estimó que como el futuro gobierno civil asumiría en un mes, no debía dejar esa

pesada carga en las manos civiles y dictó la amnistía. O sea, que lo que hubo en realidad fue un número de militares pasados a retiro y otro grupo menor dado de baja, es decir, con el castigo de la pérdida del grado y el uso del uniforme.

El 3 de junio moría el Papa Juan XXIII, hacedor del Concilio Vaticano II, que tanta influencia progresista tuvo en la Iglesia Católica latinoamericana y Argentina evento que, sin duda, impulsó a través de sus directivas doctrinales el giro hacia los movimientos nacionales y populares en todo el continente, lo que incluyó el vuelco de jóvenes militantes a la lucha armada revolucionaria, ante el cierre de las opciones políticas democráticas y las intervenciones militares reaccionarias.

El 5 de junio, el gobierno argentino firmaba un acuerdo de garantía de inversiones con los Estados Unidos lo que reiteraba la fórmula económico social liberal del gobierno respaldado por los Azules.

Elecciones en 90 días

No quedaba al gobierno militar escudado detrás de la figura esforzada y patética de Guido que enfrentar los prometidos comicios que, finalmente fueron convocados para el domingo 7 de julio con la promesa de entregar el gobierno el 12 de octubre de ese 1963. Los comicios eran regidos por un nuevo Estatuto de los Partidos Políticos y la introducción del sistema de representación proporcional para la elección de diputados nacionales (que ya no se abandonaría en el futuro) y también, que era lo fundamental, para los electores integrantes del Colegio Electoral que designaría al Presidente.

El proyecto político Azul no tenía, finalmente, lo más importante que era un candidato y no lo tuvo. El camino para arribar a este

punto muerto había comenzado con el fracaso de la gestión Rodolfo Martínez en el ministerio del Interior. Pero continuó y casi hundió todo el débil entramado gestado luego de los cruentos enfrentamientos militares cuando el presidente Guido luego de preguntar al Ejército a quién tenía que designar como ministro del Interior, es decir al ejecutor del plan, nombró en ese cargo al general de división Enrique Rauch, lo que no pudo ser más desgraciado. Esta designación nació luego de los desacuerdos entre los generales Rattenbach y Onganía. Finalmente, Rauch, que era el titular de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE), tomó al mismo tiempo el cargo de ministro político del gabinete el 9 de abril de 1963.

Rauch parecía en sus acciones un amigo de los Colorados, aunque era compañero de promoción y amigo personal de Onganía y había sido considerado el "primer azul", aunque luego, por razones de salud no pudo encabezar la rebelión de septiembre del 62. El diario "Noticias Gráficas", que se había aliado ampliamente con el bando derrotado en septiembre y abril, lo apoyó calurosamente (Potash, R. op.cit.: 157).

La acción más significativa de Rauch no tuvo nada que ver con un diálogo con los partidos políticos, la búsqueda de un candidato oficial o un acuerdo de comportamiento entre las fuerzas competidoras en el proceso electoral. Tenía como subsecretario de Interior a Guillermo O'Donnell, un antiguo dirigente estudiantil universitario del Humanismo católico antiperonista y como asesores a José Mariano Astigueta y Arturo Bas. Rauch lanzó una espectacular caza de brujas. "Se condujo como el más recalcitrante de los halcones Colorados (...) Contó, muy probablemente con el consentimiento de Onganía para la detención de 37 ciudadanos sindicados como "delincuentes económicos" y de otros 15 acusados de adherir a la doctrina marxista-leninista, calificándolos de insurreccionales"(Balza, M.: op.cit. 94).

Entre los perseguidos estaban el escritor Ernesto Sábato -al parecer confundido con su hermano Arturo un experto petrolero frondicista- un amigo del Ché Guevara como el abogado Ricardo Rojo, y diversos empresarios amigos o miembros del partido Comunista, muy lejanos al temido insurreccionalismo [111]. A Rauch le fue mal en la escena política, pero no en el clima interno militar porque en algunos casinos (hoteles) de oficiales (empero no el Círculo Militar en cuya elección de autoridades había salido tercero) se comentaba que por fin se atacaba al comunismo internacional en sus "madrigueras" (bancos, empresas, medios de comunicación y escritores). Las acusaciones no se probaron nunca, y como algunos de los detenidos eran judíos, no faltaron quienes acusaron al Ejército de conducta antisemita"(Balza, M., op.cit.:94). Rauch había ordenado las detenciones sin tener el decreto firmado por Guido, acto jurídico que procedía por la vigencia del estado de sitio; el ministro carecía de capacidad legal para ordenar arrestos de por sí. Pese al escándalo[112], los secretarios militares lograron que Guido suscribiera post facto las prisiones. Pero Rauch no tenía límites. Creía que podía imponer a Guido su plan político, que chocaba implícitamente con las elecciones, o si se oponía derrocarlo. El ministro turbulento continuó adelante y lanzó esta vez una operación supuestamente clandestina que lo iba a desplazar contra su voluntad. Rauch hizo emitir una serie de panfletos anónimos en contra los ministros de Economía, Trabajo, Educación y Justicia y Relaciones Exteriores. En tanto, fue reconocido el partido Unión Nacional cuyo candidato a presidente era otro militar retirado, el general Justo León Bengoa. El partido neo peronista Justicia Social dirigido por el último ministro del Interior peronista Oscar Albrieu también era registrado por la justicia electoral. Horacio Sueldo se convirtió en el candidato presidencial por la Democracia Cristiana, en tanto que el coronel Guevara era sancionado con 15 días de arresto a

causa de sus declaraciones públicas. En una declaración no poco significativa que alentaba el clima anti justicialista, el arzobispo de Buenos Aires y cardenal primado de la Argentina, Antonio Caggiano, reiteraba que Perón continuaba excomulgado.

El candidato radical Illia, anticipándose por treinta años a la reforma constitucional Menem-Alfonsín, propuso una modificación en la Carta Magna para crear el cargo de primer ministro, quizás con la esperanza de poder manejar futuros planteos militares. Al día siguiente, se reglamentó nuevamente el decreto 7165 que prohibía la exaltación del peronismo, como si faltaran disposiciones que aprisionaran legalmente al justicialismo. Otro general retirado, Francisco Imaz, -hombre de la Junta Militar que presionó arma en mano por la aceptación del "renunciamiento" de Perón en 1955- fue designado interventor en la provincia de Buenos Aires, cargo que volvió a ocupar con la dictadura de Onganía años después. El 26 de abril fueron postergadas otra vez las elecciones convocadas para el 23 de junio para fijarlas definitivamente para el 7 de julio. Pocos días después Pedro Eugenio Aramburu hizo el anuncio de su largamente acariciada candidatura presidencial por la Unión del Pueblo Argentino (UDEPA).

Rauch sale, Villegas entra

Los panfletos de Rauch causaron una fuerte reacción, dado que habían distribuidos directamente a la prensa y sobre todo en las unidades militares, lo que originó la queja de los secretarios Rattenbach y McLoughlin.

Guido realizó entonces uno de sus pocos actos de autoridad, pero que resultó efectivo. Convocó a la residencia presidencial de Olivos a los tres secretarios militares y a los tres comandantes en jefe de las FFAA que pensaron que el Presidente iba, una

vez más, a blandir su renuncia. En lugar de esto les reprochó amargamente su asesoramiento-imposición en el caso Rauch y pidió su salida. Aunque Onganía no era partidario del apartamiento de Rauch, tuvo que adaptarse ante la magnitud de los errores cometidos por su amigo y el porvenir sombrío que se avecinaba sobre el gobierno. Rauch salió del gobierno el 13 de mayo de 1963. Para resolver el entuerto, se hizo otra vez lo que la voz popular denomina "pasteleo". Fue buscada una suerte de salida que fue supuestamente equilibrada. Todo el gabinete renunció y primero se fueron los ministros acusados. Bernardo Bas reemplazó a Guido Martelli en Trabajo; José Mariano Astigueta, primo del ministro de Defensa, tomó el lugar de Alberto Rodríguez Galán en Educación y Justicia; José Alfredo Martínez de Hoz ocupó la posición de Eustaquio Méndez Delfino en Economía y el general (retirado) Juan Carlos Cordini asumió la posta por Carlos Muñiz en la Cancillería. Tanto los que se fueron como los que llegaron eran destacados conservadores haciendo más ridículas las acusaciones de Rauch. Muchos de estos hombres iban a ser llamados por la corporación castrense en las dos siguientes dictaduras militares. Eran el elenco permanente del establecimiento y en los que confiaron diversas fracciones militares durante largos años.

Entretanto se había firmado el decreto de proscripción del peronismo a través del decreto ley 2713 del 10 de abril de 1963, el que proscribía "a los que hicieron de palabra o por escrito la apología del tirano prófugo (sic) o del partido disuelto por decreto-ley 3855/55 (CXV-A 602), aun cuando no mediare la existencia de una finalidad de afirmación ideológica o de propaganda peronista".

Rattenbach también había presentado la renuncia como todos los integrantes del gabinete, pero Guido le instó a quedarse. Rattenbach lo pensó bien. Escribió luego sobre el tema: "es que en

los últimos tiempos, el comandante en jefe se había comportado en tal forma, que si no se colocaba bajo el control normal del gobierno se nos iba a ir cada vez más, sin que fuera posible el desenlace final. Por tal motivo me reuní con él (Onganía) y le planteé la situación: o se colocaba bajo el control normal del secretario de Guerra o yo me iba del cargo. Naturalmente no aceptó y así el 13 de mayo presenté mi renuncia al doctor Guido" (Balza, M., op. cit.: 95). Fue reemplazado por el general (retirado) Héctor Repetto (de la misma camada y de la amistad con Onganía) funcionario que aceptó de facto la subordinación al comandante en jefe.

A la caída de Rauch y la instauración del nuevo gabinete se ingresó en la etapa final de la presidencia Guido. La complejidad de la situación política no era menor a la militar. En un documento secreto del Frente Nacional y Popular se describía la situación del Ejército en cuatro bloques: el primero, el denominado Azul-Azul, con todos los coroneles y generales, menos Julio Alsogaray y Lanusse, siendo su prototipo el coronel López Aufranc, con cuyos tanques había sido protagonista central de las batallas contra los Colorados; el segundo, un grupo liberal-legalista encabezado precisamente por los generales Alsogaray y Lanusse, de influencia en la fuerza y con sentido político; el tercero, una masa de oficiales (jefes) tenientes coroneles y mayores que, sin ser Colorados, se negaron a reprimir a sus camaradas y el cuarto, la línea nacionalista amplia que iba desde los herederos del general Lonardi hasta cierto progresismo presuntamente encarnado por el general Rosas (Rouquié, op. cit.: 219).

El 12 de mayo se produjo el cambio sustantivo producido por la crisis en el ministerio del Interior. El general Osiris Guillermo Villegas, sub jefe del Estado Mayor General del Ejército se hizo cargo de aquella posición en el gabinete y se convirtió en el representante de la estrategia del Ejército Azul para los comicios presidenciales. Villegas, proveniente de una familia de tradición

militar, había publicado un libro sobre estrategia de "guerra contrarrevolucionaria". [113]

En su texto, el general-ministro afirmaba que los modos de acción generales de la "guerra revolucionaria comunista" en el orden militar eran: "Promover y mantener campañas de desprestigio de las Fuerzas Armadas; fomentar la indisciplina en los cuadros, incitándolos a una participación activa en problemas de política cotidiana; propugnar la acción disolvente de camarillas enquistadas en los mandos superiores, entorpecer la acción de los más aptos, haciendo gravitar, en las promociones anuales, factores extra-castrenses; crear condiciones psicológicas desfavorables para el ingreso de aspirantes en los institutos de reclutamiento de los cuadros; conquistar adeptos en las filas de las Fuerzas Armadas para lograr su destrucción y apurar el proceso de la revolución" (Villegas, O., 1963: 62-63). Es decir que, salvo el último punto para el que no era necesario ser experto, los otros calzaban en las acciones del derrotado bando Colorado, un sector bastante distante de las opciones planteadas por el marxismo. Villegas era considerado amigo del general Carlos Jorge Rosas y su aliado en la improbable tendencia nasserista. En relación a la teoría de la "guerra contrarrevolucionaria", Lanusse estimó que "Carlos Rosas, como coronel y posteriormente también como general, desde las funciones que desempeñara en el Estado Mayor General del Ejército entre 1958 y 1962, fue realmente el padre de la criatura, el factótum de la incorporación de la doctrina y de las experiencias adquiridas por el ejército francés en las luchas que tuviera en Indochina y Argelia. Fue en 1958 que nuestro Ejército formalizó un acuerdo aprobado por el Poder Ejecutivo para la incorporación al Estado Mayor General del Ejército de una misión militar de asesoramiento, integrada por jefes del Ejército francés" (Lanusse, 1988: 271-272).

La vida democrática real o la "revolución nacional" quedaban desechadas con la aplicación de esta teoría.

Así fue. Una de las primeras decisiones de Villegas en Interior fue redactar un decreto que firmó Guido por el cual se prohibió al partido neo peronista Unión Popular presentar candidatos a presidente y vicepresidente por el decreto 4046/63, específicamente proponer candidatos a electores.

En ese momento volvió a reverdecer la candidatura del general Onganía, pero éste se resistió a la misma o consideró que no era el momento oportuno. Durante algunas semanas se levantó en las vecindades del Frente la posible candidatura del empresario Carlos Pérez Companc, vinculado al arzobispo de La Plata, monseñor Plaza, partidario de un acercamiento al peronismo de derecha. Pérez Companc había sido definido también como un banquero de la jerarquía católica. Pero este intento se diluyó rápidamente. La novedad política la constituyó la postulación el 24 de mayo, del dirigente conservador popular Vicente Solano Lima (el hombre de la consigna "Tregua, Pacificación Amnistía" de 1956) como candidato a presidente por el Frente Nacional y Popular, acompañado por el dirigente ucrista santafesino Carlos Silvestre Begnis como vicepresidente.

Esta decisión empujó la salida del Frente de Oscar Alende quien se enfrentó con Frondizi. Alende se quedó con la UCRI y Frondizi formaría el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID). El ex presidente, probablemente despechado por su desplazamiento político, se volcó al voto en blanco y calificó de "fraude" los comicios, pero en cambio el ex gobernador de Buenos Aires, Alende, insistió en sus posibilidades electorales, aunque algunos de los dirigentes de su partido también querían la abstención (Halperín Donghi, 1972: 138). El Frente Nacional y Popular intentó presentarse pero con diversas maniobras (remisión a la Corte Suprema, maniobras en el propio ministerio del Interior) fue empujado a la abstención que fue la decisión final de Perón. El peronista Raúl Matera, integrante de la secretaría general del Consejo Coordinador del peronismo se enfrentaba a los frondicistas-frigeristas

y también a los otros partidos pequeños (conservador popular y nacionalistas varios) que estaban en el Frente. Ante la fórmula Lima-Begniss que había rechazado también Alende para proclamar su propia candidatura, Matera decidió aceptar el ofrecimiento del Partido Demócrata Cristiano, que presidía Horacio Sueldo para encabezar la fórmula partidaria. El PDC había girado desde sus posiciones liberales anti-peronistas hasta una posición que lo había llevado a apoyar los 11 puntos programáticos que elaborara la CGT. La candidatura de Matera fue rechazada por Perón quien, desde Madrid, lo expulsó del Movimiento, pero también fue vetada por decreto suscripto por el ministerio del Interior Villegas. El PDC volvió a enarbolar a Sueldo como candidato presidencial. El peronismo que ya comenzaba a plantearse en un ala creciente como revolucionario, cuestionó tanto la candidatura de Solano Lima por el Frente, como el desprendimiento por la democracia cristiana de Matera y planteó el voto en blanco.

Según la versión que brindó el general Rosas, Méndez (sic), "jefe de operaciones" en el ministerio del Interior encabezado por el general Villegas, la línea de aquella cartera fue sembrar confusión y sorpresa en el campo peronista, sin que hubiera una posición clara de apoyo a una fórmula, más allá de la simpatía que pudiera despertar la del general Pedro Eugenio Aramburu (Kvartenik, E. 1987: 127 y ss.).

Parece que en medio de las diferencias entre los Azules, muchas de ellas por cuestiones de táctica, la dureza antiperonista del general Lanusse, era compartida por el general Villegas, pero éste buscaba que, en medio de la confusión, las divisiones partidarias y la proporcionalidad establecida por decreto en el Colegio Electoral, pudiera finalmente elevarse como candidato de unidad en último término al general Onganía, pese a sus reticencias, o que en definitiva, se pudiera articular un aún más difícil acuerdo entre los partidos representados en aquel cuerpo

electoral, con Aramburu. Éste tuvo una votación insuficiente. El Frente Nacional y Popular había dispuesto la abstención electoral. Perón también alentó el sufragio en blanco. Por su parte, en esa confusión, los votantes peronistas dividieron sus preferencias entre el voto en blanco y el positivo dividido entre Illia y Alende, para cerrar el paso a la candidatura de Aramburu que se presentaba como la restauración de la revolución libertadora. En los comicios del 7 de julio la fórmula encabezada por Arturo Illia (UCRP) obtuvo el 25,14 %; el voto en blanco el 21,20 %; Alende, el 16,41 %; Aramburu, el 13,80 %; el conservador Olmos, el 5,14 %; el democristiano Sueldo, el 3,34 %; el socialista argentino Alfredo Palacios el 2,96 % y el socialista democrático Alfredo Orgaz el 2,66 %. La participación electoral había sido muy alta (el 85,5%), prácticamente igual a la que se producirá en los comicios presidenciales de marzo de 1973. El gran derrotado fue el general Aramburu que fuera pensado en varias circunstancias por los Azules como la solución política. Como el Colegio Electoral que elegía al Presidente había sido integrado proporcionalmente, se forjó un acuerdo el 31 de julio entre la UCRP, los conservadores, los democristianos, y ambas fracciones socialistas, que erigió a Illia como Presidente. El partido que no había apoyado a los Azules sino simpatizado en muchos de sus cuadros con los Colorados iba a llegar al poder en una de las muchas paradojas históricas argentinas. En definitiva, los partidos liberales adoptaron la solución tradicional de apoyar a la primera minoría con lo cual la posibilidad de intervención pro Aramburu que hubiera conformado a los Azules, quedó descartada. Illia había sido, también para los radicales, un candidato inesperado reemplazando a Balbín y todos los retorcidos planes políticos habían fracasado miserablemente. El peronismo seguía fuera del sistema político.

Guerrilla urbana

El 29 de julio, el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), escisión nacionalista de izquierda del primitivo grupo Tacuara, que había levantado un programa nacionalizador y estatista de la economía asaltó el Policlínico Bancario de Buenos Aires. Esta fue considerada como la primera operación de volumen de la guerrilla urbana en la Argentina, un alba inquietante. El 12 de septiembre Guido concretó, la amnistía para 204 oficiales Colorados de las FFAA, lo que certificaba que los Azules querían cerrar rápidamente las heridas de los enfrentamientos de septiembre 1962 y abril del corriente año. En consonancia con la amnistía a los Colorados, el Ejército devolvió a la Armada la base aeronaval de Punta Indio que fuera ocupada en abril luego de los bombardeos de la Aviación Naval al Regimiento C-8 de Caballería Blindada.

El 12 de octubre de 1963, Illia asumió la Presidencia de la República en el segundo intento luego de la "revolución libertadora" por lograr una semi constitucionalidad con la proscripción del peronismo. El Ejército Azul seguiría siendo el mismo. Solo cambiaría de piel y optaría en poco por la "dictadura perpetua" de los colorados con otros oropeles políticos pero con objetivos relativamente similares.

EL GOBIERNO DE ILLIA

El gobierno de Illia

El 12 de octubre de 1963 inició el radical Arturo Illia un gobierno nacido de la ilegitimidad producto de la proscripción del peronismo. Esa ilegitimidad iba a quitar base de sustento político a la posibilidad de resistencia a las presiones nacidas desde los sectores populares y desde los grupos dominantes, incluido el Ejército Azul. Como un anticipo ominoso del destino de su gobierno el Presidente recorrió en su trayecto en auto desde el Congreso Nacional, donde había jurado, a la Casa Rosada, acompañado a su lado, de pie, por el teniente general Juan Carlos Onganía, el caudillo de los Azules, comandante en jefe del Ejército.

El gabinete de Illia no fue pluripartidario como podría haber ocurrido de tomarse en cuenta los votos de los partidos que en el Colegio Electoral permitieron su elección. De los 8 ministros cuatro provenían del sector unionista: Miguel Ángel Zavala Ortiz en la Cancillería; Arturo Oñativia en Salud Pública, Miguel Ferrando en Obras Públicas y Leopoldo Suárez en Defensa, en tanto que los provenientes de la intransigencia eran Eugenio Blanco en Economía, Carlos Alconada Aramburu en Educación y Justicia, Fernando Solá en Trabajo y Seguridad Social y Juan Palmero en Interior. Sin embargo, Blanco y Alconada Aramburu habían formado parte del gabinete de Aramburu y en cambio, el unionista Oñativia, pese a provenir de la derecha partidaria fue a constituirse en un combativo funcionario que enfrentará a los laboratorios farmacéuticos, muchos de ellos de propiedad extranjera, que influirán significativamente en la construcción del golpe que derrocará a Illia.

Leopoldo Suárez era otro ministro de clara raíz conservadora. Golpista en Mendoza en 1955, aceptará la cartera de Defensa con renuencia, sin más relaciones con el sector Azul del Ejército que los vínculos con su comprovinciano, el general Osiris Villegas. Según Potash, Suárez también consultó y fue convencido para aceptar el cargo por el secretario saliente de la Fuerza Aérea, el brigadier Mc Loughlin.

Al asumir Illia proclamó ante la Asamblea Legislativa que “las Fuerzas Armadas (...) han cumplido en todos los tiempos, fecunda acción civilizadora” (sic). Hizo alusión al industrialismo de Mosconi y Savio por sus acciones promotoras de la extracción del petróleo y la fabricación del acero” para luego describir el tema de los enfrentamientos entre Azules y Colorados como “el desencuentro argentino (que) las llevó a dolorosos enfrentamientos”. Proclamaba que “en este proceso de reparación nacional, las fuerzas armadas incorporadas naturalmente a la tarea común, deben armonizar esfuerzos para consolidar la paz interior y contribuir al bienestar general de la patria” (Fraga, R.M., op. cit.: 670-671). Eran modestas reflexiones que eran incapaces de encuadrar la situación política.

El problema militar más serio y probablemente de todo el gobierno, era si debía mantener en sus mandos a los comandantes en jefe de las tres FFAA, especialmente al caudillo Azul, Onganía. El dilema a resolver por el gobierno era la vinculación de la UCRP con los Colorados y la herencia de un ejército dominado por sus opositores Azules.

Illia fue presionado por dirigentes de su partido y de fuerzas afines para renovar la cúpula militar, especialmente la del Ejército. Allí ya asomaba la candidatura del general de división Carlos Jorge Rosas, un ya mencionado Azul que, habiendo estructurado la preparación académica militar para la guerra contrarrevolucionaria, no tendría inconvenientes en procurar una morigeración de las tensiones con los derrotados Colorados. Pero Illia desistió de pasar a retiro a Onganía cuando todavía gozaba de la moderada luna de miel de su gobierno. Consideró en cambio las candidaturas de los generales Enrique Rauch e Ignacio Ávalos para el cargo de Secretario de Guerra. Rauch era un peligro político por su actuación ya mencionada en el gobierno de Guido como ministro del Interior. Había proclamado su intención

de relevar a Onganía y procurar estudiar con jefes superiores retirados la reincorporación de algunos oficiales colorados.

Illia se pronunció por el más prestigioso general, también retirado, Ignacio Ávalos[114] que había sido retirado en la purga del año 1957 por el sector ultra gorila de Ossorio Arana. Era un personaje de relativa simpatía para el bando Azul. Y congeniaba con la idea de Illia de no producir cambios en la estructura de los mandos militares pensando quizás que los problemas castrenses podían tener una solución interna fuera de la política. Pero esta línea "tenía a fortalecer el punto de vista sostenido por los círculos militares de que las Fuerzas Armadas eran una institución autónoma cuya obligación básica era proteger los intereses del Estado" y, por lo tanto, "podían convertirse en el árbitro final de la supervivencia de un gobierno" (Potash, R. 1994:184). En la secretaría de Marina fue nombrado el vicealmirante Manuel A. Pita y en la de Aeronáutica el brigadier Martín Cairó. Los comandantes en jefe fueron confirmados: Onganía, en Ejército: el contralmirante Eladio Vásquez en Marina y el brigadier Carlos Conrado Segundo Armanini en Fuerza Aérea. Eladio Vásquez fue reemplazado a los pocos días por el almirante Benigno Varela como Comandante de Operaciones Navales, el cargo que era el máximo operativo en la institución.

Ya cinco días después de la asunción del gobierno por Illia, el peronismo celebró por primera vez desde 1954 su Día de la Lealtad, el 17 de octubre, con un multitudinario acto que reiteraba su fuerte presencia en la vida política nacional.

El 30 de octubre Illia remitió al arbitraje británico una disputa fronteriza con Chile. Pero la decisión política más significativa de su gobierno se produciría en el mes de noviembre. El día 4 el gabinete tomaba la decisión política de anular los contratos petroleros celebrados de manera directa con empresas norteamericanas por el gobierno de Frondizi. Tres decretos informados el día 15 de noviembre pusieron fin a los discutidos convenios.

Illia trataba en los comienzos de su gobierno de acordar una política con el movimiento obrero y por ello recibía a José Alonso en la Casa Rosada el 5 de diciembre en tanto que una movilización de 40 mil personas convocada por la CGT se reunía frente al Congreso Nacional para reclamar aumento de salarios.

En diciembre, el gobierno afrontó su primera crisis militar cuando se produjo una reacción en la Fuerza Aérea, iniciada al designar el Presidente como titular de la Secretaría de Informaciones de Estado al brigadier retirado Merardo Gallardo Valdés de notoria militancia colorada. Pero luego esta escaló dado que el Secretario de Aeronáutica, el comodoro retirado Martín Cairó se enfrentó con el comandante en jefe de la Fuerza, brigadier Carlos Conrado Segundo Armanini. Dos hechos causaron el enfrentamiento: la negativa de Cairó de aceptar las propuestas de ascensos a los grados de oficiales superiores propuestas por la Junta de Calificaciones. Illia, pese a la posición de Cairó lo desplazó de su cargo, nombró al brigadier Romanelli en su lugar, desalentó a los Colorados y probablemente envalentonó a los Azules que comenzaban a ver en el Presidente un respeto quizás temeroso del proceder de los mandos militares que no simpatizaban con su gobierno.

En esos días, el Círculo Militar ascendía a la categoría de entidad Mutual reconocida por el ministerio de Trabajo y Previsión Social. Esa dotación jurídica que permitía incrementar las prestaciones sociales del Círculo no modificaba ciertos criterios estrechos vigentes en la entidad^[115].

El ministro de Defensa, Leopoldo Suárez, afirmaba el 9 de enero que existía armonía en las FFAA. El presidente Illia visitaba la base naval de Puerto Belgrano el día 30 de este mes y el Ejecutivo ascendía a Juan Carlos Onganía al grado máximo de la jerarquía militar, el de teniente general.

Granos a China popular

Por primera vez, la Argentina comenzaba una política de venta de granos hacia el Lejano Oriente y, sobre todo, al mundo comunista, con el anuncio el 17 de diciembre de la transferencia de dos millones de toneladas de trigo hacia la República Popular China. La CGT anunciaba el 22 de diciembre que de una fuerza laboral de 9.500.000 trabajadores 900.000 estaban desocupados. En enero de 1964 los EEUU nombraban a Edwin Martin como reemplazante de Roberto Mc Clintock como embajador en Buenos Aires.

Comienza el “plan de lucha”

El día 15 de enero, la CGT comenzaba una nueva etapa de su “plan de lucha”, una movilización general del movimiento obrero que, por primera vez en su historia, realizaba una ocupación masiva de establecimientos industriales y empresas de todo tipo con un plan de reivindicaciones inmediatas, pero cuyo método de violación de la propiedad privada, asustaba al empresariado de todo tipo.

El Banco Mundial deslizó que podría cancelar un crédito para financiar la ampliación de la planta eléctrica de Dock Sud en el conurbano de Buenos Aires. A la amenaza, lanzada el 13 de enero, respondió la Cámara de Diputados expresando su desagrado por la actitud de la entidad internacional. Finalmente el gobierno radical anunció la renegociación del préstamo por 95 millones de dólares. Al anunciarse el 20 de enero, la recuperación de una operación de próstata de Juan Domingo Perón, sus partidarios se alegraron y sus adversarios hacían cálculos acerca de la duración de su vida.

El 3 de febrero Illia autorizó incrementos entre el 20 % al 40% de los sueldos de los integrantes de las FFAA.

La ofensiva peronista se manifestaba en los planos sindical y político. En el primero la CGT dejaba trascender que iniciaría una nueva etapa del "plan de lucha" con ocupaciones de fábricas. En tanto, el dirigente gremial textil Juan Carlos Loholaberry anunciaba la posibilidad del retorno de Juan Domingo Perón al país. El peso del peronismo en la vida de la Argentina se mantenía más sólido que nunca y era el acertijo indescifrable para el gobierno radical. El Poder Ejecutivo amenazó tomar medidas contra los sindicalistas que apoyaran el plan de lucha.

Al mismo tiempo, el gobierno dictaba la Ley de Abastecimiento, una norma jurídica que era rechazada por los sectores empresarios, pero con la cuál Illia esperaba dominar la anarquía planteada por las subas desconsideradas de precios y el ocultamiento de los productos, especialmente alimentarios, a partir de lo que se podría imponer una suba de precios en desmedro de los consumidores.

El 12 de febrero se anunciaba la visita oficial del presidente francés Charles de Gaulle, un acontecimiento que tendría amplias repercusiones políticas.

En un régimen que será ciertamente calificado con posterioridad como tolerantemente democrático se produjo, sin embargo, el 14 de febrero la prohibición de la película "El Silencio" del director sueco Ingmar Bergman, un cineasta de amplio éxito en la Argentina, especialmente en Buenos Aires.

En el marco de la compra de trigo por parte de la República Popular China, el canciller Miguel Ángel Zavala Ortiz anunciaba que se "estudia" el establecimiento de relaciones con el gobierno comunista del país asiático. Además, el reconocido antiperonista, encabezó una misión a la Antártida para reafirmar los derechos argentinos sobre la misma, es decir sobre la extensión comprendida entre los paralelos 25 y 74 y el meridiano 60.

El 26 de febrero, la CGT anunciaba la segunda etapa del “plan de lucha” para después del 28 de febrero si el gobierno no aceptaba sus demandas. El doctor Hernán Cortés, subsecretario de Defensa Nacional, de quién el líder de la UCRI, Oscar Alende, afirmaba que era “el campeón de la proscripción del peronismo y el comunismo” (Alende, O. 1965:178), confirmaba este juicio al afirmar que se debía mantener la proscripción del partido conducido por Perón.

Una fuerte manifestación de acción antisemita se expresó en el asesinato del comerciante judío Raúl Alterman por un militante del grupo nacionalista de derecha Tacuara el 29 de febrero en tanto que estallaba una bomba en un club israelita en Mendoza. La comunidad judía acusó a la representación de la Liga Árabe en la Argentina y a su representante Hussein Triki de respaldar las acciones antisemitas de Tacuara.

La prevista acción guerrillera, combatida por las enseñanzas de las teorías francesas contrarrevolucionarias aparecía en la Argentina: la policía provincial de Córdoba descubría un campamento guerrillero en Villa Carlos Paz en aquella jurisdicción y detuvo a siete acusados de integrarlo el 1 de marzo.

La guerrilla de Salta

El día 5 de marzo fue la Gendarmería Nacional (GN) la que denunció el hallazgo de otro campamento guerrillero, pero éste cerca de la localidad de Santa Rosa, en la provincia de Salta, en la región de Orán. Informaba que eran cinco los detenidos y uno de ellos cubano. La GN informó que uno de sus efectivos había sido muerto, que dos guerrilleros fueron abatidos y también que la guerrilla (nombrada como “Ejército Guerrillero del Pueblo” (EGP) y que fuera comandada por el periodista argentino

Jorge Ricardo Masetti fundador de la agencia cubana de noticias "Prensa Latina", abatió al capataz de una estancia. La acción del grupo de Masetti siempre fue considerada como la avanzada argentina del proyecto boliviano del Ché que se desarrollaría en años posteriores. El gobierno había actuado en este caso con las fuerzas de seguridad, pero el ministro de Defensa dijo en una sesión secreta de la Cámara de Diputados que podría utilizar a las FFAA en casos como el tratado si fuera necesario.

El Ejército buscó impresionar a la opinión pública con el suceso. Utilizó una técnica de moda en la época por los factores de poder: la "acción psicológica". En este caso, protagonizado por el general de división Julio Alsogaray se construyó como un burdo reportaje periodístico. En la revista "Primera Plana", dirigida por Jacobo Timerman se incluyó una entrevista al Director Nacional de Gendarmería, cuerpo dependiente del Ejército, con la foto del militar ocupando toda la portada con el título "La lucha contra los guerrilleros", sin ninguna otra referencia a otra nota. Rompiendo con el estricto estilo del medio, la nota no era anunciada en la "carta al lector" del director. La nota que no era firmada ocupaba tres páginas apretadas de la edición y era presentada como exclusiva y, como nunca en la historia de esa singular publicación, y como "la versión taquigráfica del diálogo", supuestamente sostenido con el general "con dos redactores" de la revista. La nota sostenida en su comienzo que "es la primera vez en este siglo que en la Argentina se produce un acontecimiento de este tipo", es decir una acción guerrillera. Toda la publicación marcaba la estrecha vinculación de sectores civiles (políticos, sociales y económicos) con los grupos dominantes de las FFAA (Primera Plana, 5 de mayo de 1964, nro.78: 8-10).

"Es un hecho nuevo en nuestro país, con mucha similitud a los que ya han ocurrido en otros, especialmente en nuestro continente", afirmó Alsogaray y en un arranque de estilo Lombroso

se atrevió a indicar que "hasta es similar el aspecto físico de las personas que han actuado" (sic). Los anónimos periodistas señalaban las experiencias de Cuba ("con los resultados conocidos") y de Colombia y Venezuela. Alsogaray advirtió que "me costó bastante convencer a las esferas oficiales y también a otros círculos de que estos hechos han existido y que revisten suma gravedad". Alsogaray advirtió que "si (los guerrilleros) hubieran podido aguantar 15 días más, se hubiesen organizado mejor y habrían podido saquear una comisaría, ya que son hombres aptos y decididos, e incluso hubieran intentado asaltar un cuartel". (En la zona la única unidad era el Regimiento 28 de Infantería de Monte-Escuela).

Alsogaray basaba la capacidad de Gendarmería para actuar en estas situaciones "en dos cosas: la aptitud del personal y su adiestramiento y el equipo". Señalaba que "muchos gendarmes, oficiales y suboficiales son de la zona, conocen el medio en que actúan y están acostumbrados a sus inconvenientes". Pero, como es común en la profesión militar, Alsogaray se quejaba: "En donde tropezamos con un déficit importante es respecto del equipo en general: transportes, comunicaciones, equipo personal, buena ropa, calzado y algunos elementos propios de la vida en la selva como mosquiteros, suero antiofídico, etc., cosas que los guerrilleros tienen en abundancia (sic)". Pero se contradecía a continuación cuando agregaba que "no obstante, al parecer, este brote (sic) se llevaron más medios, aportados por el Ejército."

El jefe de la Gendarmería hacía una comparación entre el equipamiento bélico de los guerrilleros y de su fuerza: "El armamento individual de la Gendarmería está basado en la pistola calibre 45 y como arma larga en la carabina o fusil 1891 y 1909 y pistolas ametralladoras Halcón (arma corta de tiro rápido). Esta última es muy apta para el combate en esa zona. A los guerrilleros se les tomó armamento distinto, por ejemplo el fusil automático liviano

(F.A.L.), arma que utiliza la OTAN y también nuestro Ejército y en muy poca cantidad, Gendarmería". Luego Alsogaray pasó a brindar un informe sobre el armamento capturado a los guerrilleros: "Se les tomaron también pistolas ametralladoras y gran cantidad de explosivos como ser granadas de mano, antipersonal, anti tanque, todo material sumamente moderno de fabricación extranjera y algunos con inscripciones rusas (sic)".

La revista indagaba con fervor, porque estimaba que el origen de la guerrilla "es el resultado de una actitud política; luego debe tener sus conexiones con grupos políticos del país, porque no puede haber surgido de la nada". (A los supuestos periodistas no se les ocurría pensar que el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) era un grupo político en sí mismo). Alsogaray se mostraba prudente y moderado: "Poder afirmar que el sector político tal apoyo o dirige a estos guerrilleros es difícil (...) Poniéndole un título se puede decir castro-comunistas". Y otra vez aparecía Lombroso: "el aspecto físico de la gente es un detalle probatorio". Aunque, como el general aclaró: "Ellos se autocalifican de nacionalistas de izquierda".

Alsogaray describió lo que calificó como las cinco etapas de la "guerra revolucionaria": "1) Despliegue e infiltración de las personas que entran al país, que no deben producirse obligatoriamente en forma correlativa, pero pueden mezclarse en una u otra etapa, es decir la gente que viene al país adoctrinada, la que se despliega infiltrándose en las instituciones, en las universidades, en los centros industriales, en las esferas de gobierno, etc. Esta es la primera parte: infiltración. Ya ha ocurrido en nuestro país". Es decir la muy vieja teoría de los agentes extranjeros que ingresan al país y sin diferenciarse por su lenguaje o su cultura, consiguen tomar el poder de un Estado, como si todo se tratara de una gigantesca operación de espionaje. Simple y convincente. Alsogaray seguía: "2) consolidación de los elementos y desarrollo de su

actividad. Tomando contacto se organizan y desarrollan sus actividades. Suele ser acompañada esta etapa con sabotaje, terrorismo selectivo o sistemático, desórdenes callejeros populares, que también ha vivido nuestro país. 3) intensificación de la violencia por el terrorismo y el sabotaje. 4) formación de bases, donde hacen pie para arrastrar al país a la subversión. Y finalmente, la acción de las guerrillas. Teóricamente, estamos en la tercera etapa, pero las dos primeras que han ocurrido en son el sustento ideológico y político de ésta". Es decir, estamos en la tercera etapa, pero ya hemos llegado a la quinta.

Alsogaray atacaba directamente al gobierno al decir que "cuando un funcionario del gobierno declara:" Yo no soy castro-comunista", a mí me parece que esto no tiene sentido. El funcionario no debe decir eso. Es probable que no lo sea, pero el solo hecho de que lo diga, de que hayan conseguido que lo diga, lo pone en la situación de lo que ya es común llamar "idiota útil". Cuando un funcionario dice que "la infiltración comunista en la Argentina no es vasta ni penetrante" y por el otro lado tenemos hechos a la vista como el presente, puedo afirmar que es muy penetrante y vasta". Alsogaray demostraba el nivel de criterio político del Ejército al afirmar que "en el sentido del apoyo, captación o deformación de la mente ciudadana, aparecen esa organizaciones con nombres muy importantes y humanos: "Defensa de los derechos humanos", "Defensa de los derechos de la mujer", "Pro Paz", "Defensores del petróleo", etc. que confunden a la opinión pública y pareciera que son los únicos que quisieran defender al país" (sic).

También el Director Nacional de la Gendarmería señalaba que "se requiera la figura jurídica que encuadre perfectamente estas actividades (...) existe un decreto ley llamado represivo, pero las penalidades son muy leves (...) el término guerrillero no figura en ningún código". Ante los tenaces supuestos reporteros de "Primera Plana", Alsogaray tenía que desmentir que

algún general en actividad tuviera contacto con estas acciones, "le puedo asegurar categóricamente que no", aunque también afirmó que "si hay algún integrante del Ejército que tenga esas ideas, no puedo afirmar que sea imposible". Alsogaray respondía positivamente a la necesidad, que le era manifestada, de dictar "una ley de seguridad nacional". Él decía que "la Constitución habla de guerra y paz. Si hay guerra intervienen las FFAA y todo el país; si hay paz, no hay problemas, cada uno se dedica a sus actividades de paz". Empero, se lamentaba Alsogaray "hace muchos años que en el mundo no se vive ni en paz ni en guerra, sino en lo que se ha dado en llamar guerra fría y esto es lo que no está configurado jurídicamente (...) hay que llenar el vacío que hay entre la paz y la guerra".

"Primera Plana" señalaba que en "ciertos sectores" de las FFAA y de los Servicios de Información se ha protegido a "grupos extremistas de extrema derecha" en una referencia al grupo Tacuara. "En los países de extrema derecha es muy fácil pasar a la extrema izquierda". "Primera Plana" se preguntaba si "cuando se toleraba a la Tacuara de derecha" se preveía que podía aparecer una "Tacuara marxista". Alsogaray no se pronunciaba sobre el tema pero pedía una unificación de la lucha contra los "extremismos". El Plan de Lucha de la CGT se postergaba, según una información que proporcionaba la propia central obrera.

Pese al éxito de la venta de trigo a China, el Centro de Cerealeros planteó que ha sido una "mala operación", afirmación que rechazó el gobierno, replicando con iniciar la venta de carne a China. Eran los primeros pasos de construcción de un mercado que sus beneficiarios no conseguían visualizar considerando su proyección. Fue también la Sociedad Rural Argentina la que acusaba al gobierno de "debilidad" en las negociaciones con la CGT. Se fue creando un clima de crisis donde el golpe se asomaba y el radicalismo y también el peronismo serían los perdedores.

El 18 de marzo el Poder Ejecutivo envió al Congreso Nacional un proyecto de Estatuto de los Partidos Políticos, fuertemente rechazado por Alende y la UCRI por indicar que mantenía la proscripción al peronismo.

El cardenal Antonio Caggiano, arzobispo de Buenos Aires y primado de la Iglesia Católica en la Argentina, pareció respaldar en parte a la CGT cuando reclamaba "salarios dignos" para los trabajadores.

Guerrilla, pero urbana. Tacuara

El 23 de marzo de 1964, un informe de la Policía Federal acusaba a la organización Tacuara por el asalto al Policlínico Bancario producido el 29 de agosto de 1963. Hubo allí dos muertos y el robo de 14 millones de pesos y fueron diez los detenidos. Se trataba en realidad de una acción del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), escisión de izquierda de la primitiva Tacuara. El MNRT se ubicaba en el "peronismo revolucionario" y se solidarizaba con la revolución argelina y formaba parte de los grupos nacionalistas que viraban hacia el peronismo y una perspectiva de izquierda revolucionaria tercermundista. El MNRT había fundamentado la acción en un manifiesto donde señalaba que "en 1955, un golpe de estado terminaba con diez años de legalidad popular" y calificaba al gobierno peronista como "expresión democrática de las masas argentinas". Denunciaba "al frondicismo y toda la burguesía que capituló ante la oligarquía y el imperialismo". Recordaba los comicios anulados el 18 de marzo de 1962 y "el fraude vergonzoso del 7 de julio (elección de Illia, JLB). Y lo más significativo, citaban a Perón cuando planteaba organizarse para la lucha y recordaban sus dichos cuando el líder justicialista señaló que "la guerra civil no se gana sólo

en una gran batalla de conjunto, sino preferentemente en miles de pequeños combates que se libran en todas partes y en todo momento". El MNRT rechazaba "las copias simiescas de nuestros nacionalistas a la violeta" y se proclamaba "peronista y revolucionario". Proponía "imponer el Programa de Huerta Grande[116], olvidado por la dirección claudicante, a través de la movilización popular y la lucha armada"(Baschetti, R., 1988:265-267). Concluyeron su proclama-manifiesto con la consigna "Perón o Muerte", que sería también utilizada por los Montoneros, siete años más tarde. Había nacido la guerrilla urbana argentina.

La primitiva Tacuara había pasado a ser conducida por Juan Mario Collins, dado que su jefe original, Alberto Ezcurra Uriburu había ingresado en el seminario de Paraná donde se convirtió en sacerdote. En una conferencia de prensa celebrada el 25 de marzo, Augusto Moscoso y otros dirigentes recordaron que habían conformado desde su salida de Tacuara, tres años antes, la Guardia Restauradora Nacionalista (GRN) de una ortodoxia doctrinaria extrema y claramente diferenciada del peronismo. La Policía Federal completaba el cuadro señalando que el antiguo "jefe militar" de la Tacuara original, Joe Baxter, había virado hacia el marxismo, simpatizado con el maoísmo chino y participado del asalto al Bancario. El nacionalismo de izquierda que vinculaba al peronismo y al marxismo se convirtió en un gran adversario de las políticas militares reaccionarias. Ya no era el "castro-comunismo" el enemigo a derrotar.

El 31 de abril de 1964, un hecho geopolítico iniciaba una nueva época en América Latina. El presidente Joao Goulart era derrocado por un golpe oligárquico militar y reemplazado por el general Humberto Castello Branco. La CGT se pronunció contra esta acción reaccionaria.

El Poder Ejecutivo envió el 21 de abril un proyecto de reforma al Código Penal, aunque el canciller Zavala Ortiz manifestaba

que la "infiltración comunista" no estaba en un "nivel peligroso" en el país y ello provocaba el malestar de los adversarios derechistas del gobierno.

El 1 de mayo de 1964 al hablar ante el Congreso de la Nación incluía un novedoso concepto sobre el tema de la Defensa. "Es un concepto admitido en los ámbitos militar y civil -decía Illia- que los adelantos de la técnica y la ciencia han roto el esquema de la "guerra clásica". La "seguridad nacional", la adecuada instrumentación de la "defensa nacional" han ampliado el panorama". Allí el Presidente radical parecía asumir alguno de los valores de la Doctrina de la Defensa Nacional pero introduciéndola bajo el peligroso paraguas de la "seguridad nacional". Con estas observaciones proponía modificar la ley de Defensa Nacional. Al hablar de la industria militar citaba imprescindiblemente al general Savio. Luego al calificar el accionar de las FFAA indicaba que "con inocultable falta de medios (sic), con sacrificios que valoramos, cumplen su misión, y su alto grado de capacitación y eficiencia ha quedado demostrado en distintas ocasiones en el país y en el extranjero". Remataba la ingenua caracterización de la situación militar indicando que "la jerarquía y la disciplina se han consolidado en las fuerzas, que desenvuelven su acción en el marco de su competencia". Nada menos.

En una moderada expresión de sus antiguas simpatías Coloradas, el presidente Illia amnistió a 21 oficiales dados de baja por su participación en las rebeliones de septiembre de 1962 y abril de 1963 y los incluyó en la reserva del Ejército en situación de retiro. Ello se produjo dado que las bajas coloradas habían sido producidas por "decreto-ley" por el presidente Guido, una curiosa fórmula legal que trataba de dar apariencia de "ley" a una decisión que solamente el Congreso podría derogar. Illia no se atrevió a amnistiar a la mayoría del sector ultragorila. Esta propuesta fue rechazada en sectores que tenían,

empero, una relación cuidada con el oficialismo. Así fue que el Partido Demócrata Cristiano (PDC), a través del diputado nacional Enrique de Vedia planteaba su oposición a los proyectos presentados en la Cámara baja para reincorporar a Jefes y Oficiales de las FFAA dado de baja o pasados a situación de retiro con motivo de los sucesos de septiembre de 1962 y abril de 1963. Dictaminaba de Vedia, en minoría en las Comisiones de Defensa y Asuntos Constitucionales, que "oportunamente el PDC fijó su posición frente a aquellos episodios militares señalando la responsabilidad que a los Jefes de las FFAA les cabía al desbordar el marco de sus funciones naturales, lanzar a las instituciones militares a un conflicto intestino, llevar al país al borde de una guerra fratricida y pretender ubicarse en el papel de tribunales calificadores del poder civil". Recordaba el legislador democristiano que "cabía distinguir entre quienes abrían -como en los hechos abrieron- la posibilidad de una reconstrucción democrática, así fuera de comienzo parcial y menguado, y los que, con desprecio de la voluntad popular, pretendieron instaurar en el país una dictadura militar"(Bloque Demócrata Cristiano, 22 de octubre de 1964, mimeo). Así rechazaba la pretensión Colorada y reconocía el papel de los Azules.

En el sector militar continuaban las inquietudes provocadas por la acción del general retirado Enrique Rauch. Ya a fines de junio, "Rauch hacía publicar una especie de proclama en forma de reflexiones sobre la realidad nacional, tratando de crear el clima psicológico adecuado para que se le sumaran los oficiales retirados de las Fuerzas Armadas por los acontecimientos de septiembre de 1962 y abril de 1963. Pero al mismo tiempo también la semana pasada, el general Rauch sufría su primera derrota: en las elecciones realizadas en el Círculo Militar, de las tres listas presentadas ocupaba el último lugar la que él encabezaba" (Primera Plana -23/6/64: 6-, año II, nro.85).

En mayo de 1964, la CGT inició la nueva etapa de su Plan de Lucha ocupando más de trescientas plantas fabriles en todo el país. El dirigente de la línea dura sindical Andrés Framini anunciaba que Perón visitaría Egipto y China antes de volver al país. En el marco del Plan de Lucha uno de los ideólogos azules y panegirista ditirámico de Juan Carlos Onganía, Mariano Gronzona, planteaba su descripción de la Argentina contemporánea que era para él "una gran estancia desierta. Sin gente (...) El tema argentino sería fecundar un espacio desértico(...) el problema era cambio o estancamiento; rutina o transformación (...) Un programa de expansión nacional despierta interés en todos los sectores. Ofrece perspectivas a los ricos y a los pobres". Definía con una nueva sociología la división de clases de la Argentina: "Hay una clase alta moderna y hay una clase alta antigua (...) Hay un país de conquistadores y un país de cuidadores" (Primera Plana, nro.86:5). Era, en realidad, un modelo más cercano al humorista Landrú que al padre de la sociología universitaria argentina, Gino Germani. Pero esas arbitrariedades periodísticas entusiasmaron a los crecientes golpistas civiles y militares.

El gobierno fijó precios máximos para la carne y la promoción de su producción. El ex presidente Frondizi afirmó el 19 de mayo que el gobierno era contradictorio cuando rechazaba créditos para la economía pero los aceptaba para compras militares. El Gobierno replicó afirmando que se habían pagado sobornos durante la gestión de los derogados contratos petroleros afirmación que negó el dirigente desarrollista Rogelio Frigerio.

El día 27 de mayo la CGT informó que 1200 fábricas y plantas industriales habían sido ocupadas por los trabajadores al desarrollarse el Plan de Lucha de su autoría. En réplica, la Unión Industrial Argentina (UIA), la mayor organización del sector amenazó con un "lock out" empresario.

El 8 de junio, el general Robert J. Woods oficiando como vocero del Departamento de Defensa (Pentágono) de los Estados

Unidos, informó que la Argentina recibiría más “ayuda militar” por ser un “buen cliente”.

Lo hizo con motivo de la visita del ministro Leopoldo Suárez a Washington para poner en movimiento el Pacto de Ayuda Militar (PAM) que permitía lograr equipos militares de todo tipo y que junto al aumento de emergencia brindado al conjunto de los integrantes de las FFAA mostraba la buena voluntad de Illia de no contradecir a los militares y seguir su línea de alineamiento. El líder de la UCRI, Oscar Alende, estimaba que el PAM había “neutralizado” la amenaza del golpe que atribuía al “desarrollismo libre empresario” y al “coloradismo gorila”. El peronismo revolucionario también repudiaba el Pacto señalando que “en nuestro país se instalará un aparato militar yanqui permanente (además de la ya existente Junta Interamericana de Defensa de Panamá) destinada exclusivamente a ahogar en sangre las rebeldías del pueblo, manteniendo consiguientemente las condiciones sociales impuestas desde setiembre de 1955”(Compañero, 11 de agosto de 1959, nro. 59: 6).

El subsecretario de Ejército general de brigada Eduardo Castro Sánchez[117] viajó luego del ministro Suárez a la sede del Pentágono para examinar las posibilidades de obtener en los EEUU, materiales blindados y de artillería que resultaban indispensables para completar las dos brigadas que se prevé organizar en el Ejército en los próximos cuatro años (Potash, op.cit, 189). Era notable, que Potash se asombrara de que fuera el gobierno de Illia quién firmara un acuerdo militar para el que fueran renuentes gobiernos anteriores. Potash solo encuentra razones en la necesidad de tranquilizar al gobierno norteamericano y a todos los círculos gobernantes respecto de la política de nacionalización petrolera emprendida por el gobierno radical. Es decir, un paso adelante en la economía y uno atrás en lo militar, colocando a las FFAA en situación de mayor dependencia de la mayor potencia

occidental. A mediados de 1964, las hipótesis y reflexiones sobre la cuestión militar conducían a que el ideólogo del ejército Azul, Mariano Grondona, examinara la eventual persistencia de "una corriente militar nasserista". Para Grondona, "la izquierda - especialmente el trotskismo - quiso apoderarse de la palabra y le dio un sentido marxista: los "nasseristas" serían los militares que querían fundar un estado socialista. Así el término comenzó a ser peligroso y se propaló la versión de que el nasserismo, no era, al fin y al cabo, más que invento de la izquierda".

Grondona insistía en "el nasserismo como punta de lanza de la revolución marxista es, efectivamente, un invento de la izquierda; solo alienta las ilusiones de algunos periodistas e intelectuales simpáticos, equivocados y sin tropas". Era evidente la alusión al periodista Rogelio García Lupo y a los intelectuales Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui. Pero el columnista periodístico y profesor de la ESG del Ejército advertía que "eso no quiere decir que el "nasserismo" no exista ni que podamos olvidarnos de él". Formulaba una tesis, en pleno gobierno de Illia, que la experiencia nasserista "puede desembocar en un régimen autoritario clásico- como es el caso de Egipto como en una nueva restauración democrática con un nuevo caudillo y una nueva empresa nacional, como puede ocurrir si Castello Branco logra sus objetivos" (Primera Plana, 7/7/64: 5). Grondona olvidaba el principal elemento del nasserismo -que contenía la modernización- pero que era básicamente anti imperialista, como lo subrayó la nacionalización del Canal de Suez y el encabezamiento del movimiento panárabe, republicano y anticolonial.

En la misma línea pro occidental, el ya teniente general Juan Carlos Onganía visitaba el 8 de junio la República de China (isla de Taiwan), la que no había comprado trigo a la Argentina como la vecina China República Popular China. Cinco días más tarde,

el periplo oficial de Onganía lo llevaba a Madrid a confraternizar con el ejército franquista. Luego viraría otra vez al Oriente para visitar el Japón y llegaría a Pearl Harbour en Hawai. Cuando Onganía regresó de España hizo una escala en Río de Janeiro y habló sobre doctrina militar. "Las intempestivas declaraciones sobre la defensa de fronteras ideológicas estaban dirigidas tanto al frente interno como a su interlocutor brasileño, el general Costa e Silva, ministro de guerra del presidente Castelo Branco. En efecto, el 19 de agosto en Río, el general Onganía se pronunció a favor de una alianza de los ejércitos argentino y brasileño con vistas a constituir el núcleo de una fuerza interamericana que se emplearía para luchar contra la subversión"(Rouquié, A. op.cit.:232-233). El peronismo revolucionario volvía a intervenir para cuestionar un aspecto fundamental de la política de abastecimiento militar: el funcionamiento de DINFIA en Córdoba. "Hasta 1955 - escribía Marcelo Alvarado- realizó sus planes basándose estrictamente en el interés nacional. Se proyectaron y fabricaron tractores, motocicletas y vehículo utilitarios. Se dio un gran paso adelante en la fabricación de aviones ultrasónicos, con el objeto de independizar a nuestra fuerza aérea de los centros mundiales de producción de armamentos. A partir de ese año, al caer el país bajo la férula del extranjero, se termina en el país una política aeronáutica nacional"(Compañero, 25 de agosto de 1964, nro.61:5).

En junio de 1964, el general Ávalos le enviaba al ministro de Defensa una carta personal en la que le informaba de la reunión que había tenido con el Presidente en la que le había manifestado su propuesta para "que se realicen algunas reuniones de gabinete, presididas por el propio Presidente de la Nación, para facilitar el intercambio de opinión y para la correcta ubicación de cada uno de los integrantes del gabinete en el quehacer del gobierno". Es decir, algo que también la oposición

pedía pero era insólito que un miembro del gobierno lo peticionara públicamente. Por otra parte, en un tono antisindical y para nada cercano al peronismo, afirmaba que “la CGT alcanzó una práctica de gimnasia revolucionaria de consecuencias difícilmente previsibles. Sus dirigentes buscan el contacto con militares y estudiantes en su afán por dominar el panorama nacional”(Castro Sánchez, op.cit.: 81).

Mientras se desarrollaba el “plan de lucha” de la CGT, el semanario peronista de izquierda “Compañero”^[118] publicaba el manifiesto del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara, un signo de la afirmación de la creciente radicalización de la izquierda peronista.

La CGT continuaba su Plan de Lucha con acciones espectaculares lanzando tortugas y otros animales en la calle aludiendo a la supuesta “lentitud” del gobierno radical.

El 25 de junio Onganía concluía su gira y el prudente ministro de Defensa Suárez manifestaba, ante la incredulidad general, que “las FFAA respetaban el orden constitucional”.

El 28 de junio la CGT anunciaba la finalización de la segunda etapa de su Plan de Lucha, en tanto que el 30, Onganía informaba de su viaje en agosto a los Estados Unidos.

Se movieron fichas de la Iglesia sobre Perón: el arzobispo de La Plata, un destacado preconciliar visitó a Perón en Madrid el 4 de julio. Eran evidentes las gestiones para lograr que se levantara la excomuniación al líder exiliado.

El antisemitismo presentaba una expresión parlamentaria: el salteño diputado nacional peronista de derecha, Juan Carlos Cornejo Linares proponía un plan de investigación del accionar de las organizaciones de la colectividad judía.

Mientras el 5 de julio, la CGT anunciaba que una comisión de 9 miembros estudiaba lanzar la tercera etapa del “plan de lucha”, pocos días después Illia hablaba como comandante en jefe

de las FFAA en la cena de camaradería el 7 de julio y trataba de construir buenas relaciones con las instituciones castrenses aunque no lograba despertar simpatías en su auditorio.^[119]

La sombra de la guerrilla urbana se volvió a posar a fines de julio. Fue cuando el estallido de explosivos en una vivienda del barrio Norte de Buenos Aires ocasionó 12 muertos y múltiples destrozos^[120].

En la conferencia de cancilleres de la OEA celebrada en Washington por esos días, el gobierno argentino planteó una de cal y otra de arena. Se opuso a las sanciones económicas contra Cuba, pero condenó el respaldo cubano a la acción guerrillera en el continente. A propósito de estos votos el resentido ex presidente Frondizi calificó a la Argentina como "satélite" de Estados Unidos sin referirse a su rol en la construcción de esa condición sin ver la paja en el ojo propio.

El nacionalista brigadier retirado Cayo Alsina fue arrestado el 4 de agosto por criticar a un tribunal de honor castrense.

En tanto crecía el fervor justicialista por el retorno de Juan Perón al país, el general Alejandro Lanusse afirmó públicamente el 11 de agosto que el Ejército estaba en contra del regreso del ex presidente interviniendo de manera grosera en la escena pública como era el caso de los militares desde 1930. Aunque en esta ocasión, los Azules y los radicales sostenían una amplia coincidencia. El 14 de agosto Frondizi acusó al gobierno de ser responsable de un atentado en su contra, una posibilidad extremadamente remota.

Sobre el retorno del Líder versaría la conferencia de prensa que el dirigente peronista Alberto Iturbe iba a brindar en Madrid el 21 de agosto. El cuestionado dirigente Héctor Villalón denunciaba que la operación retorno encabezada por los dirigentes Augusto Vandor, Delia Parodi y Alberto Iturbe, entre otros, estaba destinada al fracaso.

En agosto, el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP)^[121], iba a lanzar su "Manifiesto Revolucionario", además de ratificar su solidaridad con la jefatura de Perón y proclamar que la organización del peronismo debía darse a través del "centralismo revolucionario", convocaba a "formar las fuerzas armadas populares que permitan dar la lucha en todos los terrenos contra el ejército de ocupación. Para ello debe estar plenamente consustanciado con las masas argentinas y despojado de intereses y privilegios de casta, repudiando el pacto militar que nos subordina a la política del imperialismo yanqui" (Compañero, 11 de agosto de 1964, nro. 59:3).

El gobierno radical tomó en aquél mes dos medidas significativas: congeló el precio de los medicamentos lo que incentivaba el conflicto con los laboratorios que se pusieron en guerra soterrada contra el gobierno. Por otra parte, solicitó a Gran Bretaña que mediara con Chile, según lo determinaba el tratado de límites, en el conflicto de la zona de Palena-Baja California.

El tema de los golpes militares y las acciones insurreccionales siguieron preocupando. La Policía Federal denunció el 28 de agosto la presunta existencia de una célula peronista clandestina cuya dirección adjudicó al dado de baja general Miguel Ángel Iñíguez, que negó su participación en el caso.

Las Malvinas se hicieron presentes en la escena pública, pero no por un acto diplomático o militar. Un civil, el piloto Miguel Fitzgerald voló a las islas en un pequeño avión. Colocó una bandera argentina para reafirmar la soberanía y causó un espectacular y favorable revuelo en todo el país.

La Cámara de Diputados, al aprobar el 11 de septiembre el nuevo texto del estatuto de los partidos políticos, levantaba la proscripción del peronismo y del comunismo. Fueron derogadas también un conjunto de antiguas leyes represivas, pero sin embargo quedó con vida legal el Plan Conintes, un instituto jurídico

duramente represivo que daba a la acción militar para ejecutarla y colocaba a los civiles bajo la jurisdicción militar. El Ejecutivo había enviado una suerte de estatuto de defensa impulsado por el ministerio de Defensa con las firmas de los respectivos secretarios de las Fuerzas, pero el Congreso nunca lo trató.

La reforma del Ejército

En cambio, el Ejército comenzó una amplia tarea de reorganización que estuvo a cargo del general Nicolás Hure, un hábil planificador que había diseñado el avance de las fuerzas Azules sobre la base naval de Puerto Belgrano para someter el levantamiento Colorado de abril de 1963. La propuesta de la Comisión Especial para la Reestructuración del Ejército (CERE) encabezada por Hure propuso amplios cambios. Entre éstos estaba convertir las divisiones en brigadas, componer 8 de infantería y 2 blindadas. En cada brigada habría 3 regimientos de su especialidad y sus componentes de artillería, ingeniería y comunicaciones. Según Potash, lo más fácil fue la disolución del Cuerpo de Caballería que era ya anacrónico, pero en cambio la formación de la X Brigada de Infantería tenía sus bemoles porque implicaba sacar de Buenos Aires a los regimientos de Infantería destacados en Palermo. Críticos antiperonistas sostenían que colocar las unidades fuera de las ciudades alentaría las movilizaciones peronistas e impediría su represión. Los impulsores de la medida estimaban, por el contrario, que sacar de las ciudades a las tropas las colocaba por fuera del alcance de rebeliones como las denunciadas. Por ello, el Comando de la X Brigada de Infantería fue instalado en La Plata, el regimiento 2 de Infantería pasó a ser parte de la IV Brigada de Infantería Aerotransportada instalada en Córdoba, en tanto que el

comando de la Brigada Blindada I fue reubicado en Tandil y la mayoría de sus poderosas unidades en Azul y Olavarría.

Según Rouquié, la reorganización ejecutada por los Azules tenía una base. "La mentalidad azul estaba imbuida de un mesianismo tecnocrático. La nueva ideología militar era tributaria de la influencia convergente de los pensadores corporativistas antiliberales y de la preponderancia de la Caballería (...) La hegemonía Azul se confundía en efecto con la preponderancia de la Caballería. Esa arma que comprendía apenas más efectivos que el cuerpo de Ingenieros (16 % contra 12 %) y mucho menos que la Infantería (28 %) y la Artillería (22 %) se adjudicó casi la mitad de los puestos del alto mando (...) Cada unidad de Infantería se vio encuadrada por un escuadrón de caballería". (Rouquié, A. op.cit.: 233).

La reorganización no era solamente territorial. Una nueva Jefatura, la VI, fue inaugurada en el Estado Mayor General del Ejército con la función de planes e investigación. Se convirtió, en realidad, en la usina confeccionadora de los planes que iban a ser utilizados en el golpe militar de 1966. La dependencia militar pedía a las reparticiones oficiales datos sobre la situación nacional. Pese al empeño en contrario del Poder Ejecutivo, el Ejército continuó demandando esa información.

El discurso de West Point

En agosto de 1964, el comandante en jefe del Ejército pronunció un discurso en la V Conferencia de Ejércitos Americanos celebrada en la academia militar del Ejército de los Estados Unidos, en West Point que orientaría el desarrollo de los acontecimientos militares e institucionales culminados dos años después. El texto fue considerado como un anticipo del golpe de junio de 1966, porque se asentaba en él una no absoluta subordinación

de la fuerza militar a las autoridades políticas constitucionales. La génesis de la presencia de Onganía en ese evento fue curiosa porque su participación allí no partió de su iniciativa según el valioso testimonio que sobre el particular brindó el balance del general Castro Sánchez (Castro Sánchez, 2011:88 y ss).

El secretario Ávalos había recibido la invitación y pese a que acometió con sus subordinados la redacción del discurso pertinente para el evento, resolvió - luego de redactarlo- confiar la representación militar al comandante Onganía, dado que varios países iban a enviar comandantes en lugar de secretarios. El texto del discurso, de acuerdo con el segundo de Ávalos, fue escrito con las ideas del propio secretario, el punteo del coronel Roberto Arredondo, uno de sus ayudantes y finalizado por el mayor auditor Pérez Acebo. El Secretario, al hacer el ofrecimiento del viaje a Onganía le presentó el texto que había preparado. Éste lo aceptó y de acuerdo con el testimonio de Pérez Acebo, "salvo un párrafo, todo el discurso era el preparado en la Secretaría de Guerra". Castro Sánchez desmintió así la versión de que el general Osiris Villegas u otro oficial destacado en el EMGE hubiera reescrito el texto de manera significativa. Pero en definitiva, ¿fue el discurso de West Point un avance ideológico del golpe de 1966? No lo consideró así Castro Sánchez quién escribió que "como paladín del pensamiento Azul, el contenido del discurso de West Point es el catecismo del respeto a la Constitución Nacional, al gobierno legítimamente constituido y a las leyes, pero en los hechos las cosas fueron diferentes" (Castro Sánchez, op. cit. 91). Salvando el contenido de aquel texto, Castro Sánchez atribuyó el futuro golpismo de Onganía a una explicación de carácter religioso dado el subrayado catolicismo preconiliar del militar y sus subordinados más adictos. Aunque ello tiene que ser también considerado para explicar los sucesos del 28 de junio de 1966, las palabras

pronunciadas en West Point, legitimaban una conducta fuera de la ley y las autoridades establecidas.

Potash anotó que al "analizar la obediencia debida por los militares, el discurso de West Point apuntaba a que ésta era debida específicamente a la Constitución y a las leyes y no a los hombres o los partidos políticos que en ese momento ejercieran el poder. El deber de rendir semejante obediencia cesaría como exigencia absoluta si se abusaba tanto en el ejercicio de la autoridad legal como para violar los principios básicos de un sistema republicano de gobierno o como para expresar ideologías exóticas, o si había una quiebra importante en la independencia de las ramas del gobierno, o si se usaban las prerrogativas constitucionales para borrar por completo los derechos y libertades de los ciudadanos". Potash citó entonces el discurso de West Point que rezaba que bajo tales circunstancias "las instituciones armadas, al servicio de la Constitución, no podrían ciertamente permanecer impasibles, son el color de una ciega sumisión al poder establecido" (Potash, R. op. cit. 196-197).

Es decir que lo que dijo Onganía era lo escrito por Ávalos y se puede explicar por la detallada mención de situaciones políticas hipotéticas todas ellas adjudicable a la mirada gorila sobre el pasado, un eventual nuevo gobierno peronista, una justificación post facto de su derrocamiento, o los eventuales fundamentos de un nuevo golpe ante un futuro gobierno de esa tendencia. Para Onganía y sus seguidores serviría para voltear a un gobierno radical. Lo que quedaba claro era la supremacía militar sobre lo civil que, pese a las manifestaciones de los críticos de Onganía citadas, estaban presentes en el texto original. No había una destacada y definida posición doctrinaria constitucionalista en el ejército, fuera el Azul o el Colorado. Según Potash "el discurso de West Point expresó así una filosofía general que llamaba a las FFAA a apoyar a los gobiernos democráticos

mientras se reservaban el derecho de derrocar un régimen que consideraban despótico" (Potash, R. op. cit.: 198). Ello pese a que, respecto de la autoría, el propio Potash citó una entrevista con el general Villegas donde éste afirmó ser el redactor total del texto y otra con una opinión más matizada de Onganía que hablaba de "un trabajo conjunto" sobre el discurso. La disputa era sobre la propiedad intelectual, no sobre las ideas contenidas que todos hacían propias. También pensaba así Rouquié cuando señalaba que Onganía, al afirmar en ese discurso que "una de las funciones de las fuerzas armadas latinoamericanas era "preservar los valores morales y espirituales de la civilización occidental y cristiana", el comandante argentino ampliaba considerablemente su función constitucional. El apoliticismo de las Fuerzas Armadas implicaba, por consiguiente, que no podrían apoyar a un gobierno cuya política contradijera sus misiones fundamentales así definidas (Rouquié, A. op.cit.: 231). Al propio tiempo, el director de la Escuela Superior de Guerra, general Juan Enrique Guglielmelli introdujo en el Curso de Coroneles, seminarios sobre ciencias sociales y problemas económicos, dado que estimaba -como muchos de sus colegas Azules- que los militares tendrían que desempeñar un papel especial y peculiar en la vida nacional, siempre "dentro de la Constitución", una afirmación que no se sostenía con vigor por esos años.

El 16 de septiembre, al cumplirse el noveno aniversario de la libertadora, los aires retornistas de Perón fueron replicados por una multitud gorila en el Obelisco de Buenos Aires, en tanto diversos pronunciamientos de las FFAA reiteraron que no permitirían el regreso del líder justicialista.

La represión ideológica seguía vigente: la película antifranquista "Morir en Madrid" fue secuestrada el 17 de septiembre.

El 21, el canciller Zavala Ortiz consideraba que la resolución 2065 de la ONU, aprobada en esos días por la organización

internacional, que invitaba a la Argentina y Gran Bretaña a iniciar conversaciones sobre las islas Malvinas constituía un triunfo diplomático nacional. Tenía razón, más allá de su propia biografía política. Fue el mayor éxito político jurídico de la Argentina en la cuestión hasta ese momento.

El juez federal Leopoldo Insaurralde procesaba el 22 de septiembre a 119 dirigentes gremiales de la CGT por el desarrollo del Plan de Lucha.

En octubre de 1964 los sectores más conservadores de la UCRP realizaron un intento por lograr la reincorporación de militares del ejército Colorado al servicio activo. Juan Antonio Fiol, diputado radical cordobés del sector unionista, que había sido miembro de la Junta Consultiva provincial cuando el brigadier Gallardo Valdés había sido interventor en la provincia, presentó un proyecto para derogar los decretos-leyes dictados con posterioridad a los sucesos de septiembre de 1962 y abril de 1963. Fiol pidió una sesión especial para tratar el proyecto que planteaba que "el personal de la categoría de oficial superior quedará automáticamente reincorporado y revistarán, desde entonces y hasta que el PEN disponga su ulterior destino en el Ministerio de Defensa Nacional". Una versión publicada para comentar este proyecto indicaba que para ese proyecto "se pensó en el asesoramiento del general Alejandro Lanusse, a cargo del acantonamiento de Campo de Mayo, cuyos amigos iniciaron no hace mucho gestiones de unidad con los "colorados" en situación de retiro" (Primera Plana, 13/10/1964:9). La revista indicaba "como es obvio el retorno de los "colorados" pondría fin al matrimonio de conveniencias que une desde hace un año al gobierno de Illia con el llamado ejército Azul, acaudillado por el general Onganía". El ministro de Defensa, Leopoldo Suárez, desalentó el proyecto prometiendo que el Ejecutivo enviaría un proyecto más completo, hecho que la historia no registró. Pero, en cambio, el teniente general Pedro Eugenio Aramburu expresaba

en una declaración pública: "Todos tenemos responsabilidades de lo que pasó en septiembre de 1962 y abril de 1963; justo es que contribuyamos a reparar la situación de quienes resultaron sancionados". Con una declaración anónima desde el edificio Libertador, "un vocero del ejército Azul" afirmaba que "la reincorporación de más de trescientos oficiales Colorados, aunque se trate sólo de los más jóvenes, volvería a replantear el equilibrio interno de las FFAA".

¿A qué vino de Gaulle?

El 3 de octubre de 1964 arribó a Buenos Aires en visita oficial de cuatro días el presidente de Francia y líder de la Resistencia anti nazi, el general Charles de Gaulle. ¿En qué marco se producía la llegada del hombre que había sido aclamado por los antiperonistas en 1945 en plena lucha contra el liderazgo ascendente de Perón. "La imagen dorada del legendario general de la Cruz de Lorena quedó deshecha entre los sectores derechistas de Argentina con dos golpes de piqueta. Al finalizar enero de 1964, Francia reconoció el gobierno comunista de Pekín; en marzo, Juan Perón declaró su simpatía por la posición internacional gaullista e invitó a sus partidarios a brindarle una gran bienvenida en las calles de Buenos Aires. Poco después, Fidel Castro también adhirió a la política francesa y saludó al general De Gaulle a través del Atlántico" (García Lupo, R. 1964: 123). El tercerismo gaullista era el fruto de la dura lucha intercapitalista que llevaba a Francia a acercarse al campo socialista para vender y a la América Latina para lo mismo. "La lucha por los nuevos mercados es en verdad, una antigua lucha por mercados que tampoco son nuevos. América Latina es uno de esos mercados en discusión, pero, ¿acaso no se la disputaban

los capitalistas liberales y los capitalistas totalitarios antes de la Segunda Guerra Mundial?" (García Lupo, op.cit.:51). El peronismo recibió en las plazas a De Gaulle escondiendo la consigna "Perón/De Gaulle/Tercera Posición", lo que no hizo felices a los líderes militares que habían bebido en los últimos años de Francia la teoría de la guerra contrarrevolucionaria. Los sectores de poder argentinos rechazaron la nueva posición de De Gaulle que entusiasmaba al peronismo. "La Prensa", el diario más pronorteamericano de Argentina afirmó en ese 1964 que "la política del general De Gaulle lleva camino a provocar fisuras en el frente defensivo de Occidente (...) Veinte años después de que Europa fue salvada de la servidumbre nazista por la solidaridad de quienes tienen otra visión de la vida, renace la política divisionista y de aislamiento". Por su parte, la revista frondicista "Qué", representante de los sectores industriales integrados con el capital norteamericano, afirmaba que "el despiste tradicional de nuestras izquierdas y la astucia no menos tradicional de nuestra oligarquía, elaborarán una imagen atractiva del héroe de Lorena. Por eso tenemos la obligación de ser claros y señalar que la política de De Gaulle, en cuanto dificulta la estrategia de paz con la excusa de su 'force de frappe' (la dotación atómica francesa, JLB) y en cuanto nos clausura mercados tradicionales con la excusa de la satisfacción de sus agricultores, contradice nuestros intereses tradicionales" (García Lupo, R. op. cit. 129-130). El frondicismo reiteraba su pro norteamericanismo.

El 7 de octubre el movimiento estudiantil universitario marchaba al Congreso Nacional en demanda de mayor presupuesto universitario, enfrentando sus demandas con las del presupuesto militar. Diez días más tarde, en el acto del Día de la Lealtad el 17 de octubre, a través de una grabación Juan Perón prometía volver a la Argentina en ese año de 1964.

A comienzos de noviembre, el presidente democristiano electo Eduardo Frei asumía la presidencia de Chile y el ejército de Bolivia con el vicepresidente general René Barrientos a la cabeza, derrocaba al presidente Víctor Paz Estenssoro y liquidaba al régimen del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) que había nacionalizado la minería y ejecutado la reforma agraria, medidas que empero no fueron modificadas.

El 10 de noviembre, la Acción Coordinadora de Entidades Empresarias Libres (ACIEL), corporación unificadora de todas las centrales empresarias acusó al gobierno de falta de dirección. También en noviembre, el líder de la UCRI, Alende criticaba la "lentitud" del gobierno, un argumento que se volvería común a todos los sectores opositores.

Fracaso de la operación retorno

El 2 de diciembre de 1964, Juan Domingo Perón fue detenido en el aeropuerto de Rio de Janeiro por las autoridades migratorias del gobierno dictatorial brasileño y se vio impedido de avanzar hacia la Argentina. Debió, forzosamente, regresar a Madrid. A su vuelta, fue advertido por el gobierno de Franco que no debía realizar actividad política. En la Argentina fueron reprimidas varias manifestaciones justicialistas y el gobierno consideró un triunfo la frustración del viaje de Perón a la Argentina, al tiempo que, con cinismo, atribuía la detención de Perón en Río a una actitud independiente de la dictadura brasileña sin ninguna influencia del gobierno argentino.

El relevo de Rosas

A fin de año, se desató una mini crisis militar que dejó al gobierno mucho más desfavorecido en aquél frente. El 17 de diciembre, el día en que los diarios publicaban la primera de cuatro flamígeras y fantasiosas cartas del general (retirado) Enrique Rauch^[122], en la que éste denunciaba un complot de Frondizi y Frigerio en connivencia con el empresario peronista exiliado Jorge Antonio para tomar el poder. En una de éstas misivas, Rauch escribía que “en la Argentina se vive un estado de alteración que puede conmover hondamente sistemas, costumbres e instituciones. El peligro no consiste en que se produzca un cambio, sino en el espíritu que informe esa revolución inevitable. Porque además de la “revolución marxista” al acecho hay una “falsa revolución” -como ya lo he señalado- que ante el estado agónico del gobierno-, intentan realizarla dos grupos de intereses opuestos, diferenciados solo en la superficie. Por un lado, los conocidos mandos del Ejército se aprestan hoy a forzar la marcha de los acontecimientos para poder pasar del “legalismo” a la “ilegalidad”. Por el otro, ciertos sectores del mismo gobierno, reeditando una antigua vocación golpista, maniobran para obtener apoyo de fuerza que les permita conservar el poder, con sólo un cambio de forma” (Rauch, E., 5 enero 1965).

Quién suscribía estos retorcidos textos conspirativos, se presentó en el comando del Cuerpo II de Rosario pidiendo hablar con su comandante el general Carlos Rosas. Éste le contestó que no podía recibirlo, pero lo invitó a almorzar. Fue el error de Rosas. Ambos militares comieron un restaurante del centro de Rosario, un lugar por cierto no apto para conspiraciones. Al leer la carta, una copia de la cual le entregó Rauch, Rosas le manifestó que sería nuevamente sancionado (venía de cumplir 15 días de arresto) y se despidieron. En la misma jornada se recibió en el Cuerpo II un mensaje cifrado del SIE indagando

acerca de la presencia de Rauch en alguna jurisdicción militar. Rozas informó de la incómoda presencia en un breve mensaje, pero éste -cifrado- tardó cerca de 10 horas de llegar a la base central del SIE. Rosas se dio cuenta de lo problemático de la situación y decidió hablar con Onganía. Como éste estaba en su quinta de Campo de Mayo, Rosas estimó que podía informar sobre el tema en la habitual reunión que celebraban los lunes. En esa jornada, Onganía recibió a Rosas en su despacho del edificio Libertador. El diálogo, en una versión de una fuente no adversa a Onganía, fue tenso:

Onganía: -Usted debió informar espontáneamente sobre su entrevista con el general Rauch. Ha procedido con reservas mentales en todo este asunto. Recién cuando el Comando en Jefe pidió por radiograma que se informara si Rauch había visitado o visitaba alguna guarnición, usted avisó y sin dar detalles.

Rosas:-Pero, general, ¿en qué mundo vivimos? ¿Cree que voy a convertirme en delator de mis camaradas a esta altura de mi vida?

Onganía: -Es evidente que usted ha procedido con reservas mentales en todo este asunto. Recién cuando el Comando en Jefe pidió por radiograma que se informara si Rauch había visitado o visitaba alguna guarnición, usted avisó y sin dar detalles.

Rosas:- General, usted me asombra. No hay razonabilidad en su acusación. Nadie ignora el abismo ideológico que me separa del general Rauch.

Onganía:- Para mí, la evidencia es clara. Usted ha procedido con reservas mentales. Su actitud hacia el Comando en Jefe no ha sido satisfactoria. En consecuencia pediré su reemplazo como jefe del Segundo Cuerpo de Ejército. Espere órdenes en su domicilio.

Rosas:- Esperaré justicia. (Panorama, 29 de diciembre de 1964, p.8)

Onganía había encontrado la oportunidad de sacarse encima al candidato más oportuno que pudo haber encontrado el gobierno de Illia para relevarlo (Mazzei, D., 2012:12-113).Rosas era,

por cierto, un crítico del plan de reorganización del Ejército. El presidente y su ministro no resistieron la presión de Onganía y perdieron a su general más leal. Rosas, el doctrinario número uno de la "guerra contrarrevolucionaria" e, inadecuadamente expuesto como un militar nasserista, fue relevado. Luego nombrado embajador en Paraguay, pero ya fuera del servicio activo. Al ser retirado de la actividad Rosas, el Presidente se quedó sin un dirigente militar de fuste para ocupar la posición de Onganía. Hubo una deliberación en el gobierno para resolver la situación planteada por Onganía. Aunque aparentemente el líder de la UCRP, Ricardo Balbín y el vicepresidente de la Nación, Carlos Perette propiciaban resistir la medida de Onganía, Illia siguió el consejo de mayor moderación que le planteaban tanto su ministro de Defensa, Suárez, como el secretario de Guerra, Ávalos. Ellos recomendaron pasar a disponibilidad- etapa necesaria del pase a retiro - a Rosas y nombrar al general Carlos Caro, para comandar el Cuerpo II de Ejército.

El Ejército de 1965

A fin de 1965, Onganía propuso al ministerio de Defensa, Leopoldo Suárez y al presidente Illia, la nómina de ascensos a generales de división y brigada que conformarían la cúpula del Ejército que se asomaría al año 1966, el del derrocamiento de Illia. Onganía propuso ascender a general de división a Melitón Díaz de Vivar, Jorge Alberto Shaw, Julio Rodolfo Alsogaray, Juan Nicolás Lavicoli, Carlos Augusto Caro y Osiris Guillermo Villegas. Éstos dos últimos jefes habrían sido testados de la lista por el secretario de Guerra, Ignacio Ávalos porque "ya había mucha gente" (Primera Plana, 5 de enero de 1965, nro.113:6-9). Pero Illia los ascendió cumpliendo el deseo de Onganía. Solamente

Caro iba a resultar un general leal; en cambio, Villegas fue uno de los más tenaces anti-subversivos del régimen de Onganía a partir de 1966. En tanto, el relevado general Rosas pasaba a depender de la Secretaría de Guerra en espera de un destino que sería, finalmente civil. Ante este tema, en la revista "Planteo", el periodista Rogelio García Lupo, a quién "Primera Plana" calificaba como "asesor" de Rosas afirmaba que "el Pentágono no había querido correr el riesgo de que Rosas se convirtiera en un Comandante en jefe enemigo de la reestructuración del Ejército. Ahora, la integración del Ejército argentino en la planificación del Pentágono continuará sin tropiezos. El relevo de Rosas devolvió la paz a los jefes de la misión norteamericana en Buenos Aires". El especialista en guerra contrarrevolucionaria a la francesa resultaba, al mismo tiempo, el adversario de la política militar yanqui en el Ejército argentino, contradicciones de la Argentina y el mundo de entonces.

Entre tanto, el conspirador polígrafo Enrique Rauch esperaba su destitución y baja del Ejército que había pedido Onganía e Illia estudiaba entre posiciones contradictorias de sus asesores. En cuanto a los coroneles propuestos para el ascenso a generales de brigada, según "Primera Plana" que expresaba los puntos de vista de los Azules de Onganía, algunos de ellos fueron repasados críticamente por los senadores oficialistas de la UCRP, entre ellos los nombres de Delfor Otero, Alberto Marini y Manuel González de "antecedentes peronizantes", por cierto de derecha. También fueron examinados con lupa los pergaminos de otros coroneles como Mario Laprida, considerado "frentista", es decir con simpatías de formular acuerdos con el justicialismo, al igual que su hermano Manuel (uno de los pocos militares que se tuteaba con Onganía) y Eduardo Jorge Uriburu, vinculado con el dueño y director del matutino "Clarín", Roberto Noble, lo que no entusiasmaba precisamente a los radicales.

Los senadores de la UCRP miraron con enemistad a Díaz de Vivar quién, al parecer, había adherido por escrito al peronismo en la trágica jornada del 16 de junio de 1955; a Lavícoli quien habría transitado los pasillos del Círculo Militar, en épocas del gobierno peronista, con un escudo del partido oficial y a Julio Alsogaray por su vinculación familiar con su hermano Álvaro, el áspero crítico de la política económica oficial. En un tema acertaban los legisladores: temían a Villegas por haber participado en el defenestramiento de Rosas y en eso no se equivocaban, a diferencia del Presidente.

Éste seguía siendo complaciente o excesivamente prudente con todos los pedidos militares. En la Armada, el almirante Benigno Varela había pedido ocho promociones al más alto nivel, pero el secretario de la Fuerza, almirante (retirado) Manuel Pitalas había reducido a cinco. Pero Illia las restableció en ocho. "A un año de distancia del dramático affaire Cairó, la Aeronáutica resultó el núcleo militar con menos conflicto y roces despertados por las promociones, ya que tales decisiones se produjeron en estrecho entendimiento entre el secretario Mario Romanelli y el brigadier Conrado Armanini, Comandante de la Fuerza Aérea" (Primera Plana, op.cit.:7).

Onganía respondía en esas mismas jornadas un cuestionario escrito elevado a su respuesta por "Primera Plana" y respecto a su permanencia en el cargo de Comandante en Jefe señalando que no existían "disposiciones reglamentaria ni norma dictada por la costumbre que fijen límites de tiempo y permanencia en el cargo". Es decir, que Onganía aspiraba a quedarse todo el tiempo que pudiera o quisiera. El líder de los Azules rechazaba que el Ejército quedara bajo la hegemonía de su arma (la Caballería), lo que explicaba con el cuadro de la reestructuración de la Fuerza. "El Ejército quedará conformado -explicaba Onganía- con cuatro Cuerpos de Ejército, de los cuales dependerán diez Brigadas, 8

de Infantería y 2 de Caballería). Cada Brigada será un ente balanceado, compuesto de tres regimientos de Infantería (o Caballería en las dos Brigadas de Caballería); una unidad de Artillería; una unidad de Ingenieros; una unidad de Comunicaciones; una unidad de Exploración y una unidad Logística. Es decir, que la cantidad de unidades y su proporción no es antojadiza, sino que surge de aplicar los preceptos orgánicos modernos. Así la organización futura, resultante de la reestructuración, significará en cantidad de unidades de las armas y servicios, los siguientes porcentajes: Infantería (28%), Artillería (22 %), Caballería (16 %), Ingenieros (12 %), Logística (12 %) y Comunicaciones (10 %)".

Onganía había sido favorecido el 17 de mayo de 1963 por el liberal diario norteamericano "The New York Times": "Las esperanzas de la Argentina yacen en el general Onganía, que cree en las reglas civiles". Error. A fines de ese mes el comandante en jefe del Ejército declaraba a un diario de Mendoza: "No soy ni seré candidato de ningún partido político". Allí sí decía una verdad. Iba a tomar el poder por la fuerza y los iba a disolver. O, por lo menos, eso pretendió infructuosamente.

Pocos días después, el Presidente rechazó el cuestionamiento de Ávalos a la lista de ascensos a generales propuesta por Onganía. Al elevar al Congreso toda la nómina propuesta por el comandante en jefe, Illia se ató las manos para proceder en el futuro, frente a un ejército Azul lanzado hacia el poder. Tres mandatarios civiles de dudosa cuestionada legalidad y legitimidad -Frondizi, Guido e Illia- se manifestaron impotentes ante las maniobras auto-gobernativas de las FFAA.

El general de brigada Julio Rodolfo Alsogaray fue ascendido a general de división. Será uno de los más activos golpistas de 1966. El día 14 de enero de 1965, el general Rauch publicó una cuarta carta dirigida al teniente general Onganía que este consideró, oportunamente, subversiva.

No solamente era Rauch el que se pronunciaba. Todas las tendencias del Ejército decían lo suyo. Así se escuchó la voz del director de la Escuela Superior de Guerra, general de brigada Juan Enrique Gugliamelli, quién al inaugurar los cursos de la ESG ante 219 oficiales, realizó una apología de la industria pesada considerándola como “un acelerado multiplicador de los demás sectores de la economía, no solo es decisiva para el aumento sustancial de la producción agropecuaria y para ahorrar divisas a través de la progresiva sustitución de las importaciones, sino que promueve el pleno empleo y los altos salarios, con sus consecuentes beneficios, sociales, económicos y culturales”. Gugliamelli, cuyo discurso sonaba armonioso a oídos de industriales nacionales, medianos y pequeños y de sindicalistas peronistas, se quedó allí. Cuestionó dos planteos: “Nos referimos a dos recomendaciones –dijo– En primer término, la de bajar los aranceles con la finalidad de que nuestros industriales produzcan para la competencia. Esto significa ignorar la política arancelaria de Europa Occidental y de los Estados Unidos de Norteamérica. La segunda es la llamada complementación industrial (ALALC), es decir la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio. Por este camino en odres nuevos, beberíamos el vino viejo, es decir que marcharíamos a una moderna división del trabajo, con el agravante ahora resultar entre países latinoamericanos. El desarrollo concebido en estos deformados términos esconde en verdad un pseudo desarrollo contra el cual debemos estar claramente prevenidos, pues no solo nos hará dependientes, de los países más desarrollados sino que puede ponernos en igual relación de dependencia con algunos de nuestros pares de Latinoamérica” (Gugliamelli, J.E., 1ra. quincena de marzo de 1965) Era evidente que el pensamiento de Gugliamelli, al que se sumaba ahora un nacionalismo económico más allá de los limitados marco del nacionalismo territorial, no estaba dentro de

las concepciones intelectuales que predominaban en las FFAA. El director de la ESG no se privó de señalar que el Ejército era el que "luchara en La Verde y Santa Rosa, que derrotara intereses localistas de la ciudad porteña". El oficial superior hablaba contra el general Bartolomé Mitre, el jefe político y militar de esos choques en donde el Ejército que ya orientaba Roca había vencido. Era un desafío a "La Nación" y "La Prensa", a los derrotados militares Colorados, pero también expresaba un pensamiento que otros Azules distinguidos no compartían; no solamente Alejandro Lanusse y Julio Alsogaray, sino el propio Juan Carlos Onganía. Guglielmelli representaba el límite progresista de ese Ejército que no había podido cumplir la promesa del comunicado 150 en lo político y no iba a asumir las propuestas económicas del general intelectual.

En febrero, se anunciaba el día 25 el hallazgo de un arsenal peronista con el saldo de 11 detenidos y la acusación de responsabilidad por el mismo era, otra vez, cargada al general Iñíguez. Para las elecciones de renovación de la mitad de la Cámara de Diputados, la Cámara Federal de Apelaciones prohibía actuar al partido Justicialista, representación oficial electoral del peronismo.

El 11 de marzo se produjo una cadena de atentados terroristas. El 18 de marzo de 1965, la Unión Popular y otros partidos de filiación peronista lograban derrotar con el 37.4 % de los votos a la oficialista UCRP que obtuvo el 28.5 %. En los otros lugares llegaron la conservadora Federación Nacional de Partidos de Centro con el 5.2 %; la devaluada UCRI con el 4,3 %; los Socialistas con el 3,8 %; el partido Demócrata Progresista con el 3 %; y la Democracia Cristiana con el 2,6 %. El voto en blanco solamente alcanzaba el 3,2 %. Los resultados inquietaron y advirtieron a los voceros del establishment: "El 14 de marzo trajo un hecho nuevo- escribió en su columna semanal Mariano

Grondona - Este gobierno inoperante, reunía un considerable caudal de votos. Y además abría el paso a la restauración de un peronismo "duro" y sindicalista que se perfilaba como mayoría potencial para 1967 y 1969"(Primera Plana, 8/4/1965:5).

La invasión de EEUU a Dominicana

El 22 de enero de 1965 se produjo un acontecimiento significativo en América Latina. Por primera vez después de la Segunda Guerra Mundial, fuerzas armadas de los Estados Unidos desembarcaron en un país latinoamericano, la República Dominicana. Lo hicieron, luego del derrocamiento del gobierno popular del presidente Juan Bosch y el inicio de una guerra civil porque fuerzas militares nacionalistas rechazaron a los golpistas. La intervención norteamericana, por orden del sucesor de Kennedy, el presidente Johnson, se hizo a pretexto de "proteger a sus conciudadanos".

La crisis de Dominicana dejó sus huellas en toda América Latina y en la Argentina también. Los Estados Unidos volvían a su papel de gendarme continental. Pero los gobiernos hicieron una cosa y las mayorías populares otras. El ministro de Relaciones Exteriores de Illia, Zavala Ortiz, asumió su pasado golpista nacional y dio instrucciones al embajador en la OEA para unirse a Colombia, Costa Rica, Venezuela y por cierto los Estados Unidos para proponer la creación de una fuerza interamericana de paz (FIP) con el objetivo de intervenir en la Dominicana. Esta decisión fue fuertemente rechazada por los universitarios, el movimiento sindical y el peronismo en las calles. En el propio gobierno, el ministro Suárez hacía causa común con su antiguo conmitón en el unionismo radical. Los jefes del Ejército y la Armada estaban de parabienes. Querían no solo participar sino lograr como premio

equipamiento bélico y tomar el propio comando de la FIP. Illia volvió a dudar, otra vez, y un pedido de envío de tropas enviado al Senado con su firma y la de Zavala Ortiz fue retirado de la Cámara Alta. Los mandos militares estaban frustrados y lo hicieron sentir por medio de los trascendidos a los medios que simpatizaban con ellos, unos con su línea editorial tradicional y otros, especialmente las revistas políticas semanales, con un ímpetu golpista cada vez más descarado. Así el pronorteamericanismo de las FFAA se manifestó vigorosamente.

Es en ese mismo mes que se anunció una nueva compra de trigo -700 mil toneladas- por China Popular y la posibilidad de intercambio de petróleo por trigo entre Argentina y la URSS.

El 28 de abril, el juez de instrucción Alfredo Mangano sobreyó definitivamente a Perón en la causa por estupro contra Haydée Nérida Rivas, la estudiante que el Presidente había conocido en las actividades deportivas de la peronista Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en la quinta presidencial de Olivos a fines de su segundo gobierno.

El 1 de mayo de 1965, Illia volvía a considerar con palabras amables a la conducción de las Fuerzas Armadas, "cuya vocación por la legalidad, su apego a la Constitución, su amor a la libertad y su profundo sentido democrático las ha llevado a una destacada colaboración con el Poder Ejecutivo". Volvía Illia en la ocasión a demandar el tratamiento de la nueva ley de Defensa Nacional, en lo que fracasaría. En la ocasión Illia señalaba que "puedo anunciar a V. H. la concertación de un acuerdo de ayuda recíproca con los Estados Unidos de Norte América, que ha permitido la obtención de valiosos equipos para las Fuerzas Armadas, sin que implique desembolso alguno para el país ni que la República asuma compromisos adicionales ni declina los derechos que posee como nación soberana" (Illia en Fraga, R.M., op. cit.: 673). Era el Programa de Ayuda Militar (PAM) que solo una combinación de ingenuidad

e hipocresía podía estimar que no implicaba mayor dependencia de los Estados Unidos. Allí no había diferencias entre el gobierno Illia y el futuro gobierno Onganía.

A este pacto con Washington se le sumaba el programa de reestructuración del Ejército Argentino. "La capacidad y eficiencia de los jefes y oficiales que lo han concebido ha llevado al Poder Ejecutivo a prestarle aprobación y apoyo", concedía Illia ante el Congreso. El Presidente informaba además acerca del desarrollo de Fabricaciones Militares, del avance de SOMISA y su plan de expansión para llegar a una capacidad de 2 millones de toneladas de acero; del Plan Cordillerano de prospección minera y de las experiencias de lanzamiento de cohetes que se realizaban en colaboración con la Universidad Nacional de Tucumán para realizar, entre otros aspectos, estudios en la atmósfera.

En medio de fuertes manifestaciones contra los Estados Unidos por la invasión a Santo Domingo, el canciller Zavala Ortiz informaba al Congreso Nacional que la Argentina enviaría tropas a Dominicana. Los estudiantes que protestaban lo hacían escandiendo: "-Zavala Ortiz/ andate del país". El presidente Illia rescató la tradición argentina de política en exterior y desautorizó a su canciller a través de Arturo Mor Roig, presidente de la Cámara de Diputados. El subsecretario de Relaciones Exteriores, Ramón J. Vásquez renunció en protesta por la declinación al apoyo de la intervención norteamericana. El canciller había hecho el anuncio después de una reunión que agrupó al titular Defensa, Leopoldo Suárez y el propio canciller; los secretarios militares, los comandantes en jefe de las FFAA, el jefe del Estado Mayor de Coordinación y el subsecretario de Defensa, Hernán Cortés. Pero la respuesta de Mor Roig nació de un pronunciamiento de la Cámara de Diputados que dictaminó: condenar la ingerencia de los EEUU en Dominicana; exaltación de los principios de autodeterminación y no intervención; un pedido de retiro de las tropas norteamericanas de la

isla y "ratificación" de la competencia exclusiva del Congreso Nacional para autorizar la salida de tropas del país. La presión militar llevó a la constitución de un Estado Mayor Conjunto integrado por el Jefe del Estado Mayor de Coordinación, los tres comandantes de las FFAA y sus respectivos jefes de operaciones. Lo que salió de allí fueron simpatías para la intervención en el Caribe. Los jefes militares querían participar del proyecto de la Fuerza Interamericana de Paz (FIP), una fuerza de unívoca actitud operativa anti-comunista, cuya creación estaba en boga impulsada por los Estados Unidos y los gobiernos latinoamericanos más adeptos a su línea. Por su parte, la Armada señalaba que era a esa Fuerza a la que correspondía la eventual intervención. El Ejército, por su parte, desechaba enviar tropa de Gendarmería, bajo su dependencia, y en cambio comenzó a entrenar soldados conscriptos del Regimiento de Infantería 3 (RI-3), con cuartel en La Tablada (Gran Buenos Aires). Con el comentario de un conscripto en su casa de que podrían ir a Santo Domingo, un grupo de madres de soldados se presentó en la sede de esa unidad para protestar. En medio de una inocultable presión de los mandos para el envío de tropas, el gobierno realizó diversas maniobras para, en definitiva, cerrar el paso al operativo. El semanario golpista "Primera Plana" concluyó: "La semana -la más tensa de la Administración Illia- se cerró con una breve declaración del Presidente, que desorientó a los militares: era tan oscura como evasiva y no respondía a la solicitud del envío de soldados" (Primera Plana, 18 de mayo de 1965, nro. 132: 8-9). Las tropas no fueron, como sí lo hicieron en 1962 cuando dos barcos de la Armada participaron en el bloqueo naval a Cuba por los Estados Unidos en la crisis de los misiles. J.W. Cooke, uno de los ideólogos y dirigentes más importantes de la izquierda peronista, estimó en 1966 que una de las causas del derrocamiento de Illia había sido su negativa a enviar tropas a la República Dominicana. El canciller Zavala Ortiz tenía

que obedecer la decisión de Illia de impedir la salida de tropas argentinas con rumbo a Dominicana, pero ordenó a la representación nacional en la OEA votar a favor de la creación de la Fuerza Interamericana de Paz (FIP) que la organización panamericana creó por 15 votos a favor (entre ellos el de Argentina), cinco en contra (México, Uruguay -gobernado por los blancos-, Chile -administrado por el democristiano Eduardo Frei-, Perú -presidido por Belaúnde Terry- y Ecuador). Venezuela se abstuvo. Las presiones militares iban creciendo desde el ejército Azul y desde la Armada colorada. El golpe avanzaba paso a paso.

Fue después de la crisis en la República Dominicana y sus consecuencias y la victoria electoral del peronismo en marzo de 1965, que Onganía comenzó a plantearse la posibilidad de realizar un golpe militar. El general Julio Alsogaray, el entusiasta de esta posibilidad, recibió luz verde para activar sus contactos políticos para recoger apoyo en la sociedad política, la empresaria y la sindical. El fantasma de marzo de 1962 se reiteraría en marzo de 1967, cuando debieran renovarse las principales gobernaciones.

El jefe II (Inteligencia) del EMGE, general Mario Fonseca conoció y recibió la directiva de profundizar las relaciones públicas si se producía lo que en la jerga sociológica y periodística de la época se llamaba un "vacío de poder". Aunque Onganía negó este hecho con posterioridad, los generales Hure, jefe del EMGE y su jefe de Operaciones (J-II) lo corroboraron (Potash, R., op.cit. 216). Lo que seguía pasando era la actividad golpista del general Rauch que estimaba aún, que podía dedicarse a esos menesteres estando fuera del cuadro de oficiales en actividad. La SIDE evaluaba que el golpe de Rauch era inminente. La embajada norteamericana preguntaba a la SIDE si esta rebelión era cierta. Rauch comenzaba a moverse con identidad clandestina. El conspirador venía de lanzar meses atrás mensajes en los cuáles denunciaba una fantástica conspiración donde incluía a Frondizi, a

Rogelio Frigerio íntimo asesor del ex presidente, y al empresario peronista Jorge Antonio en un complot para tomar el poder. En realidad, ahora Rauch se presentaba como "punta de lanza" de una insurrección donde finalmente sería el ejército Azul quién se haría cargo de la situación. Rauch habría cosechado algunas simpatías entre mandos subalternos del Ejército y jóvenes oficiales de la Fuerza Aérea de la guarnición Córdoba. En la Secretaría de Guerra se preocupaban por el destino del relevado jefe del Cuerpo II del Ejército, general Carlos Jorge Rosas, quién más allá de los ofrecimientos recibidos confesó: "yo sólo quiero volver al Ejército", un proyecto que no se concretaría" (Primera Plana, 4 de mayo de 1965, nro.130: 11).

Contratos petroleros y remedios

En el espeso tema de la anulación de los contratos petroleros frondicistas, el gobierno radical del pueblo anunció el pago en mayo de indemnizaciones a las compañías petroleras Shell (21 millones de dólares); Union Oil de California (7 millones de dólares) y Transworld Drilling (4 millones de dólares).

El conflicto con la agresiva y monopólica industria farmacéutica escalaba. La Pharmaceutical Manufactures Association de los Estados Unidos criticaba el decreto 3042 con el que el gobierno, por recomendación del ministro Oñativia, había fijado precios máximos para los medicamentos.

El ministro de Defensa, Suárez, anunció el 26 de junio que un sabotaje ejecutado contra la planta de SOMISA en San Nicolás había causado daños por 1.000 millones de pesos.

El 8 de julio, el Presidente en la cena de camaradería de las FFAA volvió a alabar el valor de la democracia. El teniente general Aramburu agregaba leña al fuego cuando declaraba que "no

podría negar que hay señales de ruptura del orden constitucional". En declaraciones periodísticas, el ex presidente de la liberadora "centró sus objeciones a la Administración Illia en cuatro puntos fundamentales: 1) Permitir la influencia comunista en los sindicatos obreros y sectores del gobierno; 2) Permitir que el peronismo crezca y florezca; 3) Falta de una política petrolera coherente y 4) Falta de acción -de soldados- en el conflicto dominicano. No era la primera oportunidad en que el ex Presidente enjuiciaba la conducción radical del Pueblo, sí que la primera vez en que lo hace con tanta sequedad como virulencia y que busca la amplia difusión facilitada por una agencia internacional de noticias" (Primera Plana, 13 de julio de 1965, nro.140:10). Éste era el pensamiento oculto, pero real de Aramburu abiertamente manifestado de perfil claramente conservador. ¿Podría pensarse que el gobierno radical "permitía", es decir alentaba la acción comunista en los gremios y, mucho menos, en "sectores del gobierno? Que el peronismo "crezca y florezca" no parece la manifestación de un demócrata. La "ausencia" de una política petrolera "coherente" no podía leerse sino como la falta de un acuerdo favorable a las empresas hidrocarburíferas y la falta de envío de tropas a la República Dominicana, reiteraba su pro norteamericanismo. Para Aramburu también "el peronismo todavía no está organizado democráticamente; afloran sus expresiones totalitarias que no son ninguna garantía. Deben cumplir con las previsiones del Estatuto de los Partidos Políticos, que no se respetan. La infiltración del comunismo -insistió- "la noto sobre todo en los gremios" (Primera Plana, 30 de julio de 1965, nro. 141). Desde su perspectiva liberal-conservadora, maccartista, Aramburu abonaba a la proscripción del peronismo y, por lo tanto, apoyaba al golpe, aunque él no lo pudiera dar. También en julio y cada uno por su lado, el ex presidente Frondizi y el titular de la Sociedad Rural Faustino Fano, criticaban la

política económica del gobierno radical. Las tres manifestaciones alentaban la desestabilización y el golpismo. Frondizi quería venganza por su derrocamiento del que responsabilizaba a la UCRP, Fano la defensa de sus intereses agrarios, Aramburu una improbable revancha electoral a producirse luego de la inevitable convocatoria a elecciones, realizadas con las convenientes restricciones (proscripción al peronismo). Era el problema oligárquico, era el problema de las FFAA.

El Comandante en Jefe del Ejército continuaba con sus giras internacionales como si fuera un mandatario. Después de contemplar maniobras militares en Alemania, fue recibido en Roma por el papa Paulo VI. Al arribar a Brasil, Onganía afirmó que "era indispensable crear una frontera ideológica como medida preventiva frente al comunismo (...) no será ahora que cruzaremos los brazos ante los que desearían implantar un régimen contrario a nuestra formación" (Confirmado, 26 de agosto de 1966, nro.17: 9). Se comportaba como un virtual ministro de Defensa. En una revista dirigida por Jacobo Timerman, el ascendido general Osiris Villegas "formuló las acusaciones más graves y directas, en ese sentido, contra el gobierno de Illia: "No sólo existe en la Patagonia (la infiltración comunista), sino en toda la República. Cosas muy graves vienen sucediendo en el país y su nervio motor es el accionar comunista, que parece desenvolverse en una atmósfera de total impunidad" (Confirmado, op.cit.:9).

La obsesión por la "infiltración comunista", como si miles de agentes soviéticos y de otras capitales comunistas y de todas las fracciones marxistas, (fuertemente enfrentadas entre sí), era expresada en formas ambiguas y deletéreas, un deporte favorito de los ultra conservadores, los nacionalistas de derecha y la mayoría de los mandos militares de la época.

La SADE comunista

La moderna revista de Timerman, agregaba lo suyo, cuando llegaba a ocuparse de consignar que “el triunfo de una lista calificada de izquierdista en las elecciones de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y la infiltración eventual del comunismo en la Universidad preocupa a los militares en cuanto indican un avance del marxismo en los sectores dirigentes e intelectuales” (Confirmado, op.cit.:9).

La preocupación por las elecciones en la SADE constituía un absurdo tan grande por rechazar el “izquierdismo” y no ver la derrota de los reales amigos del comunismo en esos comicios de tan relativa influencia en el clima político del país.^[123]

Los docentes seguían construyendo su combatividad y organización realizando huelgas por 48 horas a partir del 18 de agosto. El 26 de agosto la revista “Confirmado” produjo otra de sus habituales provocaciones contra el gobierno de Illia, al convocar descaradamente al golpe militar a través de la palabra del comodoro (retirado) Juan José Güiraldes, nieto del novelista Ricardo Güiraldes^[124]. El oficial superior de la Fuerza Aérea que fuera golpista contra Perón y como retirado presidiera la empresa Aerolíneas Argentinas con Frondizi, fue entrevistado en una complaciente pieza periodística que ocupó cinco páginas de la publicación y fuera titulada “La revolución que anuncia Güiraldes” (Confirmado, 26 de agosto de 1965:15-19). El comodoro que había sido parte del Frente Nacional y Popular en el interinato de Guido en 1962-1963, fuerza que había sido proscripta por el Ejército Azul que ejercía realmente el poder al momento de los comicios de julio de 1963, pedía el levantamiento militar, más aún lo anunciaba. “Es evidente -decía- que cada vez con más frecuencia e intensidad se habla de la posibilidad de que la vacancia del poder civil sea ocupada por las FFAA; más precisamente por el Ejército, con su comandante en

jefe a la cabeza". Güiraldes respondía afirmativamente a la pregunta de "si se justifica el derrocamiento del gobierno en estos momentos. "Un derrocamiento al servicio de un gran propósito nacional, que es el de poner al país en marcha -intentó justificar Güiraldes- a tono con la época que vivimos (...) Considero que hay momentos en que no hay que preguntarle a la ciudadanía lo que hay que hacer, como un comandante de tropas no pregunta a sus soldados, en vísperas de la batalla decisiva, cuál es su estado anímico, sino todo lo contrario: los arenga, les marca el objetivo y los convoca a la acción". Güiraldes advertía al gobierno que "cometería un grave error, ejerciendo esa facultad (nombrar al jefe del Ejército, JLB) en el reemplazo al jefe del Ejército que, como consecuencia de sucesos que le tocó protagonizar y de sus características personales ha venido a constituirse en un genuino intérprete del Ejército. La comandancia en jefe del general Onganía no tiene los caracteres de una comandancia común".

En agosto de 1965 se descubrió un movimiento de adoctrinamiento ultra nacionalista entre los cadetes del cuarto curso de la Escuela de Aviación Militar de la FAA en Córdoba. Ellos se constituían en docentes forzosos y clandestinos de sus compañeros de los tres cursos inferiores a los que adoctrinaban en la peculiar versión de la historia argentina en la que solamente brillaban Belgrano - el prócer de la Fuerza -, por supuesto San Martín; la máxima figura del revisionismo histórico, Juan Manuel de Rosas e insólitamente un oficial superior vivo, el brigadier (retirado) y ex jefe de la Fuerza, Cayo Antonio Alsina, el hombre que intentó resistirse al relevo dispuesto en 1962 por el presidente Guido. Todo le fue informado al brigadier general Carlos Conrado Segundo Armanini, comandante en jefe de la Fuerza Aérea, que comprobó que los cadetes simpatizaban con un confuso "cambio de estructuras", la necesidad de "verticalizar" la conducción

política nacional; el reemplazo de elencos civiles y militares; cargaban fuertes preocupaciones por la moral y la decencia administrativa. Todo ello vendría a convertirse en el siempre vigente proyecto de la polisémica "revolución nacional". Tanto el director de la Escuela de Aviación como el secretario de la Fuerza, el brigadier Mario Romanelli conectaban los puntos de contacto de los cursos clandestinos de los cadetes con las cartas remitidas por el general Enrique Rauch en su raid levantisco y golpista (Primera Plana, 3 de agosto de 1965, nro. 143:10).

El 2 de septiembre, las novedades militares fueron más materiales. La Fuerza Aérea compró en Estados Unidos 50 aviones A4B Skyhawk (producidos por la Douglas Aircraft Corporation). Esa enorme compra militar - para los medios de la Argentina - no fue reconocida al Gobierno. Más bien, el marco militar lo consideraba como una obligación indiscutible.

El incidente de Laguna del Desierto

Se iba a plantear un conflicto en la todavía indefinida frontera entre Chile y la Argentina. Según Castro Sánchez "grupos de carabineros chilenos incursionaron en territorio argentino en Laguna del Desierto, una zona en disputa todavía indefinida en la larga línea de separación entre los dos países. La encargada de vigilar la frontera era la Gendarmería Nacional a cargo entonces de un oficial superior del Ejército, en este caso, el general de división Julio Alsogaray. Cuando el tema se trató en el gabinete presidencial se tomó una línea. Quién se la transmitió a Alsogaray, según la versión de Castro Sánchez, fue el propio Secretario quién le ordenó: "Vaya usted personalmente a la zona, que los chilenos no invadan territorio argentino, que las tropas a sus órdenes procedan a evitar cualquier intento de invasión". No

fueron quizás las instrucciones más prudentes emitidas por el gobierno de Illia, pero difícilmente se podría acusar a Alsogaray, ya activo golpista, de tomar la iniciativa en el conflicto visto las directivas que le fueron ordenadas. La prudencia no rigió en ninguno de los dos lados de la frontera. El 6 de noviembre, la Gendarmería Argentina mató al teniente Merino de los carabineros chilenos, considerado desde entonces como un héroe nacional trasandino, en un episodio que los dos bandos juzgaron como defensa de la soberanía nacional de sus países.

Mientras tanto, la UCRP acusaba a Onganía de intromisión en política (pero su gobierno lo dejaba en su estratégico cargo). En cambio, el presidente de la Unión Industrial Argentina, Juan Martín Oneto Gaona, advertía contra la infiltración comunista, con lo que brindaba apoyo al jefe del Ejército.

El 26 de septiembre un informe del Banco Mundial consignaba que la Argentina tenía la mayor deuda pública del mundo. Dos senadores del oficialismo pretendían que el gobierno abandonara el FMI y el Banco Mundial, pero el Ejecutivo expulsó, en cambio, a dos técnicos checoslovacos empleados en el yacimiento carbonífero de Río Turbio.

El 1 de octubre se anunciaban acuerdos extrajudiciales por indemnizaciones a compañías petroleras norteamericanas.

Mientras Illia juzgaba que el campo progresaba, en contra de la opinión de los grandes propietarios, Isabel Martínez de Perón llegaba a Buenos Aires como enviada política de su marido para enfrentar el divisionismo anti-verticalista encabezado por el líder metalúrgico Augusto Vandor.

Aunque dividido en sus corrientes vencedora y vencida (Azul y Colorada), el Ejército sostenía por la amenaza electoral del peronismo su rígida posición gorila. El 24 de septiembre un notable banquete en recuerdo de la revolución libertadora, reunió a militares en actividad y retiro de las dos corrientes. El encuentro

más significativo fue el del general retirado Benjamín Menéndez, líder del golpe de septiembre de 1951, con su entonces subordinado, el capitán Lanusse. Ambos purgaron 4 años de prisión. Menéndez encabezó más tarde el movimiento Colorado de abril de 1963. Ahora Lanusse, su adversario en ese último evento, ocupaba un destacado cargo junto al comandante en jefe del Ejército. También concurrieron al ágape el general Federico Toranzo Montero, Colorado, y el general Alsogaray, destacado Azul quién, precisamente, se sentó a la derecha de Menéndez. También estaban presentes Gallardo Valdés, jefe de la SIDE y el jefe de la Casa Militar de la Presidencia, general Manuel Soria^[125]. Hasta un edecán presidencial que trajo el saludo de Illia para Menéndez. Con este evento, todas las fracciones militares reiteraron públicamente su posición antiperonista (Primera Plana, 5/10/1965:15). Con eventos como éste costaba entender las ilusiones de mucho peronismo respecto a la posibilidad nacionalista-properonista de las FFAA.

La renuncia de Ávalos

El 13 de octubre renunció el secretario de Guerra, general[®] Ignacio Ávalos. Había pedido el relevo de Onganía porque éste había nombrado al jefe del Regimiento 3 de Infantería sin su conocimiento y autorización. Como el gobierno no despidió al autónomo jefe Azul, Ávalos lo hizo a sí mismo, lo que dio comienzo a una crisis que preanunciaba el final del Gobierno. El episodio no podía ser más banal y más certificadorio del espíritu gorila, indisciplinado y provocativo que reinaba en el Ejército. El jefe del RI-3, teniente coronel Sarno decidió recibir una donación de parte del coronel (retirado) Federico Gentiluomo, pasado a la reserva por la libertadora. Se trataba de "un pedacito de una rama del

algarrobo bajo el cual según la tradición el general Manuel Belgrano recibió a partidas de gauchos que le ofrecieron su apoyo” (Massei, D. op.cit.: 120-121). Gentiluomo tenía un hijo que era oficial en ese regimiento y él mismo había sido presidente del Instituto Belgraniano de Jujuy. Cuando se realizó la ceremonia militar que Sarno organizó para recibir la donación, el jefe del Destacamento de Exploración Blindada, instalado en la misma sede de La Tablada del RI-3, el mayor Julio César Catani, protestó como vestal liberal perturbada por la mera presencia de Gentiluomo. Al conocer los hechos, el comandante de la Xa. Brigada de Infantería, general de brigada Federico von Stecher de la que dependía el RI-3, sancionó a Sarno, medida que fue aumentada por el Comandante del Cuerpo I, general de división Pascual Pistarini, en una verdadera escalada de anti-peronismo ceremonial. Pero cuando Onganía se enteró del tema, subió a su vez el castigo y relevó del mando del RI-3 a Sarno. El Comandante del Ejército pidió a la Jefatura de Personal del EMGE nombres para ocupar la vacante y fue elegido el del teniente coronel Horacio Ballester futuro jefe, muchos años después, del Centro de Militares por la Democracia Argentina (CEMIDA).

Onganía había decidido pasarse por alto los reglamentos. La designación en el mando debía ser efectuada por decreto presidencial y, por lo tanto, atravesar la Secretaría de Guerra. Ello no ocurrió y von Stecher puso en posesión del cargo al nuevo jefe en una ceremonia privada a la que concurrieron los jefes de las unidades de la Brigada de Infantería y con el sordo rechazo de algunos oficiales de la unidad en cuestión. Enterado por los medios del hecho, Ávalos que ya estaba harto del autonomismo de Onganía -igual que la habían pasado al teniente general Rattenbach - dijo basta. “O él o yo”, proclamó ante el ministro Suárez quien no quiso o no pudo, como el Presidente, desprenderse de Onganía y no pudo convencer a Ávalos de que se quedara.

Cuando Castro Sánchez informó a Onganía de las causas de la dimisión de Ávalos, el subsecretario le dijo que el renunciante lo había hecho estimando que el comandante había violado el art. 45, apartado 8 de la ley 14.439. "Onganía tuvo una explosión de furia y exclamó en voz alta: `Es una felonía`. Castro Sánchezle respondió: "Esa es su opinión". Frente a mi respuesta me miró en silencio" (Castro Sánchez, E., op. cit.: 93-94). Por ello, resultó inconvincente el testimonio del general Lanusse cuando afirmó que "Ávalos no hizo comentario alguno" público sobre el tema y consideró retrospectivamente "con el limitado valor que puede tener una deducción subjetiva, considero que la renuncia del gral. Avalos no puede haber sido motivada por problemas militares o del ámbito de la Fuerza. Por el contrario, estoy convencido que la decisión irrevocable del hasta entonces Secretario de Guerra debió ser la consecuencia de considerar él, que personalmente dejaba de ser un elemento útil, para seguir colaborando con la modalidad o estilo que el Dr. Illia imponía o dejaba tener a su conducción" (Lanusse, 1989:193). Parece increíble que Lanusse que operaba en el EMGE, situado en el edificio Libertador, no se hubiese enterado del verdadero motivo de la salida de Ávalos y de la reacción del Castro Sánchez.

Comenzó entonces una larga deliberación interna en el gobierno para primero tratar de encontrar al sucesor de Ávalos. Se consultó indirectamente a Onganía, para que opinara sobre el tema y éste señaló que no estimaba adecuado que fuera un general en actividad. El coronel Laprida que figuraba en el equipo de Ávalos y era amigo personal de Onganía, realizó una consulta al difícil comandante. Una lista de 16 nombres de generales retirados le fue presentada, pero éste rechazó a todos y propuso que su amigo y compañero del Colegio Militar, el general también retirado Héctor Repetto fuera el sucesor de Ávalos. Hubo largas semanas de intermedio y consultas. Finalmente hasta el jefe de

operaciones del EMGE, el general Lanusse fue convocado por el ministro Suárez aprovechando un viaje a la VI Conferencia de Ejércitos Americanos, para tratar de entender que quería el comandante en jefe. La respuesta de Onganía fue que lo que importaba ahora era ocupar el cargo, no importara que fuera alguien en actividad o en retiro.

Suárez creía que Lanusse podría ser el ocupante del cargo, porque éste había insinuado que lo aceptaría. Era probablemente una buena solución dado el carácter de líder de Lanusse y su condición de Azul neto (Potash, R. op.cit.:223-224). No se ha podido estimar cuál habría sido la reacción de Onganía ante la eventual designación. Pero la solución se frustró porque Illia no tenía confianza en Lanusse, adosándole la supuesta traición al general Lonardi en 1955 cuando el recién reincorporado Lanusse comandaba el regimiento de Granaderos a Caballo. Entonces Suárez utilizó la que creyó su última carta y propuso a Illia el nombre de Castro Sánchez. Error.

Ello fue en contra de la candidatura, la única, que satisfacía al comandante, que era la del general[®] Héctor Repetto, un amigo personal del jefe de los Azules, para más datos. Pero los adictos a Onganía no estaban satisfechos. "La ascensión de Castro Sánchez no conforma a los mandos- hacía trascender "Primera Plana" -que consideraban el reemplazo de Ávalos como el hecho político más importante del año en lo que a ellos atañe. Oficial de brillante foja, sus cualidades profesionales (es del arma de Artillería) no bastarán para las nuevas funciones, según se juzga en Guerra. Entre sus compañeros, tiene fama de 'pusilánime, de poco comunicativo'; durante los choques de setiembre de 1962 y abril de 1963 se encontraba fuera del país como profesor del Colegio Interamericano de Defensa, por lo cual no tuvo que demostrar si era azul o colorado" (Primera Plana, 23 de noviembre de 1965, nro.159:14).

Illia le comunicó en esos días a Onganía que deseaba que permaneciera en su puesto, desechando los consejos de su hermano Ricardo y del vicepresidente Carlos Perette que procuraron su relevo. Era el espaldarazo presidencial al caudillo militar, al año del relevo del general Rosas, "envuelto en el affaire de las cartas del general Rauch", cuya salida se demoró demasiado en la mesa presidencial irritando al exasperado comandante en jefe.

Los amigos de Onganía, y el propio Onganía estimaban que Castro Sánchez, ascendido de subsecretario a Secretario obligaba a éste a pedir el pase a retiro: "No puede seguir en actividad debido a las diferencias de rango que lo pone por debajo de los altos mandos", se escribía transmitiendo la opinión de Onganía. En realidad, el relevo del teniente coronel Sarno había sido una provocación a Ávalos y al Presidente. Y cómo ésta no fuera suficiente, el episodio se complicó con el nombre del nuevo Secretario. La demanda de Onganía no tenía tradición en el Ejército: Agustín P. Justo había sido ministro de Guerra de Alvear en 1922 antes de ascender a general; el coronel Manuel Rodríguez había sido, a su vez, ministro de Guerra de Justo, sin tener las palmas de general y, finalmente Perón -como coronel- se desempeñó como Secretario de Guerra del presidente Farrell, sin que sus opositores lo cuestionaran por ese motivo. Todos ellos estaban en actividad al momento de ser designados y lo continuaron estando.

El tema fundamental no era ése, sino el progresivo control del aparato del Estado al que aspiraban los militares azules conducidos por Onganía porque "presumen, el país se ha peronizado aún más en los últimos meses. Los militares han insistido, en privado, que no permitirán el acceso peronista en 1967 (si se produce) (...) que puede estallar un golpe de Estado, detonado por los comicios de 1967, es algo de lo cual se habla hoy hasta en los casinos de suboficiales" (Primera Plana, op.cit.:15).

Onganía había encontrado la forma de victimizarse para salir del servicio activo y conspirar, desde afuera de su Fuerza, para completar su plan de toma del poder.

Los mandos militares exacerbaban los conflictos limítrofes con Chile en Laguna del Desierto y se lamentaban que las intenciones del director general de Gendarmería, general de división Alsogaray, fueran enfriadas por el gobierno. A ésta "blandura" sumaban que "junto a la defensa de la soberanía, la infiltración comunista en toda América encrespa cada vez más a los militares (...) Onganía abogó por la Fuerza Interamericana de Paz (FIP) en la reunión de Lima, aunque lo haya negado a los periodistas" y se conocía que "en la Argentina sigue en pie la Brigada "Libres del Sur", unos 1100 a 1500 hombres puestos bajo el mando del general Carlos Mosquera (que pidió su retiro), cuyos oficiales reciben instrucción especial antiguerrillera en USA y Panamá" (Primera Plana, op.cit.:15).

Las supuestas banderas nacionalistas Azules se habían convertido simplemente en un atizamiento de los minúsculos conflictos fronterizos con Chile, un deporte bélico insustituible de las conducciones militares del siglo XX y la exacerbación de la lucha "anticomunista" y "anti-subversiva" o "contra revolucionaria" y el temor al regreso de Perón y el peronismo.

Los cuadros azules que habían afirmado luchar por el voto libre del pueblo, habían finalmente cerrado el camino al peronismo, para luego acusar de ilegitimidad a la URCP, un cargo que con toda justicia le aplicaba el peronismo, pero que constituía una rotunda hipocresía por parte de los altos mandos militares.

Todo ello se producía mientras continuaban las acciones golpistas del general Rauch en guarniciones del interior del país. En la Secretaría de Guerra se afirmaba que el general retirado contaba solo con el apoyo de reducidos núcleos de personal del Ejército y la Aeronáutica. Opositores al gobierno estimaban que la difusión

de rumores sobre los movimientos de Rauch tendía a deteriorar al general Onganía por su presunta incapacidad para controlar a la institución bajo su comando (Primera Plana, 4/5/1965:11).

El peronismo en la calle

El Presidente y todo el gobierno no advirtieron las dimensiones de la crisis que enfrentaba al justicialismo con su gestión desde la vigencia del plan de lucha y los sucesos producidos con el frustrado regreso de Perón y luego de éste. Prohibieron la manifestación peronista del 17 de octubre en el Parque de los Patrios en Buenos Aires. Los obreros metalúrgicos Mussi, Retamar y Méndez fueron baleados por la policía bonaerense y murieron en una manifestación en San Justo. Isabel Perón se instalaba en Mendoza del 25 de octubre para atender a la elección provincial de gobernador a la que el peronismo concurrirá dividido.

Catástrofe en la Fuerza Aérea

El 3 de noviembre ocurrió la mayor catástrofe en la historia de la Fuerza Aérea Argentina. El avión de transporte TC-48 de la Fuerza que transportaba una promoción entera de cadetes de la EAM, en su viaje de egresados cayó en una zona indeterminada en América Central. Los muertos fueron 69. (En la Guerra de Malvinas el total de los caídos de esta Fuerza alcanzará a 55). Nunca pudo determinarse la causa ni encontrar los restos de la máquina ni los cuerpos de los tripulantes.

Se anunciaba el 18 de octubre que la Argentina vendía su existencia de trigo de exportación (1.500.000 de toneladas) a la República Popular China.

El retiro de Onganía

Castro Sánchez recordó “la naturaleza del desafío” por su designación. Señaló también “quería evitar a toda costa la guerra civil cuyo fantasma rondaba, a mi juicio, desde mucho tiempo atrás y para ello era esencial mantener la unidad de las Fuerzas Armadas y especialmente las de Ejército” (Castro Sánchez, op. cit.:95). Esta posibilidad quizás evocaba el recuerdo de Azules y Colorados, pero era difícil que los militares no dejaran de cerrar filas para enfrentar al persistente peronismo.

Las razones de éste conflicto parecen difícil de entender fuera de la actitud de Onganía de colocarse ya en posición de iniciar las acciones del proceso golpista. El relevo del jefe del R-3 de Infantería no constituyó un hecho importante para Onganía, pero sí para Ávalos quien estaba harto de las reiteradas acciones independientes del comandante en jefe y le había advertido por escrito que se atuviera a los reglamentos castrenses que le daban superioridad al cargo de Secretario por sobre el de comandante en jefe.

Castro Sánchez decidió, con el acuerdo de Suárez, visitar a Onganía para anunciarle la decisión de su nombre como sucesor de Ávalos. Allí Castro Sánchez le manifestó que pediría el retiro al asumir el cargo “para evitar la situación potencialmente incómoda de diferencia de grado. Me respondió con consideraciones sobre ‘la responsabilidad del cargo` que iba a asumir y la inconveniencia del bicefalismo al referirse a los cargos de Secretario y comandante, por creer que su cargo era equivalente (y en competencia) con el de Secretario” (Potash, R., op.cit.: 95-96). La sorpresa fue cuando el 21 de noviembre, Castro Sánchez se dirigió al despacho de Onganía en donde él se encontraba reunido con los generales Shaw y Lavicoli y otros generales. Al invitarle partir juntos hacia la Casa de Gobierno para su jura, Onganía por respuesta le entregó un sobre que contenía su solicitud de retiro.

En realidad la teoría del "bicefalismo" en el mando y el tema de la graduación inferior del que ocuparía un cargo superior, fue utilizada por la prensa más que opositora y golpista como un supuesto mecanismo de provocación a Onganía. El ministerio de Guerra, desde la organización nacional, no había sido ocupado necesariamente por el oficial de mayor graduación y más antiguo de las Fuerzas. Durante el gobierno peronista el general de brigada Lucero había ocupado el cargo de ministro de Guerra con grado inferior a varios de sus camaradas. El mismo Onganía había aceptado por largos meses que un retirado de grado inferior al suyo como Ávalos ocupara el cargo de Secretario. El teniente general Rattenbach, superior en grado y antigüedad al líder Azul, que había sido secretario de Guerra con Guido había tenido fuertes roces con el comandante en jefe Onganía y estimaba que éste no entendía la superioridad del Secretario. Rattenbach estimaba que había que eliminar el cargo de comandante en jefe. Cuando Onganía tomó el poder suprimió, en cambio, las secretarías militares. El tema era en realidad la autonomización de la institución militar. Onganía representaba esa tendencia de la manera más rotunda.

Onganía concedió de inmediato una entrevista al semanario "Confirmado" en donde afirmó que "el Poder Ejecutivo ha faltado a principios de ética que son esenciales en la institución al designar titular de Guerra al que fue subsecretario de quien se fue desprestigiando a la institución al pedir el relevo del comandante en jefe" (Potash, R, op.cit.: 230). Ante estas declaraciones, Ávalos pidió un Tribunal de Honor que Castro Sánchez desestimó porque creyó que ello iba a aumentar las dificultades internas. En definitiva, todas eran concesiones para el bando golpista.

La misma designación del general Pascual Pistarini como sucesor de Onganía, un hombre de obediencia al renunciante y nula conexión con el gobierno, indicaba que Illia no había

intentado tomar el control del Ejército, como era su derecho político. Pero no era éste el pensamiento políticamente correcto de la época que diseñaba la supremacía autónoma del Ejército por sobre el poder político y le otorgaba al protagonismo militar todas las condiciones gorilas pero también las expectativas nacional-populares.

Por tierra al Polo Sur

Un acontecimiento de soberanía fue el producido por la expedición del Ejército que logró hacer flamear la bandera nacional por primera vez en el Polo Sur el 10 de diciembre de 1965. La comandaba el coronel Jorge Leal. Leal, un experto antartista, había fundado la base General Belgrano en 1957. Propuso realizar el viaje al Polo Sur por tierra para afirmar los derechos soberanos argentinos en el continente blanco. Leal condujo la "Operación 90" como se denominó la expedición. La misma partió el 26 de octubre de 1965 y estaba integrada por nueve efectivos. Al comienzo utilizaron trineos con perros, que debieron ser dejados en la latitud 83° Sur, y seis tractores snow-cat. De ellos tres fueron abandonados en la ruta para ahorrar combustible. Recorrieron superficies situadas a 3 mil metros sobre el nivel del mar y soportaron temperaturas de 40 grados bajo cero. Argentina fue el primer país en alcanzar el Polo Sur partiendo del Mar de Weddell, haciendo el recorrido siempre por el Sector Antártico Argentino.

El episodio se sumaba a la sucesiva instalación de bases permanentes, el sobrevuelo del Polo Sur del vice-comodoro Mario Olezza, la instalación de la base aérea Marambio con su respectiva pista y al vuelo transpolar del año 1974 de la FAA entre Buenos Aires y Nueva Zelanda.

La situación político social se tornó compleja. Mientras el gobierno anunciaba que el Producto Interno Bruto había crecido un 25% en 1965, la Sociedad Rural volvía a protestar por situación económica, ACIEL acusaba al gobierno de fomentar la inestabilidad económica y la CGT convocaba a una protesta por el costo de la vida. La fiscalía a cargo del caso de la guerrilla de Salta pidió la prisión perpetua para Juan Jouve y Héctor Méndez, miembros del derrotado EGP que había conducido el periodista Jorge Ricardo Masetti.

En enero de 1966, siguieron los conflictos de los gremios ferroviarios en todo el país y de los recolectores de basura de la ciudad de Buenos Aires.

Un acontecimiento político producido en Cuba tuvo influencia en la Argentina: la Conferencia Tricontinental de Solidaridad con los Pueblos en la que el presidente Osvaldo Dorticós proclamó que "los pueblos tienen el derecho de responder a la violencia armada del imperialismo, con la violencia armada de la revolución".

El conflicto en el peronismo se había profundizado. Las 62 Organizaciones gremiales se dividieron. Un plenario realizado en La Plata se subordinó a Perón y formó las "62 Organizaciones de Pie, junto a Perón". La encabezaba José Alonso, junto a dirigentes como Amado Olmos (Sanidad), Ricardo de Luca (Navales), Lorenzo Pepe (Ferroviarios) y Juan Carlos Ehyeralde (Calzado). Vandor, por su parte, fundó las "62 Organizaciones Leales a Perón", junto con Adolfo Cavalli (petroleros), Anteo Poccione (Cuero), Rogelio Coria (Construcción), Miguel Gazzera (Fideeros), y Néstor Carrasco (Frigorífico Nacional).

El 27 de enero, el Congreso Nacional enmendaba la ley de contratos de trabajo (11.729) y la reglamentaba con la protesta de la CGT.

En enero de 1966, siendo el general Julio Alsogaray, comandante del Ier. Cuerpo de Ejército, solicitó una audiencia para su

hermano Álvaro al secretario de Guerra, Castro Sánchez, quién los recibió junto al subsecretario, general Manuel Laprida. En la reunión, que duró dos horas, Álvaro Alsogaray afirmaba que “como el gobierno se caía, era necesario tomar las previsiones para lo que vendría después”. Laprida le señalaba que “para que se caiga, alguien tiene que empujarlo..¿quién es ese alguien?” (Castro Sánchez, E. op.cit.: 140). Con infinita inconsciencia escribió Castro Sánchez que “tampoco sabíamos que Álvaro era uno de los más entusiastas ideólogos del golpe (...) y que Julio era uno de los más activos golpistas efectuando importantes y decisivos contactos gremiales”. Parece notable que se escuchara -en la sede de la jefatura de la Fuerza- una profecía golpista y que ella haya sido manifestada en una audiencia especial solicitada por el hermano del profeta y que no tuviera como consecuencia el relevo y pase a retiro del importante oficial superior que había solicitado aquella. Tampoco era en modo alguno convincente la siguiente afirmación del secretario de Guerra: “la lamentable explicación de esta ignorancia o ingenuidad reside en que el organismo informativo del Ejército dependía directamente del comandante en jefe y que, por lo tanto, se movía también en dirección al golpe”. ¿Que esperaba Castro Sánchez de ese jefe de inteligencia? ¿Qué le informara a él?

El 2 de febrero, la mayoría vandorista en la CGT reemplazaba a José Alonso (Vestido) como secretario general por Fernando Donaires (Papeleros). Alonso exhibió una carta de Perón donde autoriza la “eliminación” de Vandor del movimiento obrero y del peronismo.

Se produjeron diversos conflictos gremiales en el mes de febrero: municipales, docentes, empleados de la Junta de Granos. Alonso cuestionó la intención del Gobierno de reformar la ley de asociaciones profesionales, persistiendo en su anti-gremialismo que respaldaban los grupos empresarios que procuraban derrocar a ese Gobierno.

El Polo y el avance militar

Fue en esa circunstancia en que se produjo un acontecimiento político que marcaba el nuevo rumbo de las relaciones entre el sindicalismo vandorista y el Ejército Azul. Con el motivo de celebrar la llegada del coronel Leal al Polo Sur, el sindicato de Luz y Fuerza organizó en su sede un acto de homenaje al jefe militar. El evento superó la formalidad del homenaje porque reunió a numerosos dirigentes gremiales y varios militares. Entre los primeros: Juan José Taccone, el dueño de casa, secretario general del sindicato de Luz y Fuerza, quién ofreció el agasajo; Paulino Niembro, presidente del bloque de diputados nacionales peronistas; el propio líder de la corriente sindical allí presente, Augusto Timoteo Vandor, secretario general de la UOM y líder de las "62 Organizaciones Peronistas" adversarias a las encabezadas por José Alonso, el derrocado secretario general de la CGT; Rosendo García, el secretario de la UOM Avellaneda; Lorenzo Pepe, vicepresidente de la Unión Ferroviaria, entre otros.

Los militares estuvieron representados por una nota del teniente general Juan Carlos Onganía, quién adhirió al evento y lamentó no poder estar presente mientras cuidaba su alejamiento de la escena pública en momentos en que preparaba, golpe militar mediante, su acceso al poder. También estuvo presente el agasajado, coronel Leal, un militar de trayectoria democrática; el general Lanusse; el coronel Uriburu, representante del Secretario de Guerra, Castro Sánchez; el retirado comodoro Guiraldes y un teniente coronel José M. Largui quién manifestó: "es la primera vez que visito un sindicato y la verdad es que me encuentro muy cómodo" (sic) (revista "Así", 1966^[126]). Leal pronunció palabras de circunstancias en las que afirmó que "si se cumplen los sueños, ilusiones y esperanzas de todos los argentinos, la República Argentina será más grande, más próspera y más feliz".

Taccone fue más adelante e interpretó al peronismo como un proceso donde “los trabajadores argentinos, incorporados hace 20 años a un proceso de sindicalismo nacional, que arrojó por la borda las filosofías que nos pretendían hacer olvidar nuestras condiciones de argentinos y hasta los símbolos de nuestra nacionalidad”. Había olvidado lo que luego, en otras circunstancias recordó, cuando su padre lo llevaba a hombros a los actos del partido Socialista, aquél que contribuyera al desarrollo del movimiento obrero y que portaba banderas argentinas junto a las rojas. Esas mismas FFAA secuestrarían y desaparecerían al sucesor de Taccone en la dirección del gremio, Oscar Smith, en la dictadura del proceso. Todo el acto fue visto como un respaldo a la línea militar del Ejército Azul que preparaba de manera descarada el golpe militar de junio de 1966, no para devolver la legalidad al peronismo y sacar de la proscripción al degradado teniente general Perón, sino para construir lo que García Lupo denominó la dictadura de los monopolios, la supuesta revolución argentina.

Cristianismo y Revolución

En Colombia murió en combate el 15 de febrero el cura Camilo Torres, un hecho que influiría en el cristianismo revolucionario latinoamericano y argentino y en la izquierda peronista. De hecho, las ideas y la trayectoria de Camilo Torres, difundidas intensamente a partir de ese 1966 por la revista “Cristianismo y Revolución”^[127], sostuvieron la decisión de muchos jóvenes católicos posconciliares peronistas de asumir la lucha armada en años posteriores, a través de la organización Montoneros, cuando las expectativas acerca del nacionalismo militar se habían devaluado notoriamente para estos sectores.

El 18 de febrero la cúpula de la UCRP seguía analizando los rumores sobre un posible golpe de Estado, cuando se llevaba a cabo una notoria campaña pública destituyente solo comparable a la realizada en la prensa cuando el derrocamiento de Hipólito Irigoyen.

El peronismo mendocino se dividió en dos fórmulas para disputar la gobernación: una lista leal a Perón, constituida por Corvalán Nanclares y Alberto Martínez Bacay otra inspirada por el vanderismo integrada por Alberto Serú García-Ventura González.

El 30 de enero, el ministro de Defensa negaba los rumores de un golpe militar y quince días después el titular de Interior, Juan Palmero, los calificaba, nada menos que como "una broma". (sic) Sin embargo, Illia recibía otra advertencia sobre el mismo tema: era de parte del almirante, gorila y Colorado, Isaac Francisco Rojas. En una cena en la residencia de Olivos, Rojas le habló del golpe y le propuso: intervenir Tucumán (en donde se verificaba una gran movilización popular por el conflicto de la industria azucarera) y anular las futuras elecciones de la provincia de Buenos Aires si ganaba el peronismo. Según su hija Ema, el Presidente afirmó que cualquiera de las dos medidas era imposible (Bonasso, M., Página 12, 28/6/96).

El 12 de marzo, el Presidente se reunía con los mandos militares en Campo de Mayo para tratar de acercar posiciones ya muy distantes.

El domingo 17 de abril de 1966 los conservadores ganaron la gobernación de Mendoza, pero lo más importante de la elección había sido la competencia interna peronista: los leales a Perón superaron con la candidatura a gobernador de Corvalán Nanclares a los vanderistas que propiciaban a Serú García para esa función. La conclusión política unánime era que el peronismo se alinearía bajo la conducción de Perón en los comicios claves de marzo de 1967 donde se tendría que haber renovado la mitad

de la Cámara de Diputados y la mayoría de las gobernaciones, incluida Buenos Aires. Es decir, se había presentado repetido el mismo panorama de marzo de 1962. Los golpistas interpretaron, para adentro de las Fuerzas el hecho: se debía evitar con anticipación y al menor costo, el inminente triunfo peronista.

En mayo de 1966, se produjo una manifestación político-económica no muy progresista por parte del líder de la burguesía nacional. El empresario José Ber Gelbard, presidente de la Confederación General Económica (CGE) pidió al gobierno, nada menos, que la anulación de la ley de indemnización por despido (11.729). El gobierno la vetaría parcialmente el 18 de mayo. En 1973, Gelbard firmaría con la CGT, el Pacto Social que no incluiría, por cierto, semejante demanda, típica bandera liberal.

El 3 de mayo, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, brigadier Carlos Conrado Segundo Armanini pidió su pase a retiro. Lo reemplazó el brigadier Adolfo Teodoro Álvarez.

El 13 de mayo de 1966 un tiroteo en la pizzería "La Real" de Avellaneda causó la muerte del dirigente metalúrgico vandorista Rosendo García y de los militantes del peronismo de izquierda Domingo Blajakis y Juan Salazar. La UOM realizó un paro de 24 horas y la tensión interna en el peronismo se exasperó. La interpretación de la golpista revista "Confirmado" era inconfundible: una conspiración de los grupos trotskistas infiltrados en el sector de José Alonso "las 62 de pie junto a Perón". Decía la revista que "dentro del sector alonsista, tal como quedó demostrado en el Congreso realizado en Tucumán, comenzó a actuar la línea trotskista-izquierdista (sic), que no tiene entrada en el sector categóricamente anticomunista de Vandor. La eliminación de Vandor era el camino inevitable para permitir la irrupción del sector alonsista dentro de la CGT: con el alonsismo llegarían los grupos trotskistas" (Confirmado, 19/mayo/1966: 16). De allí la publicación destacaba al grupo orientado por Héctor Villalón como el más importante de

la izquierda peronista vinculado con Cuba. En realidad, se trató de enfrentamiento imprevisto de grupos en un bar de la ciudad de Avellaneda, sólidamente investigado por Rodolfo Walsh, en "¿Quién mató a Rosendo García?". De acuerdo a la tesis de Walsh había sido posible que, en el intercambio de disparos entre dos mesas, el propio Vandor hubiera matado a García accidentalmente. De todos modos, constituyó un momento significativo de los enfrentamientos internos por venir en el peronismo de los años por venir. Lo que parecía muy difícil fuera que el ortodoxo peronista José Alonso diera paso a los "trotskistas".

En medio de un clima de abierto desafío al gobierno, éste negaba el 2 de junio rumores de descontento en las FFAA. Al día siguiente Illia insistía en que su gobierno podía resistir un golpe de Estado.

Onganía entretanto efectuaba un fuerte intercambio epistolar privado con el secretario Castro Sánchez en la primera de las cuales calificaba "la circunstancia de que un general de brigada haya cuestionado la conducta de un teniente general, no bien éste ha terminado la mayor y más honorable función a que puede aspirar un militar argentino, constituye en lo personal un hecho gravísimo". Castro Sánchez contestó respondiendo con sus atribuciones legales e indicando que "sólo con el acatamiento liso y llano de esas resoluciones se verá cimentada la disciplina". Onganía, de manera insolente, le contestaba que "nunca he creído en esos cimientos y sí en los que provee la legítima autoridad de los que tienen que crear o sostener esa disciplina" (Potash, R., op.cit.: 232-233). Es decir, muy del estilo del grupo golpista que subordinaba la vigencia de la ley a un concepto mesiánico de autoridad del cual se sentía Onganía, por cierto, único portador. Mientras tanto se desarrollaba de manera casi abierta el mecanismo golpista. El motor castrense era el general Julio Alsogaray, comandante del I Cuerpo con sede en la ciudad de Buenos

Aires. Los generales Eduardo Señorans y Francisco Imaz, ambos retirados asistían a reuniones civiles donde escuchaban, no manifestaban concepto alguno y transmitían a Onganía lo que planteaban los civiles. El general Alsogaray alcanzaba a Onganía los planes desarrollados por el general Fonseca y el EMGE. Alsogaray, en estrecho contacto con su hermano, el empresario Álvaro, procedía a reunir a diversos civiles con Onganía en el domicilio privado de éste.

Los proyectos que elevaba el general Alsogaray estaban inspirados por su hermano. No hablaban de un mero golpe sino de “una verdadera revolución” que, en el pensamiento de Alsogaray, tenía el sentido de una perspectiva liberal-conservadora inspirada en el proceso político de la Alemania Federal de la posguerra.

El ateneo de la República

No era el general el único conspirador. Otros grupos trabajaban en el desarrollo del golpe. Uno de ellos era el Ateneo de la República, fundado y presidido por el nacionalista Mario Amadeo, que en sus reuniones solía acoger a civiles como Mariano Astigueta, Mario Díaz Colodrero, Nicanor Costa Méndez de origen nacionalista o a católicos liberales como Oscar Puiggrós y a militares como el brigadier Carlos Alberto Rey y el general Eduardo “Bocha” Uriburu, ambos también de simpatías nacionalistas. Amadeo propiciaba como régimen de gobierno una dictadura militar permanente. Sus argumentos “tienen una semejanza impactante – afirma Potash – con los que fueron usados por intelectuales nacionalistas antes del golpe de 1930 contra Yrigoyen” (Potash, R. op.cit.:238)^[128]. Amadeo y sus socios del Ateneo tenían una diferencia con la experiencia de los nacionalistas de la década de los años 30. Los “nuevos” nacionalistas no organizaban marchas por

la calle ni se disfrazaban con los uniformes del fascismo europeo. Eran prudentemente desmemoriados respecto de su pasado pro totalitario y constituyeron un grupo de presión, en su mayoría integrado por destacados abogados, que representaban grandes empresas, muchas de ellas, paradójicamente, extranjeras. Amadeo^[129] había sido un activista importante en los comienzos de la Acción Católica Argentina y se había unido en la década del '30 al periodista e intelectual Juan Carlos Goyeneche. Éste había sostenido importantes contactos con los fascistas europeos, llegando a viajar a Berlín para entrevistar a Hitler. Amadeo era el nexo entre Goyeneche y el reaccionario neutralista canciller del presidente Ramón Castillo, Enrique Ruiz Guiñazú. Amadeo conspirador contra Perón, fue canciller durante 49 días del dictador nacionalista católico, general Lonardi. Luego, cuando Arturo Frondizi asumió la presidencia, Amadeo recibió con entusiasmo el giro a la derecha del político radical y fue su embajador ante la ONU. Una gran cantidad de sus integrantes, cultivadores de largas veladas en las tardes de los sábados en su sede de los altos de la confitería "El Águila", en pleno barrio Norte de Buenos Aires, fueron altos funcionarios de la dictadura de Onganía. Antes cuando la libertadora convocó a comicios con la proscripción del peronismo, Amadeo había organizado con poco éxito la derechista Unión Federal Demócrata Cristiana (UFDC).

En marzo de 1966, Castro Sánchez se reunió por segunda vez con los generales de división en una junta en la que afirmó que "el Ejército, como Fuerza de hondo contenido nacional, tiene conciencia de la necesidad de una solución integral del problema argentino. Por ello no se deja arrastrar por los intereses circunstanciales de los diferentes sectores y corrientes políticas, incluyendo en éstas al partido que ocasionalmente esté en el poder". Las palabras del Secretario ponían, de hecho, en duda, la obediencia debida al "partido que ocasionalmente

esté en el poder". Empero, Castro Sánchez sabía de los bueyes con los que araba, porque luego les manifestó: "Los integrantes de la Fuerza, en todas sus jerarquías, reciben diariamente presiones que concluyen en una proposición de la ruptura del orden constitucional".

Castro Sánchez se manifestaba en éste discurso como un acompañante de la mirada crítica de sus colegas sobre la Argentina: "Estoy informado de la difícil situación que sufre el país desde el punto de vista económico y social, pero a pesar de ello, considero el factor político como el de mayor trascendencia en el futuro nacional. Las elecciones de 1967 son un factor determinante de la continuidad del orden constitucional". Pero luego afirmaba con convicción gorila: "Estimo indispensable advertir sobre este aspecto al Poder Ejecutivo y hablar con claridad sobre los riesgos que se corren si se pretende dejar librado al azar el acceso del peronismo a las principales gobernaciones" (Castro Sánchez, E. op.cit.:115-116). Es decir, el azar vendría a ser que el justicialismo eligiera a los candidatos que prefiriera y que éstos pudieran ganar los comicios y se produjera, sin más, el retorno del "régimen depuesto".

Luego Castro Sánchez afirmaba retóricamente que "resulta necesario terminar con la falsa imagen de que el Ejército está al borde del golpe de Estado (...) Sé quiénes son los señores generales, que los conozco desde hace muchos años, que sé de su hidalguía y de su clara posición democrática por la que han jugado sus vidas en hechos recientes". El militar conocía poco a sus colegas, porque casi todos ellos darán el golpe en unos pocos días por llegar.

El 1 de abril, la secretaría de Guerra emitía un comunicado en el que afirmaba que "no cree en el 'gobierno militar' como solución para los problemas argentinos" y que, sin embargo, los mandos "siguen con honda preocupación los problemas económicos

de la República, los perjuicios de todo orden que producen las huelgas (...) la incertidumbre ante el futuro electoral". Sobre ese comunicado comentaba la prensa golpista que, por el mismo, la secretaría de Guerra "reconocía que el Ejército (...) se hallaba de vuelta en el proceso deliberativo que los mandos cortaron de raíz tres años atrás. Ese proceso, leve y silencioso desde mediados de 1964, se intensificó aceleradamente cuando el teniente general Onganía pidió su retiro y abandonó la comandancia en jefe de la fuerza" (Primera Plana, 3/5/66).

Los sectores conspiradores vieron en el comunicado de Castro Sánchez y el subsecretario Manuel Laprida, un desesperado intento de los militares pro-gobiernistas de defender al gobierno y lo consideraron la última carta de éstos. "Lo que sienten los ciudadanos argentinos es que, mientras el Ejército intenta sinceramente sostener la legalidad (sic), se torna necesaria una influencia para compensar la vacilante política oficial" (Primera Plana, 12 de abril de 1966, nro.172:10-11).

La manifestación de Castro Sánchez no produjo una modificación de los sentimientos profundos del Ejército, como lo manifestaba el general[®] Héctor Solanas Pacheco, secretario de Guerra durante el gobierno de Frondizi, en una carta enviada al Secretario en funciones donde señalaba, nada menos, que "es verdaderamente penoso que hombres de armas formados en la Institución, a la cual todo le debemos (excepto la educación y los principios morales adquiridos en nuestros hogares) descalifiquen de manera tan rotunda y terminante a los gobiernos militares para dar la sensación a la opinión pública de que un gobierno político, cualquiera sea el grado de descomposición e inoperancia, siempre será más mejor que un gobierno militar. Esto es injusto y constituye una ofensa gratuita para el Ejército (...) Se da por sentado que los cuadros deben mantener una lealtad incondicional (legalismo formal) a las actuales autoridades, lo cual es contrario a elementales

principios en los cuales fuimos educados, del fiel acatamiento al espíritu de la Constitución y de la Ley. El actual gobierno, embarcado en una política francamente electoralista, ¿ejerce su acción encuadrado en el marco estricto de la Constitución y la Ley?”(-Castro Sánchez, op.cit.:123). Los mandos militares de la época no tenían salvación. Unos, como Castro Sánchez, no querían “dejar librado al azar” el resultado de las elecciones, mientras los otros como Solanas Pacheco estimaban que “el electoralismo” autorizaba liquidar la Constitución. Ocurría que aquella estaba cancelada por la proscripción del peronismo, el gran problema de los “factores de poder”, incluidas las FFAA.

Castro Sánchez no se privaba de consignar a la “tiranía sindical” por la realización de paros y huelgas que era lo que preocupaba de gremialistas que apoyaban un golpe cuyos objetivos reales éstos no conocían aunque los podían presumir, salvo por su irresponsabilidad.

En el camino golpista era evidente que “la acción psicológica desarrollada contra su gobierno (el de Illia) fue hábilmente conducida y contó con ejecutores muy eficientes: Timerman, Montemayor, Güiraldes, Grondona, quienes merecieron y obtuvieron el aplauso de gran parte de la ciudadanía (Castro Sánchez, op. cit.: 136). Los golpistas llegaron a grabar y difundir la conversación sostenida por el Presidente con el ministro de Defensa, el comandante en jefe del Ejército y los generales de división. Esta acción la desarrolló el general Lavícoli^[130], jefe del EMGE. “Este general, asesorado por periodistas y espías, llegó a ocultar una grabadora y un micrófono en su uniforme para registrar los diálogos” (Taroncher, M.A., 2009: 189). Lo hablado en la reunión fue difundido luego por “Confirmado”, la revista de Timerman. Castro Sánchez brindó el relato de una comida realizada el 15 de junio de 1966 en la casa de Mariano Grondona, de la que participó Arturo Frondizi y otra persona, todos acompañados

por sus esposas. No se trató de una reunión social. "Fue una reunión desagradable", afirmó Castro Sánchez en la que el ex presidente afirmaba: "¿Gobierno constitucional para qué? ¿Revolución para qué? Es necesario cambiar este gobierno ineficiente y absolutamente inoperante (...) No interesa una democracia puramente formal (...) Hay unanimidad nacional y de las FFAA a favor del golpe". Finalmente, Frondizi agravió a Castro Sánchez al decirle: "¿No será que su posición obedece a la atracción de las alfombras rojas?" Castro Sánchez reconoció que "ante esta ofensa debería haber reaccionado violentamente. Pero no lo hice. ¿Cuál fue el propósito de la reunión? "¿Evitar el posible riesgo de represión por las armas? [131]

"El golpe de estado del 28 de junio de 1966 contó con un importante apoyo en la prensa periódica, semanal, y mensual. La existencia de una campaña psicológica y de prensa, desplegada con diferentes grados de intensidad en los periódicos "La Nación", "Clarín", "La Razón", "La Prensa" y en revistas semanales y mensuales entre las que podemos contar a "Primera Plana", "Confirmado", "Atlántida", "Panorama", "Análisis", "Imagen", "Economic Survey" y "El Príncipe", tendía a favorecerla ruptura del orden constitucional". (Taroncher, M.A.) Es posible que el autor se equivocara con el semanario liberal "Análisis" que defendió el orden constitucional, no propició el golpe, aunque criticó la política económica radical desde la derecha y atacó las peticiones sindicales.

Mientras tanto, el Ejército o, por lo menos, uno de sus sectores más brillantes seguía levantando la esperanza que se dibujaría como "destino de grandeza" en las proclamas golpistas. El general Juan Enrique Guglielmelli advertía sobre el destino de la política de desnuclearización en América Latina al hablar en la ESG. "No podemos dejar de señalar, por revestir particular interés, que en tanto no se concreten eficaces acuerdos de control, limitación

y proscripción de armas nucleares, países inclusive del nivel del nuestro pueden disponerlas" (Confirmado, 12/5/1966:27).

El fundamento del golpe contra Illia se apoyaba en la notoria ilegitimidad de su origen. Sobre los comicios de 1963 que dieron el gobierno a Illia, decía Timerman años después: "El partido mayoritario había sido vetado por Onganía y la mayoría de los votos se pronunciaron en blanco. Frondizi y Perón estaban en contra de la elección porque decían era fraudulenta. De modo que cada vez que querían presentar la imagen de Illia como un demócrata al que se le quitó el gobierno yo más bien pienso que era un demócrata que llegó al gobierno de manera muy poco democrática. No luchó por defender los derechos de la mayoría. Los radicales siempre hablan contra el fraude. ¿Pero ud. conoce mayor fraude que aceptar al gobierno con la proscripción de la mayoría?" (Diament, M., en Taroncher, op.cit., 191). Pero, ¿quería Timerman o la Sociedad Rural o la Unión Industrial, levantar la proscripción del peronismo y de Perón? ¿O la mayoría de los militares? De manera alguna lo pretendían y si Illia, que no quiso hacerlo, se hubiera acercado a Perón para producir el fin de la proscripción justicialista, aquellos factores de poder hubieran construido de inmediato una conspiración.

El 29 de mayo de 1966, Día del Ejército, en el curso de la ceremonia central de conmemoración en la plaza San Martín, el comandante en jefe del Ejército, Pistarini, realizó una insolente interpelación al gobierno nacional en presencia de su Presidente y el ministro de Defensa. Dijo que "la libertad no es solamente la afirmación de una filosofía y fundamentalmente el ejercicio responsable de la autoridad sin la cual el derecho es ilusorio, las garantías inexistentes, el bienestar inalcanzable. En un estado cualquiera no existe libertad cuando no se proporciona a los hombres las posibilidades mínimas de lograr su destino trascendente, sea porque la ineficacia no provee los instrumentos y las

posibilidades necesarias, sea porque la ausencia de autoridad haya abierto el camino a la inseguridad, el sobresalto y la desintegración. La libertad también es ámbito de verdad y responsabilidad, porque el hombre libre tiene el privilegio de la fe y la esperanza. Por ello se vulnera la libertad cuando por conveniencia se postergan decisiones, alentando la persistencia de mitos totalitarios perimidos, burlando la fe de algunos, provocando la incertidumbre de otros y originando enfrentamientos estériles, inútiles derramamientos de sangre, el descrédito de las instituciones que generan por igual el desaliento y la frustración de todos" (Castro Sánchez, op. cit.: 144-145).

Castro Sánchez al examinar el hecho afirmó que Pistarini "había cometido una grave falta de disciplina al no haber elevado previamente a mi consideración el texto de su discurso". Pensó en el artículo 663 del Código Militar, "irrespetuosidad"...

Una narración de la notable escena que se desarrolló luego de que Pistarini retornara al palco oficial que fue consignada por Jorge Pérez Rocco en la revista "Inédito", relataba que en el intervalo del regreso de Pistarini a su ubicación, el ministro Suárez le pidió al Presidente permiso para proceder en ese acto, en medio de la cadena nacional "la destitución y relevo del oficial faccioso" y anunciar la designación del general Caro. Illia se negó y, en cambio, brindó una filípica a un vacilante Pistarini. "Le exijo, dijo Illia, ahora mismo que me informe a que ausencia de autoridad se refiere. ¿A la mía? ¿No demuestro autoridad porque gobierno con la Constitución y la ley y no a sablazos? ¿Sabe usted acaso de qué ha estado hablando? ¿Pensó en el contenido de lo que le dieron a leer?".

El texto no había sido escrito por Pistarini, evidentemente, sino por el coronel Máximo Prémoli^[132], destacado al Cuerpo I, amigo por esos años de la empresaria Amalita Lacroze de Fortabat, y que alcanzó luego la Secretaría de Prensa en la dictadura

militar que sucedió a Illia. En el texto se volvía a recordar a los “mitos totalitarios perimidos”, manera florida de nombrar al peronismo para descartarlo de la escena política.

Al concluir el acto Suárez convocó a Castro Sánchez y a Laprida. Castro Sánchez presentó su renuncia afirmando que era necesario relevar a Pistarini, nombrar al general Carlos Caro como nuevo secretario y al general Cándido López en reemplazo del faccioso. Laprida estimó que eso era lo que los golpistas esperaban para mover sus fichas. Suárez ante esas posiciones decidió consultar al Presidente y luego de ese diálogo formuló una notable e imprevista declaración pública en la que afirmaba que “el gobierno compartía las preocupaciones del comandante en jefe”.

El ministro Suárez dejó escrito que, informado por un periodista amigo de que Pistarini iba a pronunciar un discurso provocativo, transmitió el dato al Presidente y le pidió que una vez pronunciada la arenga lo relevara en ese mismo momento. Illia rechazó la alternativa. Suárez ofreció su renuncia que el Presidente rechazó. De allí en adelante, los acontecimientos marcharon en la dirección golpista, más cuando Castro Sánchez rechazó una “operación bolsa” por la que los generales considerados golpistas serían convocados a una reunión donde un grupo armado, formado por militares “colorados”, procedería a arrestarlos para ponerlos a disposición del Poder Ejecutivo. Castro Sánchez lo rechazó por considerar la operación “no propia de gente de honor”. Lo que se hizo para enfrentar la abierta rebelión fue... nada. “Incluso a los oficiales que estaban participando en la planificación del futuro régimen militar les resultó increíble que el doctor Illia no hubiese castigado al general Pistarini por palabras que constituían una ofensa deliberada a su cargo” (Potash, R. op.cit.:256).

Fue también en esa época que se ratificaba la marcha del golpe cuando el ex democristiano y ministro de Frondizi, Oscar Puiggrós, visitó a Onganía para hacerlo participar de las tramitaciones

que determinados militares y civiles hacían para lograr una modificación del gabinete presidencial y lograr medidas presidenciales rectificatorias de las políticas gubernativas cuestionadas. Onganía fue taxativo en su rechazo. "La conclusión del doctor Puiggrós fue que obviamente Onganía formaba parte del golpe y que como su beneficiario futuro no tenía interés en cambiar de posición" (Potash, R., op. cit.:259).

El 7 de junio se verificó un paro general de la CGT con éxito relativo. La segunda reunión del gabinete nacional en 37 meses no sirvió para enfrentar la escalada golpista.

El 14 de junio, el gobierno acusó, tardíamente, a las revistas "Primera Plana", "Confirmado", "Atlántida" e "Imagen" y a los columnistas Mariano Grondona (Primera Plana) y Mariano Montemayor (Confirmado) de incitar la conspiración golpista.

Al intentar su defensa pública, "Primera Plana" señalaba que "la realidad muestra a los generales, almirantes y brigadieres reunidos, al golpe comentado en todos los ámbitos nacionales e internacionales". Se quejaba de que el Presidente "lleva casi tres años en el Poder sin convocar a una conferencia periodística", como si ello fuera el justificativo de la descarada línea editorial golpista del semanario.

Por su parte, el ex presidente Frondizi en el marco de una conferencia de prensa en la Asociación de la Prensa Extranjera, realizó un fácil pronóstico: ocurriría una "revolución nacional", que sería más que un golpe de Estado.

El general Castro Sánchez dejó consignada la única reunión que tuvo con el presidente Illia en la que el militar le mencionó la cercanía del golpe y escribió que Illia "me interrumpió, y en forma categórica impartió una orden de enorme trascendencia: "Prefiero que caiga el gobierno antes de que se produzca lucha entre las Fuerzas Armadas que son, a mi juicio, la única reserva sólida, organizada y disciplinada de que dispone el país.

Si se produce el golpe de Estado, no habrá represión. Es una orden”(Castro Sánchez, E., op. cit.:157). Fue una lamentable renuncia a combatir por la defensa del orden constitucional y el prólogo de una violencia que llegaría todavía más duramente al país. Como lo afirmó su hija, Illia era un ghandiano y, de otra manera, también lo fue Frondizi en una circunstancia similar. Pero no llamaron como el líder indio a la resistencia popular. Castro Sánchez continuó con las reuniones con los generales de división y su intento por lograr un documento en acuerdo con el teniente general Pistarini acerca de la marcha del gobierno, con estériles discusiones acerca de la necesidad de realizar reuniones de gabinete ampliadas, lo que constituía una de las diversas demandas de los conspiradores.

En el desarrollo del golpe, consentido por Pistarini y coordinado por Lanusse, nada menos que jefe de Operaciones del EMGE, las posiciones estaban divididas en la cúpula del Ejército. En la junta de generales de división las posiciones estuvieron equilibradas durante un tiempo: los rebeldes estaban encarnados por Julio Alsogaray (jefe del Cuerpo I), Osiris Villegas (jefe del Cuerpo V, con sede en Bahía Blanca) y Juan Lavicoli, titular del EMGE. En tanto, apoyaban la continuidad condicionada de Illia, Carlos Caro (jefe del Cuerpo II, Rosario), Adolfo Cándido López (comandante de Institutos Militares y jefe de Campo de Mayo) y Carlos Guido Blanco (titular de Fabricaciones Militares). Los indecisos eran Arturo Aguirre, jefe de la Gendarmería y Nicolás Hure, comandante del Cuerpo III, Córdoba). Presididos por Pistarini y con la asistencia de Castro Sánchez elaboraron un memo para elevar al gobierno con propuestas de cambio de políticas. Los principios eran: objetivos de política respecto de las elecciones de 1967, la amenaza del comunismo, el nivel de los funcionarios públicos el funcionamiento de la justicia y la estabilización de la economía. Luego establecieron cuatro circunstancias en las que

su fracaso empujaba a la toma del poder por los militares: el triunfo comicial peronista, desórdenes sociales de amplio alcance y la percepción de que las medidas tomadas por el Ejecutivo no alcanzaban su objetivo (Potash, R. op.cit.: 264).

El 22 de junio se realizó una reunión en el domicilio particular del almirante Pita (secretario de Marina) a la que acudieron el ministro de Defensa, los secretarios y subsecretarios militares y comandantes en jefe. Pistarini se excusó de concurrir pretextando estar enfermo. En esa reunión se consideró la verificación de aprestos en unidades militares que podrían indicar un paso en la rebelión. Al terminar la reunión, Castro Sánchez recibió la información de que el general Lanusse, nada menos que jefe III (Operaciones) del EMGE se había volcado, "repentinamente", hacia el golpismo. Luego se produjo el 23 de junio un pequeño episodio que, sin embargo, brindó otro fundamento a la acción golpista. El general Caro, comandante del Cuerpo II, le solicitó una reunión a Castro Sánchez estimando que algunos generales de brigada podrían lanzar una acción golpista por su cuenta. Al concurrir a la casa del general Caro se encontró con que en el living de la misma estaban el diputado peronista Armando Caro, hermano del general y de la amistad por razones familiares con Castro Sánchez. Con él se hallaban reunidos los también diputados nacionales Rodolfo José Tecera del Franco y Armando Serú García. (Todos ellos eran diputados peronistas moderados). Hubo saludos de circunstancia con los presentes y Castro Sánchez y Caro pasaron a deliberar a solas sobre las posibilidades golpistas. Castro Sánchez informó de la reunión con Caro y la presencia circunstancial de los diputados peronistas a los generales de división que se reunieron con él al día siguiente. Otras dos reuniones efectuadas en ese día compatibilizaron, supuestamente, las demandas de los generales para la mejora de la acción de gobierno. El domingo 26 de junio en la quinta

del Secretario de Aeronáutica en Ezeiza se hizo otra reunión con el Vicepresidente, el ministro de Defensa, los tres secretarios militares, los presidentes de ambas Cámaras del Congreso Nacional y los senadores radicales Fassi y Romano. El propósito era, por cierto, insistir en los cambios que los mandos militares demandaban al gobierno.

Al día siguiente, el lunes 27, luego de "tomar una clase de golf", Castro Sánchez llamó a las 11 por teléfono a Pistarini para transmitirle las "importantes novedades" producidas, aparentemente, el sábado y domingo e incluso invitó a almorzar para el día siguiente al teniente general.

Las cosas militares iban por otro rumbo: el del golpe. Éste comenzó a las 21:40 de ese lunes 27 de junio, cuando el Departamento de Relaciones Públicas del Ejército emitió un insólito comunicado donde manifestaba servir "a los más altos intereses de la Nación" en "total e indestructible unidad con las dos otras Fuerzas Armadas". Luego pasaba a lo concreto cuando señalaba que "cualquier maniobra conducente a colocar el Ejército al servicio de intereses secundarios o identificarlo con sectores políticos, económicos o sociales, atenta contra la fuerza al procurar su división". Después de esta justificación, denunciaban que "ante la evidencia de que los señores generales Eduardo Rómulo Castro Sánchez y Carlos A. Caro han violado el compromiso contraído, tendiente a salvaguardar la unidad y cohesión de la institución, al mantener contactos con dirigentes políticos, contactos inaceptables para el Ejército", Pistarini, que era el firmante del comunicado, anunciaba el relevo de Caro como comandante del Cuerpo II y el "desconocimiento" de Castro Sánchez como Secretario de Guerra.

En la noche del 27 de junio comenzaron las operaciones militares de derrocamiento del gobierno radical. Fue detenido el general Carlos Augusto Caro por oponerse al golpe. El Regimiento

3 de Infantería y el Destacamento 10 de Reconocimiento Blindado de La Tablada comenzaron a rodear la Rosada; el Grupo 1 de Artillería de Ciudadela tomaría el Congreso Nacional y el regimiento 7 de Infantería debía ocupar la Casa de Gobierno en La Plata. Fue el coronel Horacio Ballester, encargado de dirigir el cerco a la Rosada y luego como militar republicano uno de los fundadores del Centro de Militares por la Democracia Argentina (CEMIDA), quién brindó un testimonio - en su libro "Memorias de un coronel democrático"- del apoyo popular al golpe. "Aunque parezca mentira y como argentino me dé vergüenza, hasta los soldados estaban entusiasmados y deseosos de participar en la aventura (...) En esa noche tan fría- escribió - el consenso civil era tal que se abrían las puertas de las casas para felicitarnos por lo que estábamos haciendo y para convidarnos con sándwiches y bebidas calientes"(Bonasso, M. op. cit.).

La Orden 411/66 de Pistarini que ordenaba el golpe hablaba de "el deterioro de la situación política y social", que "la ciudadanía se encontraba en estado de desamparo con respecto a las autoridades" y que esas insostenibles razones "hacen inevitable el derrocamiento del actual gobierno", con lo que se confirmaba la baja performance de esos escritores militares. Al mismo tiempo planteaba que "es necesario que el proceso a instaurar se autolimita (...) Proclamando su carácter provisional" y estableciendo "un nuevo modelo o esquema de democracia representativa", pero con la precaución de que ello llegaría tan pronto "la emergencia nacional (¡) haya pasado pero sin establecer plazo alguno para la superación de dicha emergencia". El "concepto de la operación" era: destituir al presidente y vice de la Nación; a los gobernadores y vice gobernadores; disolver el Congreso y la Corte Suprema, destituyendo a sus miembros y al procurador general.

El golpe, mal llamado revolución argentina, estableció un "estatuto revolucionario" al que subordinó la Constitución Nacional.

La toma de la Rosada no constituyó una operación sencilla. Las acciones estuvieron a cargo del Cuerpo I de Ejército al comando del general de división Alsogaray. Mientras el dominio de la ciudad fue total y de inmediato, el control de la Rosada generó todo un problema para los golpistas dada la presencia de Illia en la Casa, porque él dormía allí de lunes a viernes. Estaba también el tema de la presencia del regimiento de Granaderos a Caballo, custodia presidencial.

Un oficial tuvo una conducta consecuente con sus funciones: fue el teniente Rodrigáñez Riccheri [133] del regimiento de Granaderos quién dispuso de 30 hombres destacados para resistir el asalto. Su desempeño ha quedado registrado paradójicamente por quién quiso denigrar su conducta al brindar testimonio sobre los hechos.[134] Rodrigáñez Riccheri mantuvo a raya a los golpistas durante 12 horas porque las tropas de Alsogaray no querían enfrentarse a las fuerzas que estaban a las órdenes superiores del coronel Marcelo de Elía[135], jefe del regimiento histórico, cuyos restantes escuadrones restantes no podían llegar a la Casa de Gobierno dado el cerco establecido alrededor de la Rosada por las tropas de Alsogaray.

En la noche del lunes ingresaron a la sede presidencial al general Alsogaray y los coroneles Luis César Perlinger[136] y Máximo Prémoli, según Ema Illia[137], la hija del presidente y por el coronel Hugo Miatello, de acuerdo con Castro Sánchez. Allí, mientras Illia firmaba fotos para sus partidarios, se produjo un histórico diálogo cuando Alsogaray intentó interrumpir al mandatario. “¿Usted quién es?”, dijo Illia y respondió Alsogaray: “Vengo a cumplir una orden del Comando en Jefe”. Illia le espetó: “Yo soy el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas y usted llega como un salteador en medio de la noche esgrimiendo los cañones de los soldados que el pueblo le ha confiado para la defensa de sus libertades; usted y sus hijos sufrirán las consecuencias de este atropello”.[138]

Una compañía de la Guardia de Infantería de la Policía Federal ingresó a la Rosada y fue desalojando a los cerca de 300 funcionarios y militantes radicales que la ocupaban. Illia se fue de la sede presidencial en el auto de Alconada Aramburú.

El 28 de junio, los tres comandantes en jefe, el teniente general Pascual Pistarini, el almirante Benigno Varela y el brigadier general Adolfo Teodoro Alvarez, como Junta Militar asumieron el poder y pusieron en vigencia el estatuto de la revolución argentina, en ceremonia cuyo premonitorio locutor fue el entonces mayor del Ejército Ramón Camps. Habían lanzado una proclama donde los tres comandantes afirmaban que el gobierno derrocado había comenzado su gestión "con un crédito de confianza ilimitado por partes de todos los sectores de la vida nacional" lo que constituía una evidente exageración. Luego proclamaban ditirámbicamente luchar por "la conquista de un destino de grandeza" y caracterizaban la situación nacional "por la inexistencia de un orden social elemental "(sic) y enturbiada por un ámbito "viciado además de electoralismo". No se ahorraba afirmar que "nuestra dignidad internacional ha sido gravemente comprometida por la vacilación y la indiferencia en conocidos episodios", que solamente podían hacer referencia a las posiciones adoptadas frente al conflicto con Chile y la invasión norteamericana a la Dominicana. Las generalidades abundaban: la necesidad de incorporar al país "los modernos elementos de la cultura, la ciencia y la técnica". Por supuesto, estaba presente el rechazo "a la falacia de una legalidad formal y estéril", ante la cual las Fuerzas Armadas, por supuesto, "vienen a ocupar un vacío de tal autoridad". Por primera vez, un golpe militar, disolvía - no suspendía- los partidos políticos lo que daba la pauta de una intencionalidad de intervenir de manera profunda en el régimen político^[139].

Luego el trío hizo una visita al domicilio de Onganía, como él exigía con formalidad hipócrita para no aparecer como autor del

golpe, y le "ofrecieron" el cargo presidencial. Luego procedieron a autodisolver la Junta. Onganía recibió la suma del poder público como ningún gobernante argentino. Fue acompañado en su asunción por el presidente de la Sociedad Rural, Faustino Fano; Jorge Oría, titular de ACIEL, y también por el líder de la burguesía nacional José Ber Gelbard de la CGE; Francisco Prado, secretario de la CGT; Augusto Timoteo Vandor de la UOM; José Alonso de la "62 de Pie Junto a Perón" y Juan José Taccone de Luz y Fuerza. ¿Cuál era el clima ideológico del Ejército en la época? "A fines de marzo o primeros día de abril de 1966 resolví-recordó Alejandro Lanusse- poner todas mis capacidades para la concreción del golpe de estado. Colaboré estrechamente en esa gestión con mi comandante en Jefe, el teniente general Pistarini, y el general Castro Sánchez fue conociendo las inquietudes, preocupaciones y propósitos que compartían prácticamente en forma unánime los integrantes de la jerarquía superior del Ejército. Me consta que él no compartía esos criterios".^[140] En un libro significativo debido a Mario Horacio Orsolini^[141] que se propuso diseñar y sintetizar una política nacional dirigida por las FFAA, el autor señalaba que aunque "el comunismo no haya logrado éxitos resonantes, su labor de infiltración y de intoxicación de la vida colectiva está en franco progreso", aunque no dejaba de advertir que, a su juicio, "más insidioso aún que el comunismo es la llamada izquierda nacional, por cuanto agrega, a la cosmovisión marxista, connotaciones nacionales que hallan eco en las desprevenidas juventudes universitarias y en las clases populares. Al perseguir la "revolución mundial" por la vías de la "revolución nacional" marxista o trotskista o fidelista, atienden y explotan el patriotismo intuitivo de nuestro pueblo, encontrando en él una receptividad mayor que la que pueda esperar el comunismo apátrida" (Orsolini, M.H., 1965:223-225).

Será el líder de la "izquierda nacional" Jorge Abelardo Ramos quien reconocerá que Orsolini "deploraba que el Ejército Argentino no ha contado hasta hoy sino con un solo historiador y, para colmo de males, que ese historiador sea un marxista". Ramos señaló también que "otra generación militar renueva los cuadros después de 1955. Las más variadas teorías frecuentan ahora la cabeza de los oficiales". Agregaba, ante el reconocimiento de la presencia del peronismo como fenómeno político fundamental surgen ideas diversas en la institución militar. "Disociar a Perón del peronismo forma parte de las utopías más en boga entre los militares desconcertados por las dificultades de una sociedad en crisis. El proyecto de quebrar la unidad del peronismo en relación con su jefe y negociar directamente con los sindicatos ha tomado estado público y formaría parte de una política cuyo nacionalismo estaría por verse a la hora de los hechos (...) Lo que no se advierte todavía en el Ejército es una tendencia que reasuma la tradición del nacionalismo democrático de los tiempos de Roca, Baldrich y Savio (...) Después de cuarenta años, el Ejército argentino no termina de comprender este dilema. La clase obrera es más joven que el Ejército y quizás lo comprenda más rápidamente. Pero ya Engels señalaba que no toda sedición militar es necesariamente mala. No siempre en nuestro país los conspiradores comprenden lo que hacen ni advierten siempre el peligro de practicar el oficio de aprendiz de brujo" (Ramos, J.A. 1966: 5-11).

Como era previsible, Perón, ante la ausencia de cualquier política reconciliatoria de Illia y el radicalismo para concluir con la proscripción política, ordenó "desensillar hasta que aclare" y no brindó apoyo al golpe ni lo condenó. La revolución argentina había comenzado. El aprendiz de brujo había actuado.

CITAS Y NOTAS

[1] Héctor Solanas Pacheco nació en Córdoba en 1905. Ingresó en el CMN en 1924 y egresó del mismo en 1917 con el grado de subteniente de Caballería. Ocupó el puesto 50 entre 84 integrantes de su promoción. Alcanzó el grado de teniente general y se retiró en octubre de 1959. Murió en junio de 1997.

[2] Carlos Severo Toranzo Montero nació en Italia en 1902 - durante un destino militar de su padre - e ingresó en el CMN en marzo de 1919 del cual egresó en 1921 con el grado de subteniente de Caballería. Logró el CEEM (oficial con Certificado de Egreso del Curso de Estado Mayor) y alcanzó el grado de teniente general. Pasó a retiro en abril de 1961 y murió en mayo de 1977. Su padre, el general Severo Ciriaco Toranzo había sido un militar de definición radical y fue pasado a retiro por el golpe del 30 cuando había alcanzado el grado de general de división y OEM, ejerciendo desde entonces una férrea oposición a los mandos militares de la Década Infame.

[3] Arturo Ossorio Arana nació en la provincia de Buenos Aires en noviembre de 1902 e ingresó al CMN en marzo de 1920 y egresó en diciembre de 1923 con el grado de subteniente de artillería. Obtuvo el lugar 24 entre los 92 integrantes de la promoción 48. No tuvo ningún título específico y alcanzó el grado de teniente general. Se retiró del servicio activo en septiembre de 1958. Murió en diciembre de 1967

[4] Adolfo Estevez nació en 1908. Ingresó en la ENM en 1925. Integró en el primer lugar en el orden de mérito de la promoción 56 egresada en 1930. Alcanzó el grado de vicealmirante con el que pasó a retiro en octubre de 1959.

[5] Roberto Huerta nació en la provincia de Buenos Aires en 1917 e ingresó en 1934 al CMN de donde egresó en 1937 como subteniente de infantería. En 1945 con motivo de la estructuración de la Fuerza Aérea como fuerza independiente del Ejército, pasó a estudiar en la Escuela de Aviación de Córdoba.

[6] Gabriel del Mazo fue ministro de Defensa de Frondizi desde el 1 de mayo de 1958 hasta el 25 de junio de 1959. Había sido un destacado militante de la Reforma Universitaria, presidiendo en 1920 la Federación Universitaria Argentina (FUA). Fue vicepresidente (vice rector) de la Universidad Nacional de La Plata. Fue también fundador de FORJA en 1935 y diputado nacional radical en 1946 del recordado "bloque de los 44". Fue integrante de la UCR Intransigente desde 1956. Publicó numerosos libros de política universitaria y de historia del radicalismo.

[7] Julio Policarpo Villar fue ministro de Defensa de Frondizi desde el 25 de junio de 1959 hasta el 26 de marzo de 1962, a días de la caída del gobierno de aquél. Político correntino fue electo vice gobernador de la provincia en 1946 junto a Blas Benjamín de la Vega, pero el peronismo intervino la jurisdicción en 1947. Ocupó desde el

1 de mayo de 1958 hasta su nombramiento como ministro de Defensa, la cartera de Obras Públicas. Este abogado graduado en la UNLP tuvo la responsabilidad actuar durante la vigencia del Plan Conintes aplicado desde su ministerio y por las FFAA por decisión de Frondizi para enfrentar a la Resistencia Peronista.

[8] Rodolfo Martínez fue un abogado integrante y fundador de la Democracia Cristiana. Ocupó el ministerio de Defensa por tres días en las últimas horas del gobierno de Frondizi en un intento de lograr un gobierno de coalición que salvar al presidente Frondizi de su derrota electoral ante el peronismo y el cerco militar. Luego del derrocamiento de Frondizi, Martínez ocupó en dos ocasiones el ministerio del Interior durante el gobierno de Guido tratando de negociar con los militares un frente político que admitiera a sectores moderados del peronismo tarea en la que fracasó.

[9] Emilio Augusto Boncarrere nació en Córdoba en mayo de 1911. Ingresó en el CMN marzo de 1928 y egresó en septiembre de 1931 con el grado de subteniente de artillería Ocupó el puesto 18 entre 144 integrantes de la promoción 57. Obtuvo el grado de Oficial de Estado Mayor y alcanzó el grado de general de brigada. Se retiró en diciembre de 1959. Murió en diciembre de 1997.

[10] Arturo Rial nació en 1909. Ingresó en la Escuela Naval Militar (ENM) en 1926, integró la promoción 57 egresada en 1931 de ese instituto en la que alcanzó el primer lugar en el orden de mérito. Obtuvo el grado de contralmirante con el que pasó a retiro en noviembre de 1958.

[11] Una información brindada por el texto de Rouquié.

[12] Ramón Amado Abrahín nació en San Luis en 1914 e ingresó en el CMN en 1932 del cual egresó en 1935 como subteniente de Artillería, ocupando la posición 9 sobre 132 integrantes de la promoción 61. Ingresó en la Escuela de Aviación Militar para seguir la entonces arma aérea- donde se especializó como piloto de caza- y dejó de pertenecer al Ejército en 1945 cuando la aviación militar fue constituida como la tercera fuerza arma del país. Fue ministro de Aeronáutica de la "libertadora" y pasó a retiro con el grado de brigadier en enero de 1956 cuando renunció a su cargo. En la actividad privada antes de su regreso a la función oficial con Frondizi fue accionista y director de la empresa Trascontinental.

[13] Juan Enrique Guglielmelli nació en la provincia de Buenos Aires en 1917. Ingresó en el CMN en 1935 y egresó en 1938 como subteniente del arma de Ingenieros con especialidad en Comunicaciones. Ocupó el puesto 45 entre 93 miembros de la promoción 64. Logró el título de OEM y alcanzó el grado de general de división. Se retiró en agosto de 1968 y murió en 1983. Fue considerado uno de los intelectuales del Ejército y se destacó por la edición y dirección de la revista "Estrategia", especializada en temas de la Defensa y la geopolítica.

[14] Durante el ministerio de Garré en el kirchnerismo un marino que había participado en las operaciones señaló al autor de este libro que hubiera sido muy difícil que se hubiera encontrado un barco de otro país en aquella circunstancia.

[15] El presidente Frondizi había sido uno de los más duros opositores a la firma del finalmente nunca suscripto contrato petrolero del gobierno de Perón en 1954 con la empresa California Argentina. Por ello había escrito un libro titulado "Petróleo y Política" por el que enunciaban tesis nacionalistas sobre el tema. Fue uno de los más férreos militantes en la oposición a la firma de ese acuerdo, una de las banderas de la oposición golpista contra Perón, quién había desistido de suscribirlo, cuando lo envió al Congreso de la Nación y este cuerpo - controlado por el peronismo - lo durmió en el olvido. Derrocado el peronismo, Frondizi viró su posición, firmó él efectivamente contratos con las compañías extranjeras. Para justificarlo escribió otro libro, éste titulado "Política y Petróleo".

[16] Gómez había comentado en "off the record" el presunto complot a los periodistas Jacobo Timerman e Isidoro Gilbert. El primero de ellos procedió a violar su promesa de silenciar la fuente y publicó lo relatado por el vicepresidente en el vespertino porteño "La Razón", lo que causó un gran impacto negativo para Gómez, lo que fue aprovechado por Frondizi.

[17] Miguel Ángel Iñiguez nació en Salta en 1909. Ingresó en el CMN en 1924 y egresó en 1927 con el grado de subteniente de Infantería. Ocupó el puesto 13 entre los 84 integrantes de la promoción 83. Logró el título de OEM y alcanzó el grado de general de división. Fue retirado en octubre de 1973, después de haber sido pasado a retiro en 1955 y luego dado de baja por su participación en rebeliones contra los gobiernos ilegítimos entre 1955 y 1973. Murió en 1989.

[18] Rosendo María Fraga nació en Córdoba en 1911. Ingresó en el CMN en 1929 y egresó en 1932 como subteniente de Infantería. Ocupó el puesto 26 en el ranking de los 105 integrantes de la 58ª. promoción. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de general de división con el que se retiró en abril de 1962. Murió en 1977.

[19] Álvaro Carlos Alsogaray nació en Santa Fe en junio de 1913. Ingresó en el CMN en 1929 y egresó en 1932 como subteniente de Infantería. Alcanzó el grado de capitán y pidió la baja en enero de 1945.

[20] Elbio Leandro Anaya nació en Córdoba en 1921. Ingresó en el CMN en 1938 y egresó en 1941 como subteniente de Caballería ocupando el puesto 43 en el ranking de 141 integrantes de la promoción 68. Obtuvo el título de OEM y logró el grado de general de división con el que se retiró en junio de 1973.

[21] Martín Osvaldo Cabanillas nació en la provincia de Buenos Aires en 1911. Ingresó en el CMN en marzo de 1928 y egresó como subteniente de Infantería en 1931,

ocupando el puesto 14 entre los 144 integrantes de la promoción 57. Obtuvo el título de OIM y alcanzó el grado de general de brigada con el que se retiró en 1959. Murió en 1979.

[22] Desiderio Argentino Fernández Suárez nació en San Luis en 1908. Ingresó en el CMN en 1927 y egresó en 1930 como subteniente de Infantería ocupando el lugar 11 entre 116 integrantes de la promoción 57. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de coronel. Se retiró en 1959.

[23] Alberto Manuel Mingote nació en Córdoba en 1926. Ingresó en el CMN en 1945 y egresó en 1948 con el grado de subteniente de Infantería ocupando el lugar 158 entre los integrantes de la promoción 77. Alcanzó el título de OIE (Oficial de Informaciones) y logró el grado de teniente coronel. Pasó a retiro en 1962. Murió en el año 2000.

[24] Pedro Francisco Castiñeira nació en Córdoba en 1908. Ingresó en el CMN en 1912 y egresó en 1926 como subteniente de Ingenieros en 1926. Obtuvo el título de OIM y alcanzó la jerarquía de teniente general. Pasó a retiro en 1959 y murió en 1977.

[25] Rodolfo Larcher nació en Córdoba en 1901. Ingresó en el CMN en 1922 y egresó en 1924 como subteniente de Caballería, ocupando la posición 53 en el orden de mérito entre los 88 egresados de la promoción 49. No obtuvo título y alcanzó el grado de general de división con el que pasó a retiro en junio de 1957. Murió en 1967.

[26] Ramón Torres Molina, militante del peronismo revolucionario y detenido por ello durante largos años, fue presidente del Archivo Nacional de la Memoria durante el kirchnerismo y autor del prólogo del libro "Plan Conintes. Represión Política y Sindical".

[27] David René Cabrera nació en Córdoba en 1924. Ingresó en el CMN en 1943 y egresó en 1946 como subteniente de Infantería. Logró el título de OIE y se retiró como mayor en 1964.

[28] Raúl Alejandro Poggi nació en Córdoba en 1909. Ingresó en el CMN en 1926 y egresó en 1929 como subteniente de Ingenieros. Obtuvo el título de OIM y alcanzó el grado de teniente general. Se retiró en abril de 1962. Murió en 1973.

[29] Florencio Andrés Yornet nació en San Juan en 1910. Ingresó en el CMN en 1928 y egresó en 1931 como subteniente de Artillería. Obtuvo el título de OEM y logró el grado de general de división. Se retiró en 1962.

[30] Ernesto Víctor Cordes nació en Córdoba en 1912. Ingresó en el CMN en 1929 y egresó en 1932 como subteniente de Infantería. Sin alcanzar título, obtuvo el grado de general de brigada. Se retiró en 1962 y murió en 1999.

[31] Roberto Bruno Germán Grotz nació en Córdoba en 1914. Ingresó en el CMN en 1930 y egresó en 1933 como subteniente de Infantería. Obtuvo el título de OEM y logró el grado de general de brigada. Se retiró en 1960 y murió en 1989.

[32] El episodio fue narrado a Potash por otro almirante, testigo y protagonista presencial de los hechos, Jorge Perren.

[33] Juan Carlos Cordini nació en Tucumán en 1912. Ingresó en el CMN en 1930 y egresó en 1933. Logró el título de OEM y alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en 1962. Murió en 1986.

[34] Víctor Hugo Hosking nació en Córdoba en 1910. Ingresó en el CMN en 1928 y egresó como subteniente de Artillería en 1931. Obtuvo el título de OIM y alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en abril de 1961. Murió en 1998.

[35] Mario Luciano Locatelli nació en Córdoba en 1910. Ingresó en el CMN en 1929 y egresó en 1932 como subteniente de Infantería con la posición 27 entre 105 integrantes de la promoción 59. Obtuvo el título de OEM y logró el grado de general de brigada. Pasó a retiro en diciembre de 1962. Murió en 1986.

[36] Armando Pedro Pío Martijena nació en Córdoba en 1913. Ingresó en el CMN en 1930 y egresó como subteniente de Ingenieros en 1933 en la posición 22 entre 108 del ranking de la promoción 59. Obtuvo el título de OIM y alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en octubre de 1962. Murió en 1973.

[37] Juan Bautista Picca nació en Córdoba en 1910. Ingresó en el CMN en 1927 y egresó en 1930 como subteniente de Infantería, ocupando la posición 27 entre 116 integrantes de la promoción 56. Obtuvo el título de OEM y logró el grado de teniente general. Pasó a retiro en febrero de 1963. Murió en 1986.

[38] Enrique Alberto Pablo Pizarro Jones nació en Córdoba en 1912. Ingresó en el CMN en 1928 y egresó en 1931 como subteniente de Artillería, ocupando la posición 32 entre 144 integrantes de la promoción 57. Obtuvo el título de OIM. Alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en octubre de 1961. Murió en 1980.

[39] Federico Guillermo Toranzo Montero nació en Córdoba en 1911. Ingresó en el CMN en 1928 y egresó en 1931 como subteniente de Caballería con la posición 130 sobre 144 integrantes de la promoción 57. No obtuvo título y alcanzó el grado de general de división. Pasó a retiro en noviembre de 1962 y murió en 1993.

[40] Francisco Armando Villamil nació en Córdoba en 1910. Ingresó en el CMN en 1928 y egresó en 1931 como subteniente de Artillería, habiendo ocupado el número de orden 7 entre 144 integrantes de la promoción 57. Obtuvo el título de OEM y logró el grado de general de brigada. Pasó a retiro en marzo de 1961. Murió en 2000.

[41] Octavio Zenarrusa nació en Córdoba en 1909. Ingresó en el CMN en 1927 y egresó en 1930 como subteniente de Infantería, ocupando el lugar 45 entre 116 integrantes de la promoción 57. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de general de división. Pasó a retiro en noviembre de 1962. Murió en 1990.

[42] Alberto Garasino nació en Entre Ríos en 1924. Ingresó en el CMN en 1943 y egresó en 1945 como subteniente de Infantería ocupando la posición 77 entre 201 integrantes de la promoción 74. Obtuvo los títulos de OEM y OIE. Alcanzó el grado de teniente coronel. Pasó a retiro en septiembre de 1964. Murió en 1995.

[43] Rodolfo Larcher nació en Córdoba en 1901. Ingresó en el CMN en 1922 y egresó en 1924 como subteniente de Caballería, ocupando la posición 53 entre 88 integrantes de la promoción 49. No obtuvo título. Ascendió hasta general de división. Pasó a retiro en 1957. Murió en 1967.

[44] Juan Francisco Guevara nació en Mendoza en 1922. Ingresó en el CMN en agosto de 1938 y egresó en 1942 como subteniente de Artillería en el lugar 79 de los 172 integrantes de la promoción 79 (Esta promoción tuvo el pase de 53 cadetes a la nueva Escuela de Aviación Militar de la flamante Aeronáutica constituida entonces como una Fuerza independiente del Ejército). Guevara obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de coronel. Pasó a retiro en octubre de 1962. Murió en 2009.

[45] José Pablo Spirito nació en Córdoba en 1910. Ingresó en el CMN en 1929 y egresó en 1932 como subteniente de Infantería, ocupando la posición 37 entre los 105 integrantes de la promoción 58. Obtuvo el título de OEM. Logró el grado de general de división. Pasó a retiro en abril de 1962. Murió en 1988.

[46] Edgardo Joaquín Landa nació en Córdoba en 1910. Ingresó en el CMN en 1929 y egresó en 1932 como subteniente de Infantería, ocupando el puesto 44 en entre los 105 miembros de la promoción 58. Obtuvo el título de OEM y logró el grado de general de división. Pasó a retiro en abril de 1962. Murió en 1983.

[47] Osiris Guillermo Villegas nació en Mendoza en 1915. Ingresó en el CMN en 1934 y egresó en 1937 como subteniente del arma de Caballería. Ocupó la posición 19 entre 108 miembros de la promoción 63. Obtuvo el título de OEM y ascendió hasta general de división. Pasó a retiro en 1968. Murió en 1998.

[48] El entonces teniente primero Pedro Coria, que sería como coronel nada menos que el jefe de Inteligencia del Operativo Independencia en Tucumán durante mediados de los '70, (Fraga, R. op. cit.: 188)

[49] Rojas también había cometido el pecado de peronismo prematuro y olvido perpetuo: "Oficial de Marina distinguido especialmente por Perón, ha vivido continuamente

azorado por la difusión de fotografías que lo mostraban brindando por el peronismo con el jefe de la CGT, José Espejo, o en actitud de recogimiento ante un óleo de Eva Perón, junto al primitivo gobernador peronista Carlos Aloé" (García Lupo, op. cit.: 98).

[50] A fines de 1975, Capellini, un fervoroso militante del tradicionalismo católico iba a encabezar la rebelión contra el jefe de su Fuerza, el brigadier Fautario, derrocamiento que consiguió en lo que fue el paso antecedente del golpe del 24 de marzo de 1976 que derrocó a la Presidenta María Estela Martínez de Perón.

[51] El Consejo de Generales estaba integrado por los generales, Poggi, Sosa, Yornet, Federico Toranzo Montero, Ardanaz, Locatelli, Spirito, Morón, Landa, Naveiro, Cordes, Cecilio Labayru, Cordini, Túrolo y Martijena.

[52] Se refiere a la rebelión encabezada por el general Juan José Valle, en junio de 1956.

[53] Julio Barredo nació en Córdoba en 1906. Ingresó en el CMN en 1926 y egresó en 1929 como subteniente de Infantería. Había ocupado el lugar 19 entre los 97 integrantes de la promoción 55. Obtuvo el título de OEM y llegó al grado de coronel, con el que cayó en combate en ocasión de la rebelión conducida por su jefe Lñíguez. Había sido pasado a retiro en agosto de 1957. Cuando el peronismo regresó al poder, ascendió a Barredo a general de brigada post mortem.

[54] La investigación de "Primera Plana" fue un trabajo conjunto de Roberto Aizcorbe, Enrique Bugatti y Juan Carlos Algañaraz.

[55] Cafiero recordó que entre las visitas que hizo en esos días de victoria estuvo la que efectuó a Marcelo Sánchez Sorondo, el director del semanario "Azul y Blanco", "que tanto nos había ayudado en la campaña".

[56] Cafiero también registró que pocos días después de la victoria del 18 de marzo, en casa del periodista Bernardo Neustadt, el político frondicista Ismael Bruno Quijano le manifestó ante la completa sorpresa del peronista: "Aramburu tiene que ser presidente por los votos peronistas".

[57] Manuel Gerardo Alvarado nació en Salta en 1913. Ingresó en el CMN en 1930 y egresó en 1933 como subteniente de Caballería ocupando el puesto 10 entre 108 integrantes de la promoción 59. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en agosto de 1962.

[58] El texto de López constituye una sólida obra pionera en la materia.

[59] Ver Bernetti, Jorge Luis y Puiggrós, Adriana, Peronismo: Cultura Política y Educación (1945-1955), tomo V de la Historia de la Educación Argentina, Editorial Galerna, Buenos Aires, julio de 2006-

[60] Martín Antonio Balza nació en la provincia de Buenos Aires en 1934. Ingresó en el CMN en 1952 y egresó en 1955 como subteniente de Artillería ocupando el lugar 143 entre los 173 integrantes de la promoción 85. Obtuvo el título de OEM y alcanzó la máxima jerarquía de teniente general. Pasó a retiro en 2000.

[61] Miguel Ángel Montes nació Córdoba en 1918. Ingresó en el CMN en 1937 y egresó en 1940 como subteniente de Infantería. Obtuvo los títulos de OEM y OIE. Alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en 1970. Murió en 1983.

[62] Nicolás Cándido Hure nació en Santa Fe en 1915. Ingresó en el CMN en 1933 y egresó en 1938 como subteniente de Artillería con el número de orden 5 entre los 93 miembros de la 64 promoción. Logró el título de OEM y alcanzó el grado de general de división. Se retiró en 1967 y murió en 1983.

[63] Nacido en 1918, Naurois fue teniente coronel de caballería del Ejército Francés, Caballero de la Legión de Honor y Cruz de Guerra en Teatros de Operaciones Exteriores.

[64] Alcides López Aufranc nació en Santa Fe en 1921. Ingresó en el CMN en 1937 y egresó en 1941 como subteniente de Caballería ocupando el puesto 11 entre los 141 integrantes de la promoción 68. Alcanzó el título de OEM y logró el grado de general de división. Fue el jefe de Estado Mayor General del Ejército durante la comandancia en jefe de Lanusse. Pasó a retiro en 1973. Murió en 2015. Sucedió en la dirección de la empresa Acindar a José Alfredo Martínez de Hoz. Fue acusado de tener responsabilidad en casos de secuestros y desapariciones de obreros en Villa Constitución, pero las denuncias no lo llevaron a juicio. Integró diversos lobbys políticos y empresariales como: el Consejo Empresario Argentino, el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI) y fue director de la Cámara de Comercio.

[65] El Tudeh era un partido de base marxista leninista que desarrollaba un fuerte nacionalismo antibritánico. Su acción más relevante lo constituyó el apoyo brindado al primer ministro Mohammed Mosadeq en la década del 50 cuando este gobernante nacionalizó el petróleo y fue, por ello, destituido en 1953 por el Sha Reza Pahlevi.

[66] Benjamín Rattenbach nació en Santiago del Estero en 1896. Ingresó en el CMN en 1913 y egresó como subteniente de Artillería en 1916 ocupando el primer lugar entre los 49 miembros de la promoción 41. Obtuvo el título de OEM. Alcanzó el grado máximo de teniente general. Fue secretario de Guerra. Fue el responsable del Informe sobre la Guerra de Malvinas, encargado por el Ejército para analizar el comportamiento de la fuerza en el conflicto y que se conoce con su nombre. Presidió el Consejo Supremo de las FFAA que condenó al general Galtieri y otros oficiales por su responsabilidad en la conducción del conflicto del Atlántico Sur.

[67] En el prólogo del libro de Rattenbach citado en este trabajo, el sociólogo Norberto Rodríguez Bustamente (profesor entonces de sociología en la F. de Filosofía y

Letras (UBA) y Director del Instituto de Historia de la Filosofía y Pensamiento Argentino de la UNLP) escribió que “el trabajo, en cuanto tal, cumple con su función privativa en la defensa exterior de la nación y en el establecimiento del orden interno en circunstancias excepcionales (crisis, revoluciones)” (sic).

[68] Una curiosa versión acerca de la preocupación de Frondizi acerca de los “movimientos subversivos”, la transmitió su segundo en la Cancillería, Oscar Camilión, quién en su libro de memorias afirmó que el derrocado Presidente “me manifestó poco después de Martín García - para mi sorpresa porque no tenía idea del movimiento, que una de las fuerzas potencialmente más peligrosas en la Argentina eran los Curas del Tercer Mundo, que sin duda alguna iban a dar muchos problemas, y por ello era menester prestar gran atención a su prédica”. El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) nació a fines de 1967 con una declaración de apoyo a los 18 Obispos del Tercer Mundo, entre los que se incluía en un lugar relevante el brasileño Helder Cámara, obispo de Olinda y Recife. Frondizi fue liberado de su encierro en Martín García, un poco antes de la asunción de la Presidencia por Arturo Illia, el 12 de octubre de 1963, así que no pudo observar las acciones de un sector que no se había aún constituido.

[69] Gilberto Hidalgo Oliva nació en Corrientes en 1921. Ingresó en el CMN en 1937 y egresó en 1940 como subteniente del arma de Aviación y continuó su carrera en la Fuerza Aérea convertida en fuerza independiente del Ejército en 1945.

[70] Ernesto Jorge Lanusse (1921-1999) fue el primer ministro de Defensa del ilegítimo e ilegal gobierno de José María Guido. Ingeniero agrónomo graduado en la UBA, había sido un activo participante del golpe de la “revolución libertadora”. Fue acusado de participar del atentado con bombas durante una concentración peronista en Plaza de Mayo ocasión en la que se verificaron varios muertos. Fue primero sub-director y luego Director de la Dirección General de provincias del ministerio del Interior durante la “libertadora”. Fue ministro de Defensa desde marzo a mayo de 1962. Su primo hermano el general Alejandro Lanusse lo designó cuando fue presidente de la Nación, primero titular del INTA y luego ministro de Agricultura y Ganader

[71] Jorge Rojas Silveyra nació en Córdoba en 1915. Ingresó en el CMN en 1933 y egresó en 1937 como subteniente del arma de Aviación para continuar a partir de 1944 su carrera en la flamante Aeronáutica Militar creada como fuera independiente del Ejército. Fue embajador en España por Lanusse cuando éste fue presidente de la dictadura de la “revolución argentina” para llevar adelante las negociaciones con Perón.

[72] Marino Bartolomé Carreras nació en Córdoba en 1904. Ingresó en el CMN en 1921 y egresó en 1923 como subteniente de Infantería ocupando el lugar 50 en el orden de mérito entre sus 92 compañeros de la promoción 47. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en diciembre de 1958 y murió en 1986.

[73] Enrique Rauch nació en Salta en 1914. Ingresó en el CMN en 1930 y egresó en 1934 con el grado de subteniente de Caballería ocupando el lugar 73 entre 110 miembros de la promoción 60. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de general de división. Pasó a retiro en diciembre de 1963. Murió en 1991.

[74] Carlos Augusto Caro nació en Salta en 1915. Ingresó en el CMN en 1934 y egresó en 1937 como subteniente de Caballería, ocupando el puesto 14 entre 108 integrantes de la promoción 63. Obtuvo el grado de OEM y alcanzó el grado de general de división. Pasó a retiro en agosto de 1966. Murió en 1989.

[75] Juan Bautista Silverio Antonio Loza nació en Santiago del Estero en 1906. Ingresó en el CMN en 1923 y egresó en 1925 como subteniente de Infantería, siendo el 77 entre 94 miembros de la promoción 51. No logró títulos y alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en marzo de 1957. Murió en 1999.

[76] José Luis Cantilo (h) fue un afiliado radical que colaboró en posiciones secundarias con su padre homónimo que fuera intendente de Buenos Aires nombrado por Yrigoyen y gobernador de la provincia de Buenos Aires. Cantilo (h) se destacó, en cambio por su intensa destacada actividad empresarial en los rubros de la industria farmacéutica, del seguro y la agrícola. El presidente Illía lo nombró presidente del Banco Industrial. Desde ese cargo Cantilo- quien fuera presidente del aristocrático comité radical de la circunscripción 20, fue uno de los que presionó para que el primer mandatario vetara 60 artículos, y vaciara así de contenido, a las reformas a la Ley de Contratos de Trabajo que había planteado el bloque radical de Diputados nacionales. El general Lanusse lo convocó en su dictadura para que lo asesorara en el tratamiento de la deuda externa.

[77] Eduardo Argentino Señorans nació en la provincia de Buenos Aires en 1910. Ingresó en el CMN en 1926 y egresó como subteniente de Ingenieros en 1929 ocupando la posición 5 entre 97 miembros de la promoción 55. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en agosto de 1956. Murió en 1993.

[78] José Octavio Cornejo Saravia nació en Salta en 1909. Ingresó en el CMN en 1926 y egresó como subteniente de Artillería en 1929, ocupando la posición 46 entre los 97 integrantes de la promoción 55. Alcanzó el título de OEM y fue nombrado general de brigada. Pasó a retiro en enero de 1957. Murió en 1968.

[79] Adolfo Lanús fue un político liberal que nació en La Rioja y ocupó la gobernación de esta provincia entre 1926 a 1929 por la UCR Antipersonalista, la escisión que se enfrentaba a la ortodoxia yrigoyenista y se coaligara con los conservadores y socialistas independientes aliados para promover al presidente Justo mediante el fraude electoral y la marginación del radicalismo. Fue diputado nacional entre 1938 y 1942 durante la "Década Infame". Fue editorialista del diario liberal "La Prensa"

hasta asumir el ministerio de Defensa. Fue también embajador en Uruguay y presidente en dos ocasiones (1931-1932 y 1942-1944) del Círculo de la Prensa.

[80] El coronel Guevara había escrito para caracterizar la posición del presidente Frondizi en la crisis que llevara a su derrocamiento que “el orden militar reposa en el mando y en la obediencia. Sin ellos están minados las bases de la disciplina y sin esta no hay fuerzas militares. Pocas veces nuestra historia presenta un error más grave que este cometido por el presidente Frondizi. Su obligación primera era la de reprimir la sublevación, máxima cuando contaba con fueras para ello. Pero si no se sentía capaz de hacer respetar su jerarquía y de hacerse obedecer por todos los sectores militares, no tenía otra alternativa que renunciar e irse” (Guevara, Juan Francisco, Argentina y su sombra, Buenos Aires, edición de autor, 1907,p.128; citado en Balza, M., op.cit.:74).

[81] Francisco Antonio Imaz nació en Santiago del Estero en 1906. Ingresó en el CMN en 1924 y egresó en 1925 como subteniente de Infantería. Obtuvo el título de OEM y llegó al grado de general de brigada. Pasó a retiro en enero de 1957. Murió en 1993. Había sido integrante de la Junta Militar que aceptó el “renunciamiento” de Perón y lo desalojó del poder pactando su entrega a los rebeldes “gorilas”.

[82] Heriberto Kurt Brenner nació en Córdoba en 1916. Ingresó en el CMN en 1932 y egresó en 1935 como subteniente de Caballería en 1935 ocupando el lugar 112 entre 122 miembros de la promoción 61. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de coronel. Pasó a retiro en julio de 1962. Murió en 1998.

[83] Héctor María Torres Queirel nació en Entre Ríos en 1901. Ingresó en el CMN en 1921 y egresó en 1924 como subteniente de Caballería y ocupó el primer lugar entre los 88 miembros de la promoción 49. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de general de división. Pasó a retiro en abril de 1958. Murió en mayo de 1990.

[84] Florentino Díaz Loza nació en Entre Ríos en 1925. Ingresó en el CMN en 1945 y egresó en 1947 como subteniente de Caballería ocupando el lugar 109 de los 236 integrantes de la promoción 77. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de coronel. Pasó a retiro en enero de 1972. En 1971 protagonizó la fracasada rebelión nacionalista contra el presidente Lanusse conocida como la de “Azul y Olavarría” por la sede de las unidades blindadas rebeladas.

[85] José María Sosa Molina nació en Mendoza en 1903. Ingresó en el CMN en 1920 y egresó en 1922 como subteniente de Caballería, ocupando el segundo puesto entre los 74 integrantes de la promoción 77. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de general de división. Pasó en retiro en diciembre de 1955. Murió en 1985.

[86] Pascual Ángel Pistarini nació en Córdoba en 1915, Ingresó en el CMN en 1932 y egresó en 1936 como subteniente de Caballería ocupando el lugar 30 entre 125

integrantes de la promoción 62. Obtuvo el título de OEM y alcanzó la máxima jerarquía como teniente general. Pasó a retiro en enero de 1967. Murió en 1999. Fue el comandante en jefe del Ejército que realizó junto a sus colegas de Armada y Fuerza Aérea el derrocamiento del presidente Arturo Illía en 1966.

[87] Jorge Tocagni nació en la provincia de Buenos Aires en diciembre de 1923. Ingresó en el CMN en 1941 y egresó en 1944 como subteniente de infantería ocupando la posición 7 entre los 144 integrantes de la promoción 72. Obtuvo el título de OEM. Alcanzó la jerarquía de coronel. Pasó a retiro en octubre de 1962.

[88] Roberto Amado Guerin nació en Córdoba en 1916. Ingresó en el CMN en 1935 y egresó en 1939 como subteniente de Infantería ocupando la posición 35 entre 122 miembros de la promoción 65.

[89] El Regimiento de Caballería de Tanques C-8 "Cazadores General Necochea" estaba situado en Magdalena a 50 km al sur de la ciudad de La Plata desde mayo de 1959. Había sido el primer regimiento de tanques creado en 1948. Sus cuarteles habían sido trasladados desde Curuzú Cuatiá y, en primera instancia sus instalaciones se habían construido para albergar al Batallón Geográfico Motorizado, luego trasladado a la sede del Regimiento 7 de Infantería de La Plata.

[90] Roberto Marcelo Levingston nació en San Luis en 1920. Ingresó en el CMN en 1938 y egresó en 1941 como oficial de Caballería ocupando la posición 30 entre 141 miembros de la promoción 68. Logró los títulos de OEM y OIE. Tuvo protagonismo como oficial de Inteligencia en la represión a la Resistencia Peronista a través del plan Conintes. Alcanzó el grado de general de brigada. Se retiró en junio de 1970. Fue el segundo presidente de la dictadura de la "revolución argentina" entre junio de 1970 y marzo de 1971. Murió en 2015.

[91] Carlos Aníbal Peralta nació en Tucumán en 1914. Ingresó en el CMN en 1930 y egresó en 1933 como subteniente de Caballería en el lugar 58 de los 108 integrantes de la promoción 59. Obtuvo el título de OEM y logró el grado de general de brigada. Pasó a retiro en octubre de 1962. Murió en 1996.

[92] Federico Bracht, era integrante del grupo del sacerdote Julio Menvielle. Éste fue un destacado representante del catolicismo ultramontano y tradicionalista que tuvo fuerte influencia en muchos sectores que se consideraban nacionalistas en la FFAA, sobre todo en la Fuerza Aérea en las décadas de los años '50 y '60 del siglo XX.

[93] Juan Martín Merbilháa nació en la provincia de Buenos Aires en 1925. Ingresó en el CMN en 1943 y egresó en 1946 como subteniente de Caballería con la posición 123 entre 233 integrantes de la promoción 75. No obtuvo títulos. Logró el grado de teniente coronel. Pasó a retiro en agosto de 1966. Murió en 1972.

[94] El carrier es un vehículo blindado abierto que se desplaza con orugas, utilizado para el transporte de tropas de infantería.

[95] El semanario "Primera Plana" fundado por el periodista Jacobo Timerman a fines de 1962, se convirtió en un medio renovador del estilo periodístico nacional. Este medio ejerció un amplio respaldo de las acciones políticas del Ejército Azul desde su fundación hasta el derrocamiento del presidente Illia, al que contribuyó de manera muy activa.

[96] El general Lanusse escribió años después en uno de sus libros de memorias que "mantengo plenamente vigente al día de hoy, el reconocimiento del mérito que le corresponde al general Onganía, tanto en las operaciones que dirigiera desde su comando establecido en Campo de Mayo como en su gestión como Comandante del Ejército en los meses subsiguientes" (Lanusse, A.A., Protagonista y Testigo, Marcelo Lugones S.A. Editores, Buenos Aires, 1989, p.173).

[97] Mariano Jaime de Nevares nació en Córdoba en 1920. Ingresó en el CMN en 1938 y egresó en 1941 como subteniente de Caballería en el puesto 68 de los 141 integrantes de la promoción 68. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de general de división con el que pasó a retiro en septiembre de 1973. Uno de sus hermanos fue el obispo de Neuquén, fuertemente enrolado en la tendencia progresista de la Iglesia Católica. La familia de los Nevares era poseedora de una empresa alimentaria.

[98] José Manuel Astigueta era abogado y miembro de una familia de la clase alta argentina que había ocupado posiciones en el gabinete del presidente Juárez Celman en el siglo XIX y en gobiernos de la primera mitad del siglo XX. Este Astigueta fue también embajador en la URSS durante la dictadura de la "revolución argentina". Su primo José Mariano Astigueta fue ministro de Educación durante el período de Guido y luego también titular de la misma cartera en la dictadura de la "revolución argentina", (1966-1973)

[99] Martínez pertenecía a la más tradicional sociedad cordobesa. Estaba emparentado con Marta Villada Achával, esposa del general Lonardi y con su hermano Clemente Villada Achával. De otra rama de la familia era el radical Víctor Martínez, vicepresidente de Alfonsín. Rodolfo Martínez sostenía un lejano parentesco con la María Martínez Agüero, esposa de Mario Eduardo Firmenich, durante largos años jefe máximo de la organización Montoneros.

[100] Juan José Guiraldes nació en Córdoba en 1917. Ingresó en el CMN en 1932 y egresó en 1936 como subteniente del arma de Aviación, grado con el que pasó en 1944 a la creada Aeronáutica como fuerza militar independiente del Ejército. Fue presidente del directorio de la empresa aérea estatal Aerolíneas Argentinas. Era descendiente directo del escritor Ricardo Guiraldes, autor de la famosa novela

“Don Segundo Sombra”. Fue protagonista de la frustrada conformación del Frente Nacional y Popular en la que prometió públicamente “arruinar el champagne” de la oligarquía en los prometidos comicios nacionales, pese a presumir de tener “trece generaciones enterradas en suelo argentino”. Fue el director de la revista semanal “Confirmado” que agitó abiertamente el golpe militar reaccionario de 1966 (“la revolución argentina”). Sin embargo, la dictadura del “proceso de reorganización nacional” (1976-1983), lo detuvo en una unidad militar por protestar a causa del secuestro y desaparición de su prima la diplomática Elena Holmberg, secuestrada por efectivos de la Marina a cargo del almirante Eduardo Emilio Massera.

[101] Manuel Alberto Laprida nació en Mendoza en 1918. Ingresó en el CMN en 1937 y egresó en 1940 ocupando la tercera posición entre 115 integrantes de la promoción 67. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en abril de 1967. Murió en 1993. Durante el gobierno de Illía fue colaborador del general Eduardo Castro Sánchez, sub secretario y secretario de Guerra del presidente radical. Ambos se opusieron al golpe de Onganía en 1966.

[102] Leopoldo Fortunato Galtieri nació en la provincia de Buenos Aires en 1926. Ingresó en el CMN en 1943 y egresó en 1945 como subteniente del arma de Ingenieros, ocupando el orden de mérito 81 entre 201 integrantes de la promoción 74. Logró el título de OEM y alcanzó el grado de teniente general. Con el mismo ocupó el comando en jefe del Ejército sucediendo a sus colegas Videla y Viola en esa posición y en la de Presidente de la República, durante la dictadura del “proceso de reorganización nacional”. Fue en esa doble posición el máximo responsable de la iniciación y conducción de la Guerra de Malvinas por cuya actuación fue condenado a prisión por el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas presidido por el teniente general Rattenbach. Fue indultado por el presidente Menem. También fue responsable de numerosas acciones represivas clandestinas cuando ocupara el comando del Segundo Cuerpo de Ejército, entre ellas la de enviar un comando a asesinar a la conducción de Montoneros.

[103] Jorge Raúl Carcagno nació en la provincia de Buenos Aires en 1922. Ingresó en el CMN en 1939 y egresó en 1943 como subteniente de Infantería, ocupando el lugar 2 entre los 121 integrantes de la promoción 70. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de teniente general con el que fue designado comandante en jefe del Ejército por el presidente Cámpora en mayo de 1973. Fue jefe de la brigada de Paracaidistas que reprimió el Cordobazo en 1969. Pero en 1973 lideró una corriente militar progresista que fue prontamente abortada con la renuncia de Cámpora a su alto cargo.

[104] Entre los pilotos que participaron del operativo aéreo estuvieron en los Hércules el vice comodoro Jesús Capellini, futuro golpista contra el gobierno de Isabel Perón y el capitán José Apolo González, futuro comandante del C-130 que realizó en el tercer gobierno de Perón el primer vuelo transpolar Buenos Aires- Nueva Zelanda. En los Albatros estuvo alistado, entre otros, el teniente Rubén Oscar Moro, futuro historiador de la guerra aérea en Malvinas.

[105] Eduardo Francisco McLoughlin nació en Santa Fe en 1918. Ingresó en el CMN en 1937 y egresó en 1940 como subteniente de Aviación ocupando la posición 61 entre 115 integrantes de la promoción 67. A partir de junio de 1944 pasó a integrar la Aeronáutica, como fuerza independiente.

[106] Carlos Conrado Segundo Armanini nació en Jujuy en 1918. Ingresó en el CMN en 1938 y egresó en 1942 con el grado de subteniente en el arma de Aviación. A partir de 1944, pasó a integrar la Aeronáutica constituida como fuerza militar independiente.

[107] Ya como brigadier Cacciatore ocuparía el cargo de Intendente de la Ciudad de Buenos Aires, cargo en el cual fue recordado por la construcción polémica de una amplia red de autopistas; la edificación de un amplio número de escuelas públicas y la instauración de una programación progresista en el Teatro Municipal San Martín, conducido por el periodista Kive Staiff, en el marco de una severa acción represiva en ese campo por la "dictadura del proceso de reorganización nacional".

[108] Mario Walter Pereyra nació en Santiago del Estero en 1919. Ingresó en el CMN en 1938 y egresó en 1942 como subteniente de Aviación. Pasó en 1944 a ser parte del personal de la nueva fuerza Aeronáutica independiente del Ejército.

[109] Osvaldo Raúl Lentino nació en la provincia de Buenos Aires en 1920. Ingresó en el CMN en 1936 y egresó en 1939 con el grado de subteniente del arma de Aviación. A partir de junio de 1944 formó parte de la nueva fuerza armada independiente del Ejército, la Aeronáutica.

[110] Según Potash "fue el coronel Manuel Laprida, jefe del Departamento de Asuntos Políticos, quien al fin del conflicto hizo que un ayudante buscara a los tres (se sumaba el mayor Ruiz Palacios, futuro gobernador del Chaco durante la dictadura del proceso, JLB) y los llevara al Departamento para poder informar a su superior, el general Alsogaray, que todo su Estado Mayor estaba completo y a su disposición"(Potash, R., op.cit.:154). Fue durante la dictadura del proceso cuando un jefe militar represivo humillara y destratará al retirado teniente general Alsogaray, junto con su esposa, mientras buscaba el destino de su hijo, guerrillero Montonero, que fue desaparecido.

[111] Entre los mencionados como detenidos constaba el periodista e historiador peronista de izquierda Rodolfo Puiggrós. Su hija Adriana debió informar a los medios que su padre residía por entonces en México donde era profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México y columnista del diario "El Día", vocero de la izquierda del gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI).

[112] Potash señala que "el papel del subsecretario de Rauch, doctor Guillermo O'Donnell en todo este asunto, aún debe ser aclarado". O'Donnell era entonces un hombre de pensamiento nacionalista. Con los años evolucionó ideológicamente.

O'Donnell que era abogado, se fue del gobierno, y autocrítico luego su participación en el operativo. Viajó en 1968 a Estados Unidos a estudiar sociología. Se convirtió en un referente de la ciencia política argentina, publicando un estudio, "El Estado Burocrático Autoritario", sobre la dictadura de la "revolución argentina" de 1966-1973, que se convirtió en un clásico de la ciencia política.

[113] El texto de Villegas "Guerra Revolucionaria Comunista" (Pleamar, Buenos Aires, 1963) aparecía en los días previos a los comicios y preanunciaba represión anti popular antes que "nasserismo". Según el periodista Rogelio García Lupo, "Villegas en esa época tenía un déficit intelectual muy marcado y una conciencia de esa falencia que lo hacía muy desconfiado. Una vez le pregunté a (el general Juan Enrique) Guglielmelli, que también era amigo mío y me dijo esto "jamás voy a publicar algo de una persona que firma lo que no escribe", porque se estaba haciendo escribir cosas para después publicarlas él por el sentimiento de inferioridad que tenía" (Brown, F. op. cit.:174).

[114] Ignacio Ávalos nació en Córdoba en 1908. Ingresó en el CMN en 1924 y egresó en 1927 como subteniente de Artillería. Ocupando el lugar 42 entre 84 integrantes de la promoción 53. Logró el título de OEM y alcanzó el grado de general de brigada. Pasó a retiro en 1957. Murió en 1973.

[115] Entre estas miradas estrechas estaba "el problema de la concurrencia de cadetes hijos de socios a las instalaciones del club (...) Generalmente, los oficiales instructores de nuestro primer instituto militar, por razones de disciplina, no veían con buenos ojos la concurrencia de cadetes a los lugares donde ellos asistían con sus familias y donde lógicamente deseaban encontrarse cómodos y no sometidos a la observación y eventualmente al juicio de sus subordinados, cuyo comportamiento a su vez podría ser motivo de valoración, a la luz no ya de las actividades de un adolescente, sino de un soldado". (García Enciso, J.I. (b) (1981:141) Estas consideraciones del historiador militar del Círculo consignaban la prejuiciosa mirada vigente en la época (1981) acerca del comportamiento no ya de los cadetes, sino de sus instructores que se movían al son de "ojos que no ven, corazón que no siente".

[116] El programa de Huerta Grande había sido aprobado en 1962 por las "las 62 Organizaciones Gremiales Peronistas" en la localidad homónima de Córdoba. Sus diez puntos rezaban: 1) Nacionalización del sistema bancario; 2) Implantación del control estatal sobre el comercio exterior; 3) Nacionalización de los sectores claves de la economía: petróleo, electricidad, siderurgia, frigoríficos; 4) Expropiación sin compensación de la oligarquía terrateniente; 5) Desconocimiento de los compromisos financieros internacionales firmados a espaldas del pueblo; 6) Prohibición de toda importación competitiva con la producción nacional; 7) Prohibición de toda exportación directa indirecta de capitales; 8) control obrero de la producción; 9) Apertura de los libros comerciales, para permitir el contralor de los costos y evitar la evasión impositiva; 10) Planificación integral de la economía, estableciendo prioridades y topes mínimos y máximos de producción.

[117] Eduardo Castro Sánchez nació en San Juan en 1918. Ingresó en el CMN en 1936 y egresó en 1939 como subteniente de Artillería, ocupando el primer lugar entre los 122 integrantes de la promoción 65. Obtuvo los títulos de OEM y OEI y alcanzó el grado de general de brigada pasando a retiro en junio de 1966.

[118] El semanario "Compañero" fue una publicación en formato standard e impresa en hueco grabado dirigida por el médico Mario Valotta que había sido, a su turno y brevemente director del diario "Democracia" en los años posteriores a la "libertadora". A la clausura de éste, "Compañero" se convirtió en el vocero del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) encabezado por Héctor Villalón, una de las más poderosas expresiones de la entonces ascendente izquierda peronista.

[119] Los críticos atribuyeron a la improvisación del discurso su escaso éxito: "La disertación, en consecuencia, no constituyó una exposición medular, sino una charla de escasa trascendencia, ante un auditorio mal predispuesto" (García Enciso, J.I. (b) 1981:137).

[120] Los explosivos que estallaron en la calle Posadas 1186 eran del grupo del Vasco Bengochea, un militante de izquierda con vínculos con el peronismo que preparaba una organización de guerrilla urbana.

[121] El Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), inspirado por Héctor Villalón, tenía como vocero al semanario "Compañero", dirigido por Mario Vallota. Los principales dirigentes del MRP eran Nicanor Leyes, secretario general; y figuras como Armando Jaime, Juan José Jonch, Eduardo Salvide, Abraham Abdulajab, Bernabé Castellano y Gustavo Rearte, entre otros.

[122] Enrique Rauch conspiró contra el gobierno de Juan Domingo Perón en el frustrado golpe encabezado por el coronel José F. Suárez, en el que tenía la responsabilidad de asaltar la residencia presidencial. Fue un año preso. Reincorporado al Ejército en 1955, encabezó en 1962 la resistencia contra el comandante en jefe Raúl Poggi. Sólo una enfermedad lo privó de la jefatura Azul que asumió Onganía. Además de sus vínculos con universitarios católicos de derecha estuvo vinculado a nacionalistas consagrados como Marcelo Sánchez Sorondo y Juan Carlos Goyeneche.

[123] En los comicios realizados en la SADE había triunfado la línea oficialista encabezada por el progresista Cayetano Córdoba Iturbide, cuya boleta "Renovación y Unidad", la propia revista "Confirmado" calificaba como "posición centrista", sobre la lista conservadora de Martín Noel y ésta a su vez superaba a la que impulsaba como presidente a Leónidas Barletta, éste sí "compañero de ruta" del PC y la misma rebasaba a la Nueva Izquierda de Pedro Orgambide. La SADE había repudiado por la comisión directiva que fenecía encabezada por Fermín Estrella Gutiérrez, la intervención en la República Dominicana apoyándose en la "Doctrina Drago". En tanto, Francisco Manrique declaraba en televisión que Córdoba Iturburu, Barletta y Orgambide eran

comunistas y pedía un voto por la lista de Martín Noel, destacando –como “argumento definitivo” – que a ésta pertenecía como candidato Jorge Luis Borges.

[124] Juan José Güiraldes se jactaba de su pertenencia de clase. Por la época de estas declaraciones dijo a JLB que “tenía trece generaciones enterradas en suelo argentino” y su socio, periodístico y de otros negocios, Jacobo Timerman, en cambio, era “un ruso nacido en Odesa”. En la época del Frente Nacional y Popular atacaba por televisión a sus adversarios liberales afirmando que “la oligarquía tendría que dejar el champagne del festejo en la heladera”, en relación a los próximos comicios.

[125] Manuel Soria nació en Córdoba en 1918. Ingresó en el CMN en 1936 y egresó en 1939 como subteniente de caballería, ocupando el lugar 70 entre 122 integrantes de las promoción 65.

[126] La revista “Así” aparecía tres veces por semana y alcanzó una tirada en los años ´60 de un millón de ejemplares y tenía una amplísima difusión en los sectores populares. La nota de referencia, ampliamente favorable a la organización del acto ocupaba dos páginas. Era propiedad de Héctor Ricardo García, dueño también del diario “Crónica” y, en el futuro, del canal abierto Teleonce y de CW1, Radio Colonia, instalada en el Uruguay.

[127] La revista “Cristianismo y Revolución” fundada por el ex seminarista Juan García Elorrio la que dirigió hasta su muerte y fue sucedido por su compañera Casiana Josefina Ahumada, exaltó el compromiso revolucionario de los cristianos, se pronunció por la lucha armada, se incluyó en la izquierda peronista bajo la orientación de John William Cooke y apoyó fervientemente a la Revolución Cubana.

[128] Sobre este suceso, el periodista Rodolfo Walsh escribió su famosa investigación “¿Quién mató a Rosendo?” en donde desentrañó las causas y el desarrollo del tiroteo en un texto que analizó una de las cartas de la burocracia sindical de la época.

[129] Amadeo había recibido la influencia de pensadores católicos reaccionarios europeos como León Bloy, Charles Péguy, C.K. Chesterton, Hillaire Belloc, Giovanni Papini y Ramiro de Maeztu.

[130] Juan Nicolás Esteban Lavicoli nació en la provincia de Buenos Aires en 1917. Ingresó en el CMN en 1934 y egresó en 1937 como subteniente de Infantería ocupando la octava posición entre los 108 integrantes de la promoción 63. Obtuvo el título de OEM y logró el grado de general de división. Se retiró en 1968 y murió en 1980.

[131] Castro Sánchez que había tenido relación amistosa con Frondizi cuando éste era Presidente y se había opuesto a su derrocamiento escribió sobre este episodio: “A mí me quedó para siempre el sabor amargo de ver derrumbarse la imagen de

quien yo había respetado y defendido como Presidente de la República". Evidentemente, Frondizi fue un mandatario, no un estadista, como se lo ha mitificado en años posteriores al derrocamiento de la dictadura del proceso.

[132] Luis Máximo Prémoli nació en Córdoba en 1925. Ingresó en el CMN en 1943 y egresó en 1946 con el grado de subteniente de Caballería, ocupando el lugar 24 entre los 193 integrantes de la promoción 75. Obtuvo el título de OEM y alcanzó el grado de coronel con el que se retiró en 1976.

[133] José Alberto Rodrigañez Riccheri nació en Córdoba en 1934. Ingresó en el CMN en 1953 y egresó en 1956 como subteniente de Caballería con el número de orden 6 entre los 166 miembros de la 86ª promoción. Logró el título de OEM y alcanzó el grado de coronel con el que se retiró en 1988.

[134] Se trata de Roberto Roth, inminente funcionario de la dictadura de Onganía quién aludió- entre otras miserabilidades - a la estatura del militar. En Roth, Roberto, Los años de Onganía, Ediciones de la Campana, Buenos Aires, p.38-39.

[135] Marcelo de Elía nació en Córdoba en 1921. Ingresó en el CMN en 1938 y egresó en 1942 como subteniente de Caballería ocupando el lugar 167 entre los 172 miembros de la promoción 69. No obtuvo títulos y alcanzó el grado de coronel con el que se retiró en 1970.

[136] Luis César Perlinger nació en la provincia de Buenos Aires en 1922. Ingresó en el CMN en 1938 y egresó en 1941 como subteniente de Infantería, ocupando el lugar 45 entre los 141 integrantes de la promoción 68. Alcanzó los títulos de OEM y OEI. Logró el grado de coronel con el que se retiró en 1963. Murió en 1994.

[137] Bonasso, Miguel, (28/6/96) La última noche, testimonio de Ema Illia, diario Página/12, Buenos Aires.

[138] Esta profecía se cumplió. Un hijo de Alsogaray murió en Tucumán integrando una compañía de Montoneros, y el general su esposa fueron agraviados y destratados por el jefe operativo ante quién peticionaban por el cuerpo de su hijo.

[139] Verbitsky, H. (1987), Medio siglo de proclamas militares, Editora/12, Buenos Aires.

[140] Lanusse, Alejandro A, Protagonista y Testigo, Marcelo Lugones S.A., Buenos Aires, p.200, 1989

[141] Mario Horacio Orsolini nació en la provincia de Buenos Aires en 1919. Ingresó en el CMN en 1938 y egresó en 1941 como subteniente de Caballería, ocupando el lugar 6 entre los 141 integrantes de la promoción 68. Obtuvo los títulos de OEM y OEI. Logró el grado de teniente coronel y se retiró en 1961.